

e

ayer

La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa

La Primera Guerra Mundial fue vivida intensamente en España, a pesar de la posición neutral mantenida oficialmente ante el conflicto. La articulación de dos campos opuestos, el aliadófilo y el germanófilo, se produjo en estrecha relación con los debates europeos y contribuyó a una renovación de las culturas políticas apreciable en décadas posteriores. Los estudios aquí reunidos exploran este proceso a través de las posiciones intelectuales surgidas durante aquellos años.

91

Revista de Historia Contemporánea

2013 (3)

AYER

91/2013 (3)

ISSN: 1134-2277

**ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA
MARCIAL PONS, EDICIONES DE HISTORIA, S. A.**

MADRID, 2013

EDITAN:

Asociación de Historia Contemporánea
www.ahistcon.org

Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
www.marcialpons.es

Equipo editorial

Director

Juan Pro Ruiz (Universidad Autónoma de Madrid)

Secretaria

Teresa María Ortega López (Universidad de Granada)

Editoras

María Sierra (Universidad de Sevilla),
Nerea Aresti (Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea)

Colaboradora

María Candelaria Fuentes Navarro (Universidad de Granada)

Consejo de Redacción

Nerea Aresti (Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea),
Carlos Forcadell Álvarez (Universidad de Zaragoza), Carme Molinero
Ruiz (Universitat Autònoma de Barcelona), Teresa María Ortega
López (Universidad de Granada), Manuel Pérez Ledesma (Universidad
Autónoma de Madrid), Analet Pons Pons (Universitat de València),
Juan Pro Ruiz (Universidad Autónoma de Madrid), Mari Cruz
Romeo Mateo (Universitat de València), María Sierra (Universidad
de Sevilla), Manuel Suárez Cortina (Universidad de Cantabria)

Consejo Asesor

Miguel Artola (Real Academia de la Historia), Walther L. Bernecker
(Universität Erlangen-Nürnberg), Alfonso Botti (Università degli Studi di
Modena e Reggio Emilia), Carolyn P. Boyd (University of California, Irvine),
Fernando Devoto (Universidad de Buenos Aires), Clara E. Lida (El Colegio
de México), Xosé Manoel Núñez Seixas (Ludwig-Maximilians-Universität
München), Paul Preston (London School of Economics), Pedro Ruiz Torres
(Universitat de València), Pedro Tavares de Almeida (Universidade Nova
de Lisboa), Ramón Villares (Universidade de Santiago de Compostela)

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea*, en coedición con *Marcial Pons, Ediciones de Historia*, ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0. Fijar nuestra atención en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en esta revista.

La *Asociación de Historia Contemporánea*, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista.

Miguel Artola, 1991.

AYER está reconocida con el *sello de calidad* de la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT) y recogida e indexada en Thomson-Reuters Web of Science (ISI: Arts and Humanities Citation Index, Current Contents/ Arts and Humanities, Social Sciences Citation Index, Journal Citation Reports/Social Sciences Edition y Current Contents/Social and Behavioral Sciences), *Scopus*, *Historical Abstracts*, *Periodical Index Online*, *Ulrichs*, *ISOC*, *DICE*, *RESH*, *IN-RECH*, *Dialnet*, *MIAR*, *CARHUS PLUS+* y *Latindex*



Esta revista es miembro de ARCE

© Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.

ISBN: 978-84-92820-99-3

ISSN: 1134-2277

Depósito legal: M. 1.149-1991

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Impresión: CLOSAS-ORCOYEN, S. L.

Polígono Igarza. Paracuellos de Jarama (Madrid)

SUMARIO

DOSIER

LA GRAN GUERRA DE LOS INTELLECTUALES: ESPAÑA EN EUROPA

Maximiliano Fuentes Codera, *ed.*

<i>Presentación</i> , Maximiliano Fuentes Codera	13-31
<i>Los intelectuales franceses y la Gran Guerra. Las nuevas formas del compromiso</i> , Christophe Prochasson	33-62
<i>Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)</i> , Maximiliano Fuentes Codera	63-92
<i>Los intelectuales italianos en la Gran Guerra: intervencionismo, patriotismo, neutralismo (1914-1918)</i> , Patrizia Dogliani.....	93-120
<i>La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos</i> , Santos Juliá.....	121-144

ESTUDIOS

<i>Cirujano de Hierro. La construcción carismática del general Primo de Rivera</i> , Alejandro Quiroga Fernández de Soto	147-168
<i>El «caso Grimau»: propaganda y contrapropaganda del régimen franquista en Italia (1962-1964)</i> , Javier Muñoz Soro	169-193
<i>Movimientos católicos, ciudadanía y construcción de enclaves democráticos en la provincia de Albacete durante el franquismo final</i> , Óscar Martín García y Damián González Madrid.....	195-218

Sumario

Generaciones políticas en la masonería española (1900-1931), Luis P. Martín..... 219-237

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

Miradas y debates sobre la violencia franquista, Ángela Cenarro 241-253

HOY

Las revoluciones árabes y el fin de la era poscolonial, Gema Martín Muñoz..... 257-271

CONTENTS

DOSSIER

THE GREAT WAR OF INTELLECTUALS: SPAIN IN EUROPE

Maximiliano Fuentes Codera, *ed.*

<i>Introduction</i> , Maximiliano Fuentes Codera	13-31
<i>French intellectuals and the Great War. New ways of engagement</i> , Christophe Prochasson.....	33-62
<i>Germanophiles and neutralists: traditionalist and regenerationist projects for Spain (1914-1918)</i> , Maximiliano Fuentes Codera.....	63-92
<i>Italian intellectuals in the Great War: interventionism, patriotism, neutralism (1914-1918)</i> , Patrizia Dogliani...	93-120
<i>The New Generation: from neutrals to anti-germanophiles, by way of aliadophiles</i> , Santos Juliá	121-144

STUDIES

<i>Surgeon of Iron. The charismatic construction of the general Primo de Rivera</i> , Alejandro Quiroga Fernández de Soto	147-168
<i>The «Grimau case»: propaganda and counter-propaganda of the Franco regime in Italy (1961-1964)</i> , Javier Muñoz Soro	169-193
<i>Catholic movements, citizenship and the forging of democracy in the province of Albacete at the Late Franco's Regime</i> , Óscar Martín García and Damián González Madrid	195-218

Contents

Political generations in the Spanish freemasonry (1900-1931), Luis P. Martín..... 219-237

BIBLIOGRAPHICAL ESSAYS

Views and Debates on Francoist Violence, Ángela Cenarro. 241-253

TODAY

The Arab revolutions and the end of postcolonialism, Gema Martín Muñoz..... 257-271

DOSIER

LA GRAN GUERRA
DE LOS INTELLECTUALES:
ESPAÑA EN EUROPA

Presentación

Maximiliano Fuentes Codera

Universitat de Girona

La Primera Guerra Mundial y su centralidad historiográfica

Desde hace algunos años, la historiografía europea se encuentra dominada, a grandes rasgos y a pesar de los debates que ésta ha suscitado, por una interpretación de la primera mitad del siglo XX como una «guerra civil europea»¹. En esta periodización, la Gran Guerra constituye el punto de partida de una nueva época, la «entrada» en el siglo, según lo planteó Eric Hobsbawm en su influyente *Historia del Siglo XX*. En cierta manera, agosto de 1914 representa hoy no solamente el final del largo siglo XIX, sino también el comienzo de una «guerra de treinta años» que acabó por configurar la matriz de un siglo trágico. Con el derrumbe de los grandes imperios europeos tras la conflagración, la crisis del liberalismo dio lugar a una verdadera explosión de alternativas nacionales, políticas y culturales que cuestionaron de manera radical el tradicional enfrentamiento entre progreso y reacción que había dominado el siglo anterior. Entonces, se abrió la puerta a un proceso explosivo —que se había incubado antes de la guerra pero que ésta contribuyó de manera decisiva a potenciar— cargado de múltiples y variadas salidas

¹ Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego: de la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, PUV, 2009; Julián CASANOVA: *Europa contra Europa (1914-1945)*, Barcelona, Crítica, 2011, y José Luis COMELLAS: *La guerra civil europea (1914-1945)*, Madrid, Rialp, 2010.

posibles, entre las cuales acabaron por imponerse las de inspiración bolchevique y fascista.

Tal como plantearon Antoine Prost y Jay Winter², la historiografía sobre la Gran Guerra ha pasado por tres grandes configuraciones sucesivas. La primera, que se desarrolló entre 1918 y finales de los años cuarenta, estuvo dominada por estudios de historia militar y diplomática. Fue una historia basada en documentos oficiales que se propuso encontrar al culpable del inicio del conflicto y que tuvo en Pierre Renouvin uno de sus representantes más destacados en Francia. En ella, los combatientes y las sociedades fueron los grandes ausentes. Justamente, éstos fueron los protagonistas del siguiente paradigma que, bajo la influencia de la historia social de *Annales*, ganaron el centro de la escena después de la derrota del nazismo. Esta reorientación hacia una historia de raíz marxista y analítica puso en el centro de los debates los elementos de continuidad entre las dos guerras mundiales y comenzó a hablarse de una «guerra de treinta años». Si la cuestión central de la primera configuración historiográfica había sido la de las hostilidades, ahora el eje pasaba por las relaciones entre guerra y revolución, tal como mostró Annie Kriegel en su conocido *Aux origines du Communisme Français* (1964). Hacia mediados de los años setenta, empezaron a aparecer algunos trabajos que, a pesar de seguir privilegiando esta historia social y unos objetos de estudio vinculados al movimiento obrero, mostraron una cierta ampliación de los horizontes investigadores. Los propios Winter y Prost, John Horne, Jean-Jacques Becker o el fundamental *La Grande Guerre, 1914-1918* (1969) de Marc Ferro comenzaron a incorporar a los acontecimientos militares y diplomáticos el estudio de la opinión pública, la organización económica y las víctimas, entre otros temas. En Alemania, esta modificación relanzó los estudios de historia diplomática y militar sobre la cuestión de los objetivos de la guerra y la política interior y dio lugar a las obras de Fritz Fischer y a los debates posteriores que derivaron con rapidez hacia los orígenes del nazismo³. En el mundo anglosajón, la

² Antoine PROST y Jay WINTER: *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, París, Seuil, 2004.

³ Annika MOMBAUER: «The Fischer Controversy, Documents and the “Truth” About the Origins of the First World War», *Journal of Contemporary History*, 48 (2) (2013), pp. 290-314.

aportación central de este periodo fue la del británico James Joll, quien incluyó la cuestión de las mentalidades en sus estudios sobre los orígenes del conflicto⁴. La tercera configuración, que continúa dominando de una u otra manera los estudios sobre la Gran Guerra, tiene en la cultura —entendida desde la perspectiva historiográfica del «giro cultural»— su elemento central de análisis. Este pasaje de una historia social a una historia cultural de la Gran Guerra se hizo evidente en dos coloquios internacionales que tuvieron sede en Francia, «Les sociétés européennes et la guerre de 1914-1918» (Nanterre, 1988) y «Guerre et cultures» (Péronne, 1992)⁵. En cuatro años se había pasado de «sociedades europeas» a «culturas». Pero no se trató de una transición demasiado abrupta ya que partía de los estudios de las mentalidades, la opinión pública o las psicologías colectivas desarrollados en las décadas anteriores. En este sentido, la historiografía de la Gran Guerra siguió una evolución similar a la del conjunto de la disciplina.

A partir de los años noventa comenzó a desarrollarse una amplia variedad de estudios que dieron lugar a importantes y encendidos debates que dinamizaron y multiplicaron el conjunto de investigaciones sobre diferentes aspectos del conflicto. Como parte de esta evolución general, que, por razones obvias, se traza aquí de una manera esquemática, el desarrollo del concepto «cultura de guerra» dio lugar a una importante renovación historiográfica. Con él, definido por Stéphane Audoin Rouzeau y Annette Becker como «le champ de toutes les représentations de la guerre forgées par les contemporains»⁶, se pretendía diluir la separación entre el frente y la retaguardia y desarticular la tesis de que los soldados habían sido agentes meramente pasivos bajo la presión de sus su-

⁴ James JOLL: *The origins of the First World War*, Londres, Longman, 1992. Sobre los orígenes de la guerra, véanse, entre la amplísima bibliografía, Annika MOMBAUER: *The Origins of the First World War: Controversies and Consensus*, Londres, Longman, 2002; William MULLIGAN: *The Origins of the First World War*, Cambridge, CUP, 2010, y el reciente Christopher CLARK: *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914*, Londres, Penguin, 2012.

⁵ Jean-Jacques BECKER y Stéphane AUDOIN-ROUZEAU (coords.): *Les sociétés européennes et la guerre de 1914-1918. Actes du colloque organisé à Nanterre et à Amiens du 8 a 11 décembre 1988*, París, Université de Nanterre, 1990, y Jean-Jacques BECKER et al.: *Guerre et cultures 1914-1918*, París, Armand Colin, 1994.

⁶ Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Annette BECKER: «Violence et consentement: la «culture de guerre» du premier conflit mondial», en Jean-Pierre RIOUX y Jean-François SIRINELLI (dirs.): *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, pp. 252-271, p. 252.

periores, y se abrían vías hacia estudios sobre el impacto del conflicto sobre los niños y su educación, las atrocidades de la guerra, los procesos de construcción de memoria y duelo, y las violencias, entre otros. Esta estimulante y al mismo tiempo controvertida formulación, difundida por la mayoría de los miembros del Historial de Péronne —quienes eran, a su vez, parcialmente deudores de las tesis de la «brutalización» del periodo entreguerras de George Mosse—, originó una fuerte discusión en Francia que se concentró en los límites del consentimiento y la coerción de los gobiernos para mantener las sociedades en guerra⁷. Esta renovada historia de matriz cultural tuvo reflejos tanto en Alemania como en Gran Bretaña⁸ y, finalmente, acabó por extenderse más allá de los estudios sobre la Gran Guerra⁹.

Como resultado de este nuevo enfoque y de las polémicas que se derivaron de él, la guerra dejó de presentarse como un bloque homogéneo y se fragmentó en varias fases que pusieron de manifiesto tanto la utilidad como los límites del uso del concepto. Comenzó a hablarse entonces de «culturas de guerra» y de «movilización» y «desmovilización» cultural, conceptos que reemplazaron nociones como «pacifismo» o la tan francesa «bourrage de crânes». «Movilizarse» no era únicamente seguir una orden general de reclutamiento o convertirse en una víctima de la propaganda del Estado, era también consentir; «desmovilizarse» consistía en salir de un estado de guerra en medio de múltiples mediaciones¹⁰.

⁷ Leonard SMITH: «The Culture de guerre and French Historiography of the Great War of 1914-1918», *History Compass*, 5-6 (2007), pp. 1967-1979.

⁸ Como ejemplos, Gerhard HIRSCHFELD et al. (dirs.): *Kriegserfahrungen. Studien zur Social und Mentalitätsgeschichte des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext, 1997, y John HORNE (ed.): *State, society and mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, CUP, 1997.

⁹ Para el caso español, véanse Javier RODRIGO: «Presentación», *Ayer*, 76 (2009), pp. 13-36, y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87.

¹⁰ Christophe PROCHASSON: «La guerre en ses cultures», en Jean-Jacques BECKER (dir.): *Histoire culturelle de la Grande Guerre*, París, Armand Colin, 2005, p. 263. Para un desarrollo de estos conceptos, véanse John HORNE: «Introduction», en John HORNE (ed.): *State, society...*, pp. 1-17, y el dossier coordinado por el mismo autor, «Démobilisations culturelles après la Grande Guerre», *14-18. Aujourd'hui. Today. Heute*, 5 (2002); véase también la obra colectiva Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Christophe PROCHASSON (dirs.): *Sortir de la Grande Guerre. Le monde et l'après-1918*, París, Tallandier, 2008.

Uno de los hechos más significativos de toda esta renovación historiográfica alrededor de conceptos como «cultura/s de guerra» y «movilización cultural» fue la emergencia de un conjunto de trabajos a nivel continental sobre los intelectuales, las comunidades académicas y el mundo de la cultura que pretendieron analizar sus redes de sociabilidad, sus relaciones con el poder y la educación y su papel fundamental en la construcción de nuevos discursos y culturas nacionales desde una perspectiva dinámica y atenta al desarrollo del conflicto¹¹. Esto se vio favorecido, además, por el auge de la historia cultural ya mencionado y por la recuperación y la renovación de la historia política. En este contexto, y ésta es la perspectiva que pretende adoptar este dossier, los intelectuales dejaron de ser tratados como individuos aislados para ser analizados en la complejidad de sus relaciones con la política, el poder y las sociedades, así como en sus medios de reproducción e influencia. En cierta manera, como escribió Javier Muñoz, fueron situados tanto ante el poder político, las instituciones y la opinión pública como frente a sus propios colegas¹².

Los intelectuales y la guerra

En relación con la cultura europea en su conjunto y con los intelectuales en particular, el inicio de la guerra no representó una transformación total. Fue más bien un salto en el proceso de radicalización iniciado en 1870, caracterizado, entre otras cosas, por una creciente apelación a la violencia y al antisemitismo, y por el

¹¹ Christophe PROCHASSON y Anne RASMUSSEN: *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la première guerre mondiale (1910-1919)*, París, La Découverte, 1996; Martha HANNA: *The Mobilization of Intellect. French Scholars and Writers during the Great War*, Cambridge, Harvard University Press, 1996; Nicolas BEAUPRÉ: *Écrire en guerre, écrire la guerre. France, Allemagne 1914-1920*, París, CNRS, 2006; Kurt FLASCH: *Die geistige Mobilmachung. Die deutschen Intellektuellen und der Erste Weltkrieg. Ein Versuch*, Berlín, Verlag Alexander Fest, 2000; Christophe PROCHASSON: «Le troisième front. Savants et écrivains européens en guerre», en Christophe PROCHASSON: *14-18. Retours d'expériences*, París, Tallandier, 2008, pp. 279-305, y Avieli ROSHWALD y Richard STITES (eds.): *European culture in the Great War. The arts, entertainment and propaganda, 1914-1918*, Cambridge, CUP, 1999. Véanse también los trabajos de Wolfgang MOMMSEN, Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Andrea FAVA, en John HORNE (ed.): *State, society...*, pp. 21-69.

¹² Javier MUÑOZ SORO: «Presentación», *Ayer*, 81 (2011), pp. 17-23.

desarrollo de opciones nacionalistas expansivas que auguraban un conflicto armado de escala continental¹³.

Con el comienzo de la guerra, los procesos de movilización cultural fueron dominados por las estrategias de persuasión puestas en marcha por los Estados. Muchos intelectuales vivieron los primeros días de la guerra en un estado de máxima excitación. Varios se alistaron voluntariamente para luchar en el frente. Posiblemente, mucho más revelador que el entusiasmo de la mayoría de los intelectuales que estaban a favor de la intervención, fue el silencio de aquellos que luego se convertirían en abanderados de la lucha contra ella, como George Bernard Shaw, Bertrand Russell, Stefan Zweig o Robert Graves¹⁴. En Alemania, hombres como Georg Simmel, Otto Dix, Hugo von Hofmannsthal, Rainer Maria Rilke o Gerhart Hauptmann, al igual que la mayoría del mundo académico de su país, iniciaron una campaña que presentaba la guerra como una manera de vincular la alta cultura con el conjunto de la sociedad para regenerar la nación. En Francia y Gran Bretaña, en cambio, su tarea se centró en la denuncia de las «atrocidades» y la defensa del «derecho» desde la prensa y desde los ámbitos académicos y escolares como forma de justificar la intervención en el conflicto. Este proceso fue una parte central del esfuerzo bélico para todos los Estados beligerantes, ya que, como escribió Horne, la «diabolisation de l'ennemi est la contrepartie d'une idéalisation de la communauté nationale»¹⁵.

En la construcción de las comunidades nacionales en guerra, una de las más importantes herramientas de intervención colectiva de la cual se dotaron los intelectuales europeos fue el manifiesto público. Como sucedió en España, a nivel europeo, la Gran Guerra se convirtió en una «guerra de manifiestos», que se inició en octubre de 1914 con el conocido «Manifiesto de los 93» de los académicos alemanes, que llevó a que sus pares ingleses, franceses y rusos respondieran con documentos similares. En este marco, se enfrentaron simultáneamente varios proyectos y valores —el libe-

¹³ Emilio GENTILE: *L'apocalisse della modernità. La Grande Guerra per l'uomo nuovo*, Milán, Mondadori, 2008.

¹⁴ Roland STROMBERG: *Redemption by War. The Intellectuals and 1914*, Kansas, The Regents Press of Kansas, 1982, pp. 46-50.

¹⁵ John HORNE: «Introduction», en John HORNE (dir.): *Vers la guerre totale. Le tournant de 1914-1915*, París, Tallandier, 2010, p. 15.

ralismo inglés o los propósitos paneslavistas rusos, entre otros— pero el centro de las polémicas se estructuró alrededor del enfrentamiento entre las «ideas de 1914» alemanas y las herencias del 1789 francés. Así, la gran mayoría de los intelectuales alemanes se abocó a la tarea de forjar una ideología concluyente destinada a confrontar las ideas occidentales de libertad y democracia. Los escritos de Max Scheller, Thomas Mann, Houston S. Chamberlain, Friedrich Meinecke y Rudolf Kjellén, entre otros, sistematizaron esta lógica de confrontación que acabó por impregnar las polémicas de todo el continente europeo y parte del americano¹⁶. Basándose en las tradiciones del derecho, la historiografía y la filosofía románticas, consideraban al Estado alemán como una forma política deseada por el pueblo, que le daba una verdadera libertad que sólo podía ser posible en un sistema donde la monarquía y la burocracia se situaban más allá de intereses particulares de clases y partidos. Esta construcción intelectual fue concebida, a su vez, como un medio de movilización del pueblo contra toda tentativa de reforma del sistema político del Imperio¹⁷. Evidentemente, ya aquí aparecían algunas de las ideas fundamentales de la llamada Revolución Conservadora de los años 1920¹⁸.

Desde el otro lado del Rin, y a partir del inicio de la guerra, intelectuales y artistas franceses realizaron una revisión de los valores y la cultura alemanes que habían respetado y admirado durante mucho tiempo¹⁹. Para la mayoría de ellos, la violencia de la guerra se acabó convirtiendo en un componente consubstancial a la cultura alemana; el orgullo alemán era un dato evidente desde Fichte, a quien pasaba a considerarse como uno de los grandes responsables del conflicto. El pensamiento alemán sufrió duras críticas y fue

¹⁶ Eberhard DEMM: «Les intellectuels allemands et la guerre», en Jean-Jacques BECKER y Stéphane AUDOIN-ROUZEAU (coords.): *Les sociétés européennes et la guerre...*, pp. 183-198.

¹⁷ Aleksandr N. DMITRIEV: «La mobilisation intellectuelle. La communauté académique internationale et la Première Guerre mondiale», *Cahiers du monde russe*, 43/4 (2002), pp. 622-627.

¹⁸ Jeffrey HERF: *El modernismo reaccionario*, Buenos Aires, FCE, 1993, pp. 50-112.

¹⁹ Los argumentos contra el arte y la música alemanes se multiplican en las revistas francesas desde los primeros meses de la guerra. Como ejemplo véase Jules COMBARIEU: «Musiciens allemands et Musiciens français», *La Revue de Paris*, 1 de marzo de 1915, pp. 174-193.

asimilado a la *nuage hégélien* que había venido a oscurecer la razón francesa, hipnotizándola al punto de que grandes maestros como Renan o Taine habían caído bajo su influencia. En este contexto, la guerra expandía las críticas a la noción de progreso tal como había sido asociada con Alemania, con el desarrollo de la ciencia positiva, el comercio, la industria y la organización metódica de la vida social como elementos centrales. Alemania, patria natural de todos los pensadores, había fallado en su sacra misión y la ruta estaba ahora libre para que Francia, antigua maestra de las letras, retomara su función como la nación más inteligente de Europa. Pero, tal como muestra el artículo de Christophe Prochasson incluido en este número, esta uniformidad entre los intelectuales se resquebrajó con la aparición de la disidencia, estigmatizada en la figura de Romain Rolland.

La batalla de Verdun, que tuvo lugar entre febrero y junio de 1916 y costó la vida a 315.000 franceses y 281.000 alemanes, dinamitó las bases de este consenso. Cinco meses después, en el Somme, volvieron a morir 420.000 ingleses, cerca de 200.000 franceses y 450.000 alemanes. Estos dos hechos mostraron que la guerra imaginada y heroica era muy distinta a la real y las protestas comenzaron a crecer. En 1916, Henri Barbusse pudo publicar el libro *Le Feu* y un año después ganó el *Prix Goncourt* por él. Desde mediados de 1916, las publicaciones y agrupamientos que rechazaban la guerra, que tenían, todo ello, a Rolland como guía espiritual, ganaron un cierto terreno en los países más importantes de Europa. En 1917, Stefan Zweig publicó su drama vagamente antibelicista *Jeremias*, mostrando que la oposición a la guerra comenzaba a extenderse. Mientras tanto, en el contexto de la política internacional, en febrero de 1917 la situación en Rusia dio un claro impulso a los partidarios del fin de la guerra, que se referenciaban en las experiencias de las conferencias de Zimmerwald, de septiembre de 1915, y Kienthal, de mayo 1916. Frente a esta situación, Gran Bretaña, Francia y Alemania se vieron obligadas en 1917 y 1918 a fortalecer sus esfuerzos propagandísticos con la colaboración de los intelectuales.

Mientras esto progresaba, se hacía evidente el desencanto vivido por los jóvenes franceses y europeos en general. Desaparecido el entusiasmo de los primeros años de la guerra, el horror se convirtió en el sentimiento más experimentado por los soldados, tal como expresaban Ernst Jünger en sus textos y Otto Dix y Max Beckmann

en sus pinturas. La guerra, que debía haber sido una cruzada por un mundo nuevo, abrió otra vez la puerta a la incertidumbre. Así lo expresó un capitán francés: «Assistiamo alla fine di un mondo, ai soprassalti di una civiltà che si suicida. Del resto, a parte le sofferenze che questo provoca, non poteva fare di meglio»²⁰. Sin embargo, en este proceso, la lucha por la construcción de un nuevo mundo alumbró también su primera experiencia triunfante: la revolución bolchevique.

Después de la guerra, los intelectuales ya no volvieron a tener un comportamiento intelectual autónomo y singular. El conflicto se convirtió en una guía de lectura imprescindible para definir sus posturas futuras tanto a nivel social como nacional durante las décadas siguientes. Entre los alemanes, la derrota y la problemática instauración de la República de Weimar dio un sustrato que proporcionó al nacionalsocialismo una base mítica para la fundamentación de su proyecto político²¹. En el caso francés, el triunfo en la guerra perdió relevancia frente a la amplitud de un desastre que había afectado a la humanidad en su conjunto y produjo entre los intelectuales una «doublé mauvaise conscience»²² por su papel en la propaganda de guerra y por su acercamiento hacia el poder político.

España y la Gran Guerra: historiografía y ausencias historiográficas

A pesar de que el estudio del impacto y el desarrollo de la Gran Guerra en los países neutrales es sensiblemente menor al de aquellos que intervinieron en el conflicto, actualmente la bibliografía disponible comienza a ser significativa²³. Para el caso español, no

²⁰ Citado en Emilio GENTILE: *L'apocalisse della modernità...*, p. 242.

²¹ George MOSSE: *De la grande guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*, París, Hachette, 1999, y Peter FRITZSCHE: *De alemanes a nazis 1914-1933*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, pp. 93-140.

²² Jean-François SIRINELLI: «Les intellectuels français et la guerre», en Jean-Jacques BECKER y Stéphane AUDOIN-ROUZEAU (coords.): *Les sociétés européennes et la guerre...*, p. 151.

²³ Entre las obras de carácter relativamente general destacan: Hans SCHMITT (ed.): *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988; Rebecka LETTEVALL, Geert SOMSEN y Sven WIDMALM (eds.): *Neutrality in Twentieth-century Europe: Intersections of Science, Cul-*

obstante el fácilmente constatable retraso histórico en este campo y el hecho de que en los estudios generales sobre la historia de la Primera Guerra Mundial las referencias a España suelen ser breves o directamente inexistentes²⁴, comienza a haber una cierta cantidad de publicaciones destacables²⁵. En las últimas décadas, los aspectos más analizados han sido las relaciones internacionales, la economía y, en menor medida, la relación entre la política interior y el desarrollo europeo²⁶. También han sido trabajados con profundidad los

ture, and Politics After the First World War, York, Routledge, 2012; Hermanus AMERSFOORT y Wim KLINKERT (eds.): *Small powers in the age of total war, 1900-1940*, Ámsterdam, Brill, 2011, y Olivier COMPAGNON: «Entrer en guerre? Neutralité et engagement de l'Amérique latine entre 1914 et 1918», *Relations internationales*, 137 (2009), pp. 31-43. Sobre algunos países en concreto, Ismee TAMES: «“War on our Minds” War, neutrality and identity in Dutch public debate during the First World War», *First World Studies*, 2 (2012), pp. 201-216; Maartje ABENHUIS: *The Art of Staying Neutral: The Netherlands in the First World War, 1914-1918*, Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2006; Yannis MOURELOS (ed.): *La France et la Grèce dans la grande guerre. Actes du colloque tenu en novembre 1989 à Thessalonique*, Tesalónica, Université, 1992; Carsten DUE-NIELSEN: «Denmark and the First World War», *Scandinavian Journal of History*, 1 (1985), pp. 1-18; María Inés TATO: «La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial», *Temas de Historia Argentina y Americana*, 13 (2008), pp. 227-250, y Hernán OTERO: *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

²⁴ En las obras colectivas sobre la Gran Guerra, España es casi siempre un ausente; una excepción a esta situación general: Jean-Marc DELAUNAY: «1914. Les espagnols et la guerre», en Jean-Jacques BECKER y Stéphane AUDOIN-ROUZEAU (coords.): *Les sociétés européennes et la guerre...*, pp. 117-132.

²⁵ Una visión panorámica de la gran mayoría de los aspectos derivados del conflicto puede consultarse en Francisco ROMERO SALVADÓ: *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002, e íd.: *The foundations of Civil War: Revolution, social conflict and reaction in liberal Spain, 1916-1923*, Nueva York, Routledge, 2009; también véase Elena PALACIOS NAVARRO: *España y la Primera Guerra Mundial*, tesis doctoral, Madrid, UCM, 1995.

²⁶ La mayoría de los trabajos más importantes se citan a lo largo de este dossier. No obstante, es importante mencionar algunos libros recientes: Carolina GARCÍA SANZ: *La Primera Guerra Mundial en el Estrecho de Gibraltar. Economía, política y relaciones internacionales*, Madrid, CSIC, 2012; Francisco Javier PONCE MARRERO: *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918: estrategia y diplomacia. Un estudio sobre la política exterior de España*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria Ediciones, 2006. Para un análisis de la historiografía sobre la neutralidad española, aunque centrado casi exclusivamente en los estudios sobre relaciones internacionales, véase Rubén DOMÍNGUEZ MÉNDEZ: «La Gran Guerra y la neutralidad española: entre la tradición historiográfica y las nuevas líneas de investigación», *Spagna Contemporanea*, 34 (2008), pp. 27-44.

temas vinculados a la propaganda, así como las múltiples relaciones del conflicto entre la aliadofilia y el desarrollo del nacionalismo catalán²⁷. No obstante, como afirmaba hace más de diez años Manuel Espadas Burgos, «la incidencia de la Primera Guerra Mundial en España continúa hoy como uno de los capítulos de la historia de nuestro siglo más necesitado de investigación»²⁸.

En este marco, la escasez de trabajos sobre la influencia de la guerra en la cultura y, más específicamente, el papel de los intelectuales en ella, es un hecho que resalta con facilidad. A pesar de que existen estudios dedicados a algunas figuras y revistas²⁹, no dispone-

²⁷ Paul AUBERT: «La propagande étrangère en Espagne dans le Premier tiers du XX^e siècle», *Mélanges de la Casa Velázquez*, 31/3 (1995), pp. 103-176; Jean-Marc DELAUNAY: «Relations franco-espagnoles autour de la Première Guerre Mondiale», *Mélanges de la Casa Velázquez*, XVIII/2 (1982), pp. 129-148; íd.: «L'action diplomatique des pays belligérants en direction de l'opinion publique espagnole durant la première Guerre Mondiale», en *Opinion Publique et Politique Extérieure*, vol. II, 1915-1940, Roma, École Française de Rome-Università di Milano, 1984, pp. 229-234; Luis ÁLVAREZ GUTIÉRREZ: «Intentos alemanes para contrarrestar la influencia francesa sobre la opinión pública española en los años precedentes a la Primera Guerra Mundial», en VVAA: *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1986, pp. 1-22, y véanse también los artículos de Fernando GARCÍA SANZ, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y María Dolores ELIZALDE PÉREZ-GRUESO en el dossier «Los servicios de información modernos y contemporáneos», *Revista de Historia Militar*, 4 (2005), pp. 147-258. Sobre Cataluña: David MARTÍNEZ FIAL: *El catalanisme i la Gran Guerra. Antologia*, Barcelona, La Magrana, 1988; íd.: *Els «Voluntaris catalans» a la Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1991; Maurice VAISSE: «La Catalogne, la France et la guerre de 1914-1918, à partir des archives de la Commission de contrôle postal de Narbonne», *Revue d'Histoire Diplomatique*, 1 (1981), pp. 43-66, y Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Catarroja-Valencia, Afers-Universitat de València, 2010.

²⁸ Manuel ESPADAS BURGOS: «España y la Primera Guerra Mundial», en Javier TUSSELL et al.: *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, 2000, p. 97.

²⁹ Entre otros, véanse Santos JULIÁ: «Azaña ante la Gran Guerra», *Claves de razón práctica*, 94 (1999), pp. 64-67; Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: «“Vieja y Nueva Política” y el semanario *España* en el nacimiento de la Generación del 14», en María Teresa LÓPEZ DE LA VIEJA (ed.): *Política y sociedad en Ortega y Gasset. En torno a «Vieja y Nueva Política»*, Barcelona, Anthropos, 1997, pp. 185-194; Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Universitat de Lleida-Pagès Editors, 2009; Joan SAFONT: *Per França i Anglaterra. La I Guerra Mundial dels aliadòfils catalans*, Barcelona, A Contra Vent, 2012, y Jesús María RODÉS y Enric UCÉLAY DA CAL: «“Els Amics d'Europa” i “Messidor”. Nacionalisme i internacionalisme», *L'Avenç*, 69 (1984), pp. 62-72.

mos de una visión de conjunto que analice el impacto del conflicto. Por ello, aún sigue citándose profusamente un trabajo de Fernando Díaz-Plaja que está lejos de ser un análisis de historia intelectual en los términos que lo son algunas obras de referencia europeas³⁰. En este contexto, sin lugar a dudas, las aportaciones más relevantes son algunos trabajos de Gerald Meaker y Javier Varela³¹. Dado este panorama, no es extraño uno de los mejores conocedores del ambiente intelectual español de esta época, José-Carlos Mainer, haya señalado la llamativa ausencia de investigaciones generales sobre el impacto de la Gran Guerra en los intelectuales españoles³².

Como parte de este marco general, vale la pena destacar, por un lado, que en las obras recientes que han realizado una interpretación general sobre los intelectuales españoles durante los siglos XIX y XX, la importancia de la Gran Guerra aparece desdibujada. Los libros de Santos Juliá (*Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004), Javier Varela (*La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999), Inman Fox (*La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997), Juan Marichal (*El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, Madrid, Taurus, 1995) o el reciente volumen 6 de la *Historia de la literatura española*, titulado por José-Carlos Mainer *Modernidad y nacionalismo (1900-1939)* (Madrid, Crítica, 2010) —sólo por citar algunas de las más relevantes— así lo demuestran³³. La Primera Guerra Mundial aparece, en todos estos casos, como una referencia marginal de un proceso que se había iniciado en 1898 y que acabaría en la Segunda República y en

³⁰ Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos*, Barcelona, Dopesa, 1972.

³¹ Gerald MEAKER: «A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en Hans A. SCHMITT (ed.): *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988, pp. 1-65, y Javier VARELA: «Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra», *Claves de razón práctica*, 88 (1998), pp. 27-37.

³² José-Carlos MAINER: «La nueva *intelligentsia* franquista y Europa», en Francesc VILANOVA I VILA-ABADAL y Pere YSÀS I SOLADES (eds.): *Europa, 1939. El año de las catástrofes*, Valencia, PUV, 2010, pp. 93-108, pp. 100-101, n. 6.

³³ Es necesario resaltar que dos obras clave de José-Carlos MAINER: *La doma de la quimera: ensayos sobre nacionalismo y cultura en España* (Bellaterra, Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 1988) y *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural* (Madrid, Cátedra, 1981) tampoco contienen reflexiones sobre el impacto de la guerra que vayan más allá de las dos o tres páginas.

la posterior Guerra Civil. Por otra parte, es claro también que 1914 aparece como un punto de frontera en los estudios sobre los intelectuales españoles. A diferencia de lo que pretendió mostrar hace años Robert Wohl en *The Generation of 1914* (Cambridge, Harvard University Press, 1979), este año no constituye un punto de partida para nuevas reflexiones sino, más bien, el final de un proceso iniciado en 1898³⁴. En este sentido, resulta igualmente ilustrativo que una obra relevante sobre la generación del 14, después de dedicarle casi cuarenta páginas a los primeros años de la guerra, de por acabado su análisis a finales de 1915³⁵. Claramente, la cronología estrictamente española se impone frente al contexto europeo. Así se demuestra también para el periodo posterior, el de la crisis del liberalismo, que, al menos para algunos autores, parece tener pocos puntos de contacto con los años de la Gran Guerra³⁶.

¿Cuáles son las razones que pueden explicar esta situación? Sin duda, la condición neutral del Estado español durante todo el conflicto debe colocarse en primer lugar. Asimismo, tampoco puede dejarse de lado la centralidad —en términos sociales, políticos, económicos y también culturales— que asumió la guerra de Marruecos durante las primeras décadas del siglo pasado. Pero más allá de estas cuestiones fundamentales, la respuesta a esta pregunta también ha de buscarse tanto en los discursos historiográficos como en los textos de los propios intelectuales.

En términos historiográficos, esta «ausencia» no es del todo sorprendente si la enmarcamos en el estado de los estudios sobre el nacionalismo español del periodo de la Restauración hasta los años noventa, cuando el debate sobre el nacionalismo español —y también sobre los procesos de nacionalización— cobró relevancia en los estudios académicos sobre la España contemporánea³⁷. Hasta entonces, en los análisis sobre los discursos historiográficos sobre

³⁴ Eric STORM: *La perspectiva del progreso. Pensamiento político en la España del cambio de siglo (1890-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, y Juan Carlos SÁNCHEZ ILLÁN: *La nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

³⁵ Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La generación del 14. Una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

³⁶ Cfr. Víctor OUIMETTE: *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*, Valencia, Pretextos, 1996.

³⁷ Ferran ARCHILÉS: «Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea», en Ismael SAZ y Ferran ARCHILÉS (eds.):

los intelectuales españoles sobrevivía, en parte, la idea de que mientras Europa había asistido en las décadas seculares al nacimiento de nuevos nacionalismos, la España del regeneracionismo parecía inmune a ellos. La paradoja resultaba evidente. El núcleo de los nuevos nacionalismos europeos estaba constituido, justamente, por el binomio decadencia/regeneración, mientras que en España la indudable presencia de dicho binomio parecía ocultar la eclosión nacionalista³⁸. Importantes trabajos en los últimos años han puesto de manifiesto este problema a la hora de analizar los pensamientos nacionalistas de las primeras décadas del siglo XX, dando una especial relevancia, por un lado, a la influencia de las corrientes intelectuales europeas entre los hombres de letras españoles y, por otro, sosteniendo la ausencia de una excepcionalidad en sus ideas respecto del contexto europeo³⁹. Como ha escrito Javier Moreno Luzón, asistimos, pues, al fin de la melancolía⁴⁰.

Hace años, Vicente Cacho Viu mostró cómo la crisis de fin de siglo europea fue experimentada en España, con el marco de la pérdida de las colonias como hecho central y con algunas características propias, en términos comparables a los de la mayoría de países⁴¹. Para los años posteriores, y a pesar de los problemas metodológicos que puede tener su aproximación generacional, Robert Wohl destacó los muchos puntos en común entre las «generaciones perdidas» europeas y la española encabezada por Ortega⁴². Parece evidente, pues, la dificultad de estudiar a los intelectuales

Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea, Zaragoza, PUZ, 2011, pp. 245-330.

³⁸ Carlos FORCADELL, Ismael SAZ y Pilar SALOMÓN: «Introducción», en Carlos FORCADELL, Ismael SAZ y Pilar SALOMÓN (eds.): *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, PUV, 2009, pp. 9-15, p. 10.

³⁹ Ismael SAZ: *España contra España*, Madrid, Marcial Pons, 2003; ID.: «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, 71 (2008), pp. 153-174, y Santos JULIÁ: *Historias de las dos Españas...*

⁴⁰ Javier MORENO LUZÓN: «Introducción: El fin de la melancolía», en Javier MORENO LUZÓN (ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 13-24.

⁴¹ Vicente CACHO VIU: *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997. Véase también Eric STORM: «The rise of the intellectual around 1900: Spain and France», *European History Quarterly*, vol. 32, 2 (2002), pp. 139-160.

⁴² Véase también Marina DÍAZ CRISTÓBAL: «¿La Generación clásica? Modernidad, modernismo y la generación del 14», *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 8 (2002), pp. 146-147.

españoles haciendo referencia al *problema* de España en términos locales y excepcionales —como muchos de ellos se empeñaron en presentarlo a sus contemporáneos— por su intrínseca relación con las reflexiones sobre la crisis del positivismo, la ciencia y las morales colectivas, la aparición de elementos como el irracionalismo, el vitalismo y los nuevos tipos de nacionalismos que acabaron por explotar en 1914.

A pesar de los grandes avances conseguidos, la falta de estudios sobre la Gran Guerra denota la pervivencia de una cuestión conflictiva, heredada de los discursos nacionalistas de algunos intelectuales regeneracionistas. Se trata de un elemento central del discurso de la degeneración, del fracaso de España como nación: la idea de que España no formaba parte de Europa, que no acababa de encajar en ella, y por ello para *regenerarse* había de buscar necesariamente en Europa los antídotos contra su enfermedad. Sin embargo, es necesario insistir en que, a pesar de que en las primeras décadas del siglo xx España no estaba en el centro de las grandes alianzas internacionales, en el plano de la cultura estaba especialmente inserta en Europa. Desde luego, los intelectuales, y sobre todo aquellos que escribían una y otra vez sobre el *problema* de España, estaban plenamente influenciados por su ambiente intelectual y tenían un cierto impacto sobre él. En este sentido, si nos preguntamos sobre los tipos de lecturas que habían forjado las ideas de Unamuno, Baroja, Azorín, Altamira, Maeztu, Ortega y Gasset, D'Ors o Azaña, la respuesta resulta obvia: en textos de las principales figuras europeas y, entre ellas, sobre todo las que dominaban las esferas intelectuales inglesas, francesas y alemanas.

La proyección del conflicto europeo

Como es conocido, la Gran Guerra llevó a la explosión de los discursos europeos palingenésicos sobre la enfermedad, crisis, decadencia y resurrección de las naciones europeas. Y en esto España tampoco fue una excepción. La gran mayoría de los intelectuales que habían bebido de las fuentes del regeneracionismo recondujo sus ideas en el marco de un heterogéneo *aliadofilismo* —y, en menor medida, de particulares discursos neutralistas y germanófilos—, radicalizando sus argumentaciones, que asumieron en no pocos ca-

sos características ciertamente místicas, a la espera de que la influencia de Europa, primero en guerra y después en paz, sacara a España de su decaimiento nacional. Tal como pretende ilustrar este monográfico, las ideas de los intelectuales españoles se articularon a partir de las mismas antinomias, analogías y metáforas utilizadas por los escritores aliadófilos del resto de Europa. No es extraño, en este sentido, que el gran enemigo de una parte significativa de los germanófilos (y de su propaganda) fuese mucho más Inglaterra que Francia, tal como sucedía entre los intelectuales alemanes, o que los más fervientes aliadófilos reunidos en *Iberia* o *España* emplearan las mismas metáforas para criticar la barbarie alemana que sus colegas franceses⁴³.

Como intenta mostrar este dossier, a diferencia de lo que se ha pensado muchas veces, la guerra no tuvo una incidencia menor en la sociedad española. Las filias y fobias «desunieron matrimonios, disolvieron traumáticamente tertulias de amigos y calaron mucho más hondo en la frivolidad de las masas españolas, que los auténticos problemas de la vida pública»⁴⁴. En este escenario, los intelectuales ocuparon un papel de máxima relevancia para desarrollar el proceso de «movilización cultural» que se experimentó en España. Estos hombres de letras, que escribían mayoritariamente en periódicos de gran difusión bajo la presión de la propaganda europea y de la política interior, fueron una pieza central de toda esta estructura. Su relación con la política se hizo cada vez más estrecha al calor de un conflicto que les encontró, a la altura de 1917, en alguno de los polos de acción que pusieron en jaque el sistema restauracionista. En este sentido, la guerra les convirtió en los verdaderos catalizadores de la opinión nacional y, con ello, simbolizó su entrada en la *madurez*, profundizando sus relaciones con la política.

Diez años después del final de la Guerra Civil, en el exilio de Buenos Aires, Francisco Ayala publicó *La cabeza del cordero*, un conjunto de narraciones cuyo proemio planteaba que las divisiones ideo-

⁴³ Véase el resumen de los argumentos franceses y alemanes que aparece en Jean-Jacques BECKER y Gerd KRUMEICH: *La Grande Guerre. Une histoire franco-allemande*, París, Tallandier, 2008, pp. 104-109.

⁴⁴ Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO y Gabriel MAURA GAMAZO: *Por qué cayó Alfonso XIII. Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado*, Madrid, Ambos Mundos, 1948, p. 273; citado en María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Ciudadanía y Acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, Siglo XXI, 1990, p. 53.

lógicas de la Guerra Civil habían tenido sus orígenes en la Primera Guerra Mundial, donde los «partidos diseñaron, en aquella España neutralizada, el tajo que más tarde escindiría a los españoles en dos bandos irreconciliables»⁴⁵. Son varios los testimonios que caracterizan metafóricamente la sociedad española de 1914 a 1918 como una sociedad en estado de guerra civil. Ortega y Gasset, en octubre de 1915 y desde las páginas de *España*, observó que la disensión entre francófilos y germanófilos sólo servía para agravar «la enfermedad mayor que padece España desde hace muchos años: la discordia, la terrible secesión de los corazones, el odio omnímodo, el rencor»⁴⁶. Miguel de Unamuno, en el mitin de la Plaza de Toros de Madrid del 27 de mayo de 1917, cuestionó la neutralidad del gobierno español al preguntar: «¿Qué puede retener a los poderes públicos de incorporarse a la historia de Europa? ¿Miedo a la guerra civil, acaso? Es que la tenemos ya; tenemos la guerra civil en España»⁴⁷. Pío Baroja planteó algo parecido en diciembre de 1916 en las páginas de *ABC*: «desde que comenzó el conflicto europeo, el pueblo español, como la mayoría de los pueblos neutrales, está en plena guerra civil»⁴⁸. Desde una perspectiva contemporánea, Gerald Meaker ha afirmado que la división entre aliadófilos y germanófilos «found expression in a polemic so bitter and sustained, so filled with rancor and self-righteousness, that it had the moral quality of a civil war. It was in fact a civil war of words»⁴⁹. Romero Salvadó, siguiendo este razonamiento, también ha observado que esta apasionada polémica «supuso un choque verbal entre las dos Españas y fue el presagio de la guerra civil real que estallaría en el futuro y para la que sólo faltaba una generación»⁵⁰.

A la luz de los artículos que aquí se presentan parece necesario matizar este planteamiento general, al menos en algunos aspectos

⁴⁵ Citado en Javier KRAUEL: «Visión parcial del enemigo íntimo: La Gran Guerra como antesala de la Guerra Civil», *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, 5 (2009), pp. 155-176.

⁴⁶ José ORTEGA Y GASSET: «Una manera de pensar. II», *España*, 14 de octubre de 1915, p. 3; en *Obras completas*, vol. I, 1902-1915, Madrid, Taurus, 2005, p. 909.

⁴⁷ «Discurso: Mitin de las izquierdas, Madrid», en Miguel de UNAMUNO: *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial*, Londres, Tamesis, 1976, p. 91.

⁴⁸ Pío BAROJA: *Nuevo tablado de Arlequín*, Madrid, Caro Raggio, 1982, p. 177.

⁴⁹ Gerald MEAKER: «A Civil War of Words...», p. 2.

⁵⁰ Francisco ROMERO SALVADÓ: *España. 1914-1918...*, p. 11.

concretos. Sin duda, la Gran Guerra representó una experiencia fundamental para entender las reflexiones que hicieron los intelectuales durante su desarrollo y después de su fin. Lo propio sucedió con las diferentes opciones políticas y el conjunto de la sociedad, que también se posicionaron. Sin embargo, estos alineamientos no coinciden en todos los casos con aquellos que se dieron durante la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República y, sobre todo, esta división tan tajante ignora las heterogeneidades en los grandes bloques germanófilo y aliadófilo e, inclusive, dentro de cada movimiento político. Tampoco tiene en cuenta el carácter dinámico del conflicto ni sus diferentes fases tal y como ha sido enfatizado por la historiografía europea.

Sin embargo, más allá de estas matizaciones, los planteamientos alrededor de la idea de una «guerra civil» continúan siendo fundamentales para comprender la importancia del impacto del conflicto. En este sentido, es claro que no pueden dejarse de lado las huellas de la Gran Guerra en la política y los intelectuales en una España que a pesar de que no tuvo los millones de excombatientes que nutrieron las diferentes propuestas de nacionalismo radical en Europa, vio cómo los discursos políticos, las lecturas de las opciones posibles frente a un régimen en crisis y la necesidad de articular nuevas formulaciones para renovar las culturas políticas nacionalistas resultaron profundamente afectadas. No hubo un Estado en guerra ni unos esfuerzos bélicos que afectaran a la sociedad, pero existió una voluntad consciente para pensar el conflicto y posicionarse en consecuencia que, en su desarrollo, acabó por vincular estrechamente el pensamiento sobre la guerra con la realidad política española y su renovación vital-nacional.

Desde esta perspectiva general, este dossier se propone realizar una aproximación al análisis del impacto cultural y político de la Gran Guerra en España teniendo en cuenta tanto el marco general europeo como las propias características locales de uno de los países neutrales más relevantes del continente. Con este propósito, se presentan cuatro contribuciones de reconocidos especialistas. Dos de ellas, las de Christophe Prochasson y Patrizia Dogliani, estudian unos escenarios, el francés y el italiano, especialmente relevantes para el análisis de los intelectuales españoles en un marco comparativo europeo. Las dos restantes, a cargo de Santos Juliá y quien firma este texto, tienen por objeto examinar el ámbito español

desde la perspectiva de las filias y fobias que dominaron el impacto del conflicto en nuestro país y configuraron una verdadera «guerra civil de palabras» que sirvió de base para las renovadas propuestas culturales y políticas de los años veinte y treinta que, a pesar de que no siempre coincidieron con los campos enfrentados entre 1914 y 1918, no pueden comprenderse al margen de su influencia.

* * *

Antes de finalizar esta presentación, quiero mencionar algunos colegas y amigos que han sido fundamentales para que este monográfico haya podido llegar a materializarse. Ismael Saz acogió con generosidad e interés mi propuesta original y contribuyó decisivamente en sus inicios. Con sus trabajos, comentarios y sugerencias, Ángel Duarte, Anna María García, Ferran Archilés, Juan Avilés y el consejo de redacción de *Ayer* ayudaron a mejorar algunos aspectos esenciales de este número. Teresa María Ortega y María Sierra resolvieron siempre, y con rapidez, todas las dificultades que fueron apareciendo. Finalmente, *last but not least*, no puedo dejar de agradecer profundamente a los prestigiosos colaboradores de este monográfico por haber aceptado embarcarse en esta aventura.

Los intelectuales franceses y la Gran Guerra. Las nuevas formas del compromiso

Christophe Prochasson

EHESS-CESPPRA

Resumen: En los quince últimos años la historiografía sobre la Primera Guerra Mundial ha sido enriquecida con trabajos dedicados a los intelectuales franceses, cuya fama había disminuido en los primeros meses del conflicto por su compromiso mayoritario con la bandera nacional. Este artículo revisita su «puesta al servicio» de la patria, que no puede ser reducida totalmente a la propaganda. También insiste en otras dos funciones asignadas a los intelectuales, que cobraron una importancia inédita durante las hostilidades: la resistencia, de la cual nació la figura de la disidencia encarnada perfectamente por el escritor Romain Rolland, y el testimonio, que es estudiado especialmente a través del caso de Jean Norton Cru, autor en 1929 de una obra de gran impacto, *Témoins*. Al centrarnos sobre esos tres aspectos de la actividad de los intelectuales franceses durante la guerra, se observa que tanto su imagen como su papel presentaron otras características en los años 1920-1930. El intelectual liberal nacido en tiempos del caso Dreyfus había sobrevivido.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial, Francia, intelectuales, testimonio.

Abstract: In the last fifteen years the historiography of the First World War has been enriched with works devoted to French intellectuals, whose fame had declined in the first months of war because of their major commitment with the national flag. This article revisits her «put at the service» of the nation, which cannot be entirely reduced to propaganda. It also emphasizes two other functions assigned to the intellectuals who assumed an unprecedented importance during hos-

tilities: the resistance, from which was born the figure of the dissent, embodied perfectly by the writer Romain Rolland, and testimony, especially studied through the case of Jean Norton Cru, author of a clamorous work in 1929, *Témoins*. By focusing on these three aspects of the activity of French intellectuals during the War, the text intends to show that both intellectuals' image and role had other characteristics in the years 1920-1930. The liberal intellectual born in times of Dreyfus had survived.

Keywords: First World War, France, intellectuals, testimony.

Antes de su renovación historiográfica en los años 1990¹, la historia de la Gran Guerra se había centrado prioritariamente en cuestiones militares y políticas². La retaguardia, la movilización total de las sociedades y, por consiguiente, la historia de las élites intelectuales, eran los parientes pobres de una historiografía dominada por la cuestión de las responsabilidades y el estudio de las relaciones de fuerza durante todo el conflicto. La entrada en escena de una «historia cultural» del conflicto, atenta a los comportamientos de los actores implicados, abrió ampliamente el espectro social de los estudios históricos sobre la Gran Guerra al estudiar poblaciones hasta entonces dejadas de lado por los historiadores: mujeres, personas desplazadas, intelectuales³. Estos úl-

¹ Cfr. Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Annette BECKER: «Vers une histoire culturelle de la Première Guerre mondiale», *Vingtième siècle, revue d'histoire*, 41 (enero-marzo de 1994), pp. 5-8, e íd.: *14-18. Retrouver la guerre*, París, Gallimard, 2000.

² Antoine PROST y Jay WINTER: *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, París, Seuil, 2004, y Christophe PROCHASSON: *14-18. Retours d'expériences*, París, Tallandier, 2008.

³ En una bibliografía que se ha vuelto imponente, citemos de manera muy selectiva: Frank FIELD: *British and French writers of the First World War. Comparative Studies in Cultural History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991; Roland STROMBERG: *Redemption by the War. The Intellectuals and 1914*, Kansas, The Regents Press of Kansas, 1982; Michel TREBITSCH: *Intellectuels engagés d'une guerre à l'autre*, París, Les Cahiers de l'institut d'Histoire du Temps présent, 1994; Emilio GENTILE: *L'apocalypse de la modernité. La Grande Guerre et l'homme nouveau*, París, Aubier, 2011; Martha HANNA: *The Mobilization of Intellect. French Scholars and Writers during the Great War*, Cambridge-Londres, Harvard University Press, 1996; Christophe PROCHASSON y Anne RASMUSSEN: *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la première guerre mondiale*, París, La Découverte, 1996; Nicolas BEAUPRÉ: *Écrire en guerre, écrire la guerre: France, Allemagne, 1914-1920*, París, CNRS éditions, 2006.

timos arrastraban una negativa reputación, a menudo forjada durante el periodo de entreguerras por todo un ensayismo acusatorio que solía venir de la izquierda pacifista, que les reprochaba un atontamiento criminal que les había conducido a renunciar a cualquier sentido crítico. Por obcecación nacionalista, los intelectuales habían alienado su autonomía al ponerse al servicio de la nación, de la misma forma que algunos de ellos se pondrían «al servicio del Partido» unos años más tarde. Sin embargo, no podemos oponernos completamente al hecho de que la guerra suscitó en los intelectuales una forma de compromiso radical que conviene recontextualizar. No obstante, no se detiene aquí el inventario de las formas de sus reacciones: también supieron resistir y dar testimonio ante la Historia.

Comprometerse

El léxico que acompaña habitualmente la historiografía de los intelectuales franceses reserva un lugar central al término «compromiso». La noción designa la entrada de sabios y artistas en la arena política. También tiene una connotación belicista. Compromiso militante (por una causa) o compromiso militar (por una batalla), ambos remiten a la conflictividad. ¿Es necesario recordar que en Francia los «intelectuales», el nombre y la cosa en su significación contemporánea, nacieron de un conflicto? El caso Dreyfus (1894-1906) fue su bautismo. El gigantesco error judicial del cual un capitán judío del ejército francés fue la primera víctima, permitió a los intelectuales imponerse como fuerza social autónoma, independiente de las instituciones. En el marco de nuestro artículo, no es indiferente señalar que los intelectuales franceses surgieron en el espacio público con motivo de un conflicto con el ejército, en el cual la nación rápidamente se encontró en el centro de los debates. Así, esta primera configuración convirtió a los intelectuales en *disidentes*, una categoría social que les enfrentaba a la opinión dominante y les oponía frontalmente tanto al Estado como a las principales autoridades sociales.

No es excesivo sostener que esa batalla inaugural hizo de los intelectuales unos soldados. Ellos también dejaron súbitamente su estado civil y sus ocupaciones habituales para defender sus idea-

les, se reunieron, evaluaron las relaciones de fuerza, eligieron armas adaptadas a sus combates, lograron victorias y afrontaron derrotas. Además, los años «postdreyfusianos» aparecieron bajo el aspecto de una «preguerra» durante la cual las ideologías internacionalistas y pacifistas retrocedieron en beneficio de valores nacionales y aun guerreros. En los años 1910, varias grandes figuras del dreyfusismo (Charles Péguy o Daniel Halévy), incluso algunos intelectuales de izquierda vinculados al mundo sindical (Georges Sorel o Edouard Berth) empezaron a plantear nuevos puntos de vista en los cuales el Estado, la religión, la violencia o inclusive el ejército ocuparon un lugar que no habían tenido hasta entonces. No queremos dar a entender, sin embargo, que los intelectuales franceses prepararon la guerra ni fueron los primeros responsables de ella a la manera de los intelectuales alemanes, muchos de los cuales comulgaban con un pangermanismo agresivo. Pero, ¿cómo no notar este cambio de atmósfera que barrió los sentimientos humanitarios de concordia y de fraternidad internacionales, incluso en las filas del Partido Socialista, a las cuales, no obstante, varios intelectuales se habían incorporado desde 1910? De manera general, Arno Mayer considera que el deseo de guerra reconocible en esos años entre las elites francesas, alemanas o austro-húngaras, manifestó una voluntad de liberar las condiciones favorables para recuperar el control de las sociedades, que se les escapaba cada vez más⁴.

Esta discreta mutación de preguerra ayuda a comprender lo que apareció durante mucho tiempo como una «traición», según el famoso título del panfleto de Julien Benda, publicado en 1929, obra en la cual este último denunciaba la manera en la que los intelectuales franceses se habían sometido sin moderación a lo peor de los nacionalismos, justo después del inicio de las hostilidades. Ahora bien, en el compromiso no negociado de los intelectuales en la guerra, quizás hubo menos infidelidad de lo que Benda creía⁵. Además, el dreyfusismo nunca fue un movimiento antinacional en el que la patria hubiera sido pisoteada. Muy al contrario, los intelectuales *dreyfusards* sólo defendían una concepción de la nación en la que los valores de justicia y verdad prevalecían sobre los que gobernaban la razón de Estado, el orden y la autoridad.

⁴ Cfr. Arno MAYER: *La Persistance de l'Ancien Régime*, París, Flammarion, 1983.

⁵ Julien BENDA: *La Trahison des clercs*, París, Grasset, 1929.

Fue precisamente en nombre de los valores de una Francia heredera de la Revolución francesa, portadora de valores democráticos, que los intelectuales más visibles se movilizaron en defensa de una nación amenazada por la «barbarie germánica». En la «guerra del derecho»⁶, fue fácil percibir mucho más que un aire familiar con los viejos ideales *dreyfusards*. La guerra incluso pareció reanimar un viejo espíritu sosegado y hasta reconciliar los dos campos que poco antes habían luchado duramente: el de los derechos del hombre y el de la nación. La «Union sacrée» no solamente fue una fórmula política inventada por el presidente de la República, Raymond Poincaré, también tuvo su declinación en los medios intelectuales.

Ese nuevo compromiso se realizó sin concesiones. En el frente o en la retaguardia, la movilización de los intelectuales fue casi general. Como veremos, las defecciones fueron realmente excepcionales. En Francia, como en otras naciones europeas, los mejores espíritus, incluso los que siempre habían huido de la escena pública, se reunieron en peticiones que replicaban al manifiesto de los 93 intelectuales alemanes, en el cual éstos se defendían de los crímenes de los que se les acusaba y reivindicaban la gran filiación de la cultura alemana que había engendrado a Goethe, Kant y Beethoven.

Otros modos de intervención, más conformes a las costumbres civilizadas del mundo académico, marcaron un viraje decisivo en la relación de algunos universitarios con el mundo social. No todos se habían comprometido durante el caso Dreyfus y muchos habían tenido una actitud de reserva. El principio de la guerra les impuso otra conducta que excluyó cualquier cautela. Desde el 8 de agosto de 1914, el filósofo Henri Bergson, poco conocido por sus posturas públicas, defendió con firmeza su posición ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas durante una sesión en la que los miembros debatieron sobre la necesidad de excluir o no a los asociados de nacionalidad alemana:

«La lutte engagée contre l'Allemagne est la lutte même de la civilisation contre la barbarie. Tout le monde le sent, mais notre Académie a peut-être une autorité particulière pour le dire. Vouée en grande partie à l'étude des questions psychologiques, morales et sociales, elle accomplit un simple devoir scientifique en signalant dans la brutalité et le cynisme

⁶ Cfr. «La Guerre du droit», *Mil neuf cent. Revue d'histoire intellectuelle*, 23 (2005).

de l'Allemagne, dans son mépris de toute justice et de toute vérité, une régression à l'état sauvage»⁷.

El antigermanismo que se manifestó con tanto vigor en todos los sectores de la vida cultural francesa no constituía un dato del todo nuevo. Cultura francesa y cultura alemana se habían enfrentado al menos desde la derrota de 1870 en un ambiente de rivalidad que alimentaba trivialidades y estereotipos. Sin embargo, estos enfrentamientos no habían excluido colaboraciones entre académicos de cada lado del Rin ni tampoco grandes admiraciones⁸. Fue necesario reexaminar completamente lo que, viniendo de Alemania, había alimentado no sólo la cultura francesa, sino que también había contribuido a hacer que toda Europa fuera el gran continente de la Ilustración, tal como se conocía. Aun en Emile Boutroux, uno de los filósofos cuyo papel había sido tan importante en la transmisión de la filosofía alemana en Francia desde finales del siglo XIX, el espíritu guerrero devastó la lucidez crítica. En innumerables escritos, Boutroux presentó la guerra como una «cruzada» de los tiempos modernos, denunciando la cultura alemana infectada de violencia, pretensión y orgullo.

La ciencia alemana fue criticada en todas partes, tal como muestra, en los primeros meses de la guerra, una descripción de la vida intelectual que emana sin alguna duda de un intelectual de sensibilidad pacifista. Su punto de vista, fundamentado en la frecuentación de las «conferencias» que solían tener éxito en aquella época, es pertinente. Vale la pena citarlo extensamente:

«Et les conférences pullulèrent où, devant un verre d'eau, on m'opposa le génie français au pédantisme teuton, sans d'ailleurs expliquer autrement que par des ramassis de lieux communs ce qu'on entendait par là. On démontra, ou plutôt affirma, que ce qui est français est bon et que tout ce qui est bon n'est pas allemand. Tour à tour l'impérialisme se voyait établi et démenti par Kant ou Hegel. On ressortait Tacite. Un géologue enfin prouvait que le monstre germanique, par la formation et le développement

⁷ Henri BERGSON: *Mélanges*, textos publicados por André ROBINET, París, PUF, 1972, p. 1102.

⁸ Cfr. Claude DIGEON: *La crise allemande de la pensée française, 1870-1914*, París, PUF, 1959.

analogue aux monstres de la géologie primitive, ne connaîtrait pas d'autre destin que celui du plésiosaure ou du diplodocus...»⁹.

Contra todo espíritu de internacionalismo científico, la definición de una ciencia de características rigurosamente nacionales fue ratificada durante la celebración, en pleno conflicto, de la Exposición Universal de San Francisco en 1915. «La ciencia francesa», tal fue la designación adoptada para la participación de la delegación nacional, tomó la forma de la exposición de una biblioteca de las obras maestras que habían construido Francia y que mantenían su prestigio intelectual. Dos volúmenes reunieron un florilegio de contribuciones escritas por los grandes representantes franceses de todas las disciplinas. Bergson en Filosofía, Durkheim en Sociología, Le Dantec en Biología o Charles Gide en Economía se esforzaron en demostrar, bajo la dirección del físico y hermano del presidente de la República Lucien Poincaré, que existía, aunque pareciera imposible, una ciencia nacional que superaba a todas sus competidoras. Durkheim afirmó en estas obras, con el tono más perentorio, e ignorando a sus colegas Tönnies, Simmel o Weber: «Déterminer la part qui revient à la France dans la constitution et dans le développement de la sociologie, c'est presque faire l'histoire de cette science»¹⁰.

Todos los ámbitos de la vida intelectual se vieron afectados por esta gran revisión nacionalista de los valores intelectuales para los cuales Alemania había ocupado durante mucho tiempo unas posiciones avanzadas que ya habían sido trastornadas antes de la guerra. En lo sucesivo, tanto para los intelectuales franceses como para las elites intelectuales de la mayoría de los países aliados, se trató de cambiarlo todo. En Francia, ¿convenía volver a los orígenes grecolatinos de una cultura que había sufrido demasiado tiempo del *placage germanique*? Alemania, que había traicionado su vocación de directora de los espíritus, devolvía a Francia, madre de las artes y de las letras, la reanudación de una misión a la cual había renunciado demasiado rápido. Estas mitologías también aseguraron a algunos intelectuales puestos que no hubieran podido obtener

⁹ Gonzague TRUC: «La vie intellectuelle pendant la guerre», *La Grande Revue*, julio de 1915, p. 116.

¹⁰ Emile DURKHEIM: «La sociologie», en *La Science française*, t. I, París, Ministère de l'Instruction publique et des Beaux-Arts, 1915, p. 39.

en tiempos de paz. ¿Cuántos filósofos, escritores, músicos y artistas plásticos se beneficiaron de la degradación moral y cultural de Alemania para legitimarse y asentarse en un movimiento estético, filosófico o literario que durante mucho tiempo les había dejado de lado? Algunos no escondieron su voluntad de aprovecharse de la situación para establecer lo que parecía un verdadero proteccionismo cultural. Uno de ellos lo exclamó de viva voz: «Sans vouloir proscrire Wagner et les autres grands compositeurs allemands, il faut songer quand même aux intérêts matériels de l'art français»¹¹. Sin embargo, a partir del otoño de 1915 la música alemana tuvo que reaparecer en las grandes salas de concierto: pese a los esfuerzos de la Liga nacional para la defensa de la música francesa, que trabajaba para expulsar a los compositores alemanes y austriacos del repertorio, ¿cómo podía excluirse la música alemana cuando la música francesa no respondía suficientemente a los gustos del público?

Es indudable que no fue fácil para los intelectuales, que durante mucho tiempo habían hecho de Alemania, según la fórmula del historiador Gabriel Monod, uno de los principales introductores de los métodos históricos alemanes en Francia, «la seconde patrie de l'homme qui pense»¹², convertirla en una nación despreciable, excluida de las filas de la humanidad, «pire que les sauvages» que la colonización pretendía ascender al rango de civilización.

A partir del ejemplo de la música, es posible sostener que una forma de compromiso político se extendió como nunca en la esfera intelectual. No porque antes filósofos, historiadores, escritores o artistas, en Francia, hubieran producido sus obras apartados del mundo. Historiadores y filósofos habían contribuido en la instalación de los republicanos en el poder en los años 1880 y en el cambio de siglo, y varios artistas habían sido arrastrados por el caso Dreyfus. Sin embargo, la guerra tuvo como consecuencia la imposición de un *deber de compromiso* que condenó tanto la indiferencia (lo que se designaba en pequeñas revistas pacifistas con la palabra *inactualité*) como la traición pacifista. Tras ser promovida por el caso Dreyfus, la autonomía de los intelectuales se disipó en el barro de las trincheras.

¹¹ Fernand LE BORNE: «La musique française pendant la guerre», *La Revue*, 1-15 de marzo de 1916, p. 483.

¹² Investigación de Paul FLAT, *Revue bleue*, 26 de mayo/2-9 de junio de 1917, pp. 325-326.

Los editores se adaptaron a las exigencias patrióticas dando a conocer colecciones que acogían ensayos de varios especialistas, filósofos, historiadores, juristas o sociólogos: Chapelot, «La guerre européenne»; Floury, «La Grande Guerre»; Perrin, «Pour la vérité»; Colin, «Etudes et documents sur la guerre», o también el gran editor universitario Félix Alcan con sus «Brochures rouges», especialmente dedicados a estudios sobre la guerra. Alemania y el conflicto llegaron a ser temas de análisis en los que la ciencia se unió a la ideología, tal como mostraron los títulos de las obras *L'Allemagne et la Guerre* de Emile Boutroux, *La Signification de la Guerre* de Henri Bergson, *L'Allemagne au-dessus de tout* de Emile Durkheim, *Essai sur la formation de l'esprit public allemand* del jurista Jacques Flach o *L'Allemagne puissance du mal* del sociólogo durkheimiano Hubert Bourgin. Desde el verano 1914 se creó un Comité de estudios y documentos sobre la guerra, reuniendo la flor y nata de la universidad francesa (Emile Durkheim, Ernest Lavisse, Henri Bergson, Charles Seignobos o Charles Andler, entre otros), que tuvo como misión la publicación de folletos que justificaban la *guerre du droit*¹³.

Sin embargo, no puede reducirse el compromiso de los intelectuales a su movilización profesional, que consistía en adaptar sus producciones, fuesen las que fuesen, a las órdenes de la defensa de la patria. Algunos hicieron mucho más. Lo que se puede llamar por comodidad «clase intelectual» no fue integrada únicamente por propagandistas que animaron con valor a los que combatían. Los que tenían edad para combatir, incluso los que ya no la tenían como el filósofo Alain, cumplieron con su deber con una energía que atestiguan las elevadas tasas de mortalidad de grandes instituciones universitarias (la mitad de la promoción 1913 de la Escuela Normal Superior fue abatida) o la desaparición de varios grandes talentos, desde el escritor Charles Péguy al sociólogo Robert Hertz, pasando por el novelista Alain-Fournier. ¿Cuántos más se podrían citar entre los que componen una lista interminable de muertos o heridos, entre los cuales algunos fallecieron por sus heridas muchos años después de la guerra, como fue el caso del escritor Jean-Richard Bloch en 1947? Desde luego, la experiencia directa de la gue-

¹³ Eric THIERS: «Droit et culture de guerre 1914-1918. Le Comité d'étude et documents sur la guerre», *Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle*, 23 (2005), pp. 23-48.

rra marcó los espíritus de una manera indeleble que explica mucho del clima de entreguerras.

Los intelectuales demasiado viejos para ir al frente no renunciaron, sin embargo, a sacrificarse. Los ejemplos abundan. André Gide, aprovechando la interrupción de la publicación de *La Nouvelle Revue Française*, que sólo reapareció en tiempos de paz, se dedicó con fervor a una obra de guerra, el Foyer Belge, junto con su amigo, el escritor Charles Du Bos. Durante varios meses, ambos ocuparon todo el tiempo robado al arte y a la literatura a hacerse cargo de los refugiados belgas. El dramaturgo Eugène Brieux, por su parte, contribuyó a fundar una Casa de Reeducción de los Ciegos de la Guerra en Montferrand. Paul Claudel, diplomático de oficio y escritor de vocación, se puso a disposición de la «Maison de la Presse», encargada de controlar y difundir información, un trabajo de censura disimulada al cual contribuyó también el poeta Apollinaire, quien, después de resultar gravemente herido, fue afectado al Buró de la Censura¹⁴. También podríamos citar el caso del «Théâtre aux Armées», fundado por el administrador de la Comedia Francesa Emile Fabre, que en febrero de 1916 emprendió un «viaje patriótico».

«Viaje patriótico» a su manera, las series de conferencias de Bergson en los Estados Unidos fueron uno de los ejemplos más a menudo citados sobre la movilización de los intelectuales franceses. Bergson viajó en enero de 1917 con la misión de establecer contactos con el presidente Wilson y contribuir al desbloqueo de la situación financiera. Esto equivale a decir que el «viaje de conferencias» estaba más relacionado con el género diplomático que con la gesta intelectual. Hay que subrayar, sin embargo, que Bergson supo conjugar los dos propósitos, ya que fue recibido por el presidente estadounidense y también logró pronunciar algunas conferencias. A pesar de la guerra submarina, que lo asustaba, el filósofo francés cruzó el Atlántico cuatro veces:

«Au fond, concéda-t-il, ceux qui ne pouvaient combattre au front se reprochaient toujours à peine consciemment de vivre en parfaite sécurité, alors que nos soldats étaient exposés à des dangers mortels. A courir en-

¹⁴ Cfr. Annette BECKER: *Apollinaire. Une biographie de guerre*, París, Tallandier, 2009.

fin un risque, on se sentait rentrer dans des conditions normales et pouvoir être un peu moins mécontent de soi-même»¹⁵.

Conviene aquí dedicar unas líneas en particular a los académicos relacionados con las ciencias físicas y naturales¹⁶. Las concepciones más corrientes hacían del conflicto el primero en entrar en la era de la técnica, donde la fuerza del material predominaría sobre la habilidad de los hombres. La innovación confiada al genio de unos marcaría la diferencia entre los ejércitos. De la guerra submarina a los comienzos bélicos de la aeronáutica, del aumento formidable de la fuerza del fuego al uso de los gases mortíferos, se descubrió de nuevo hasta qué punto ciencia y guerra eran compatibles. «Au point de vue scientifique, la guerre actuelle renverse toutes nos idées de progrès»¹⁷, constató el físico Jules Violle, miembro de la Academia de Ciencias, analizando sin ningún orgullo los diferentes medios de matarse unos a otros que el arte de la guerra había sacado de la física y, con algún alivio, la ayuda que la ciencia podía aportar para ayudar a los heridos.

Cuando la mayor flexibilidad de las costumbres había sido pensada a lo largo del siglo XIX como la consecuencia última del avance de los conocimientos científicos, la guerra vino a cuestionar este vínculo fundamental que unía ciencia y progreso. Más allá de esas cuestiones susceptibles de provocar las primeras dudas morales de los científicos que desarrollaban la capacidad destructora, el tema del aporte de la ciencia a la guerra era mucho más inmediato¹⁸:

«Nous traversons une période si dure, qu'un homme tel que toi doit avoir hâte de rendre des services que seul il peut rendre. Tu peux et dois faire beaucoup. Heureusement tu n'a pas été convoqué selon cette mobilisation "statistique" qui admet que nous sommes tous identiques. La mobi-

¹⁵ Philippe SOULEZ: «Les missions de Bergson ou les paradoxes du philosophe véridique et trompeur», en Philippe SOULEZ (dir.): *Les Philosophes et la Guerre de 14*, Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 1988, pp. 65-81, p. 69.

¹⁶ Cfr. «Le Sabre et l'éprouvette. L'invention d'une science de guerre, 1914-1939», en *14-18 Aujourd'hui-Today-Heute*, 6, París, Noësis, 2003.

¹⁷ Jules VIOLLE: «Du rôle de la physique à la guerre», conferencia en el Conservatoire des Arts et Métiers, 10 de diciembre de 1914, *Revue scientifique*, 17 (28 de agosto-4 de septiembre de 1915), p. 384.

¹⁸ Cfr. Anne RASMUSSEN: «Science and Technology», en John HORNE (ed.): *A companion to World War I*, Chichester, Blackwell Publishing, 2010, pp. 307-322.

lisation “fine” t’est donc possible. En employant ton intelligence de physicien [...], tu peux rendre plus de services que mille sergents, malgré toute l’estime que j’ai pour ce grade honorable»¹⁹.

Con estos términos, Jean Perrin y Marie Curie invitaron al pacifista Paul Langevin a ponerse al servicio de la patria. Los intelectuales formaron una aristocracia que, sin duda, debía escapar al destino común sin apartarse por eso de la defensa de la nación en peligro.

Muchos fueron los que comprendieron este mensaje. El fisiólogo André Mayer y el químico Charles Moureu fueron empleados para la elaboración de los gases de combate²⁰. Cotton, Weiss, Borel, Langevin, Hadamard y otros iniciaron conjuntamente una nueva categoría de investigaciones, la localización acústica, que se refería tanto a la artillería pesada como a los submarinos o la aeronáutica. En la Escuela Normal Superior, los físicos se comprometieron en investigaciones sobre la localización de baterías por el sonido de los tiros de artillería. El propio Langevin dirigió investigaciones sobre las pólvoras de guerra²¹. Se podrían multiplicar los ejemplos. Todos demuestran esta movilización general de la ciencia francesa.

Resistir

Las actitudes que acabamos de describir fueron mayoritarias entre los intelectuales franceses, al menos durante los primeros meses de la guerra. La aceptación de la guerra no trató con indiferencia a esta capa particular de la población encargada de expresarla para marcar la tónica de la «opinión pública». Fueron pocos los que no la aceptaron. Expresar el rechazo a la guerra necesitó, pues, de una energía poco común que compartieron todos los disidentes, situa-

¹⁹ Carta de Jean Perrin y Marie Curie a Paul Langevin de 22 de enero de 1915, citada por Bernadette BENSUAUDE-VINCENT: *Langevin, science et vigilance*, París, Belin, 1987, p. 86.

²⁰ Cfr. Olivier LEPICK: *La Grande Guerre chimique 1914-1918*, París, PUF, 1998.

²¹ Cfr. Yves ROUSSEL: «L’histoire d’une politique des inventions, 1887-1918», *Cahiers pour l’histoire du CNRS, 1939-1989*, 3 (1989), pp. 19-57, y Gabriel GALVEZ-BEHAR: «Le Savant, l’inventeur et le politique. Le rôle du sous-secrétariat d’Etat aux inventions durant la Première Guerre mondiale», *Vingtième Siècle. Revue d’histoire*, 85 (2005), pp. 103-117.

dos en ruptura con la sociedad de su época. A fin de cuentas, fue una ruptura siempre valiente porque no sólo aportó confusión a unas existencias tranquilas y ordenadas, sino también, a veces, las puso sencillamente en peligro. Ser pacifista durante la Gran Guerra consistió en ponerse al margen de la sociedad, refugiarse en el exilio o la clandestinidad y, más generalmente, verse rechazado, fuera de la comunidad nacional²².

El escritor Romain Rolland fue uno de los primeros en encarnar la figura del disidente. Refugiado y aislado en Suiza, donde se encontraba cuando estalló la guerra, nunca dejó de denunciar la falta contra el espíritu de la cual, a sus ojos, la mayoría de los intelectuales eran culpables al someterse a la propaganda de Estado. Jamás pudo perdonar a sus semejantes un servilismo que señaló con encarnizamiento en muchos artículos. Enajenando su libertad, el intelectual traicionaba su misión, tema que encontramos en el ensayo de Julien Benda. Desde un punto de vista que aporta mucho para la comprensión de la posición social que los intelectuales se habían arrogado en Francia, Rolland perdonaba la obcecación de las masas y su trágico consentimiento, pero rehusaba toda indulgencia a aquellos que detentaban el monopolio de la razón. Dirigiéndose a todos los intelectuales europeos sin límite de fronteras, lamentaba que por

«loyalisme aveugle, par coupable confiance, ils se sont jetés tête baissée dans les filets que leur tendait leur impérialisme. Ils ont cru que le premier devoir pour eux était, les yeux fermés, de défendre l'honneur de leur Etat contre toute accusation. Ils n'ont pas vu que le plus noble moyen de le défendre était de réprover ses fautes et d'en laver leur patrie...»²³.

No había entonces diferencia alguna entre Alemania y Francia, ambas eran grandes criminales. Su acusación no tenía matices: «Donnez à un intellectuel n'importe quel idéal et n'importe quelle mauvaise passion, il trouvera toujours moyen de les ajuster ensemble»²⁴, y, más lejos, aun en el mismo libro de artículos, *Au-dessus de la mêlée*, cuya recepción fue tan importante: «L'Allemagne

²² Cfr. Galit HADDAD: *1914-1919. Ceux qui protestaient*, París, Les Belles lettres, 2012.

²³ Romain ROLLAND: *Au-dessus de la mêlée*, París-Neuchâtel, Ollendorff-Attinger, 1915, p. 12.

²⁴ *Ibid.*, p. 86.

n'aura pas eu d'ennemis plus funestes que ses intellectuels. [...] Je ne suis pas fier non plus des intellectuels français. L'idole de la race, ou de la civilisation, ou de la latinité, dont ils font tant abus, ne me satisfait pas»²⁵.

La notoriedad Romain Rolland —Premio Nobel de Literatura en 1915— sacó un provecho considerable de la publicación de sus artículos en agosto y septiembre de 1914 en el *Journal De Genève*, reunidos poco después en un volumen que llegó a ser uno de los libros emblemáticos del pacifismo de la Gran Guerra: *Au-dessus de la mêlée*. Nada predisponía a este escritor, que había rechazado tomar partido durante el caso Dreyfus, a convertirse en el mito vivo que acabó por encarnar en pleno entusiasmo pacifista. Novelista, historiador de la música, dramaturgo, puro «hombre de letras», en suma, nunca había manifestado interés por el arte periodístico. No era su preferencia. Las atrocidades de la guerra mundial fueron necesarias para convencerle de no quedar en el confinamiento propio al carácter del artista. Rolland contribuyó, a su manera, a la invención de la disidencia²⁶.

No hay que confundirse respecto al primer texto que hizo realmente famoso a Romain Rolland y lo convirtió también en padre del compromiso en su versión más contemporánea. *Au-dessus de la mêlée* no es para nada la filípica antipatriótica y radical que sus adversarios presentaron a la opinión pública²⁷. Al contrario, se encuentra lleno de una ponderación que sorprende respecto a lo que Rolland encarnaría poco después para el mundo. Descubrimos más un apego a Francia y a su cultura que una verdadera neutralidad:

«Je veux que la France soit aimée, écrit-il, je veux qu'elle soit victorieuse non seulement par la force, non seulement par le droit (ce serait encore trop dur), mais par la supériorité de son grand cœur généreux. Je veux qu'elle soit assez forte pour combattre sans haine et pour voir, même dans ceux qu'elle est forcée d'abattre, des frères qui se trompent et dont il faut avoir pitié, après les avoir mis dans l'incapacité de nuire»²⁸.

²⁵ *Ibid.*, p. 92.

²⁶ Sobre Romain Rolland, podemos referirnos a Bernard DUCHATELET: *Romain Rolland, tel qu'en lui-même*, París, Albin Michel, 2002.

²⁷ Por ejemplo: Henri MASSIS: *Romain Rolland contre la France*, París, Floury, 1915.

²⁸ Romain ROLLAND: *Au-dessus de la mêlée...*, pp. 78-79.

Además, hay pasajes poco agradables para Alemania, que vienen de un autor impregnado de cultura alemana. Como hemos visto, no fue el único caso. Como muchos otros, Rolland asumió la responsabilidad de los tópicos en curso sobre el pangermanismo y la fuerza brutal heredera del espíritu prusiano. Esta red de apreciaciones, forjadas de manera determinante sobre la base del conocimiento intuitivo de los pueblos y de las naciones, vehiculadas por todo lo que se escribía en masa sobre Alemania, fueron una evidencia que en los primeros meses del conflicto se impuso a todos, incluso a Romain Rolland. Aunque este último, con el ejemplo de algunos conocedores de Alemania preocupados por no reducir su cultura al tópico de la «brutalidad prusiana», se ocupó de distinguir entre las dos Alemanias. Después del bombardeo de Lovaina, interpeló a Gerhart Hauptmann con unas palabras que se dirigían a toda Alemania: «Etes-vous les petits-fils de Goethe ou ceux d'Attila?»²⁹.

En el fondo, lo que más afligía a Rolland era ver «les trois plus grands peuples d'Occident, les gardiens de la civilisation» despellarse, recurriendo a turcos, japoneses, cingaleses, sudaneses, senegaleses, marroquíes, egipcios y cipayos, en resumen a los «barbares du pôle», «ceux de l'équateur», las «âmes» y las «peaux de toutes les couleurs»³⁰. Lo que chocaba al escritor, «fils de Beethoven, de Leibniz et de Goethe»³¹, era la lucha absurda iniciada entre unos intelectuales artificialmente relacionados con dos campos en conflicto, pero que en realidad no tenían otra patria que la del espíritu. La guerra no era nada más que una ofensa escandalosa a los intereses intangibles de lo universal, de los que artistas y escritores eran depositarios.

En torno a Romain Rolland se constituyó una familia de espíritus con vínculos muy estrechos. Durante toda la guerra permaneció en Suiza y atrajo a muchos jóvenes intelectuales que descubrieron en él un caluroso consuelo, tal como muestran las intensas correspondencias mantenidas entre el escritor y sus discípulos. En su *Journal des années de guerre*, Rolland reprodujo varios testimonios de estas amistades, panorama exacto de un medio ultra

²⁹ *Ibid.*, p. 5. Sobre el tema de las «dos Alemanias», referirse a Martha HANNA: *The Mobilization of Intellect...*

³⁰ *Ibid.*, pp. 24-25.

³¹ *Ibid.*, p. 41.

minoritario de disidentes. Varios de sus jóvenes admiradores estaban en el frente pero todos comulgaban en la misma fascinación por quien había sido el primero en decir «no» frente a los beligerantes.

Rolland también fue el mentor de toda una pléyade de pequeñas revistas pacifistas. Para ellas, fue el intelectual de referencia. En su declaración de principios, *Franchise* hacía alarde de su rollandismo: «Anarchistes! Syndicalistes! Socialistes! Vieilles formules périmées. Romain Rolland est plus près de nous que Kropotkine, et Liebknecht n'est tout de même pas du même parti qu'Albert Thomas»³². Otra revista del mismo estilo, *La Forge*, rindió varios homenajes al escritor, alabado como unas «des consciences du monde»³³. *La Caravane*, por su parte, hablaba de «notre vénéré maître et ami Romain Rolland»³⁴. En su segunda entrega, *L'Ecole de la fédération* sintió la obligación de dar a conocer a sus lectores «l'homme qui sut rester lui-même»³⁵, mientras que el filólogo Albert Dauzat, en los *Cahiers idéalistes français*, saludó a Rolland como «l'un des maîtres intellectuels et moraux dont la France aura besoin»³⁶. Pacifista sin concesiones, Henri Guilbeaux extendió aún más la afiliación al rollandismo en la pequeña revista que acababa de crear, *Demain*: «Romain Rolland est l'un des rares guides intellectuels qui aient conservé la lumière de la foi toute radieuse et claire et n'aient pas renoncé à leur robuste idéal»³⁷.

Otro gran escritor resistente, pero no disidente, fue el novelista Henri Barbusse. Había combatido, y de esta experiencia fue uno de los primeros escritores que entregó un relato literario, *Le Feu*, que tuvo muchísimo eco en los medios pacifistas, pero también más allá, ya que Barbusse recibió el prestigioso Premio Goncourt en 1916, que, sin embargo, tuvo que compartir con una muy patriótica

³² «La rédaction de *Franchise*», *Franchise*, 1 (31 de marzo de 1918).

³³ Louise BODIN: «Henri Heine et Romain Rolland», *La Forge*, 8 (julio de 1918), p. 191.

³⁴ Paul CHARRIER: «Au hasard de la route», *La Caravane*, 3 (marzo de 1917), p. 2.

³⁵ *L'Ecole de la Fédération*, 2 (2 de octubre de 1915).

³⁶ Albert DAUZAT: «Romain Rolland», *Les Cahiers idéalistes français*, 6 de julio de 1917, p. 175.

³⁷ Henri GUILBEAUX: «... et demain?...», *Demain. Pages et documents*, 1 de enero de 1916, p. 63.

novela, *L'Appel au sol*, de Adrien Bertrand. Antes de su publicación en volumen, *Le Feu* ya había aparecido en folletines en el periódico de izquierda dirigido por Gustave Téry *L'Oeuvre*, en el que había sido censurado varias veces. En 1918 se vendieron 200.000 ejemplares del libro³⁸. Otras obras, sin alcanzar el estatus de la novela de Barbusse, alimentaron lo que se podría designar como una cultura pacifista. Los relatos de Léon Werth, Raymond Lefebvre, Paul Vaillant Couturier, Roland Dorgelès o Georges Duhamel, la mayoría publicados en los últimos meses de la guerra, llegaron a ser referencias entre las revistas pacifistas.

Fueron estas últimas las que estructuraron eficazmente la disidencia intelectual pacifista. Fueron numerosas, a menudo efímeras, y estuvieron expuestas a las dificultades materiales (el abastecimiento en papel) y a la censura. Una de las primeras, creada en las primeras semanas de guerra, fue *La Caravane*. Dentro de su carácter literario, se permitía algunas intrusiones en el campo político. También encontramos allí una voluntad de tejer vínculos entre hombres dispersos por la guerra y la esperanza de constituer una familia. Las revistas también mantuvieron entre ellas fuertes relaciones ya que los autores circulaban entre ellas.

Fundada en 1913 y relanzada en mayo de 1916, *Les Humbles* constituye otro de los polos de este campo y responde a las mismas exigencias. En su primer número, su director, Maurice Wullens, subrayó los objetivos del periódico:

«Les Humbles ressuscitent. [...] Assez des nôtres sont morts vaillamment à la tâche pour que nous puissions continuer, la tête haute, l'œuvre commencée. Après avoir manié pour la France en danger le terrible et lourd fusil, nous pouvons bien reprendre la plume fragile dont on voulut maintes fois nous dénier l'usage. [...] Certes je ne dissimule pas les difficultés de l'entreprise. Notre cercle est dispersé. Après dix-huit mois de tribulations, de campagne et de captivité, je suis rendu, meurtri, mais vivant, à la vie civile. Des camarades moins heureux sont disparus; d'autres, encore au front, ne me seront pas d'un grand secours – pécuniaire, s'entend»³⁹.

³⁸ Jean VIC: *La Littérature de guerre. Manuel méthodique et critique des publications de langue française*, 2 de agosto de 1914-11 de noviembre de 1918, t. III, 1916-1918, París, Les Presses françaises, 1923, p. 257.

³⁹ Maurice WULLENS: «Aux instituteurs et institutrices de France», *Les Humbles. Revue littéraire des primaires*, 1 (1 de mayo de 1916), pp. 1-2.

La idea de una comunidad de destino se perfilaba, al origen de una nueva generación, con un mensaje específico apoyado en una experiencia inaudita.

Demain fue la revista pacifista más radical, prohibida no sólo en Francia sino también en Inglaterra e Italia. Fue la que dispuso de una dimensión política más afirmada. Su director, Henri Guilbeaux, había sido movilizado en un primer momento en un regimiento de infantería. Acabó por refugiarse en Ginebra gracias al apoyo de Romain Rolland, que le consiguió un pasaporte. Zimmerwaldiano convencido, presente en Kienthal, delegado en Suiza del Comité para la reactivación de las relaciones internacionales, quiso que su revista fuera el órgano del «pacifismo revolucionario»:

«C'est une rude tâche que nous nous proposons et c'est bien pour cela que nous l'entreprenons. On entend partout le bruit sinistre et formidable des canons et des fusils et les clameurs de haine et de rage. Mais nous savons que les intellectuels et les publicistes qui donnent libre cours à leur mauvaise propagande, sont loin d'être approuvés par tout le monde. Dans tous les pays en guerre, il y a de nombreux hommes qui sont demeurés des "hommes". C'est à eux que nous nous adressons. Au culte de la haine et des préjugés, nous voulons substituer celui de l'humanité et de la vérité. Partant de ce fait que la guerre n'est pas éternelle et qu'un temps viendra où s'imposera la paix, nous voulons dès à présent préparer la reprise des rapports entre les peuples. Il faut non seulement se préoccuper des conclusions de cette guerre épouvantable et longue, mais étudier dès maintenant tous les moyens propres à essayer d'éviter ce redoutable fléau. Demain est un laboratoire où s'exercera la libre recherche et où seront conviés, accueillis, les spécialistes et les techniciens de toutes sortes. Nous publierons les œuvres et les écrits témoignant la résistante fidélité au robuste idéal renié avec fracas par les intellectuels qui, avant cette guerre, tiraient vanité du radicalisme de leurs conceptions. Nous ferons connaître au public tout ce que laisse ignorer trop souvent la presse ainsi que les variés et abondants documents de toute nature, que connaissent seuls quelques privilégiés»⁴⁰.

Demain es «una revista alemana», escribía frecuentemente *L'Action française*. Suscitó un mar de odio comparable al que la figura de Rolland había causado. La guerra contribuyó, así, a comparti-

⁴⁰ «A nos lecteurs», *Demain. Pages et documents*, 1 de enero de 1917.

mentar una vida intelectual inestable fijando las posiciones de cada uno. Dio una nueva dimensión al intelectual opositor.

En medio de este ambiente reinó *La Forge*, emanación tardía de un pequeño grupo de intelectuales de izquierda nacidos antes de la guerra, la Ghilde des Forgerons. El periódico fue lanzado a principios del año 1917 y aspiró a reunir

«fraternellement une jeunesse qui n'a rien abdiqué de ses droits, pas même ses espérances. Pour elle, la Raison et la Justice seront encore les plus grandes forces du devenir humain; pour elle, le pur génie devra sortir intact du cataclysme qui bouleverse actuellement le monde et trouble tant de consciences. Incontestablement, la sauvegarde de ce patrimoine de l'Humanité incombe à la jeunesse...»⁴¹.

Por lo demás, no hay que reconocer únicamente en la creación de esta revista para jóvenes intelectuales, combatientes o excombatientes la manifestación reconocida de alguna clase de temeridad juvenil. El manifiesto de *La Forge* lo revelaba con nitidez: existía ante todo en sus fundadores la voluntad de desempeñar un papel en el necesario renacimiento de posguerra.

Las conductas de los intelectuales hostiles a la guerra no se redujeron a una única actitud de protesta pública, más o menos profundamente manifestada. Muchos escritores dejaron de escribir y se encerraron en un silencio más o menos forzado, como podemos ver en el ambiente de la *Nouvelle Revue française*, que durante los años del conflicto suspendió su publicación. No todos sus colaboradores fueron pacifistas, pero algunos de ellos hicieron de su silencio una protesta íntima cuya huella es visible en las correspondencias. Desde este punto de vista, es interesante estudiar el caso de Roger Martin du Gard. La guerra fue para el escritor la negación misma de todo lo que había creído y esperado:

«Elle démolit toute espérance en un progrès possible de l'humanité. Qu'une telle guerre puisse avoir commencé, puisse durer, puisse s'éterniser même sans qu'on en voie la fin, et surtout que la majorité, la grande majorité de nos contemporains l'acceptent, ou s'y résignent, cela, je ne pourrai jamais l'oublier, et il m'en restera toute ma vie une fêlure»⁴².

⁴¹ *La Forge*, primer cuaderno, 1.º trimestre, 1917, p. 1.

⁴² Carta de Roger Martin du Gard a Maurice Ray de 24 de abril de 1915, en

Esta soledad del disidente, agobiado por su aislamiento frente a una opinión que consentía lo que sucedía, se expresó en muchas cartas de Martin du Gard: «Tout le monde “s’installe” dans la guerre. Moi pas. Moins que jamais. Plus révolté, plus hérissé que je n’ai jamais été. Ça devient intolérable»⁴³; «Je ne me sens plus à l’unisson de personne, écrit-il encore dans une autre lettre. Je n’ai envie de revoir personne»⁴⁴. Cuanto más duraba la guerra, tanto más se reforzaba el sentimiento de marginalidad: «A quand la tour d’ivoire? Ah, je vais m’enfermer à triple muraille, et être un peu seul, seul!»⁴⁵.

A este encierro se incorporaba a menudo una mala conciencia que la elección del silencio no podía apaciguar. Algunos intentaron remediar esto comprometiéndose, como, por ejemplo, el filósofo Alain (Emile Chartier), quien, durante el periodo de entreguerras, fue el filósofo pacifista por excelencia. Con cuarenta y seis años de edad en el momento en que se iniciaron las hostilidades, fue eximido del servicio armado. Pero no quiso aprovechar su situación. Aunque era un pacifista convencido, se enroló. Como telefonista, se obstinó en rechazar cualquier ascenso que le hubiera aislado del escenario de la guerra cotidiana y de la relación con sus camaradas. ¿No era necesario poder hablar un día del horror para revelarlo mejor? En Alain, en esta experiencia estuvo el origen de una admiración sin límites por el valor de los soldados y de un odio feroz para todos los que, desde la retaguardia, les animaban a combatir. Gravemente herido en 1916, obligado a permanecer seis meses en el hospital, quiso, sin embargo, volver con los combatientes. Su herida mal curada le obligó, no obstante, a renunciar. Declarado inútil por enfermedad en octubre de 1917, tuvo que recuperar su puesto de profesor de filosofía: «L’assassin n’est pas l’Allemand, écrit-il dans une lettre du 18 janvier 1917, c’est le Français dans son fauteuil»⁴⁶.

Roger Martin DU GARD: *Correspondance générale*, edición de Maurice RIEUNEAU con la colaboración de André DASPRES y Claude SICARD, t. 1, París, Gallimard, 1980, p. 64.

⁴³ Carta de Roger Martin du Gard a Maurice Ray de 8 de noviembre de 1916, *ibid.*, p. 163.

⁴⁴ Carta de Roger Martin du Gard a Maurice Ray de 17 de diciembre de 1916, *ibid.*, p. 164.

⁴⁵ Carta de Roger Martin du Gard a Maurice Ray de 20 de noviembre de 1918, *ibid.*, p. 252.

⁴⁶ Citada por Olivier REBOUL: «Alain et la guerre», en Philippe SOULEZ (dir.): *Les Philosophes et la Guerre de 14...*, p. 95.

Si el periodo de las hostilidades dejó a menudo sin voz a los observadores de la vida cultural, precisamente fue porque ésta resultó enteramente consumida por las necesidades del conflicto. Nadie pudo escapar a la dictadura de la Historia. La producción cultural fue excesivamente afectada tanto en los temas tratados como en las formas adoptadas. Algunos, hostiles al pacifismo, pudieron temer inclusive que las condiciones de vida impuestas por la guerra tuvieran como consecuencia la pérdida de su vitalidad intelectual. Roger Picard, antiguo activo colaborador de la *Revue socialiste*, movilizado desde el principio del conflicto, envidiaba sus camaradas catedráticos de Derecho «confortablement installés à Paris ou aux environs, où ils continuent de travailler, d'assurer leur avenir universitaire et d'entretenir leur esprit dans les études que j'oublie un peu chaque jour»⁴⁷. El filósofo Alain, por su parte, utilizó el conflicto como un laboratorio donde poner a prueba su filosofía de las pasiones⁴⁸. La guerra, según él, era el producto de la parte mala del hombre. Cada uno era responsable de ella y no se podía reducir la irrupción del conflicto a una disputa de intereses irreconciliables. Es conocido el éxito que esta metafísica tuvo en Europa en el periodo de entreguerras. La historia intelectual de Alemania revela que ésta fue sin duda la nación más afectada por un conflicto durante el cual se elaboraron las reflexiones de los intelectuales que dieron lugar a la «revolución conservadora» de posguerra⁴⁹. Oswald Spengler afirmó haber experimentado la necesidad de reorganizar el primer volumen de *La decadencia de Occidente* ante el espectáculo de las hostilidades. Francia no inventó nada tan influyente, pero en ella tanto la guerra como la nación se convirtieron en categorías fundamentales del pensamiento contemporáneo.

⁴⁷ Carta de Roger Picard a André Lebey de 4 de mayo de 1915, Office universitaire de recherches socialistes, París, Fonds Lebey.

⁴⁸ François FURET: *Le Passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX^e siècle*, París, Robert Laffont/Calmann-Lévy, 1995, pp. 64-65.

⁴⁹ Cfr. Zeev STERNHELL (dir.): *L'Éternel Retour. Contre la démocratie l'idéologie de la décadence*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1994.

Testimoniar

De las tres funciones principales que hicieron del intelectual una figura contemporánea —el compromiso, la resistencia y el testimonio—, esta última ha sido la que ha llamado la atención de los historiadores últimamente. La progresiva desaparición de los últimos testigos directos del conflicto (el último «poilu», Lazare Ponticelli, falleció en marzo de 2008) sin duda alimentó mucho esta curiosidad que, por cierto, no concierne únicamente a los intelectuales —que siempre estamos buscando al testigo «auténtico» que no sabría leer ni escribir— pero les implica prioritariamente por razones sociológicas que son fáciles de entender. Profesionales del discurso, los intelectuales ocupan el primer plano del testimonio de la Gran Guerra.

Esta misión no fue del todo inédita ya que a su manera los eruditos siempre habían sido testigos de su tiempo dejando para los historiadores una gran cantidad de escritos de los cuales éstos habían sacado provecho⁵⁰. Sin embargo, con la Gran Guerra, el testimonio cobró una nueva y masiva dimensión. Aunque las «memorias», los «recuerdos» o las «autobiografías» fueran viejos géneros literarios⁵¹, la Primera Guerra Mundial promovió menos un género que una práctica nacida de la conciencia aguda de un tiempo considerado como absolutamente excepcional. Los testigos demostraron el carácter inaudito de lo que vivían, tan inaudito que les costó transmitirlo al no saber situar las fronteras entre lo verdadero y lo falso⁵². En la Gran Guerra, la inestabilidad de lo real se fundó ampliamente en la imposibilidad de analizarlo y de dar cuenta de ello. ¿Existe un *leitmotiv* más difundido en los testimonios de agosto de 1914 que ese «no sabemos nada» generalizado, punto de partida que no dejará de representarse en cada momento del conflicto y en todas sus dimensiones? La extinción repentina del flujo de informaciones que irrigaban en tiempos de paz el espacio público aso-

⁵⁰ Cfr. Christian JOUHAU, Dinah RIBARD y Nicolas SCHAPIRA: *Histoire, Littérature, Témoignage. Ecrire les malheurs du temps*, París, Gallimard, 2009.

⁵¹ Cfr. Jean-Louis JEANNELLE: *Ecrire ses Mémoires au XX^e siècle. Déclin et renouveau*, París, Gallimard, 2008.

⁵² Cfr. Christophe PROCHASSON y Anne RASMUSSEN (dir.): *Vrai et faux dans la Grande Guerre*, París, La Découverte, 2004.

ció inmediatamente el estado de guerra con la ignorancia e instituyó la duda en norma social. Lúcido ya en la primera carta que envió a su mujer Alice el 4 de agosto de 1914, el etnólogo durkheimiano Robert Hertz le advirtió contra «les nouvelles (toutes fausses) qui circulent»⁵³, estableciendo así un elemento constante del conflicto: la penuria no creaba un vacío, sino un espacio repleto de noticias, verdaderas o falsas. Es preciso resaltar además que esta verdad fallida y turbulenta constituyó un nuevo objeto para unas ciencias sociales para las cuales la guerra también fue un laboratorio. Constituyó, como subrayó Marc Bloch, el terreno propicio para el surgimiento, el día de las primeras manifestaciones, de una conciencia colectiva que procedía de sociedades fragilizadas y que resultaban vulnerables por el conflicto, listas para retroceder, en estas circunstancias, hacia fases sociales anteriores. El historiador estableció en un programa de «enquête sérieuse», que proponía dedicar a partir de 1921 a las falsas noticias de la guerra⁵⁴, que la dialéctica de lo verdadero y lo falso resaltaba perfectamente en el orden de la creencia y de las representaciones.

Se dio testimonio sin demora y a veces sin la distancia necesaria para el enfoque científico. Desde el primer año del conflicto, escritores más o menos improvisados y hombres de letras más o menos inspirados se pusieron a escribir. Sus testimonios se presentaron bajo formas extremadamente variadas, dirigiéndose a círculos más o menos amplios. Los formatos fueron adaptados a la situación. De la epístola dirigida a un solo lector a la que se leía colectivamente, del pequeño informe manuscrito al «Diario de los años de guerra» publicado en una editorial importante, del relato de la experiencia de guerra a la novela, el inventario de los escritos de guerra fue constituido rápidamente por lo que, a partir de los años 1920, desearon poner orden en un catálogo abundante y confuso.

Aquí conviene detenerse en uno de los analistas más interesantes y controvertidos del testimonio de la Gran Guerra, él mismo excombatiente, Jean Norton Cru. Estudiar su obra consiste en sacar a

⁵³ *Un ethnologue dans les tranchées, août 1914-avril 1915. Lettres de Robert Hertz à sa femme Alice*, París, CNRS éditions, 2002, p. 39.

⁵⁴ Marc BLOCH: «Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre», *Revue de synthèse*, t. XXXIII, 97-99 (1921); también en Marc BLOCH: *Écrits de guerre, 1914-1918*, edición de Etienne BLOCH, introducción de Stéphane AUDOIN-ROUZEAU, París, Colin, 1997.

la luz muchos problemas planteados por la práctica del testimonio y su recepción. Su obra no puede ser entendida desde la ignorancia de su autor y del ámbito intelectual en el cual ambos se incluyen. Hasta las más recientes controversias que hicieron de este singular autor un verdadero punto de anclaje, Jean Norton Cru, desde la publicación de su obra más importante, *Témoins*, en 1929, fue situado en medio de los enfrentamientos entre aquellos que odiaban y aquellos que saludaban su valor intelectual⁵⁵. La reciente edición de su correspondencia de guerra aporta informaciones útiles sobre la génesis de esta obra y la psicología de su autor. Los numerosos adversarios de Norton Cru, que se alzaron contra su libro en cuanto fue publicado, no dejaron de señalar el carácter rígido del autor, «sectaire du fait», como escribió Julien Benda. Su concepción del testimonio le valió ásperas réplicas, como la de una de sus víctimas preferidas, Roland Dorgelès, celebrado autor de las *Croix de Bois*, que escribió en *Nouvelles Littéraires*:

«Ce que M. Cru inaugure, c'est, en somme, la critique selon saint Thomas. Ce qu'il n'a pas vu, il le nie. Il le nie obstinément, aveuglement. Il sait mieux que nous ce qui se passait dans notre propre tranchée, reprend les artilleurs, dément les sapeurs du génie, contredit les aviateurs, et pousse l'aplomb jusqu'à récuser le témoignage de Remarque comme combattant allemand»⁵⁶.

Con motivo de la publicación de *Témoins*, él mismo había notado con una pizca de picardía que «s'il suffisait d'avoir vécu un drame pour le bien conter, ce n'est pas Flaubert qui aurait écrit Madame Bovary: c'eut été le pharmacien»⁵⁷.

⁵⁵ Cfr. Frédéric ROUSSEAU: *Le procès des témoins de la Grande Guerre. L'affaire Norton Cru...* Nos referiremos a la publicación del expediente de prensa reunido por Jean Norton Cru en la última edición de *Témoins*, prefacio y posfacio de Frédéric ROUSSEAU, Nancy, Presses Universitaires de Nancy, 2006, pp. S61-S195.

⁵⁶ Roland DORGELÈS: «Monsieur Cru ou la critique selon St. Thomas», *Les Nouvelles Littéraires*, 11 de enero de 1930, citado por Leonard V. SMITH: «Jean Norton Cru, lecteur des livres de guerre», *Annales du Midi. Revue de la France méridionale*, t. 112, 232 (2000), pp. 517-528, p. 517, e ID.: *The Embattled Self. French Soldiers' Testimony of the Great War*, Ithaca-London, Cornell University Press, 2007.

⁵⁷ Roland DORGELÈS: *Les Nouvelles Littéraires*, 1 de diciembre de 1928, citado en la edición 2006 de *Témoins*, p. S61.

La configuración psico-intelectual del autor se apoya en un trípode: realismo, racionalismo, utilitarismo. El realismo de Norton Cru se aprecia en su voluntad de conciliar las palabras con las cosas. No sorprende ver a este profesor de francés en Estados Unidos —había obtenido un puesto en 1912 en el Williams College de Williamstown en Massachusetts— convertirse en intérprete a partir de finales de enero de 1917 y apasionarse por su trabajo. Tampoco sorprende su entusiasmo por los sinónimos, que le permiten ejercer su gusto por lo que llama «exactitud», ni sus obsesiones higienistas que le condujeron a disculparse con su hermana después de tantos consejos con los que la agobiaba («Pardonne ton vieux maniaque de grand frère»⁵⁸, le escribió), ni el saber enciclopédico que le incitó a acumular conocimientos precisos sobre todo: la longitud de las redes de ferrocarriles del mundo entero, la lista de las siete líneas transcontinentales a través de las Montañas Rocosas, los tipos de locomotoras y el peso de los modelos recientes⁵⁹.

Su racionalismo se expresa en sus referencias a Descartes y Pascal:

«J'ai glané pendant plusieurs années des noms, des œuvres, des faits, des chiffres. C'est si peu pour une si vaste question, mais lorsque je parle, j'ai la satisfaction de pouvoir m'appuyer sur des réalités, de faire connaître à certains tant de choses dont ils ne se doutent pas, mais dont ils ne peuvent douter car je ne parle pas en l'air, "de chic", d'imagination, comme c'est la déplorable habitude chez la plupart des humains. Ayons donc l'esprit logique et scientifique! Croyons-en Descartes et Pascal qui ont tant fait pour nous apprendre l'ordre et l'honnêteté dans l'expression des pensées et dans leur enchaînement. Songeons au sérieux de la raison raisonnante, aux méfaits de ses erreurs, de son oubli des règles. N'oublions pas tout ce que les grands penseurs ont dit de la valeur du témoignage et du critérium de la vérité. Soyons scrupuleux»⁶⁰.

La utilidad constituye uno de los principales temas de la moral de Jean Norton Cru. Cada existencia y cada acción tienen que ser

⁵⁸ Carta de Jean Norton Cru a su hermana Alice de 10 de enero de 1918, en Marie-Françoise ATTARD-MARANINCHI y Caty ROLAND (eds.): *Jean Norton Cru. Lettres du front et d'Amérique (1914-1919)*, Préface de Jean-Marie Guillon, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 2007, p. 282.

⁵⁹ Carta de Jean Norton Cru a su madre de 5 de enero de 1918, *ibid.*, p. 274.

⁶⁰ Carta de Jean Norton Cru a su hermana Alice de 22 de octubre de 1916, *ibid.*, pp. 189-190.

útiles. Por ello se quejó durante mucho tiempo, hasta su afectación al cuerpo de los intérpretes, por no ser «útil». Su guerra en el territorio, a menudo en primeras líneas desde el mes de octubre de 1914 hasta el mes de enero de 1917, pero pocas veces como combatiente (aunque se encontró dos veces en situación de combate, especialmente en Verdun en el verano 1916), no le parecía que estaba en concordancia con sus capacidades.

La trayectoria de Norton Cru también se inscribe en un escenario general y en relación con éste. No fue el primero en tomar conciencia de la importancia de testimoniar sobre los acontecimientos inauditos que la guerra había provocado. Desde el comienzo del conflicto, el rector de la Academia de Grenoble, Charles Petit-Dutaillis, pidió al magisterio de su incumbencia hacer constar por escrito los acontecimientos que estaban viviendo y que consideraban dignos de ser revelados. Por una circular del 3 de mayo de 1915, el director de Enseñanza Superior, por su parte, llamó a las sociedades académicas, los comités departamentales de la Historia de la Revolución, los rectores de la Academia y los profesores de universidad a que movilizaran al magisterio tal como lo había hecho Petit-Dutaillis. Les recomendaba «expressément de n'accueillir que des renseignements rigoureusement contrôlés» porque no se trataba «de laisser s'établir des légendes, ni des "mots historiques inventés"»⁶¹.

El testigo en historia no tiene el mismo estatus que el testigo en justicia. Su palabra es mucho más que un mensaje informativo. Posee «una reflexividad política» y una dimensión moral⁶². El testigo relata hechos y se esfuerza por dar un significado moral a su experiencia. Comprendemos que la obra de Jean Norton Cru pueda constituer «une page importante dans l'histoire théorique du témoignage». Este «témoin de témoins» asumió la responsabilidad del «requisit des magistrats vis-à-vis d'un témoin oculaire: faire la

⁶¹ *Revue historique*, mayo-junio de 1915, p. 420. Cfr. Jean-Jacques BECKER: *Mil neuf cent quatorze: comment les Français sont entrés dans la guerre: printemps-été 1914*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1977.

⁶² Renaud DULONG: *Le Témoin oculaire. Les Conditions sociales de l'attestation personnelle*, París, Éditions de l'Ecole des Hautes Études en Sciences Sociales, 1998, p. 16. Referirse también a Michael POLLACK (con Nathalie HEINICH): «Le témoignage», *Actes de la recherche en sciences sociales*, junio de 1986, y a Annette WIEVIORKA: *L'Ère du témoin*, París, Plon, 1998.

preuve qu'il raconte ce qu'il a vu»⁶³. Si bien no fue el único de su especie en establecer el «modelo judicial» del testimonio, fue uno de los más rigurosos críticos de los testigos de la Gran Guerra.

Norton Cru seleccionó 250 autores y 300 volúmenes publicados entre 1914 y 1928 y comenzó un gran trabajo de crítica que terminó con la famosa publicación de 1929. Para él, lo que estaba en juego con la cuestión del testimonio de guerra era sencillamente formidable. Su gestión no se parece en nada a la del historiador erudito, aunque a menudo comparta las prácticas y reconozca que su trabajo tiene que servir ante todo a los historiadores del porvenir. Aspira a mucho más. De la calidad del testimonio sobre la Gran Guerra depende, ni más ni menos, «la destinée future de l'humanité»⁶⁴. Las insuficiencias de la «ciencia del testimonio» de su tiempo —Cru conocía bien los trabajos de los psicólogos sobre la cuestión—, que a menudo invertía los papeles entre «buenos» y «malos» testigos, tenían como consecuencia la prohibición del acceso a un conocimiento correcto sobre la guerra. Este desconocimiento contenía el germen del peligro de otra guerra. En la obra de Norton Cru, hay, pues, una dimensión *civilisationnelle* que quizás explica su alma de misionario.

Sólo podían ser seleccionados los relatos que venían de autores que habían ido al frente y en condiciones que les habían permitido tener un conocimiento directo de lo que relataban. De esta manera, rechazaba los testimonios de autores cuyo grado era superior al de capitán. En cuanto el testigo se alejaba del relato de su propia experiencia, por ejemplo bajo la influencia de lecturas anteriores o leyendas que venían a perturbar su relato personal, perdía fiabilidad: «Ces quelques citations prouvent de la façon la plus irrécusable que l'auteur a raconté les faits non d'après ses notes du front, mais d'après ses lectures ou d'après le folklore de l'arrière, celui de la période octobre 1914-mai 1915»⁶⁵. Reprochaba lo mismo a cuantos renunciaban a su autonomía intelectual, pensando, desgraciadamente, que servían mejor a los historiadores del futuro dando a su

⁶³ Renaud DULONG: *Le Témoin oculaire...*, p. 74.

⁶⁴ Jean Norton CRU: «Le témoin de guerre», *Le Crapouillot*, agosto de 1930, p. 20.

⁶⁵ Recensión de Adrien BERTRAND: *La victoire de Lorraine. Carnet d'un officier de dragons*, París-Nancy, Berger-Levrault, 1915, citado en Jean NORTON CRU: *Témoins. Essai d'analyse et de critique des souvenirs des combattants édités en français de 1915 à 1928*, París, Les Etincelles, 1929, p. 91.

visión un alcance general del cual el testimonio individual se veía desprovisto. Precisamente lo contrario era lo que Norton Cru afirmaba a lo largo de su libro.

Esta condición de producción del testimonio constituye uno de los elementos de su validación. No es la única. Luego vienen cualidades intrínsecas y asociadas a la persona misma del autor. La primera reside en la dimensión literaria del texto. En relación con esto, la posición de Norton Cru es más matizada de lo que parece en un primer momento. Si bien parece rechazar la «literatura» (que distingue de la novela) del horizonte del testimonio porque la búsqueda de los «efectos» aleja al autor de la preocupación que debe tener por restituir los hechos en su exactitud más absoluta, no por eso deja de recurrir a categorías propias de una apreciación estética para elogiar ciertos testimonios⁶⁶. Su correspondencia de guerra se encuentra salpicada de notas que traicionan una sensibilidad y una cultura literarias realmente relevantes. Habiendo rechazado de entrada la poesía y el teatro, no se muestra menos sensible a la parte «literaria» de una obra para validar o excluir a un autor.

El autor de *Témoins* no fue el único en elaborar las reglas que debían dirigir el buen testimonio a través del examen de innumerables relatos de guerra. Su originalidad debe matizarse respecto a otras críticas que intentaban ejercer, aun cuando no había terminado la guerra, una necesaria vigilancia del futuro. La comparación entre sus apreciaciones y las que emitían los inspectores de la *Revue historique* o las del biógrafo Jean Vic, saca a la luz el recelo casi obsesivo de Norton Cru. Vic, que mezcla en su bibliografía obras y textos de diversos géneros, se presenta mucho menos seguro que Norton Cru respecto a la pertinencia de sus elecciones. Es verdad que su «Manuel» precedió *Témoins* en unos diez años y que no disponía aún de la masa documental con la que Norton Cru pudo trabajar:

«Cet ouvrage étant essentiellement objectif, on s'est efforcé de n'y exprimer, en aucune de ses parties, des opinions personnelles. – Il renferme certainement des erreurs : l'auteur s'en excuse comme il le doit, et acceptera avec reconnaissance les rectifications que l'on voudra lui transmettre»⁶⁷.

⁶⁶ Cfr. Daniel SHERMAN: *The Construction of Memory in Interwar France*, Chicago-Londres, The University of Chicago Press, pp. 17-29.

⁶⁷ Jean VIC: *La littérature de guerre. Manuel méthodique et critique des publications de langue française (août 1914-novembre 1918)*, vol. I, Paris, p. XIX.

En el universo de la historia profesionalizada, la *Revue historique*, contrariamente a la *Revue d'histoire moderne et contemporaine* y a la *Revue de Synthèse*, no interrumpió sus entregas durante la guerra. En su número de abril de 1915 se abrió una sección titulada «Histoire de la guerre». Recibió numerosas reseñas de testimonios. Desapareció progresivamente durante el año 1921. El «buen testigo» presentaba en esta sección cualidades cercanas a las seleccionadas por Norton Cru: la moderación y el recelo por los abusos de efectos literarios, una estética de la ponderación («on y admire une langue saine et châtiée, qui ne dédaigne pas le trait, qui sait être forte sans aucune déclamation») ⁶⁸, la minuciosidad de la información («Il est dommage seulement que les noms de lieux aient été presque partout supprimés; il ne nous est pas possible le plus souvent de deviner quel fut le théâtre de ces exploits») ⁶⁹ y la experiencia directa de la guerra («Le récit est alerte; il fait souvent frémir. Ce sont des impressions vécues, document précieux pour l'historien futur de cette guerre») ⁷⁰. Pero, no obstante, la implementación de esta red sobre casos concretos no siempre desembocó en los mismos resultados.

La interrupción de las hostilidades en el mes de noviembre de 1918 no se correspondió con la «salida de guerra», que los historiadores interpretan actualmente como un proceso lento y progresivo ⁷¹. De la Gran Guerra, las sociedades beligerantes salieron por etapas sucesivas según los medios sociales y las experiencias pasadas. De todos modos, el conflicto dejó profundas cicatrices morales y físicas que el tiempo no pudo borrar totalmente. Hubo caras destrozadas, hombres con el cuerpo herido que atestiguaban en el espacio público las violencias de una guerra que había sido atroz, espíritus chiflados, amputados o trastornados para siempre. De esas heridas, los intelectuales fueron los primeros testigos. La

⁶⁸ *Revue historique*, noviembre-diciembre de 1915, p. 175.

⁶⁹ Reseña de 1914-1915. *La vie de guerre contée par les soldats. Lettres recueillies et publiées par Charles Foley, Paris et Nancy, Berger-Levrault, 1915, ibid.*, p. 173.

⁷⁰ Reseña de *La victoire en Lorraine. Carnet d'un officier de dragons*. Primer fascículo de una nueva colección titulada «La Guerre, les récits des témoins», París-Nancy, Berger-Levrault, 1915, *ibid.*, p. 174.

⁷¹ Cfr. Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Christophe PROCHASSON (dir.): *Sortir de la Grande Guerre. Le monde et l'année 1918*, París, Tallandier, 2008, e Yaël DAGAN: *La NRF entre guerre et paix (1914-1925)*, París, Tallandier, 2008.

memoria de la guerra dominó el conjunto de la producción cultural de entreguerras, mucho más allá de los ejemplos convenidos en algunas retaguardias, de los dadaístas a los surrealistas. Ella se metió en todas partes, resurgió sin cesar tanto en escritos filosóficos como a través de las notas de las piezas musicales. La guerra sacó a la luz la violencia y agravó las fracturas que minaban el ambiente intelectual transformándolo, más de lo que era, en un nuevo campo de batalla.

[Artículo traducido por Cindy Coignard, profesora en la Universidad de Caen Basse-Normandie (Francia) y doctoranda en la Universidad de París VIII.]

*Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)**

Maximiliano Fuentes Codera

Universitat de Girona

Resumen: Este artículo se propone analizar el heterogéneo ambiente intelectual español favorable a las potencias centrales durante la Primera Guerra Mundial. Sin dejar de lado la relevancia asumida por el carlismo, muestra la existencia de dos sectores diferenciados, uno de inspiración tradicionalista y otro con raíces regeneracionistas, que, desde la defensa de la cultura alemana, propusieron una alternativa a los intelectuales aliadófilos herederos de la generación del 98. Finalmente, el texto plantea que la influencia de esta experiencia resulta clave para comprender la renovación de las culturas políticas nacionalistas de las derechas españolas en los años posteriores.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial, España, germanófilos, derechas, intelectuales.

Abstract: This article intends to analyze the Spanish heterogeneous intellectual group favorable to the Central Powers during WWI. Without neglecting the relevance of Carlism, it shows the existence of two differentiated sectors, one of traditionalist inspiration and another one with *regenerationists* roots, which, from the defense of German culture, proposed an alternative to heirs of 98 intellectuals who supported the Allies. Finally, the text holds that the influence of this experience is central to understand the renewal of right wings' nationalist political cultures in subsequent years.

Keywords: World War I, Spain, «germanophiles», right wings, intellectuals.

* El autor forma parte del proyecto HAR2011-27392/HIST.

Como se ha repetido muchas veces, los hombres del 98 se habían concebido como los portadores de la redención de España de su incultura y su atraso históricos. Ésta fue también la idea central sobre la cual se estructuró el pensamiento de la generación posterior liderada por Ortega y Gasset, que convirtió a Europa en un auténtico horizonte de regeneración. La Gran Guerra se presentó a estos intelectuales como una oportunidad excepcional para poner en práctica sus ideas. Se posicionaron mayoritariamente junto a los aliados porque creyeron ver en Francia (y en menor medida en Inglaterra) una vía para el renacimiento nacional que en los años anteriores habían buscado en el Partido Reformista y el socialismo. Pero si tenemos en cuenta la formación de buena parte de sus pensadores más destacados en Alemania a través de la Junta de Ampliación de Estudios, la consideración ampliamente compartida de la Universidad germana como la vanguardia de la ciencia en Europa, o las extendidas percepciones en España y en todo el continente sobre la decadencia de la cultura y la nación francesas después de la derrota de Sedán en 1870, parece claro que la aliadofilia de estos intelectuales no pudo darse sin algunas contradicciones ni hubo de ser unánime.

A pesar de que el papel de los intelectuales españoles y sus proyectos políticos y culturales durante la Primera Guerra Mundial han sido analizados por la historiografía en algunos estudios de relieve, la visión del ambiente favorable a las potencias centrales ha recibido una atención sensiblemente menor a la del mundo aliadófilo. No casualmente, José María Salaverría, uno de los blancos predilectos de la propaganda francófila, llegó a preguntarse irónicamente si existían los intelectuales germanófilos¹.

¿Por qué referirnos conjuntamente a germanófilos y neutralistas? En primer lugar, porque el arco cultural germanófilo fue uno de los más férreos defensores de la neutralidad estatal durante toda la guerra. En segunda instancia, porque el creciente peso de la propaganda francesa contribuyó a configurar el conflicto en España como un enfrentamiento entre los inmovilistas partidarios de la autocracia alemana y los progresistas y renovadores simpatizantes de Francia e Inglaterra. Finalmente, porque, en este polarizado escenario, los minoritarios neutralistas y europeístas, como Euge-

¹ José María SALAVERRÍA: «ABC en París. ¿Existen los intelectuales germanófilos?», *ABC*, 20 de junio de 1915, p. 5.

nio d'Ors, fueron criticados con dureza como representantes encubiertos de Alemania. Así pues, germanofilia, neutralismo y derechas acabaron por convertirse en sinónimos al calor del desarrollo de la *movilización cultural* iniciada en 1914.

La neutralidad del Estado y sus desafíos

Como es conocido, durante los años previos a la guerra España se había acercado a Francia e Inglaterra, que habían firmado la *entente cordiale* en 1904. Este proceso se había reflejado en tres visitas de Estado en 1913 —dos de Alfonso XIII a París y una del presidente Poincaré a Madrid— y en la boda del monarca con Victoria Eugenia de Battenberg, nieta de la reina Victoria. Pero, en realidad, ni el gobierno español estaba interesado en formar parte de una verdadera alianza que le comprometiera materialmente en los asuntos europeos ni del otro lado existía un interés real en asociarse con un país que no estaba en condiciones de realizar una contribución militar significativa².

La gran prueba de la estrecha relación de España con la Entente fue la Gran Guerra. El 7 de agosto de 1914, el gobierno conservador de Eduardo Dato declaró la neutralidad: la falta de intereses directos en la disputa y la debilidad militar fueron razones suficientes para adoptar esta posición³. Alfonso XIII, «el más aliadófilo de los monárquicos»⁴, se mostró ante los embajadores contrariado por no poder participar en el conflicto. A pesar de las presiones diplomáticas y el recrudecimiento de la guerra submarina alemana, que llevaron a que durante el gobierno de Romanones se planteara la posi-

² Antonio NIÑO: «El rey embajador. Alfonso XIII en la política internacional», en Javier MORENO LUZÓN (ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 254-261. Sobre la política exterior española durante este periodo, véanse, Javier PONCE MARRERO: «La política exterior española de 1907 a 1920: entre el regeneracionismo de intenciones y la neutralidad condicionada», *Historia Contemporánea*, 34 (2007), pp. 93-115, e íd.: *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918: estrategia y diplomacia. Un estudio sobre la política exterior de España*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2006.

³ Cfr. Archivo del Ministère des Affaires Étrangères (París, Francia), Correspondance politique et commerciale, Guerre 1914-1918, Espagne, vol. 469, 29 de agosto de 1914.

⁴ Javier MORENO LUZÓN: «El rey de los liberales», en Javier MORENO LUZÓN (ed.): *Alfonso XIII. Un político en el trono...*, pp. 151-186, p. 173.

bilidad de una intervención favorable a los aliados, el rey consiguió ocultar que su familia y sus simpatías estaban divididas e intentó colocar a España entre las grandes potencias pretendiendo realizar un papel de mediador entre los beligerantes. Pero su protagonismo finalmente se redujo a varias iniciativas de carácter humanitario en favor de los prisioneros y desaparecidos de guerra, que fueron recibidas con entusiasmo por la propaganda francesa⁵.

La actitud del gobierno español representó también una agradable sorpresa en los círculos políticos e intelectuales alemanes, ya que la política seguida por Guillermo II desde comienzos de siglo, especialmente en relación con el conflicto en Marruecos, les hacía temer un alineamiento español con la causa aliada⁶. En este contexto, los objetivos de la diplomacia germana se concentraron en el mantenimiento estricto de la neutralidad y la lucha por contrarrestar la influencia de la Entente en la opinión pública⁷.

Durante las primeras semanas, la tónica general fue la aceptación de la neutralidad oficial, que solamente fue puesta en cuestión, desde diferentes perspectivas, por Alejandro Lerroux, Melquíades Álvarez y el conde de Romanones. Tras la primera batalla del Marne, que tuvo lugar durante la primera quincena de septiembre, se produjo un verdadero surgimiento del movimiento aliadófilo español, impulsado por los intelectuales y los partidos republicanos, reformista y socialista, junto a la mayoría del catalanismo (con la excepción de la Lliga Regionalista), que se configuró en abierta oposición a los partidarios de las potencias centrales⁸. A diferencia

⁵ Juan PANDO: *Un Rey para la esperanza. La España humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.

⁶ Manuel ESPADAS BURGOS: «De la época bismarckiana a la Gran Guerra», en Walther BERNECKER (ed.): *España y Alemania en la Edad Contemporánea*, Frankfurt am Main, Veuveurt Verlag, 1992, pp. 66-73.

⁷ Ron M. CARDEN: *German policy toward neutral Spain, 1914-1918*, Nueva York-Londres, Garland Publishing, 1987; Luis ÁLVAREZ GUTIÉRREZ: «Intentos alemanes para contrarrestar la influencia francesa en la opinión pública española antes de la Primera Guerra Mundial», en VVAA: *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1987, pp. 1-21.

⁸ Francisco ROMERO SALVADÓ: *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002; Gerald MEAKER: «A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en Hans A. SCHMITT (ed.): *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1988, pp. 1-65, pp. 22-23, y Miguel MARTORELL LINARES: «No fue aquello solamente una guerra, fue una revolución»: España y la Primera

de lo que ha planteado Gerald Meaker, esta disputa entre aliadófilos y germanófilos se acabó extendiendo a todos los niveles de la sociedad. Tal como escribe Josep Maria Sagarra en sus *Memorias*, las discusiones sobre el conflicto «estallaban» en los cafés, los tranvías y acaban subiendo de tono con cierta facilidad. Como sostienen los informes diplomáticos franceses, los niños llegaron a tener prohibido a jugar a la guerra en el patio por los riesgos físicos que podía comportar esta actividad, y entre las familias y los amigos las diferentes posiciones llevaron a profundos distanciamientos y hostilidades: «aliadophiles et germanophiles, même se connaissant de longue date, ne se saluaient pas dans la rue»⁹.

En la conformación de este escenario, el papel de la propaganda fue clave. Según Otto Boelitz, director del Colegio Alemán de Barcelona entre 1909 y 1915, todo lo hecho antes de la guerra por el gobierno alemán en España había sido insuficiente. Aunque se había conseguido la edición de un periódico, *Die Deutsche Zeitung*, y se había comenzado a pensar en la creación de instituciones científicas y culturales —como la Alliance Française o el Instituto Francés de Madrid fundado en marzo de 1913— con el objetivo de atraer una parte de la opinión pública española, se había llegado demasiado tarde. A diferencia de los franceses, sostenía Boelitz, los alemanes residentes en Madrid o Barcelona se habían mantenido pasivos, cerrados en su cultura y sus círculos sociales. Era preciso corregir estas deficiencias favoreciendo la captación de alumnos para sus escuelas, organizando cursos de alemán y conferencias con ponentes alemanes y españoles¹⁰. Se debía romper con

Guerra Mundial», *Historia y Política*, 26 (2011), pp. 17-45, pp. 20-22. Sobre Cataluña: Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Pagès, 2009, pp. 72-92; David MARTÍNEZ FIOLE: *El catalanisme i la Gran Guerra. Antologia*, Barcelona, La Magrana, 1988, y Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Carroja, Afers-PUV, 2010, pp. 31-89.

⁹ Josep Maria de SAGARRA: *Memorias*, Barcelona, 1964, pp. 599-600, cit. en Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos*, Barcelona, Dopesa, 1972, p. 14; Archivo del Ministère des Affaires Étrangères (París, Francia), Correspondance politique et commerciale, Guerre 1914-1918, Espagne, vol. 474, Jean GAILLARD: «Rapport sur ma mission en Espagne. 3 juin - 13 juillet 1916».

¹⁰ Otto BOELITZ: «Deutsche Kulturarbeit in Spanien», *Mitteilung aus Spanien*, 5 (1917), pp. 177-185; citado en Jesús DE LA HERA MARTÍNEZ: *La política cultural de Alemania en España en el período de entreguerras*, Madrid, CSIC, 2002, pp. 13-16.

la idea de que la germanofilia cultural podía ser compatible con la aliadofilia política. Este diagnóstico determinó que la actividad de la diplomacia y la propaganda alemanas fuese frenética y estuviese mucho más desarrollada que la de sus enemigos. De hecho, la propaganda francesa no comenzó a ser significativa hasta la segunda mitad de la guerra¹¹.

La prensa y las revistas se vieron profundamente afectadas por este escenario. El conflicto europeo las obligó a ampliar sus horizontes, abrirse a los asuntos internacionales y, en muchos casos, a contratar enviados especiales —algunos de ellos, de especial relevancia, como Ramiro de Maeztu— para que informaran desde los países beligerantes. Al mismo tiempo, su difícil situación económica las convirtió en presa fácil para los servicios de propaganda de los países beligerantes y la práctica de las subvenciones extranjeras (o directamente la compra) se extendió. «Los dedos de una mano pueden servir para contar los periódicos diarios que no han sido comprados en Madrid», escribió el 12 de enero de 1916 Luis Araquistáin¹². Prácticamente todos los periódicos de la derecha política estaban en manos de amigos de Alemania o bajo control directo de los alemanes: los más leídos eran el monárquico *ABC*, el maurista *La Acción*, el carlista *El Correo Español*, los diarios católicos *El Debate* y *El Universo*, y los conservadores *La Tribuna* y *La Nación*. Los aliados tenían a su favor *La Época*, el romanonista *El Diario Universal*, así como *El Liberal* de Madrid, *Heraldo de Madrid*, *La Correspondencia de España*, *El Imparcial*, *La Mañana* del marqués de Alhucemas, *El Día* editado por Niceto Alcalá Zamora, *España*, *El País*, *El Parlamentario*, *El Progreso* y *El Socialista*, entre las izquierdas. Finalmente, entre los escasos neutralistas resaltaban *Solidaridad*

¹¹ Sobre la influencia francesa: Paul AUBERT: «La propagande étrangère en Espagne dans le Premier tiers du XX^e siècle», *Mélanges de la Casa Velázquez*, 31/3 (1995), pp. 103-176; íd.: «L'influence idéologique et politique de la France en l'Espagne de la fin du XIX^e siècle à la Première Guerre Mondiale (1875-1918)», en Jean-Pierre ETIENVRE y José Ramón URQUIJO (coords.): *España, Francia y la Comunidad Europea*, Madrid, Casa Velázquez-CSIC, 1989, pp. 57-102; Antonio NIÑO: *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España: 1875-1931*, Madrid, CSIC-Casa de Velázquez-Société des Hispanistes Françaises, 1988, y José-Carlos MAINER: «Una frustración histórica: la aliadofilia de los intelectuales», en *Literatura y pequeña-burguesía en España (Notas 1890-1950)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972, pp. 141-164.

¹² Cit. en Paul AUBERT: «La propagande étrangère...», p. 103.

Obrera, de la CNT, y *España Nueva*, del controvertido diputado republicano Rodrigo Soriano¹³.

Los intelectuales ocuparon un punto central en la articulación de estos campos culturales enfrentados y actualizaron sus propuestas políticas, culturales y nacionales. Tal como sucedió en el conjunto del continente¹⁴, esta división se escenificó en una serie de manifiestos. El primer texto que apareció en España fue el neutralista «Manifest del Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa»¹⁵, que dio inicio a un agrupamiento europeísta que recibió duras críticas desde el campo aliadófilo y una fría acogida entre los germanófilos. Como respuesta a este manifiesto, un numeroso grupo de intelectuales catalanes, en su mayoría vinculados a sectores nacionalistas republicanos, firmaba unos meses más tarde el «Manifest dels Catalans», una clara demostración de la francofilia dominante en el catalanismo¹⁶, y, meses después, vio la luz la proclama aliadófila más importante realizada por los intelectuales españoles, el «Manifiesto de adhesión a las Naciones Aliadas», redactado por Ramón Pérez de Ayala originalmente en francés, que estaba acompañado de un gran número de firmas de personajes ligados al reformismo, al republicanismo y a las izquierdas¹⁷. Con una evidente tardanza, el 18 de diciembre de 1915, apareció el manifiesto germanófilo redactado por Jacinto Benavente¹⁸.

¹³ María Cruz SEOANE y María DOLORES SÁIZ: *Historia del periodismo en España*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 211-231; Francisco ROMERO SALVADO: *España 1914-1918...*, pp. 78-80, y Javier VARELA: «Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra», *Claves de razón práctica*, 88 (1998), pp. 27-37.

¹⁴ Entre la amplísima bibliografía disponible, por lo que tiene de resumen y actualización, véase Aleksandr N. DMITRIEV: «La mobilisation intellectuelle. La communauté académique internationale et la Première Guerre mondiale», *Cahiers du monde russe*, 43/4 (2002), pp. 617-644.

¹⁵ «Un documento. La unidad de Europa», *La Vanguardia*, 1 de diciembre de 1914, p. 7.

¹⁶ «Manifest dels Catalans», *L'Esquella de la Torratxa*, 26 de marzo de 1915, p. 194.

¹⁷ «Un manifeste des intellectuels espagnols. Pour les Alliés», *L'Action Française*, 5 de julio de 1915, p. 2; «Manifiesto de adhesión a las Naciones Aliadas», *España*, 24 (29 de julio de 1915), pp. 6-7. Tras este manifiesto, vería la luz otro texto firmado por algunos católicos españoles contra el incendio de la Universidad de Lovaina: «Un manifiesto de los católicos», *España*, 35 (23 de septiembre de 1915), pp. 5-6.

¹⁸ «Amistad germano-española», *La Tribuna*, 18 de diciembre de 1915; reproducido en Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos...*, pp. 26-27.

La configuración del campo germanófilo

Esta manifestación de conjunto demostró que Juan Vázquez de Mella y el dramaturgo madrileño destacaban dentro del amplio arco germanófilo. Pero este movimiento iba mucho más allá de ellos. De hecho, la simpatía social por Alemania fue en España probablemente la más extendida entre los países neutrales. Entre los representantes de la germanofilia destacaban la Corte y el conjunto de la aristocracia. Con la excepción de rey y su esposa, María Cristina, hija de la archiduquesa Isabel Francisca de Austria, lideraba el apoyo a las ideas de Juan Vázquez de Mella en este sector. Lo propio sucedía con el ejército. Como se observa en *La Correspondencia Militar*, desde los inicios de la guerra asumió una postura moderadamente pro alemana que se fue decantando hacia la defensa de la más absoluta neutralidad¹⁹. La gran mayoría de los militares se había formado en unas academias fuertemente influenciadas por los desarrollos científicos y militares alemanes y esto había propiciado que anhelaran para España el orden y la importancia del ejército que habían aprendido. Sin embargo, en la aristocracia y el ejército, estas filiaciones tendieron a ser encubiertas bajo una defensa de la neutralidad oficial que se explicaba por la escasez de recursos militares españoles²⁰ y el peligro de las potenciales complicaciones con Inglaterra y Francia que una intervención podía comportar en Marruecos²¹.

Con la excepción de Cataluña, la Iglesia católica fue otro pilar del sentimiento germanófilo en España²². De hecho, en la larga lista de firmantes del manifiesto de Benavente, la sección de «Sacerdotes y Religiosos» fue una de las más numerosas. La mayoría de este sec-

¹⁹ «Nuestras impresiones», *La Correspondencia Militar*, 7 de agosto de 1914, p. 1, y «Napoleón y Moltke», *La Correspondencia Militar*, 31 de agosto de 1914, p. 1. Como afirma Gerald Meaker, esto no debe hacer olvidar la existencia de publicaciones militares más favorables a la causa francesa como *Ejército y Armada*; Gerald MEAKER: «A Civil War of Words...», p. 56, n. 29.

²⁰ «¿Neutralidad?», *La Correspondencia Militar*, 30 de octubre de 1914, p. 1.

²¹ «Nuestra situación ante la guerra», *La Correspondencia Militar*, 21 de noviembre de 1914, p. 1.

²² Sobre este tema, véase Manuel ESPADAS BURGOS: «La Iglesia española y la Primera Guerra Mundial», en *Iglesia, Sociedad y Política en la España contemporánea*, Zamora, Monte Casino, 1982, pp. 131-158.

tor rechazaba la Francia republicana, su secularización y la expulsión de las órdenes religiosas durante la década de 1890²³ y, frente a esto, prefería el luteranismo germano y, sobre todo, los valores de jerarquía, orden y disciplina que proyectaban el káiser y su Imperio, estrechamente vinculado a la católica corona austriaca. Para ellos, la guerra era «un instrumento de la justicia y la misericordia de Dios» contra «naciones prevaricadoras» como Inglaterra y Francia y «una expiación de las naciones que se apartaron de Dios»²⁴. Teniendo en cuenta estos planteamientos y la influencia social del catolicismo en España es fácilmente comprensible la proliferación de folletos, artículos y libros que la propaganda francesa dedicó a contrarrestar sus argumentos²⁵.

Entre los partidos y movimientos políticos, el maurismo fue uno de los grupos más activos. En los primeros meses del conflicto, Antonio Maura optó por la neutralidad y la consigna del semanario *Vida Ciudadana* fue apoyar al gobierno con tal de limar asperezas y evitar mayores tensiones. Sin embargo, con cierta rapidez, y a pesar de la neutralidad de Maura y de la germanofobia liberal de Osorio y Gallardo, la gran mayoría de mauristas se hizo germanófila y, en algunos casos, como el de Alberto Cavanna, fundador de la primera sociedad maurista de Valladolid, llegó a combatir en las filas alemanas. En la prensa maurista abundaban caricaturas y artículos que ridiculizaban las posiciones aliadófilas y exaltaban el valor del ejército alemán y sus líderes. Antonio Goicoechea criticaba duramente a Azorín por sus planteamientos francófilos y *Ciudadanía*, el órgano periodístico fundamental del maurismo, sostenía que Benavente era la contracara de la inferioridad a la que España se veía sometida por la presión de Francia e Inglaterra. Aunque los mauristas apelaron también a la neutralidad, ésta fue entendida como un beneficio para los alemanes, ya que estaban convencidos de que

²³ Para un panorama general del proceso de secularización en Europa, véase Manuel ÁLVAREZ TARDÍO: «Política y secularización en la Europa contemporánea», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 16 (1998), pp. 143-166.

²⁴ «Impresiones», *El Siglo Futuro. Diario católico*, 8 de agosto de 1914, p. 1.

²⁵ Como ejemplo, véase Raymonde LANTIER: *La propagande française en Espagne*, París, 1916. Entre la enorme cantidad de documentos, pueden consultarse «Les raisons doctrinales de francophonie», en Louis ARNOULD: *Le duel Franco-Allemand en Espagne*, París, Bloud et Gay, 1915; Marius ANDRÉ: *Les Catholiques espagnols et la guerre*, París, Bloud et Gay, 1915, y Alfred MOREL-FATIO: «Les néocarlistes et l'Allemagne», *Le Correspondant*, 25 de julio de 1915, pp. 280-302.

cualquier posibilidad de intervención española solamente podría ser junto a los aliados²⁶. Naturalmente, se trataba de una neutralidad radicalmente diferente de la que planteaban, por ejemplo, los anarquistas o los escasos socialistas internacionalistas²⁷.

Estos planteamientos no estuvieron demasiado alejados de los de la mayoría del carlismo. Sin embargo, este movimiento fue el que ejerció de manera más vehemente la militancia germanófila y el que tuvo la mayor incidencia social y política. Las ideas de Juan Vázquez de Mella ejercieron una gran influencia en todo el arco germanófilo español. Como afirmó Alfonso Botti, fue «un reaccionario decimonónico sin fisuras»²⁸ que expresó en su visión internacional de la guerra sus aspiraciones imperialistas. Partiendo del supuesto de que la política exterior debía ser la que modelara la interna y que la primera se determinaba en función de criterios geográficos, juzgó inaceptable la división entre germanófilos y aliadófilos. La guerra fue, desde su punto de vista, básicamente un conflicto entre Alemania e Inglaterra, y sus tesis, que se convirtieron en la posición mayoritaria del carlismo, se resumieron en esta consigna: «Unirse a Inglaterra, ayudar a Inglaterra, cooperar con Inglaterra, es trabajar contra los intereses y las exigencias de España. Ser *anglófilo* resulta ser *hispanófobo*»²⁹. Francia, menos peligrosa que Inglaterra, continuaba teniendo unas aspiraciones de dominación en el Mediterráneo que eran incompatibles con las españolas. Además, su decadencia podía seguir contagiando a España.

Desde esta perspectiva, los intereses de Alemania eran compatibles con los de España y, por ello, había de defenderse la «neutralidad absoluta». Pero esto no podía afirmarse para la nación, ya

²⁶ María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Ciudadanía y Acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, Siglo XXI, 1990, pp. 53-55; véase también Javier TUSSELL y Juan AVILÉS: *La derecha española contemporánea. Sus orígenes: el maurismo*, Madrid, Espasa Calpe, 1986, pp. 71 y ss.

²⁷ A pesar de su antimilitarismo, pacifismo e internacionalismo, un sector del anarquismo se decantó por la aliadofilia y hubo sectores aislados que, sin ser abiertamente germanófilos, obtuvieron fondos de la propaganda alemana; véanse Carlos FORCADELL: *Parlamentarismo y bolchevización*, Barcelona, Crítica, 1978, pp. 362-371, y Antonio BAR: *La CNT en los años rojos: del sindicalismo revolucionario al anarcosindicalismo, 1910-1926*, Madrid, Akal, 1981, pp. 359-431.

²⁸ Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España 1881-1975*, Madrid, Alianza Editorial, 2008, p. 89.

²⁹ Juan VÁZQUEZ DE MELLA: *El ideal de España. Los tres dogmas nacionales*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1915, p. 92.

que ésta no podía olvidar sus intereses territoriales y raciales. Así, su principal preocupación fue mejorar el papel internacional de España, aprovechándose de la precaria situación que atravesaba desde agosto de 1914 su principal enemigo. Una vez que Inglaterra quedara marginada del centro de la escena política —éste era el plan—, España podría conseguir la unión con Portugal a través de la reconstitución federal de la Península y, desde esta nueva posición, estaría en condiciones de plantearse la reconquista de Gibraltar como centro de la reorientación de una nueva política internacional que había de concluir con la constitución de unos Estados Unidos de América del Sur que contrarrestara, a su vez, la creciente influencia del imperialismo norteamericano. Era una propuesta geopolítica para un renacimiento de la nación que había de poner fin al «parlamentarismo» y a la «falsa democracia» a través de tres «dogmas nacionales»: la soberanía sobre las costas, la federación con Portugal —«Étnica, geográfica e históricamente, Portugal es un miembro de la nacionalidad española»—, y el imperio espiritual —«confederación tácita», según las palabras empleadas— sobre América. Sin esos dogmas, afirmaba, «la Historia de España resulta negada y su porvenir reducido al de una nación que termina y al de una colonia que empieza». Con esta política, pretendía situar España como parte de la corriente general expresada por el pangermanismo, el paneslavismo o el irredentismo italiano. Se proponía desarrollar «una liga general con el nombre de España, o si se quiere, *Iberia irredenta*»³⁰, un panhispanismo que no era sino una reacción renovada contra la derrota frente a Estados Unidos en 1898, que se configuraba aquí de manera precoz, y que sería recogido más tarde como *Hispanidad* por el nacionalcatolicismo³¹. Éstas fueron las ideas que Vázquez de Mella esgrimió en su famoso discurso del Teatro de la Zarzuela de Madrid, pronunciado el 31 de mayo de 1915. La importancia de estas palabras fue tal que algunos de los más destacados intelectuales españoles se vieron en la necesidad de responder con el manifiesto redactado por Pérez de Ayala citado anteriormente.

Pero esta militancia germanófila no fue compartida por todos los carlistas. En este sentido, vale la pena recordar que la Gran Guerra les encontró sumidos en una crisis de liderazgo derivada

³⁰ *Ibid.*, pp. 37, 26, 87, 90 y 95.

³¹ Alfonso BOTTI: *Cielo y dinero...*, pp. 90-92.

del cuestionamiento del nuevo aspirante Jaime III, sobre quien habían recaído los derechos de legitimidad tras la muerte de su padre en 1909, y de la aparición de nuevos desafíos políticos vinculados al surgimiento de los nacionalismos periféricos y a la propuesta del programa «minimista» de acercamiento al maurismo³². Estas diferencias internas también se expresaron en relación con los posicionamientos sobre el conflicto europeo, ya que, a pesar de la importancia de Vázquez de Mella, Jaime III fue un manifiesto aliadófilo. Además, personajes de importancia como Melchor Ferrer llegaron a apuntarse como voluntarios para luchar en el frente junto a los aliados³³. La situación alcanzó tal punto de tensión que Francisco Melgar se vio obligado a clarificar que no todo el carlismo compartía las posiciones de Vázquez de Mella y que el káiser, «lejos de ser el instrumento de Dios, estaba inspirado por el espíritu del diablo». En un folleto especialmente importante, criticó todas las argumentaciones de Vázquez de Mella: los peligros de un supuesto triunfo de la Francia jacobina frente a un potencial triunfo germano, la presencia de tropas africanas en las filas aliadas —«nada sirve mejor a la civilización que el emplear esas razas inferiores en la guerra, siempre que se las utilice simplemente como instrumento a la manera en que se utilizan los mulos de las baterías o los proyectiles de los cañones»—, el supuesto catolicismo alemán —un alemán «es antes alemán que católico», afirmaba—, la potencialidad regeneradora de lo alemán para la decadente raza latina y la unanimidad germanófila de los jesuitas, entre otros temas. Pero, sobre todo, el objetivo de este texto era desmentir la germanofilia de don Jaime: «Los que tenemos el alto honor de pertenecer a la nobilísima comunión carlista y de conservar el culto a sus tradiciones, estamos obligados, más estrechamente que nadie, a trabajar contra Alemania»³⁴. Finalmente, como es conocido, estas diferencias acabaron estallando al final de la guerra y derivaron en la

³² Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 237-238.

³³ Jordi CANAL: *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 269-271.

³⁴ Francisco MELGAR: *En desagravio*, Madrid, Bloud & Gay, 1916; las citas en pp. 12, 16, 20 y 63, respectivamente. Este texto fue publicado en inglés poco tiempo después: *Germany and Spain. The views of a Spanish Catholic*, Londres, T. Fisher Unwin, 1916.

fundación del Partido Tradicionalista de Vázquez de Mella y Víctor Pradera en 1919³⁵.

Los intelectuales germanófilos

Como sus pares aliadófilos españoles, los intelectuales germanófilos se agruparon en torno a un manifiesto común titulado «Amistad hispano-germana», publicado en el periódico maurista *La Tribuna* el 18 de diciembre de 1915. Este texto, escrito por Jacinto Benavente, ejemplificaba la mayoría de los tópicos que articulaban las ideas de los partidarios de los imperios centrales y concedía un amplio espacio a responder las críticas de retrógrados, militaristas y reaccionarios que éstos acostumbraban a recibir. Afirmaba no aceptar que la guerra se tratara de un enfrentamiento de la libertad y la democracia, representadas por los aliados, contra la barbarie y el oscurantismo, que encarnaba Alemania. Desde su punto de vista, el imperio de Guillermo II representaba una lección de socialismo de Estado, orden, organización y fortaleza, que debía ser un modelo para España. Por ello, estos intelectuales se autoconcebían como «la representación de toda la España que piensa, trabaja y estudia» frente a «un grupo de bullidores, muchos de ellos profesionales del bombo mutuo en Madrid» que no entendía que Inglaterra era la causa principal de todos los males de la nación. Se intentaba romper con el monopolio aliadófilo en la cultura española.

Junto con la publicación del manifiesto, *La Tribuna* inició una larga y heterogénea lista de adhesiones que ocupó varias páginas durante los días siguientes. Aparecieron escritores como Carlos Arniches, Edmundo González Blanco o José María Salaverría; periodistas como «El Caballero Audaz» (seudónimo de José María Carretero), Joan Costa i Deu (redactor jefe del periódico regionalista catalán *La Veu de Catalunya*) o José Juan Cadenas (corresponsal desde Berlín para *ABC*); académicos como José Alemany, Vicente Gay, Pere Bosch i Gimpera, Pere Barnils, Esteve Terrades, Manuel de Montoliu o Adolfo Bonilla San Martín; abogados como Luis Jiménez de Azúa y Emilio Cotarelo; artistas como Luis Menéndez Pidal, Fernando Labrada o José Moreno Carbonero; estudian-

³⁵ Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Historia de las derechas españolas...*, pp. 265-267.

tes como Dámaso Alonso, José Calvo Sotelo, Edgar Neville y Enrique Herrero, y personajes de la órbita del tradicionalismo como Antonio Goicoechea, que, como es conocido, acabaría siendo el líder de Renovación Española, o el propio Juan Vázquez de Mella³⁶. Casi un año después, se publicó un libro con el manifiesto original y todas las firmas recogidas hasta entonces —divididas en ciudades y pueblos de procedencia, y profesiones y ocupaciones— de todos los «amantes y cultivadores de las ciencias y las artes» que, afirmándose en la neutralidad del Estado, manifestaban «la más rendida admiración y simpatía por la grandeza del pueblo germánico, cuyos intereses son perfectamente armónicos con los de España»³⁷. Con algunas pocas excepciones, entre ellas la de Pío Baroja, todo el arco intelectual germanófilo aparecía en este libro.

La relevancia asumida por Benavente era evidente. Su posicionamiento, que, recordemos, tenía mucho más de dramaturgo que de intelectual *tout court*, era de un neutralismo muy similar al del conjunto de sus compañeros, aunque, en su caso, los componentes activos —nacionalizadores, regeneradores— parecían pasar a segundo plano³⁸. Rechazó que existieran vínculos entre neutralidad y abulia nacional y, como mostró con el estreno de su obra *La ciudad alegre y confiada*, sostuvo que la no participación en la guerra podía compatibilizarse con el heroísmo de una figura, como podía ser Antonio Maura, que retornara a España al paraíso de la paz y el orden. Fue la suya, simultáneamente, una manera de rechazar al invasor, al «intelectual», que se escondía tras la aliadofilia que, tras su rotunda negativa a firmar un documento presentado por Maurice Barrès a los intelectuales españoles³⁹, acabó por condenarle al aislamiento y a la ruptura con la generación encabezada por Ortega⁴⁰.

³⁶ Véase Paloma ORTIZ-DE-URBINA: «La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914», *Revista de Filología Alemana*, 15 (2007), pp. 193-206.

³⁷ *Amistad Hispano-Germana*, Barcelona, Tipografía La Académica de Serra y Hermanos Russell, 1916, s.p.

³⁸ Como ejemplo, Jacinto BENAVENTE: «De sobremesa», *El Imparcial*, 7 de junio de 1915, p. 1.

³⁹ Maurice BARRÈS: «Les affinités Franco-Espagnoles», *L'Echo de Paris*, 8 de enero de 1915, p. 1.

⁴⁰ José-Carlos MAINER: «Consideraciones sobre Benavente, los intelectuales y la política», en *Literatura y pequeña burguesía...*, pp. 121-130, y Robert L. SHEEHAN: *Benavente and the Spanish Panorama, 1894-1954*, Chapel Hill, N. C., 1976, pp. 77-100.

Si el de Benavente es un caso ciertamente atípico dentro del mundo germanófilo, el de Pío Baroja constituye claramente una excepción, entre otras cosas porque fue el único defensor de Alemania capaz de escribir duras diatribas anticatólicas o de colaborar en el semanario aliadófilo *España*. Su posicionamiento fue de una germanofilia matizada, que se recogió en el *Nuevo tablado de Arlequín* bajo el apartado «Alrededor de la guerra», donde intentó comprender las razones de Alemania y criticó la frivolidad de los aliadófilos y sus planteamientos «latinistas», que habían llegado a convertirse en grotescos, ya que «en casi todos los países, incluso los latinos, a mayor germanización corresponde mayor civilización»⁴¹. Desde su perspectiva, la opción germana era la vía adecuada para luchar en España contra el catolicismo y la caridad cristiana, desacreditar a los políticos parlamentarios y acabar con el tradicionalismo y la «vieja retórica». Como es fácilmente observable, sus argumentos se encontraban lejos de los que esgrimían los germanófilos hasta ahora analizados.

Baroja vivió la guerra en una suerte de contradicción permanente ya que, a pesar de admirar la cultura y la ciencia alemanas, no quería ser solidario con los legitimistas y los ultraconservadores españoles, que rechazaban a Lutero, Kant, Schopenhauer y Nietzsche. No obstante, tampoco aceptaba la existencia de dos Alemani-
nias, una culta y otra militarista. Por ello, desde una perspectiva europeísta, afirmó que las culpas de Alemania en la guerra no eran diferentes de las de los colonialismos francés e inglés y que no había filosofía ni razonamiento que pudiera ir más allá de la propaganda. En cierta manera, como recogió más tarde en *Momentum catastrophicum*, se trataba de una propuesta pesimista y escéptica frente a una Europa en «guerra civil».

Pero el amplio arco germanófilo iba mucho más allá de Benavente y Baroja. Al igual que sucedió con *España* desde Madrid o *Iberia* desde Barcelona⁴², los intelectuales pro alemanes se agruparon en torno a diversas publicaciones que en algunos casos fueron

⁴¹ Citado en José-Carlos MAINER: *Pío Baroja*, Madrid, Taurus, 2012, p. 229; sobre el Baroja de la guerra, véanse pp. 227-231, y Francisco Javier GONZÁLEZ MARTÍN: «Europeísmo y neutralidad en la España de 1914. La visión de la Gran Guerra en Pío Baroja», *Saberes. Revista de estudios jurídicos, económicos y sociales*, 1 (2003), pp. 1-22.

⁴² Enrique MONTERO: «La financiación de *España* y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial», introducción a la edición facsímil de *España*,

efímeras y en otros duraron prácticamente casi tanto como el conflicto. Una de las más importantes fue *Germania. Revista de confraternidad hispano-alemana*, publicada con patrocinio económico alemán y periodicidad quincenal en Barcelona bajo la dirección de Luis Almerich —conocido como autor de textos infantiles por el pseudónimo «Clovis Eimeric»— entre el 1 de marzo de 1915 y el 15 de noviembre de 1918. Las ideas de su primer editorial relacionaban estrechamente democracia y decadencia del latinismo —«seguir la corriente de las tradiciones latinas es caminar hacia la muerte»— representado por Francia y secundado por Gran Bretaña y, como respuesta, afirmaba la proyección de una Alemania «joven y animosa, rebosante de fe», digna «del amor latino»⁴³, que, por su pujanza científica, había sabido atraer una parte significativa de lo mejor de la juventud española que había acudido a sus universidades en busca de una formación que la cultura francesa había dejado de ofrecerle⁴⁴.

Los autores de *Germania*, «hombres enamorados de una España fuerte, temiendo verla rodar por la pendiente de lo estéril —la verborrea, el parlamentarismo, la indisciplina social—»⁴⁵, afirmaban encontrar en Alemania un punto de apoyo para proyectar una nueva propuesta de «neolatinidad científica». Manuel de Montoliu, el antiguo colaborador del periódico republicano *El Poble Català*, que había publicado una importante serie de artículos en *El Diluvio* bajo el título «Pro Europa», perfiló este planteamiento en un largo artículo en el que sostuvo que los españoles, hijos de la «áspera Iberia», eran «los menos latinos y griegos de los pueblos cultos de Europa». Sin embargo, el «latinismo» continuaba existiendo como una «especial manera de ser y de comprender la vida» meridional y catalana de la cual España podía aprovecharse siempre que supiera posicionarse junto a Alemania, la «nueva Grecia», que estaba

Vaduz, Topos Verlag, 1982, pp. XIX-XXI, y Joan SAFONT: *Per França i Anglaterra. La I Guerra Mundial dels aliadòfils catalans*, Barcelona, A Contra Vent, 2012.

⁴³ «A todos», *Germania*, 1 (1 de marzo de 1915), p. 2.

⁴⁴ Luis ALMERICH: «Por qué vence Alemania», *Germania*, 1 (1 de marzo de 1915), pp. 3-5; UN CAPITÁN DE INGENIEROS: «La leyenda del militarismo», *Germania*, 1 (1 de marzo de 1915), pp. 13-14, y Ángel RUIZ PABLO: «La guerra y el catolicismo. I», *Germania*, 35 (1 de agosto de 1916), pp. 245-247 (y su continuación publicada en el número 37).

⁴⁵ Luis ALMERICH: «Fortaleza espiritualidad», *Germania*, 2 (15 de marzo de 1915), p. 1.

preparada para ser la reencarnación de Roma e imponer la autoridad, el orden y la disciplina del espíritu clásico al mundo. La guerra constituía un factor de aceleración y el latinismo debía saber «aprovechar intensamente esta vigorosa lección de germanismo que hoy resuena por todo el orbe de la tierra»⁴⁶. Frente a esta avalancha, este «fuego nuevo», seguir reivindicando los valores de la Revolución francesa, como hacían los intelectuales francófilos, no era más que «la última repercusión de unos ideales viejos ya de más de un siglo»⁴⁷. Evidentemente, era un planteamiento que mezclaba la defensa de Cataluña, sus valores y sus potencialidades regeneradoras con un militante antijacobinismo que tenía puntos de contacto con Francesc Cambó y su manifiesto «Per Catalunya i l'Espanya Gran» de marzo de 1916⁴⁸. Por supuesto, se encontraba lejos de algunos personajes mucho más radicales como Andrés Giménez, aragonés catedrático de Historia de la Universidad de Barcelona, que llegó a afirmar en las páginas de *El Correo Catalán* y *El Correo Español* que «amo por amo, el más culto y mejor educado», o Pere Rivas, que se expresaba en *El Heraldo Germánico* en un sentido similar⁴⁹.

En última instancia, y aunque Montoliu no lo expresaba así en este texto, esta apuesta también era una lucha contra la España «europeizada» pero «desespañolizada del todo», que pretendían imponer Francia y Gran Bretaña⁵⁰. Estos nuevos latinismo e ibe-rismo constituyeron elementos centrales de la germanofilia española y *Germania* los recogió tanto desde la perspectiva de Montoliu

⁴⁶ Manuel de MONTOLIU: «Latinismo», *Germania*, 3 (1 de abril de 1915), pp. 1-4. Este planteamiento de un nuevo latinismo era muy similar al que había sostenido Eugenio d'Ors en sus *Lletres a Tina* y en varias manifestaciones públicas de estos primeros meses de conflicto; véase Maximiliano FUENTES CODERA: «La particular dimensión europea de Eugeni d'Ors durante la Primera Guerra mundial», *Ayer*, 76 (2009), pp. 209-243.

⁴⁷ Manuel de MONTOLIU: «Opinión espanyola», *Germania*, 17 (1 de noviembre de 1915), p. 5.

⁴⁸ Charles EHRLICH: «“Per Catalunya i l'Espanya Gran”. L'ofensiva del regionalisme català, 1911-1919», *Afers*, 29 (1998), pp. 47-68. Sobre el destacado papel de Montoliu en la guerra hay una ausencia de estudios notable. Una aproximación ajustada y muy bien documentada puede consultarse en August RAFANELL: *Notícies d'abans d'abrir. Llengua i cultures catalanes al segle XX*, Barcelona, A Contra Vent, 2011, pp. 271-277.

⁴⁹ Las referencias *ibid.*, p. 267.

⁵⁰ M. GARCÍA y PANADÉS: «Evolución hispánica», *Germania*, 12 (15 de agosto de 1915), pp. 12-14.

como desde la de Vázquez de Mella⁵¹. Se trataba de un planteamiento que tenía como eje una unión con Portugal, que solamente podía ser factible si se consolidaba previamente la convivencia y la «cohesión espiritual» de Castilla y Cataluña, que aseguraría, a su vez, «la vitalidad real de la nación española»⁵². Justamente con el objetivo de cohesionar Castilla y Cataluña, la revista fue también el núcleo sobre el cual Josep Maria Rosell, Pere Bosch i Gimpera, Manuel de Montoliu, Pau Furriol, Luis Almerich, Miquel Vidal Guardiola, Jordi Rubió y Pere Barnils constituyeron en Barcelona el Comité de Amigos de Alemania a finales de 1916⁵³.

Germania expresó también la defensa estricta de la posición estatal y, frente a la insistencia intervencionista de un sector aliadófilo, intentó que el Estado se mantuviera al margen del conflicto ya que la neutralidad era «hispanófila»⁵⁴. Se trataba de potenciar la «esperanza de resurgimiento» y demostrar que «el espíritu nacional no ha muerto»⁵⁵. Así, neutralismo y patriotismo español se fueron convirtiendo en sinónimos y la «incapacidad» del comienzo de la guerra fue deviniendo vitalidad, optimismo y acercamiento a una Alemania que, vencedora, devolvería la gloria a la nación⁵⁶. En este sentido, no es casual que uno de los colaboradores de la revista, Faustino Ballvé, encabezara la Federación Neutralista Catalana, que continuaba la labor del marqués de Polavieja (hijo)⁵⁷. Finalmente, después de la revolución de febrero en Rusia, tal como mostró Salvador Ugía y Sán-

⁵¹ «Un discurso de Mella», *Germania*, 39 (1 de octubre de 1916), pp. 343-347.

⁵² Luis VIOLA Y VERGÉS: «Observaciones. Iberia», *Germania*, 11 (1 de agosto de 1915), p. 10.

⁵³ «Comité de Amigos de Alemania», *Germania*, 45 (1 de enero de 1917), pp. 481-482. El núcleo de la acción germanista en Cataluña estaba integrado por Ballvé, Pere Barnils, Pere Bosch Gimpera y Jordi Rubió Balaguer. Véase Francisco GRACIA ALONSO: *Pere Bosch Gimpera. Universidad, política, exilio*, Madrid, Marcial Pons, 2011, pp. 86-90.

⁵⁴ Delfín ÁLVAREZ Y GONZÁLEZ: «Maura, hispanófilo», *Germania*, 5 (1 de mayo de 1915), pp. 6-8.

⁵⁵ Ángel RUIZ Y PABLO: «La actitud de España ante la guerra», *Germania*, 28 (15 de abril de 1916), pp. 77-81.

⁵⁶ M. GARCÍA Y PANADÉS: «Patriotismo sin convicción», *Germania*, 25 (15 de febrero de 1916), pp. 3-4.

⁵⁷ «Campaña neutralista», *Germania*, 49 (1 de marzo de 1917), p. 14. Ballvé fue el responsable de la versión española de Otto HINTZE: *Alemania y la guerra europea*, 3 vols., Barcelona, Gustavo Gili, 1916.

chez, canónigo de Sevilla, esta visión general se acabaría articulando con base en el «reinado de Jesucristo», los imperios centrales, la paz universal (kantiana) y España⁵⁸.

Así como Manuel Azaña afirmó que dentro de los aliadófilos podían distinguirse dos grupos bastante bien delimitados, los que se consideraban herederos del liberalismo revolucionario y los que pensaban que se tenía que defender a Francia por el injustificado ataque alemán, algo parecido puede pensarse respecto a los germanófilos. A pesar de que Gerald Meaker sostuvo que pueden detectarse tres tipos de germanófilos —los ultra católicos tradicionalistas, que odiaban más a Francia que a Inglaterra⁵⁹ (Vázquez de Mella era su líder); los católicos moderados, como Edmundo González Blanco, que rechazan el poderío militar y el imperialismo ingleses, y los nacional-regeneracionistas—⁶⁰, parece más operativo dividir este movimiento en dos grandes tendencias que se expresaron también en *Germania*: los que privilegiaban su deseo de ver humilladas a Francia e Inglaterra y los que ponían en primer plano la propuesta de que España siguiera el modelo de la pujante Alemania para conseguir, de una vez por todas, el anhelado desarrollo social, cultural y económico y su consecuente renacimiento nacional⁶¹.

El primero de estos sectores, que agrupaba los que rechazaban la política internacional inglesa y los valores republicanos y jacobinos franceses⁶², tenía en Juan Vázquez de Mella su figura más radical y destacada, pero contaba también con personajes más moderados como el católico Edmundo González Blanco, quien destacó más por su enfrentamiento con el imperialismo inglés que por su rechazo a los valores jacobinos franceses y a la democracia⁶³. En-

⁵⁸ Salvador UGÍA Y SÁNCHEZ: «El catolicismo y la guerra», *Germania*, 54 (15 de mayo de 1917), pp. 90-92.

⁵⁹ Como ejemplo: «La libertad jacobina y el estado-blasfemia», *El Correo Español*, 3 de septiembre de 1914, p. 1.

⁶⁰ Gerald MEAKER: «A Civil War of words...», p. 17.

⁶¹ Las referencias a estos planteamientos de Azaña han sido extraídas de Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos...*, pp. 65-66.

⁶² Un documento que ejemplifica las afirmaciones de este sector: Ramón RESA: *España, víctima de Francia e Inglaterra: recopilación de datos históricos*, Sevilla, 1917.

⁶³ Edmundo GONZÁLEZ BLANCO: *Alemania y la guerra europea*, Madrid, Imprenta Helénica, 1915; *El origen de la guerra europea y la culpa de los Aliados*, Madrid, Imprenta Helénica, 1916, e *Iberismo y Germanismo: España ante el conflicto europeo*, Valencia, Cervantes, 1917. Antes de la guerra había escrito algunos trabajos sobre las relaciones entre la democracia y el catolicismo, como *Democracia y*

tre sus textos destaca un prólogo a la traducción española de *Deutschland und der Nächste Krieg* (1911), del general e historiador prusiano Friedrich von Bernhardi, uno de los más destacados referentes del pangermanismo en el ámbito militar, en el que afirmó la importancia de los valores representados por la nueva Alemania frente a sus contendientes, esclavos del «utilitarismo pacifista», indisciplinados y enemigos del sacrificio. Desde su perspectiva, la paz no era sinónimo de molicie y quietud. Por el contrario, basándose en Kant, sostuvo que la guerra podía llegar a ser una «necesidad biológica de inmensa importancia», «la palanca más grande en el avance de la cultura y del poder». Pero también podía ser «una obligación ética» y, como tal, un medio indispensable de civilización y cultura, como supuestamente había sostenido Hegel. Si el ideal de toda nación consistía en conservar la abnegación y el amor patrio, se había de estar con Bernhardi y afirmar que la guerra era una «fuente de sentimientos viriles, de empresas heroicas» y «una necesidad de la época» frente al mercantilismo. Ni el pueblo alemán ni el káiser tenían la culpa de la guerra: sólo se habían limitado a responder a la agresión de Inglaterra, la verdadera responsable del inicio del conflicto, que, sin saberlo, había abierto la puerta a que Alemania demostrara su fuerza moral y económica, su poderío militar, su sentido de la disciplina y la jerarquía y, sobre todo, su capacidad de unir patriotismo y civismo, por un lado, y pasado y presente, por otro⁶⁴.

La segunda tendencia presentaba elementos provenientes del regeneracionismo y expresaba con mucha más claridad que González Blanco que Alemania, su modelo de sociedad —su sistema educativo y en especial sus universidades eran piezas clave— y su vitalidad debían servir como modelos para proyectar España en una perspectiva de desarrollo y modernización. Así se expresó en un artículo publicado en los últimos meses del conflicto donde se planteó que la neutralidad se había afirmado «nacionalmente» y que el movimiento germanófilo había traído a España «el calor reactivo que necesitaba-

clericalismo (*Estudios de política aplicada*), Madrid, 1901. Sobre González Blanco, véase la entrada correspondiente en Constantino SUÁREZ FERNÁNDEZ: *Escritores y artistas asturianos. Índice bio-bibliográfico*, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1957.

⁶⁴ Edmundo GONZÁLEZ BLANCO: «Prólogo», en Federico VON BERNHARDI: *Alemania y la próxima guerra*, Barcelona, Gustavo Gili, 1916, pp. 7-24; las citas en pp. 12, 13, 14 y 17.

mos para adquirir un poco de firmeza». La neutralidad, entendida en estos términos, era sinónimo de lucha contra una intervención «extranjerezante», contra «el afortunado enemigo de quienes favorecieron nuestra decadencia». La guerra se había convertido en un dinamizador nacional: «Aprendamos a vigorizarnos, a libertarnos de malsanas tutelas exteriores. Renovémonos, regenerémonos más bien. Estamos en el momento crítico para llevarlo a cabo»⁶⁵.

No obstante, la tendencia regeneradora dentro del movimiento germanófilo no fue exclusiva de *Germania*. Uno de sus representantes más destacados fue Eloy Luis André, quien se había formado en Alemania becado por la Junta de Pensiones e Investigaciones Científicas, había perdido frente a Ortega y Gasset la oposición para la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid en 1910⁶⁶, y en el momento del inicio de la guerra era catedrático del Instituto de Toledo. Durante los primeros meses de 1914 había publicado uno de sus libros más importantes, *La mentalidad alemana. Ensayo de explicación genética del espíritu alemán contemporáneo*, que cobró una gran vigencia a partir de agosto del mismo año⁶⁷. Su simpatía germanófila se hizo evidente con el comienzo de la guerra y su nombre apareció entre los firmantes del manifiesto escrito por Benavente, tal como se recoge en la página 238 de *Amistad Hispano Germana*. Esta simpatía se afirmaba en la defensa de la neutralidad frente al intento de los «farsantes de la cultura, esas hembras del 98», que pretendían que España entrara en la guerra o se manifestara más allá de la posición del gobierno. Neutralidad y «españolismo» eran compatibles, a diferencia de lo que pretendían proyectar los aliadófilos. Se trataba de aprovechar la guerra para hacer resurgir «una conciencia nacional», «nacionalizar el espíritu español, luchando contra todas aquellas resistencias, obstáculos o enemigos que tenemos en la propia

⁶⁵ M. GARCÍA Y PANADÉS: «Reflexiones de hoy. La personalidad española», *Germania*, 64 (1 de febrero de 1918), pp. 247-248.

⁶⁶ Así lo destaca Edmundo González Blanco en el comentario con motivo de la publicación del libro *La mentalidad alemana*, de André, en 1914; «Génesis de la mentalidad alemana», *La Esfera*, 28 de noviembre de 1914, pp. 8-9. Previamente, André también había resultado derrotado en otras oposiciones a catedrático de la Universidad Central.

⁶⁷ Eloy Luis ANDRÉ: *La mentalidad alemana. Ensayo de explicación genética del espíritu alemán contemporáneo*, Madrid, Daniel Jorro, 1914. Se trata de un libro dedicado al estudio de la educación, la universidad, la filosofía, la historia y la cultura alemanas, con especial énfasis en el desarrollo educativo.

conciencia histórica», contribuyendo a accionar «el motor religioso y patriótico de nuestras clases directoras»⁶⁸. En síntesis, el objetivo era barrer a los hombres del 98 para regenerar la nación, tomando como modelo la cultura alemana.

Durante los años de la guerra, André pronunció también numerosas conferencias e intervenciones públicas con el objetivo de difundir la ética y la cultura alemanas⁶⁹. Las ideas allí vertidas aparecieron en un nuevo libro publicado en 1916 que reunió textos escritos antes de la guerra con otros redactados al calor del conflicto. En la primera página del prólogo el autor planteaba una idea fundamental que compartían muchos intelectuales españoles y que el estallido del conflicto había contribuido a ocultar: la cultura alemana había de ser «el gran fenómeno» que marcaría la historia del siglo XX, como lo habían sido la «civilización francesa» en el XVIII o la «civilización inglesa» en el XIX. La guerra —«¡Guerra pacífica, guerra santa!»— ofrecía la oportunidad de romper con la influencia francesa y girar hacia Alemania, un pueblo que formaba «una sola persona verdadera», «adaptado con el cerebro y con el corazón a su ideal», «un modelo para España» y un referente educativo que no podía encontrarse en ningún otro Estado europeo. Sus clases dirigentes, el «cerebro» de la nación orgánica, eran el resultado de una formación centrada en una finalidad «ideal, nacional y profesional a la vez» de la cual España, «un pueblo de hombres ignorantes, regidos y gobernados por *simios semi-cultos*, con la obsesión de una Europa francesa en la cabeza», carecía. Se trataba de hacer como habían hecho los pueblos germanos: lograr una unidad histórica, «una solidaridad espiritual», ahondando en la propia conciencia histórica, retrotrayendo las «energías presentes» al seno de Grecia y Roma. Concretamente, esto se formulaba en los términos de un nuevo latinismo que no estaba lejos de lo que planteaba Manuel de Montoliu. Se habían de abandonar las ideas de libertad, fraternidad e igualdad, «esa fiebre de democracia», y dirigirse hacia un «nuevo clasicismo», «un nuevo Renacimiento», encabezado por la

⁶⁸ Eloy Luis ANDRÉ: «Neutralidad y españolismo», *La Esfera*, 63 (13 de marzo de 1915), p. 4. Sobre la negativa valoración de la generación del 98, véase su texto «Juventud. Sus maestros. Los hombres del 98», *Renovación Española*, 7 (12 de marzo de 1918), pp. 8-9.

⁶⁹ Como ejemplo de las crónicas periodísticas de estas conferencias: «Noticias», *El País*, 3 de mayo de 1915, p. 2, y «Conferencias en el Ateneo», *La Época*, 10 de mayo de 1915, p. 3.

juventud latina. Y para ello era necesario romper con el pasado: «Si por salvar viejos valores y formas históricas es imposible desarrollar y crear otros nuevos, llegará un momento en que lo viejo perecerá también falto de savia que lo vivifique y alimente». Por ello, concluía, «no puede temerse tanto a una *revolución orgánica*, que purifique su régimen, y le incorpore nuevos elementos directores»⁷⁰.

Eloy Luis André fue probablemente uno de los más interesantes y sistemáticos pensadores del campo germanófilo. Otra personalidad destacada fue Vicente Gay Forner, catedrático de Valladolid y contacto de la embajada alemana para el proyecto alemán de creación de un instituto artístico en Madrid en la inmediata posguerra⁷¹, futuro suscriptor de *Acción Española* y delegado del Estado (franquista) en Prensa y Propaganda en 1937, quien, desde libros, conferencias y artículos en periódicos de tendencia germanófila como *El Día Gráfico* de Barcelona, ejerció una cierta influencia en el mundo intelectual proalemán. En su trabajo más importante sobre la guerra⁷², que, como casi todos los que estoy reseñando, también se había comenzado a escribir antes de agosto de 1914, intentó analizar las causas de la guerra y orientar la posición española presentando un programa de acción nacionalista e imperialista basado en principios estatistas, iberistas, americanistas y africanistas. Era una propuesta que tenía muchos puntos en contacto con los planteamientos del imperialismo catalán, la Lliga Regionalista y Eugenio d'Ors⁷³.

Como hemos visto, en el pensamiento germanófilo las preocupaciones sobre el iberismo ocupaban un lugar destacado, tal como demostraron periódicos como *El Correo Español* o *La Tribuna*, que desarrollaron desde los primeros meses de la guerra una in-

⁷⁰ Eloy Luis ANDRÉ: *La cultura alemana*, Madrid, Daniel Jorro, 1916, pp. iv, 13, 20, 24, 32, 33, 66, 75, 79 y 137.

⁷¹ Jean-Marc DELAUNAY: *Des palais en Espagne. L'École des hautes études hispaniques et la Casa de Velázquez au cœur des relations franco-espagnoles du XX^e siècle (1898-1979)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1994, pp. 124-125.

⁷² Vicente GAY: *El imperialismo y la Guerra Europea. Los principios nacionalistas y el iberismo*, Madrid, F. Beltrán, 1915. Gay también publicó las siguientes obras: *El pensamiento y la actividad alemana en la Guerra Europea*, Madrid, Francisco Beltrán, 1915, y *De Alemania. Recuerdos de un estudiante español*, Madrid, Blass y Cia, 1915.

⁷³ Òscar COSTA RUIBAL: *L'imaginari imperial. El Noucentisme català i la política internacional*, Barcelona, Institut Cambò-Alpha, 2002, pp. 282-283, y Enric UCELAY DA CAL: *El imperialismo catalán*, Barcelona, Edhasa, 2003.

tensa campaña a favor de una unión ibérica⁷⁴. Para Vicente Gay, Portugal demostraba que el avance del «imperialismo europeo» —francés e inglés, obviamente— sobre tierras lusitanas constituía una amenaza para España. La tesis de la descomposición o la decadencia nacional portuguesa después de la llegada de la República había tomado una nueva vigencia frente al estallido de la guerra y pareció abrir las puertas a una candidatura de España para un nuevo liderazgo ibérico, que podía afirmarse en una violencia frente a la cual Portugal no podría más que «echarse en nuestros abrazos amorosamente», como había escrito pocos años antes Luis Antón de Olmet⁷⁵. Para este propósito, la opción germanófila era la más adecuada, ya que Alemania y España no compartían intereses geográficos y esta alianza anularía la potencialidad imperialista británica⁷⁶.

Desde el punto de vista del sector regeneracionista del movimiento germanófilo, los aspectos materiales no podían dejarse en un segundo plano. Por ello, Vicente Gay compartió con Eloy Luis André (así como con Emilio Riu y José Sánchez de Toca) el interés por la estimulación del nacionalismo a través del desarrollo económico. En la primavera de 1916 se asociaron para crear la *Revista Nacional de Economía* con el propósito de «nacionalizar» España y «librarla de la dependencia extranjera». Desde su perspectiva, el proyecto imperialista español había de pasar sobre todo por el aprovechamiento de la situación que la guerra imponía al conjunto de las economías continentales⁷⁷. En cierto sentido, esta iniciativa mostraba que estos hombres eran herederos de Macías Pi-

⁷⁴ Hipólito DE LA TORRE GÓMEZ: *Na encruzilhada da Gran Guerra. Portugal-Espanha 1913-1919*, Lisboa, Estampa, 1980, pp. 145-148 y 167-169.

⁷⁵ Luis ANTÓN DE OLMET: *Nuestro abrazo a Portugal. Catecismo de la raza*, Madrid, Imprenta de Alrededor del Mundo, 1912, p. 182. Olmet se «convertiría» a la aliadofilia y llegaría a escribir un libro duramente crítico con todo el arco germanófilo, representado en semblanzas de hombres como Pío Baroja, José María Salaverría, el director de *El Debate* Ángel Herrera, Jacinto Benavente o Juan Vázquez de Mella, entre muchos otros: Luis ANTÓN DE OLMET: *Los bocheros (La propaganda teutona en España)*, Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1917.

⁷⁶ Como ejemplo, la reacción frente a la entrada de Portugal en guerra: Vicente GAY: «Portugal, el último aliado», *La Tribuna*, 18 de marzo de 1916, p. 1.

⁷⁷ Juan MUÑOZ, Juan A. ALONSO HIERRO y Juan Martín FERNÁNDEZ: *Involución y autarquía: la economía española entre 1890 y 1914*, Madrid, Editorial Complutense, 2000, pp. 155-161, y Joseph HARRISON: *The Spanish economy in the Twentieth Century*, Sidney, Croom Helm, 1985, pp. 35-37.

cavea, Ganivet, Antonio Maura y Joaquín Costa: pretendían no solamente entender el *fracaso* de España, sino poner las bases para su regeneración.

José María Salaverría fue otro de los representantes del sector regeneracionista del amplio y heterogéneo ambiente germanófilo. Tanto desde las páginas de *ABC* como desde tertulias, conferencias y libros afirmó la necesidad de la regeneración española desde un imperialismo que tenía sus raíces en la antigüedad clásica y en la Roma católica y apostólica. La guerra le hizo romper con muchos intelectuales que le habían influenciado —Unamuno, entre ellos— y, tal como se observa en *La afirmación española*, le llevó a proponer un nuevo «optimismo trágico». Desde su punto de vista, España, una nación radicalmente diferente a las otras europeas, debía regenerarse desde su excepcionalidad «trágica» y, por lo tanto, su renacimiento no podría anclarse en la reactivación económica que proponían André y Gay, sino que debía hacerlo desde una especie de misión trascendental y civilizadora inscrita en su propio destino. La idea básica de este libro era bastante simple: frente a los que afirman que España debía «europeizarse», Salaverría sostenía que había de primarse lo español frente lo foráneo. Como planteó en *Cuadros europeos*, la guerra demostraba que el progreso europeo no había sido más que una «superstición» construida por los hombres del 98 que demostraba su mezquindad, ya que una mayor presencia de la cultura española hubiera hecho imposible la conflagración. Por ello, como había planteado André, era fundamental atacar frontalmente la herencia del regeneracionismo noventayochista y aliadófilo que había negado y continuaba negando España. La regeneración había de buscarse en la propia historia imperial. En cierta manera, para Salaverría el futuro esplendoroso —que no pasaba por la democracia y los partidos, el maurista, entre ellos— sería posible justamente gracias a la falta de europeización⁷⁸. Éstos fueron los elementos básicos que en los años finales de la guerra desarrolló el grupo de la Escuela Romana del Pirineo y la revista

⁷⁸ José María SALAVERRÍA: *Cuadros europeos*, Madrid, Juan Pueyo, 1916, e íd: *La afirmación española: estudios sobre el pesimismo español y los nuevos tiempos*, Barcelona, Gustavo Gili, 1917. Sobre el papel de Salaverría como periodista e intelectual, véase la reciente tesis doctoral de Andreu NAVARRA ORDOÑO: *José María Salaverría: escritor y periodista (1904-1940)*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona, 2010.

Hermes y que el propio Salaverría expresó unos años después en la novela *La obra de Trajano*⁷⁹.

Como resulta evidente después de este análisis del ambiente intelectual germanófilo, nos encontramos lejos de una supuesta homogeneidad, tal como se manifiesta en la existencia de varias perspectivas y posicionamientos no siempre convergentes. No obstante, es fundamental tener en cuenta que, al calor del desarrollo del conflicto y de la propaganda extranjera en España, estas divergencias tendieron a difuminarse para configurar un esquema de antagonismos similar al que dominaba Europa en el cual los germanófilos-neutralistas se fueron vinculando mayoritariamente a las fuerzas políticas conservadoras y los aliadófilos, cada vez más intervencionistas, se relacionaron con propuestas rupturistas, republicanas y socialistas.

Conclusiones

Tal como planteó Luis Araquistáin, en la fase final de la guerra, que se hizo evidente hacia mediados de 1916 en España al igual que en el conjunto del continente, la agitación y la movilización social se articularon en torno de la cuestión de la neutralidad y las pasiones llegaron a tal extremo que algunas salas de cine renunciaron a informar sobre el conflicto con el fin de evitar unas peleas que se habían convertido en habituales entre los asistentes⁸⁰. A partir de entonces, según el hispanista Albert Mousset desapareció la neutralidad estática de la primera parte del conflicto y emergió una neutralidad dinámica, de manifiesta simpatía pro aliada entre los intelectuales⁸¹ y, como mostró *España*, la contienda fue analizada como un enfrentamiento entre inmovilistas —indiferentes, «neutralistas a secas»— y partidarios dinámicos de una implicación moral a favor de los aliados⁸². Además, durante

⁷⁹ José-Carlos MAINER: *Regionalismo, burguesía y cultura. Los casos de Revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Barcelona, A. Redondo, 1974, y Marta y Pablo CARBAJOSA: *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 1-13.

⁸⁰ Luis ARAQUISTÁIN: *Entre la guerra y la revolución. España en 1917*, Madrid, 1917, pp. 6-7.

⁸¹ Albert MOUSSET: *La política exterior de España, 1873-1918*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1918. El prólogo de este libro estaba a cargo del conde de Romanones.

⁸² «En torno al discurso de Maura», *España*, 87 (21 de setiembre de 1916), pp. 1-2.

esta última parte de la guerra, la propaganda francesa fue ganando espacio tras el retraso de los primeros años. De hecho, la propia fundación de la Liga Antigermanófila, impulsada por Benito Pérez Galdós, cuyo primer manifiesto estaba firmado por Araquistáin, Azaña, Pérez de Ayala y Rovira i Virgili, entre muchos otros, fue una demostración de este proceso⁸³. En su conjunto, esta situación resultó especialmente acuciante para el pequeño núcleo de intelectuales germanófilos, con un muy reducido espacio después de la intervención de Portugal junto con los aliados en marzo de 1916 y durante el desarrollo de la política de aproximación a Francia e Inglaterra desarrollada por Romanones entre diciembre de 1915 y abril de 1917. En este contexto, su neutralidad se convirtió en un llamado a la quietud frente a una aliadofilia cada vez menos neutral (y más enemiga de Alemania) que no ocultaba sus llamados a la intervención. Esto coincidió, a su vez, con el mantenimiento de la estrategia alemana de defensa de la neutralidad y control de la opinión pública.

En esta antagonica división, posicionamientos políticos y discursos intelectuales llegaron a ser sinónimos, tal como se demostró en la Plaza de Toros de Madrid ante la inminencia del estallido de la crisis de 1917. El 29 de abril, Antonio Maura atrajo a los germanófilos de su movimiento así como a otros conservadores para afirmar, con unos argumentos que no estaban lejos del Vázquez de Mella del Teatro de la Zarzuela, que no se podía estar con Francia e Inglaterra porque eran enemigas de una España que debía mantenerse neutral⁸⁴. Pero, como afirmaba *La Acción*, ésta no era la neutralidad «que predicán los amorfos», sino «una vigilante y despierta» dentro de la cual se iba «laborando por la reconstitución y el robustecimiento de nuestra personalidad, de nuestra soberanía íntegra, de nuestra independencia absoluta, sin mediatizaciones vergonzosas»⁸⁵. Estas palabras de Maura y su liderazgo frente al peligro intervencionista pasaron a ocupar el eje de los planteamientos de aquellos que simpatizaban con Alemania. Los posicionamientos

⁸³ «Manifiesto de la Liga Antigermanófila. A los españoles», *España*, 18 de enero de 1917, p. 2.

⁸⁴ *Situación de España. Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Antonio Maura y Montaner en la Plaza de Toros de Madrid en la mañana del día 29 de abril de 1917*, Madrid, Tip. Eduardo Arias, 1917.

⁸⁵ «La verdad ha hecho su camino», *La Acción*, 30 de abril de 1917, p. 1.

sobre la guerra se convirtieron en planteamientos concretos sobre el futuro inmediato de España.

Como respuesta al mitin maurista, la mayoría de los miembros de *España* organizó, el 27 de mayo, una asamblea financiada por Romanones y las embajadas francesa e inglesa que contó con la presencia de Melquíades Álvarez, Alejandro Lerroux, Roberto Castrovido y Álvaro de Albornoz. El espectáculo demostró que la causa aliada y el republicanismo estaban unidos y que la amenaza al régimen de Alfonso XIII era cierta⁸⁶. Dos días después, Manuel Azaña pronunciaba en el Ateneo de Madrid su conferencia «Los motivos de la germanofilia» y mostraba cómo podía fundarse en la aliadofilia militante una radical crítica al gobierno de turno y a su neutralidad⁸⁷.

Además de las que se continuaron publicando hasta el final del conflicto, dos efímeras revistas ejemplificaron este escenario, la madrileña *Los Aliados*, favorable a Francia e Inglaterra y que contó con la colaboración de los más importantes intelectuales españoles, y la también madrileña *Renovación Española*. Este semanario, dirigido por el criminólogo y catedrático de la Universidad Central Quintiliano Saldaña, fue financiado por la propaganda alemana y contó con la colaboración de la mayoría de los intelectuales del campo germanófilo ya analizados —Pío Baroja y Jacinto Benavente entre ellos— junto con la de otras figuras como Margarita Nelken o Eugenio d'Ors. Si se la compara con *Los Aliados*, *España* o *Iberia*, se observa claramente que el tono general de la publicación dista del carácter militante de éstas; en realidad, parece tratarse de una revista cultural con algunas reflexiones generales y más bien teóricas sobre una guerra que parece condenar Alemania a la derrota. El elemento más interesante se observa en su nómina de colaboradores, en la que destacan Eloy Luis André, Vicente Gay, José María Salaverría, Edmundo González Blanco y Pedro Sainz Rodríguez, quienes muestran que el futuro del conflicto continúa pasando por la defensa de la más estricta neutralidad, pero también, y esto es mucho más interesante, trazan un programa cultural-nacional que incorpora muchos de los elementos que habían aparecido en los

⁸⁶ Paul AUBERT: «Intelectuales y cambio político», en José Luis GARCÍA DELGADO (ed.): *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1993, pp. 25-99, p. 55.

⁸⁷ Santos JULIÁ: *Vida y tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Madrid, Taurus, 2008, pp. 144-163.

años anteriores, fundamentalmente, la defensa de los valores representados por Alemania frente al «extranjero» aliadófilo. Esto se manifiesta en las aportaciones sobre educación⁸⁸, Historia, Arte, Música o Literatura. Se trata de un programa con claros tintes del regeneracionismo que André había afirmado en los años previos, basado en un «nuevo intelectualismo» que debía romper con el «viejo intelectualismo de biblioteca, ese que han forjado generaciones enormes de filisteos, de parásitos». El objetivo era, pues, que, a través de la voluntad rejuvenecida por la guerra, la nueva generación tuviera su «evangelio» y cumpliera el siguiente objetivo: «Cada pueblo un *sintagma*, una síntesis histórica, una comunidad personal subsistente, para la creación, conservación y difusión de la cultura, para atesorar sus viejos valores y enriquecer la humanidad con otros nuevos»⁸⁹. Evidentemente, esto solamente podía conseguirse a través de la cultura alemana⁹⁰ y de la crítica rotunda al parlamentarismo y al «exceso de política»⁹¹. El modelo para España, más allá del triste desenlace de la guerra, era claro. En los años siguientes, muchos de los colaboradores de esta revista intentarían aplicarlo a través de diferentes experiencias políticas.

Tal como ha intentado mostrar este artículo, los posicionamientos sobre la guerra, las aliadofilias y las germanofilias, fueron un tema central para intelectuales y políticos españoles entre 1914 y 1918. Evidentemente, la neutralidad estatal determinó la inexistencia de una *Union Sacrée* como se registró en todos los países contendientes, al menos durante la primera mitad del conflicto. Sin embargo, existió una *movilización cultural* articulada en dos bandos irreconciliables en la cual los hombres de letras ocuparon un lugar de primer orden. Esta escenificación dicotómica no fue simplemente una cuestión de afinidades en relación con lo que unos y otros consideraban que constituían las referencias artísticas y culturales que se debían adoptar. Fue mucho más que ello: esencialmente, la discusión sobre la Gran Guerra fue una lucha entre visiones contrapuestas so-

⁸⁸ Véase Eloy LUIS ANDRÉ: «Educación Nacional», *Renovación Española*, 5 (26 de febrero de 1918), pp. 3-4.

⁸⁹ Eloy Luis ANDRÉ: «El ideario de la nueva generación», *Renovación Española*, 11 (9 de abril de 1918), pp. 3-4.

⁹⁰ Edmundo GONZÁLEZ BLANCO: «La guerra y el porvenir del mundo», *Renovación Española*, 4 (19 de febrero de 1918), pp. 4-5.

⁹¹ Adolfo BONILLA Y SAN MARTÍN: «Exceso de política», *Renovación Española*, 2 (5 de febrero de 1918), pp. 1-2.

bre el futuro de España como proyecto nacional⁹². En este sentido, si bien no fue estrictamente una prefiguración de las dos Españas —los casos del germanófilo Baroja, del sector aliadófilo del carlismo o del neutralismo «activo» de Ortega, entre muchos otros, alertan contra una interpretación demasiado estática y esquemática de los posicionamientos—, ni tampoco únicamente un enfrentamiento entre izquierdas y derechas, como sostuvieron personajes tan dispares como Manuel de Montoliu, Antonio Alcalá Galiano o Juan Vázquez de Mella⁹³, estas líneas divisorias fueron importantes en la configuración de este proceso, especialmente en relación con la construcción de los modelos nacionalistas. Evidentemente, no es que las masas estuvieran «desnacionalizadas», como planteó Gerald Meaker en el artículo ya citado, ni que fuese éste un conflicto entre unos intervencionistas y dinámicos aliadófilos y unos neutralistas y estáticos germanófilos. Lo verdaderamente importante de la guerra fue que, al calor de su desarrollo internacional y de la *movilización cultural* que tuvo lugar localmente, las culturas nacionalistas españolas, y entre ellas las vinculadas al tradicionalismo y al regeneracionismo de inspiración germana, se vieron profundamente afectadas, tal como ilustran los casos de *Renovación Española*, Vicente Gay y Eloy Louis André. Estos últimos, que formarían parte de Unión Patriótica y Renovación Española en los años posteriores, plantearon en los años de la conflagración algunas de las ideas centrales sobre las que se estructurarían posteriormente las renovadas propuestas de las derechas españolas. Las apelaciones a las influencias negativas de la democracia, el parlamentarismo y el imperialismo inglés, por un lado, y al potencial regenerador de la ciencia, el orden y el socialismo estatal alemanes, todos ellos renovados por la guerra, por el otro, pasarían a formar parte de las formulaciones políticas y culturales de una parte de las culturas políticas del nacionalismo español que comenzaban a entrar en un proceso de transformación que se materializaría durante la dictadura de Primo de Rivera y los años treinta.

⁹² Utilizo el concepto de «movilización cultural» en el sentido propuesto en John HORNE: «Introduction: mobilizing for “total war”, 1914-1918», en John HORNE (ed.): *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, CUP, 1997, pp. 1-18.

⁹³ Manuel de MONTOLIU: «Opinión española», *Germania*, 17 (1 de noviembre de 1915), pp. 1-6; Álvaro ALCALÁ GALIANO: *España ante el conflicto europeo 1914-1915*, Madrid, s.n., 1916, pp. 22-24, y Juan VÁZQUEZ DE MELLA en *El Correo Español*, 28 de marzo de 1915, cit. en Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos...*, pp. 58-59.

Los intelectuales italianos en la Gran Guerra: intervencionismo, patriotismo, neutralismo (1914-1918)

Patrizia Dogliani

Università di Bologna

Resumen: La renovación de la historiografía italiana de la Gran Guerra no ha estado acompañada de una nueva interpretación del mundo de la cultura y ha coincidido de manera unánime, también entre los especialistas extranjeros, en que el mundo de la cultura y las artes se expresó casi totalmente en favor de la intervención en la guerra. Esta idea ha establecido, en una comparación europea, el caso italiano como único, un *Sonderweg* en la Primera Guerra Mundial. Este trabajo alienta la reanudación de los estudios en este campo sugiriendo extender el análisis desde el periodo de neutralidad hasta 1917. Así es posible entender la transformación del intervencionismo, que estuvo dividido en al menos cuatro corrientes distintas: la nacionalista, la de la vanguardia cultural y artística, la democrática y la extrema izquierda. En 1914 estas corrientes estuvieron unidas en la necesidad de superar la era liberal e integrar Italia en una gran transformación europea producida por la guerra. Sus propósitos y sus contrastes se hicieron evidentes a partir del otoño de 1917 y durante el año siguiente el mundo intelectual experimentó un nuevo lenguaje patriótico que prelude las futuras divisiones entre las facciones fascistas y antifascistas.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial, Italia, intelectuales, intervencionismo, neutralismo.

Abstract: The renewal of Italian historiography of the Great War has not been accompanied by a new interpretation of the world of culture and has agreed unanimously, also among foreign specialists, that the world of culture and arts expressed almost entirely in favor of intervention in war. This idea has established, in a European comparison, the Ital-

ian case as unique, as a *Sonderweg* in the First World War. This work encourages the resumption of studies in this field suggesting to extend the analysis from the period of neutrality until 1917. In this way, it could be possible to understand the transformation of the interventionism, which was divided into, at least, four distinct currents: the nationalist one, the cultural and artistic avant-garde one, the democratic one and, finally, the extreme left wing. In 1914 these currents were united on the need to overcome the liberal era and integrate Italy in a European transformation produced by the war. His purposes and contrasts became evident from the autumn of 1917 and during the next year the intellectual world experienced a new patriotic language that precluded future factional divisions between fascists and anti-fascists.

Keywords: First World War, Italy, intellectuals, interventionism, neutralism.

¿Los intelectuales y la guerra: un *Sonderweg* italiano?

En la época liberal, la composición social de los intelectuales aumentó y se diversificó sustancialmente en Italia: hombres y algunas mujeres de cultura que vivían de sus textos publicados en periódicos y editoriales, docentes de bachillerato y universitarios, aquellos que habían egresado de las universidades reales y se empleaban en profesiones liberales y científicas o en la administración central y periférica del Estado no sólo estuvieron activos en sus propias profesiones de abogados y notarios, médicos, ingenieros, agrónomos, sino también en la política y en la opinión pública. Y, finalmente, los estudiantes de bachillerato y universitarios, y, naturalmente, también los artistas. Fueron hombres y mujeres que unieron a su estrecho contacto con algunas ciudades que eran sedes de institutos de estudios superiores, instituciones y asociaciones culturales (la provincia «erudita» de Italia), una visión cosmopolita. Este nutrido grupo de intelectuales tuvo que tomar posición frente al estallido de la guerra europea en agosto de 1914.

La historiografía ha dedicado al papel de los intelectuales italianos en la guerra pocas páginas, ninguna monografía específica si excluimos los apreciables trabajos de Mario Isnenghi que convergen ya desde sus comienzos en la década de 1970 en el «mito» de la Gran Guerra, forjado principalmente por individuos aislados

y asociaciones de intelectuales¹. Las sucesivas y diferentes perspectivas historiográficas en Italia a partir de los años ochenta dirigieron la lectura de la Gran Guerra desde una visión clásica y de carácter militar hacia nuevos temas que fueron desde la sociedad y la economía del «frente interno» al *welfare* de las trincheras, la mentalidad y religiosidad de las clases subalternas que fueron llamadas a filas, la memoria pública de la guerra e, incluso, también a la renovación de la historia militar. En mayor o menor medida, estas aportaciones historiográficas han modificado el estudio del rol de los intelectuales. Toda síntesis sobre la Gran Guerra presenta páginas dedicadas a los intelectuales, pero estos trabajos recurren sistemáticamente a los mismos nombres y a los mismos juicios, que vienen a sostener que los intelectuales en su conjunto fueron la única voz que se expresó de manera casi unánime en favor de la intervención en la guerra:

«tanto appartato, silenzioso e diffidente era l'atteggiamento di buona parte della popolazione, quanto plateale, aggressivo e passionale fu quello degli uomini di cultura di formazione umanistica, letterati e scrittori... Da Marinetti a D'Annunzio, da Giovanni Papini a Giuseppe Prezzolini, da Ardengo Soffici a Enrico Corradini, la loro voce si levò unanime a favore dell'intervento»².

Los historiadores concuerdan en referirse a este particular momento de los intelectuales italianos como una categoría cohesionada, «dal momento che si espressero in maniera compatta, anche sulla base di motivazioni e argomentazioni diversissime», en relación con la entrada en guerra³. Pocas fueron las voces disonantes que se situaron fuera de este coro: entre éstas son recordadas las del joven Antonio Gramsci y las del influyente filósofo napolitano Benedetto Croce. De culturas diferentes, marxista uno y liberal el otro, fueron considerados *passatisti*, ligados a una confrontación entre grandes corrientes ideales y políticas del siglo XIX que la nueva guerra europea intentó barrer.

¹ Mario ISNENGI: *Il mito della Grande guerra. Da Marinetti a Malaparte*, Bari, Laterza, 1970.

² Antonio GIBELLI: *La Grande Guerra degli italiani, 1915-1918*, Milán, Sansoni, 1998, p. 31.

³ *Ibid.*

Estos estudios han conducido a la historiografía comparada sobre este tema a juzgar el caso italiano como peculiar, casi extremo. Mientras que en otros países europeos se contrapusieron entre los intelectuales posiciones intervencionistas y pacifistas, el caso italiano lleva a pensar en una formación compacta, activa a favor de la entrada en guerra, y bastante precoz, ya que se vio favorecida desde 1911 por la empresa colonial en Libia. Christophe Prochasson subrayó que el rol de los intelectuales italianos no sólo fue un sostén ideológico para la creación del consentimiento a la guerra, como sucedió en otros contextos nacionales, sino que asumió la función de verdadero y propio detonador y demiurgo, sobre todo frente al silencio y la pasividad mostrada por gran parte de la población, «Deriva forse da qui il tono iperbolico, estremo, talora velleitario che assumono le loro manifestazioni a favore dell'intervento». Las manifestaciones a favor de la entrada en el conflicto se expresaron con violencia, todavía sólo verbal, no solamente respecto a un hipotético enemigo extranjero, sino también, y sobre todo, respecto a toda forma de disidencia neutralista. Antes que designar un enemigo exterior, se señalaba al enemigo interno «con il volto di coloro che alla guerra si erano opposti, portando con ciò una minaccia mortale alla rigenerazione agognata»⁴. En el contexto de la confrontación internacional, Giuseppe Galasso puso en duda la excepcionalidad del caso italiano, su *Sonderweg*, reconduciendo la idea de una «rigoglio di cultura e di irrequietezza intellettuale» en la víspera de la guerra, tal como expresó el filósofo Benedetto Croce en 1928 en su *Storia d'Italia dal 1871 al 1915*. Desde diferentes posiciones políticas e ideales, las obras de Croce y la del historiador Gioacchino Volpe *Italia in cammino* (1927) sostuvieron que en la cultura de principios del siglo XX había fermentado el deseo de superar el positivismo y rescatar la decepción de un *Risorgimento* no realizado:

«E' un fatto —observó Galasso— che per nessun altro paese europeo il tema della preparazione della guerra nella vita intellettuale e nel dibattito culturale sembra aver avuto tanto rilievo come per l'Italia».

⁴ Christophe PROCHASSON: «Gli intellettuali», edición italiana de Antonio GIBELLI, Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Jean-Jacques BECKER (eds.): *La prima guerra mondiale*, Turín, Einaudi, 2007, p. 143.

También negó el carácter excepcional de la acción de los intelectuales italianos y se preguntó más bien si esta idea no fue una proyección de un juicio que perduró en el tiempo, impidiendo a la historiografía más reciente comprender «i processi reali che allora si svolsero in Italia, e neppure aiuta(ndo) a una più attendibile storia degli intellettuali in Italia»⁵.

Hacemos nuestra esta pregunta observando que la destacada insistencia sobre algunos intelectuales y artistas intervencionistas ha alejado la atención sobre el cuadro político y económico más general que se preparó para la guerra, como si la entrada en ella fuese casi exclusivamente un producto de la movilización intelectual. Además, el enfoque sobre los intelectuales más conocidos y militantes ha desviado la atención de una más amplia pluralidad de opiniones y de ideas expresadas por grupos de hombres y mujeres de cultura menos conocidos y más numerosos en los ámbitos periodístico y editorial, en las escuelas y las universidades, en la investigación científica o en la Medicina. Uno de los historiadores más interesados en el periodo de neutralidad, Brunello Vigezzi, observó, ya en los años sesenta, que el choque entre neutralistas e intervencionistas acabó por cerrarse en sí mismo entre 1914 y 1915 sin lograr «interessare più di tanto il resto del paese»⁶. Para retomar un estudio sobre los intelectuales italianos en la Gran Guerra hace falta tener presente dos importantes variantes: la periodización y las generaciones. Sólo superando el periodo de la neutralidad es posible comprender totalmente el compromiso de los intelectuales en el tiempo. A la formación de los intelectuales maduros y reconocidos que se expresaron en 1914 se añadieron muchos otros, más jóvenes o anónimos, involucrados en el ejército, la educación y la propaganda. Una vez que Italia entró en guerra, el patriotismo prevaleció en los ánimos de la clase media intelectual, también entre los que se habían manifestado en los primeros momentos por la neutralidad. Una intensa fase de intervención de la cultura muy diferente a la de los entusiasmos de 1914 regresó en 1917 distinguiendo los intelec-

⁵ Giuseppe GALASSO: «Gli intellettuali italiani e la guerra alla vigilia del 1914», en Vincenzo CALI, Gustavo CORNI y Giuseppe FERRANDI (eds.): *Gli intellettuali e la Grande guerra*, Bologna, Il Mulino, 2000, pp. 19-39.

⁶ Brunello VIGEZZI: *L'Italia di fronte alla Prima guerra mondiale*, vol. I, *L'Italia neutrale*, Milán-Nápoles, Riccardo Ricciardi, 1966, e ID.: *Da Giolitti a Salandra*, Florencia, Sansoni, 1969, p. 342.

tuales ahora «en armas», en correspondencia con los primeros fuegos revolucionarios y después de la desastrosa retirada del ejército italiano de Caporetto en el otoño. Su compromiso se dividiría más tarde otra vez en la primera posguerra, no ya entre neutralistas e intervencionistas, sino entre favorables y contrarios al fascismo.

Del verano de 1914 a los días luminosos de mayo de 1915: ¿intervencionismo o neutralidad?

El 2 de agosto de 1914 Italia se declaró neutral y no rechazó el tratado de la Triple Alianza con los imperios Habsburgo y germánico, que se había renovado el 5 de diciembre de 1912. Se abrió entonces una larga y conflictiva gestación de nueve meses hasta la denuncia de este tratado el 4 de mayo de 1915 y la declaración oficial de guerra al imperio austro-húngaro diecinueve días después. El primer boletín de guerra fue emitido el día siguiente a esta declaración, el 24 de mayo.

El intervencionismo hizo de nexo entre todas las posiciones de aversión a la Italia liberal y giolittiana, a la política de compromisos, corrupta, paralizada, al provincialismo en el cual el país, en comparación con otras naciones europeas, había quedado confinado desde hacía tiempo. La Gran Guerra fue en Italia, como recuerda Isnenghi, el «apogeo e crisi della società liberale». La entrada en guerra, deseada o aceptada, se convirtió, por tanto, en la única posibilidad de acometer una renovación profunda. Incluso un joven médico, Gino Frontali, nacido en 1889 en la cosmopolita comunidad italiana de Alejandría, que había sido educado allí en escuelas alemanas, se había licenciado en Medicina en Bolonia en 1913 y había hecho el servicio militar en 1914, a pesar de que se había preguntado sobre el significado de ser italiano, una vez en el conflicto, donde actuaría como oficial médico de batallón durante todo su desarrollo, afirmó que «giacché la guerra non si era saputa evitare ed era una realtà odiosa, bisognava cercare di trarne il migliore profitto per la civiltà europea»⁷. Por tanto, se trataba de una guerra «necesaria» que debía ser conducida de la mejor manera, no sólo

⁷ Gino FRONTALI: *La prima estate di guerra*, Bolonia, Il Mulino, 1998. El texto póstumo reproduce el diario que Frontali (1889-1963) tenía en 1915. Él era entonces un eminente pediatra y profesor universitario. En la primera posguerra

hasta la victoria, sino también hacia la renovación de la sociedad europea. Fue lo que muchos jóvenes italianos de la nueva burguesía, educados y profesionalizados, pensaron en 1914 y 1915: buscaron en la guerra una palanca para el rescate nacional y nuevos espacios de acción distintos a la política moderada y de compromiso encarnada por la clase política liberal.

Puede representar estas trayectorias intelectuales el recorrido intelectual y existencial de dos jóvenes literatos, ambos voluntarios, que cayeron en los primeros meses de guerra: Renato Serra y Scipio Slataper. Serra nació a finales de 1885 en una familia acomodada de fe *risorgimentale*. Alumno del poeta Giosué Carducci en la Universidad de Bolonia, corresponsal con Benedetto Croce y colaborador de *La Voce*, Serra fue un agudo literato que se convirtió en director de la ilustre Biblioteca Malatestiana de su ciudad natal, Cesena, situada en Emilia-Romagna (tierra que había sido sacudida por repetidas revueltas, la última en junio de 1914). Poco antes de morir en el frente —estuvo entre los primeros— en julio de 1915, a la joven pero madura edad de treinta y un años, había difundido el texto *Esame di coscienza di un giovane letterato*. En el testamento intelectual de Serra no se encuentra huella de entusiasmo por la aventura bélica, sino la convicción de que la guerra fue la respuesta a la crisis existencial de una generación entera de intelectuales, una prueba irrevocable, un «destino solo, per tutti», una especie de cita ineludible para una sociedad y una cultura europea que había llegado «sull'orlo, sul margine estremo». Slataper, nacido en Trieste en 1888 y muerto en el frente en diciembre de 1915, fue un producto de la cultura centroeuropea que se conjugó con la florentina de los círculos literarios que dieron nacimiento a *La Voce*, la revista de Giuseppe Prezzolini. La novela autobiográfica de Slataper *Il mio Carso*, publicada en 1912 en Florencia, es el testimonio más significativo de las contradicciones innatas de la cultura triestina de este tiempo, cerrada en su propio nacionalismo e irredentismo (del cual Slataper fue particularmente crítico, para después partir voluntario a la guerra) y al mismo tiempo abierta a otras culturas europeas.

Mucho más convencido y motivado fue el intervencionismo de los intelectuales militantes en la política y en las artes: «Il minimo comune denominatore è l'accettazione o meglio la presa di pos-

formó parte del círculo cultural promovido por Gaetano Salvemini y fue amigo de Ernesto Rossi.

sesso della guerra- più o meno estatica o razionalizzata, politica o impolitica- da parte dell'intellettualità italiana e europea»⁸. La movilización de escritores, poetas, artistas fue total y totalizadora: poetas como Gabriele d'Annunzio y Giovanni Pascoli y literatos como Giuseppe Prezzolini, Ardengo Soffici y Enrico Corradini intervinieron asiduamente en reuniones políticas, así como en los principales diarios y revistas políticas y literarias de la época: *La Voce*, *Leonardo*, *Lacerba*, *Il Regno*. Entre los primeros destacaron los futuristas, que tomaron partido por Francia, considerada su segunda patria intelectual, desde que Marinetti había lanzado en París el primer *Manifiesto futurista* en 1909 (seguido por sucesivos manifiestos en 1911 y 1913). Como afirmó Emilio Gentile, Marinetti, Boccioni, Carrà y Papini se implicaron «con una adhesione totale e disciplinata» en la guerra en favor de la civilización latina que unía Italia y Francia y proyectaron Italia desde un modernismo que se tiñó de fuertes tintes nacionalistas y que conduciría a los futuristas a dar un paso hacia lo político en 1917. La Revolución rusa fue acogida con entusiasmo como acto de «vita che trionfa sulla storia», «la guerra era dunque condizione necessaria di esistenza ideale per diffondere fra le masse il senso eroico della vita»⁹. Cansados de peticiones artísticas, con el *Arditofuturista* de 1917 nacería un movimiento político que se expresaría nuevamente en el «Manifiesto del Partito Futurista Italiano», escrito también por Marinetti en febrero de 1918 y que llevaría a una parte de los futuristas a adherirse a las aventuras políticas de la primera posguerra, desde la ocupación de Fiume por parte de D'Annunzio en 1919 hasta el movimiento fascista de Mussolini en los años sucesivos.

La guerra como cura, la guerra como antídoto a los tantos miedos que circularon en el país. Habría tenido que rescatar Italia, «grande proletaria» de Europa, como la había definido el poeta Giovanni Pascoli en 1911, en un enfrentamiento entre naciones pobres y ricas, hasta el punto de, como quisieron los más convencidos nacionalistas como Enrico Corradini, crear un nuevo imperialismo italiano, que fue teñido de populismo por la creencia de que *La pa-*

⁸ Mario ISNENGI y Giorgio ROCHAT: *La Grande guerra 1914-1918*, 2.ª ed., Bologna, Il Mulino, 2008, p. 37.

⁹ Emilio GENTILE: «*La nostra sfida alle stelle*». *Futuristi in politica*, Roma, Laterza, 2009, p. 38. Véase, para el periodo de posguerra, Emilio GENTILE: *L'apocalisse della modernità. La Grande guerra per l'uomo nuovo*, Milán, Mondadori, 2008.

tria lontana (texto de Corradini de 1910) de los emigrantes podría redimirse con la guerra. En síntesis: la guerra debería atraer al país las fuerzas más frescas e innovadoras y poner orden a la fuerte hemorragia de trabajadores que había sufrido Italia en aquellos años con la emigración. Habían ascendido a cerca de quince millones los italianos emigrados entre 1875 y 1915, y sus descendientes, al menos un millón doscientos mil, estaban en edad para ser llamados a filas en 1915. El discurso patriótico elaborado por los intelectuales en Italia tuvo, sin embargo, poco impacto sobre las comunidades italianas en el extranjero si damos validez a la cifra de que poco menos de 304.000 de ellos regresaron, lo cual equivale a un cuarto del total; la mayoría llegaron desde Europa, mientras que las repatriaciones desde el continente americano fueron muy escasas¹⁰.

Según los sectores más intervencionistas y conservadores, la guerra debía poner orden en los conflictos que inflamaban el país desde hacía un trienio: desde la oposición antimilitarista y anticolonialista a la empresa libia en 1911 a la revuelta en los campos de Italia centro-septentrional (Marche, Emilia-Romagna, Toscana) durante la «settimana rossa» de junio de 1914. El ejército habría tenido que disciplinar la muchedumbre campesina subversiva y las masas obreras para reparar aquello donde otras instituciones habían fracasado en la educación cívica de los italianos. La guerra, a su vez, tenía que orientar la violencia inherente en el país hacia los objetivos ideales nacionales¹¹. Colaborador de *La Voce*, ensayista y poeta, reaccionario y antidemocrático, Giovanni Boine (1887-1917), con su *Discorsi militari* de 1914, como subrayó Mario Isnenghi, consiguió alcanzar ambientes militares hasta aquel momento impermeables a cualquier discurso político: «nessun testo è così scoperto nel definire un cancro devastatore la lotta di classe e la guerra come il solo rimedio eroico»¹². Y también,

¹⁰ Cfr. Emilio FRANZINA: «Volontari dell'altra sponda. Emigranti e emigrati in America alla guerra (1914-1918)», en Fabrizio RASERA y Camillo ZADRA (eds.): *Volontari italiani nella Grande guerra*, Rovereto, Museo Storico Italiano della Guerra, 2008, pp. 215-237.

¹¹ Sobre la violencia: Angelo VENTRONE: *La seduzione totalitaria. Guerra, modernità, violenza politica (1914-1918)*, Roma, Donzelli, 2003.

¹² Mario ISNENGI y Giorgio ROCHAT: *La Grande guerra*, p. 35, e íd.: «La letteratura dell'intervento», en Mario ISNENGI: *Il mito della Grande guerra*, Bologna, Il Mulino, 1997.

«Boine, nel gruppo dei giovani intellettuali gravitanti nell'orbita della più nota tra le riviste novecentesche, era certamente uno degli elementi più dotati, ma anche dei più francamente reazionari. Joseph De Maistre, Gobineau e simili sono gli autori sui quali poggia il suo discorso: egli li cita con la soddisfazione polemica di chi va controcorrente»¹³.

Diferentes pero compactas en la adhesión a la guerra, encontramos por lo menos cuatro «familias» políticas y culturales: el «intervencionismo imperialista» encabezado por las asociaciones nacionalistas; el grupo de tradición republicana y mazziniana que constituyó el «intervencionismo democrático»; las vanguardias culturales y artísticas; y la extrema izquierda de los anarquistas y anarco-sindicalistas relacionados con la Unión Sindical Italiana de Alcide De Ambris, Filippo Corridoni, Michele Bianchi, Paolo Orano, que se había formado en la lectura de Sorel, Blanqui y Proudhon. El potente grupo de los nacionalistas fue liderado por un prolífico publicista, Enrico Corradini. De orígenes dannunzianos, Corradini había fundado en 1913 junto a Giovanni Papini, Giuseppe Prezzolini y Vilfredo Pareto la revista *Il Regno*. Había sido un precoz defensor de la política exterior imperialista y colonialista, y el elaborador en política interior de una corriente populista reaccionaria y corporativa. Gracias al apoyo de los sectores militares y navieros, en 1914 creó, de una revista precedente, el diario *L'idea nazionale*, consolidando su vínculo con aquellos que apoyaban un gobierno de las aristocracias, entre ellos el economista y sociólogo Vilfredo Pareto, el historiador Gaetano Mosca y el jurista Alfredo Rocco. Desde otros ángulos disciplinarios, estas tres columnas de la academia italiana sostuvieron la necesidad de la entrada en guerra para volver a despertar a las elites para que asumiesen la guía del país y construyeran una nueva jerarquía que reemplazara a la débil dirección liberal, incapaz de detener a las agitadas clases populares, por un Estado organicista que no estuviese impugnado por los individuos. La guerra fue también para ellos el antídoto a la revolución social, a la democracia parlamentaria, a la libertad individual. Entre el variopinto grupo de revistas «intervencionistas» se añadió el semanal *L'Azione*, que se propuso renovar la cultura liberal en un sentido nacional y favorecer la formación de una nueva clase política capacitada para modernizar el país y para conjugar liberalismo y nacio-

¹³ Mario ISNENGI: *Il mito della Grande guerra...*, p. 76.

nalismo. Los intelectuales que le dieron vida (entre ellos Giovanni Amendola, Giocchino Volpe, el economista Alberto Caroncini y el joven Dino Grandi) habían sido decepcionados por la política giolittiana y por la que había expresado la Associazione Nazionale y se refirieron a las matrices ideales del liberalismo italiano, al rol histórico de las elites y, por último, al valor moral y material de la guerra. Publicada entre 1914 y 1916, *L'Azione* rechazó estos temas durante el pico intervencionista, proporcionando un anticipo de las contradicciones entre un liberalismo que se proyectaba regenerado en el culto de la grandeza nacional y un nacionalismo esencialmente imperialista. Este proyecto no sobrevivió a la guerra y a la llegada del fascismo¹⁴.

Luego estaba el intervencionismo democrático. Entre los principales exponentes de este fervor democrático a la entrada en guerra estuvo el historiador Gaetano Salvemini (1873-1957). Había dejado las filas socialistas en 1911 y fundó el semanal *L'Unitá*, después de colaborar con *La Voce*. «Di fronte alla guerra europea, Salvemini, che era oramai lontano dalle posizioni socialiste, si schierò a fianco dell'interventismo. E volle pagare di persona. Si arruolò volontario», a pesar de que por edad y por su débil constitución física fue licenciado muy pronto¹⁵. En 1914, para los democráticos, la participación en el conflicto surgió como dolorosa pero inevitable porque representó el medio para procurar a Europa una purificación, una catarsis necesaria para que Italia y todo el continente emprendieran un camino que los llevara a una democracia madura. La red tejida por el intervencionismo democrático fue muy amplia y heterogénea. Ésta recogió socialistas reformistas, católicos y liberales. La conciencia de una intervención democrática fue bien difundida por el diario de Salvemini, *L'Unitá*, en los primeros meses de la guerra europea y de la neutralidad italiana. Comenzando por el tema de las nacionalidades, por la reivindicación del derecho de los pueblos al autogobierno, Salvemini desarrolló su intervencionismo. Historiador y antifascista, el istriano Leo Valiani, nacido en la ciudad todavía habsburga de Fiume en 1909, señaló en marzo de 1915 el punto de inflexión que llevó a Salvemini y su periódico a apoyar plenamente la «politica delle nazionalità» en sintonía con las tomas de posiciones de intelectuales.

¹⁴ Cfr. Catia PAPA: *Intellettuai in guerra. «L'Azione» 1914-16. Con un'Antologia di scritti*, Milán, Franco Angeli, 2006.

¹⁵ Massimo L. SALVADORI: *Gaetano Salvemini*, Turín, Einaudi, 1963, p. 25.

tuales ingleses, convencidos, generalmente, por intelectuales desterrados y políticos como el croata Frano Supilo y el checo Tomas G. Masaryk, y en contraste con «il governo italiano, col Patto di Londra, riterrà ancora [...] di evitare la fine dell'impero asburgico, cui pure dichiarerà guerra»¹⁶. Conviene recordar que, antes de refugiarse en Londres muchos de los irrendentistas europeos pasaron por Italia y residieron en ella en el periodo de la neutralidad. Como representante del naciente Estado checoslovaco en Italia, en contacto con Londres y París, operó una figura extravagante de intelectual eslovaco, humanista, astrónomo, viajero, Milan R. Štefánik (1880-1919), considerado uno de los padres fundadores de Checoslovaquia. Alistado como oficial en el ejército francés creó, en su interior, legiones de combatientes checos y eslovacos. De su presencia italiana en las asociaciones quedaron huellas en las memorias de su novia italiana, una aristocrática intervencionista cercana a Bissolati y Salvemini¹⁷.

El intervencionismo democrático fue, por lo tanto, un filón político «minoritario», también por su heterogeneidad, pero fue, en cambio, muy activo y estuvo bien representado por los intelectuales. Éste sería derrotado por el nacionalismo y el naciente fascismo en la primera posguerra, pero permanecería, de todos modos, en la base de una profunda cultura democrática que se opondría a la dictadura fascista. Además del caso de Salvemini, célebre y bien conocido en la historiografía italiana y europea, este grupo fue guiado por republicanos, por un informal partido de opinión acogido por las páginas del *Corriere della Sera* dirigido por Luigi Albertini y por el socialista reformista Leonida Bissolati (1857-1920). Salido del PSI en 1912 por su posición favorable a la guerra ítalo-turca de 1911, Bissolati participó en el gobierno de guerra en 1916 y, sobre todo, fue defensor de una paz que estuviera de acuerdo con un proyecto de respeto de las fronteras nacionales dictado por la Sociedad de las Naciones. Libertad de los pueblos y una nueva disposición de Europa, en la cual se introducía el rescate nacional de Trento y Trieste, fueron los principios fundamentales de los democráticos¹⁸.

¹⁶ Leo VALIANI: «La politica delle nazionalità», en Pasquale AMATO (ed.): *Umberto Zanotti Bianco (1889-1963), meridionalista militante*, Venecia, Marsilio, 1981, p. 31.

¹⁷ Giuliana BENZONI: *La vita ribelle. Memorie di un'aristocratica italiana fra belle époque e repubblica*, Bologna, Il Mulino, 1985.

¹⁸ Véase Andrea FRANGIONI: *Salvemini e la Grande guerra. Interventismo democratico, wilsonismo, politica delle nazionalità*, Rubbettino, Soveria Mannelli, 2011.

A los democráticos laicos deben añadirse los católicos. La Iglesia católica fue severamente sacudida por un conflicto que dividió a los países de mayoría católica (124 millones de católicos contra 64 de las potencias centrales) y deploró la guerra como una consecuencia de la modernidad. Las dificultades de la Santa Sede crecieron además al tener que escoger otro papa tras la muerte de Pío X en el mismo mes, agosto de 1914, en que Europa entró en guerra. Fue elegido el arzobispo de Bolonia Giacomo Della Chiesa, que asumió el nombre de Benedicto XV y que no pareció alejarse de las posiciones antimodernistas de su predecesor¹⁹. Mientras que los periódicos católicos italianos como *Civiltà cattolica* se mantuvieron en la línea oficial de la Iglesia expresando temores de que el clero, y los católicos en general, fueran directamente implicados en la campaña intervencionista, varios intelectuales católicos, en cambio, se declararon intervencionistas. Fueron cercanos a la Azione Cattolica, organización laica nacida en 1905 para superar el *Non expedit* papal de compromiso de los católicos en la vida política italiana. Entre éstos, dos sacerdotes coetáneos (nacidos respectivamente en 1870 y 1871) emprendieron una vida política: Luigi Sturzo, que en 1915 fue alcalde de Caltagirone y secretario general de la Azione Cattolica, y, sobre todo, Romolo Murri, excomulgado en 1909 después de presentarse y ser elegido en las listas de la Lega Democratica Nazionale. La línea intervencionista católica fue esencialmente dirigida por dos personalidades libres de la obediencia eclesiástica, Eligio Cacciaguerra y Giuseppe Donati. Aunque de edades diferentes (Cacciaguerra había nacido en 1878 y Donati en 1889), formaron parte de un mismo ambiente político y cultural, la Romagna de Renato Serra y de la violenta revuelta campesina de junio de 1914, los grupos universitarios e intelectuales de Bolonia y Florencia, la militancia en el movimiento católico, y, en especial, el compromiso con el periodismo. En 1911 crearon el periódico *Azione*, portavoz de la Lega Democratico-Cristiana. Con el estallido de la guerra en Europa, vieron la oportunidad de insertar plenamente los católicos en la vida política del país y hacerles participar de un proceso más general de modernización política y desarrollo democrático. Donati encontró la ocasión para colaborar también con la *Unità* de Salve-

¹⁹ Carlo STIACCINI: «La Chiesa, l'Italia e la guerra», en edición italiana de Antonio GIBELLI, Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Jean-Jacques BECKER (eds.): *La prima guerra mondiale*, pp. 125-135.

mini con el propósito de desarrollar un debate entre laicos y católicos. Fue voluntario y resultó herido en la guerra. En la primera posguerra se convirtió en director del diario *Il Popolo*, órgano del Partito Popolare creado por Don Sturzo en 1919. En 1925 debió refugiarse en Francia para huir de la violencia fascista, donde murió con apenas cuarenta años en 1931.

Voluntarismo subjetivo: la generación del 1915

En los últimos años, la historiografía italiana se ha detenido con interés sobre el tema del voluntariado en los meses de la neutralidad y, más en general, en el curso del conflicto. Caracterizamos tres tipos de voluntarios: los voluntarios irredentistas de Trento y Trieste que, reticentes a la militancia en Austria, se alistaban en el ejército italiano; los voluntarios en el ejército francés en 1914, y los voluntarios posteriores a mayo de 1915. Estos últimos fueron pocos, algo menos de 8.500 unidades sobre 4.200.000 hombres movilizados, pero su presencia fue extremadamente significativa. La mayoría de los italianos fue silenciosa y se resignó a la llamada obligatoria a filas, la tropa estuvo compuesta sobre todo por «infantería campesina» y fueron directamente comandados en trincheras por jóvenes de la pequeña y media burguesía, oficiales inferiores de complemento. El ejército imitaba la estratificación de clase presente en el país: clases populares en la tropa, pequeña y media burguesía entre los oficiales al frente, aristocracia de sangre en los altos mandos. Pocos fueron quienes, en los meses de neutralidad y en el momento de la entrada en guerra, reforzaron las filas de los intervencionistas no sólo con palabras sino también partiendo como voluntarios. Más allá de alguna excepción, la elección de campo por la Entente y la defensa de Francia parecieron naturales, incluso antes del acuerdo secreto que el gobierno italiano firmó con la Entente el 26 de abril de 1915. Muchos militaron o simplemente simpatizaron con las dos principales fuerzas políticas de la izquierda, el Partito Socialista (PSI) y el Partito Repubblicano (PRI), de quienes se alejaron criticando su ambigüedad y pasividad. Voluntariado de origen *risorgimentale* e internacionalismo de origen socialista fueron el humus de la izquierda italiana *mazziniana* y socialista. En 1914, ni el PSI ni el PRI supieron convertir esta experiencia en una clara

posición respecto al peligro de guerra. Y con tal ambigüedad alejaron de sus filas a los más jóvenes y militantes. El PSI se debatió entre posiciones neutralistas y antimilitaristas, incapaz de traducir entre sus filas la propuesta francesa de una «*armée nouvelle*» jaurésiana²⁰. Inicialmente pacifista e internacionalista, el PSI no supo expresar una posición ni de defensa de la República francesa, amenazada por el militarismo germánico, ni respecto a los movimientos de independencia nacional de los pueblos europeos. Esta moderación le puso rumbo a la colisión con otros sectores de la izquierda neorepublicanos, anarco-sindicalistas, radicales democráticos, y creó grietas en el interior del partido que llegaron a derivar en salidas y expulsiones. La más importante y conocida sucedió el 29 de noviembre de 1914. Fue la del director del periódico socialista *Avanti!*, exponente del ala revolucionaria, y líder de los jóvenes socialistas, Benito Mussolini, quien abrió la editorial de su nuevo diario, *Il Popolo d'Italia*, el 15 de noviembre con «il mio grido augurale è una parola paurosa e fascinatrice: guerra!».

El PRI resucitó mitos y símbolos místicos de la tradición *mazziniana*, pero fue guiado por una clara línea política y no consiguió poner freno a sus miembros más jóvenes que se manifestaban en las plazas en contra de la Triple Alianza. Ejemplares fueron los casos de algunos estudiantes de la Escuela Normal de Pisa, entre los cuales destaca Fernando Schiavetti, nacido en 1892 y militante del PRI desde 1910, que, junto con un compañero de estudios, decidió unirse a la legión italiana que se estaba formando en Niza para defender la república francesa en los campos de Borgoña y combatir con los eslavos para la liberación de Trento y Trieste. Como observó la biografía de este intelectual republicano y antifascista, emigrado posteriormente a Suiza, para él y para otros de su generación, «Guerra o rivoluzione, è indifferente: il fattore determinante sembra la volontà di “rinascita individuale”»²¹. La guerra representó un «rito di passaggio» para estos jóvenes intelectuales inspirados por ideas, lecturas y maestros muy heterogéneos. En el caso de Schiavetti, y no sólo en su caso, las enseñanzas vinieron de las ideas na-

²⁰ Véase Andrea GEUNA: «La réception manquée de l'Armée nouvelle par le mouvement ouvrier italien. Le cas de la revue *Critica sociale*», *Cahiers Jaurès*, 207-208 (2013), pp. 103-114.

²¹ Stéfanie PREZIOSO: *Itinerario di un «figlio del 1914». Fernando Schiavetti dalla trincea all'antifascismo*, Manduria, Lacaíta, 2004, p. 91.

cionalistas y republicanas de Georges Sorel y sus *Réflexions sur la violence* (traducido en italiano en el 1909 con prefacio de Benedetto Croce), de lecturas de escritores rusos y franceses (Tolstói, Zola, Hugo) y de su profesor de historia en la Escuela Normal de Pisa, Gaetano Salvemini. Más tarde, el análisis de esta generación de jóvenes intervencionistas sería hecho por uno de ellos en las páginas de *La Rivoluzione liberale* de Piero Gobetti: a la generación que hizo la guerra le interesó fundamentalmente expresar con la acción sus propias energías e ideas de cambio, cumpliendo así «il trapasso dalla giovinezza alla maturità»²². Este pasaje se dio inicialmente, como en el caso de Schiavetti, a través de una elección individual de ruptura hacia sus padres y hacia los partidos tradicionales, para más tarde clarificarse en una nítida y nueva posición intervencionista en las filas de nacionalistas o democráticos. También esto sucedió en el plano militar, después de un primer entusiasmo por las filas de los voluntarios republicanos y garibaldinos en Francia, la elección fue la de retornar allí o quedarse en Italia, apoyar la entrada en guerra del país y alistarse en el ejército regular.

Como ya he subrayado anteriormente²³, en 1914 se cerró una página del siglo XIX del voluntariado interpretado por la tradición garibaldina que había empujado todavía a voluntarios italianos a combatir por la independencia de la Bosnia-Herzegovina, Dalmacia y, sobre todo, por Albania en las guerras balcánicas de 1912-1913. Ya en agosto de 1912, un joven intelectual cosmopolita nacido en 1889, Umberto Zanotti Bianco, había escrito a Gaetano Salvemini que «non è più l'epoca dei volontari!». Sin conocerle, a distancia, el 16 de noviembre de 1912 en las páginas de *Avanti!* su entonces flamante director, Benito Mussolini, sostuvo *La fine di una tradizione*, la del voluntariado de enraizado en el garibaldinismo: «Alla gioventù che vuole combattere indichiamo altri campi d'azione». Según Mussolini, ya no era tiempo para la guerrilla y para un voluntariado que exportaba sus fuerzas vitales y derramaba su sangre en el extranjero. Por ello planteó a los jóvenes, entre los cuales encon-

²² GRILDRIG (alias Alberto CAPPÀ): «La lotta delle generazioni. Padre e figli», *La Rivoluzione liberale*, 29 (octubre de 1923).

²³ Patrizia DOGLIANI: «Il volontariato militare italiano. L'eredità di un'avventura nazionale e internazionale», en Patrizia DOGLIANI, Gilles PÉCOUT y Alessio QUERCIOLO: *La scelta della patria. Giovani volontari nella Grande Guerra*, Rovereto, Museo storico italiano della Guerra, 2007, pp. 13-19.

tró mucha aceptación por sus ideas radicales, «restate in questa Italia che sospingerete rapidamente, col vostro sacrificio e col vostro desiderio d'azione a migliori destini». Voluntarismo sí, pero sólo para fines nacionales, patrióticos. La cuestión fue retomada al inicio de 1915, cuando Mussolini, junto al sindicalista Alceste De Ambris y al nacionalista Filippo Corridoni, promovió un comité para recoger fondos para los voluntarios italianos que combatían en Francia y hombres para crear un contingente en función irrendentista contra Austria en los confines orientales. Pero esta nueva hipótesis neogaribaldiana duró muy poco. También aquí el rol de Mussolini, entonces ya excluido del PSI, fue fundamental para convencer sindicalistas revolucionarios y republicanos para retener el entusiasmo de sus jóvenes militantes a la espera de que la entrada en guerra bajo la dirección real abatiera el militarismo germánico y resolviera la cuestión de las nacionalidades en Europa. Pareció imponerse la idea de una guerra preparatoria de una radical transformación de la sociedad: primero la guerra, después la revolución.

Sobre la naturaleza política del intervencionismo y las perspectivas nacionales y, sobre todo, europeas de la posguerra, se expresaron después los ideales y la acción de los intelectuales más jóvenes. Sobre ellos el intervencionismo democrático tendría una influencia duradera. Dos ejemplos fueron significativos de la extrema variedad de estos intelectuales democráticos, Ernesto Rossi (1897-1967) y el recordado Umberto Zanotti Bianco (1889-1963), que expresaron después características y modalidades de acción política completamente diferentes. Zanotti Bianco, hijo de diplomático piamontés y madre inglesa, completó los estudios universitarios y, después de haber participado en las tareas de socorro a los damnificados por el terremoto de Messina en 1908 y haber conocido a Salvemini en aquella trágica ocasión, se dedicó desde 1910 a la acción reformista en el sur de Italia. Partió voluntario a la guerra y quedó gravemente herido. En 1925 fue uno de los firmantes del Manifiesto de los Intelectuales Antifascistas redactado por Benedetto Croce. Antifascista, meridionalista, arqueólogo de fama, sometido a la reclusión, fue siempre políticamente un liberal. Más joven, Rossi partió como voluntario en febrero de 1916, recién salido del bachillerato. Después de la participación en el conflicto, se dedicó a una intensa actividad periodística en varios periódicos, entre ellos *Il Popolo d'Italia* de Benito Mussolini, *L'Unitá* de Gaetano Salvemini y

Rivoluzione Liberale de Piero Gobetti. Muchos años después, Rossi recordó los motivos de aquella elección:

«Ero andato al fronte, come volontario di guerra, non per Trento e Trieste, ma per impedire che il militarismo tedesco soffocasse, per tutta un'epoca, le libertà in Europa. Tornato a Firenze, mutilato, non potevo ammettere che tutte le sofferenze patite e il sacrificio di tante giovani vite venissero vilipesi dai socialisti, che erano stati in gran parte imboscati nelle fabbriche d'armi, e che, fino a Caporetto, avevano adottato la vile politica del «non collaborare, né sabotare». [...] Se non avessi incontrato sulla mia strada, al momento giusto, Salvemini, che mi ripulì il cervello da tutti i sottoprodotti delle passioni suscitate dalla bestialità dei socialisti e dalle menzogne della propaganda governativa, sarei facilmente sdruciolato anch'io nei Fasci di Combattimento»²⁴,

y en el fascismo, como sucedió con otro coetáneo de Rossi nacido en 1896, Camillo Pellizzi. Estudiante universitario en Pisa, donde su padre fue rector de la universidad, Pellizzi se alistó y se diplomó durante la guerra y se trasladó a Londres, donde vivió entre 1920 y 1939, fundó el *Fascio* londinense y se convirtió en docente en el UCL. Fue señalado como uno de los más brillantes intelectuales fascistas en el extranjero antes de volver a Italia en la víspera de la Segunda Guerra Mundial para presidir el Istituto Nazionale di Cultura fascista. Sólo después de una segunda guerra, y una derrota, en 1948, Pellizzi, purgado y a la espera de regresar como docente de Sociología a la Universidad de Florencia, consiguió analizar con distancia aquella experiencia. La Gran Guerra para muchos fue «un atto di volontà» que inspiró al corporativismo y al fascismo:

«il rimprovero che un fascista deve fare a se stesso... è quello di aver tentato senza il vigore morale e il rigore intellettuale. Il vero insuccesso non fu una guerra perduta [la Segunda Guerra Mundial] bensì una rivoluzione mancata»,

después la Primera Guerra Mundial²⁵.

²⁴ Ernesto ROSSI: «Salvemini maestro e amico», en Ernesto ROSSI: *Un democratico ribelle: cospirazione antifascista, carcere, confino*, Milán, Kaos, 2002, p. 252; ahora también en Mirko GRASSO: *Ernesto Rossi e il sud Italia nel primo dopoguerra*, Bologna, Clueb, 2012, p. 41.

²⁵ Introducción de agosto de 1948 de Camillo PELLIZZI a *Una rivoluzione mancata*, Bologna, Il Mulino, 2009, p. 50.

Dos aspectos marcaron esta generación y nos empujan a mirar más allá de la corta lista de intelectuales de profesión y de sus revistas, sobre las cuales la historiografía se encuentra ya agotada. Primer aspecto: se trató de una generación joven, «la generazione del 1915», compuesta por miles de jóvenes (generalmente varones y alguna mujer) que se asomó a la política en aquellos meses, «figli di una borghesia colta dal forte impianto umanistico, appartenente al mondo delle lettere o delle professioni». Estuvo compuesta por estudiantes universitarios cuyos padres eran abogados, ingenieros, médicos, docentes de bachillerato y universidades, funcionarios del Estado. Se trató de una «elite che si percepiva tale in virtù non tanto del possesso, quanto alla cultura: la più sensibile, per tradizione e formazione, all'appello dell'onore e a quello della patria»²⁶. Así, mientras decaía la tradición del voluntariado *ottocentesco* garibaldino, mantuvieron y renovaron un fuerte vínculo cultural con el *Risorgimento*, transmitido desde la educación familiar y escolar, que se tiñó de nuevos ideales, entre los cuales el irredentismo. El suyo fue un «interventismo soggettivo», no porque se alistaron todos como voluntarios, sino porque adhirieron con convicción a las razones de la guerra y las apoyaron en el frente con gran sacrificio personal. Segundo aspecto: se convirtieron en unos intelectuales con firmes posiciones políticas en la guerra, viviendo la experiencia de ésta. En los escritos de Rossi y de Zanotti Bianco, resulta evidente que estos jóvenes intelectuales toscanos o septentrionales, situados como oficiales de complemento en el ejército, descubrieron otro tipo de «armée nouvelle», totalmente italiana, aún no compuesta por ciudadanos como invocó en 1911 Jean Jaurès, sino por proletarios en uniforme, sin tierra y sin la propiedad de los medios de producción, mayoritariamente campesinos muy pobres, muchos meridionales, en gran parte analfabetos o semianalfabetos, destinados otra vez, después de la guerra, a la emigración para sobrevivir. Estos jóvenes intelectuales procedentes de la pequeña y media burguesía, oficiales de complemento y no de carrera, constituyeron el enlace entre el Estado, los altos mandos militares y la tropa, fueron la columna vertebral del ejército en guerra. El presupuesto de 1914 era que la guerra habría de traer un profundo cambio, pero ésta acentuó la profunda crisis de la civilización oc-

²⁶ Elena PAPANIA: *Di padre in figlio. La generazione del 1915*, Bolonia, Il Mulino, 2013, p. 10.

cidental y de sus valores *ottocentescos*. Estos jóvenes veteranos, y aquellos que vinieron después de ellos, como Gobetti, que nació en 1901, se convencieron de que esta crisis solamente podía ser superada con una profunda transformación material y moral. Esta generación interpretó ahora la naturaleza del cambio radical de un modo muy diferente, liberal, socialdemócrata o fascista, y se dividió en su interior durante al menos un cuarto de siglo. El nexo entre la Gran Guerra y la política asumió para ellos los rasgos de una más amplia lucha por la regeneración de las relaciones políticas, económicas y sociales del país.

El último año de guerra: la generación de 1917

Mucho más que 1919, fue 1917 el año de fractura: el año de la Revolución en Rusia y el de la derrota del ejército italiano en Caporetto. En 1917 comenzó un periodo que hizo a Italia salir de la guerra para hacerla entrar en el fascismo²⁷. En el último año de guerra, desde el otoño de 1917 al armisticio firmado el 4 de noviembre de 1918, el estado de excepción en guerra acentuó la disciplina, la represión y la movilización patriótica (tanto que fue vista en esta fase como una «prueba general» del futuro régimen fascista) y experimentó nuevos lenguajes y prácticas de la organización del consenso, a los cuales fueron llamados los intelectuales tanto en primera línea de combate como en el «frente interno». Mientras tanto, la heterogénea familia intervencionista se dividió. En marzo de 1917 en las páginas de *L'Unità*, Salvemini reconoció:

«sui fini della guerra c'è fra nazionalisti e democratici un abisso. Per i nazionalisti la guerra dovrebbe servire a stabilire la loro egemonia in Italia e l'egemonia dell'Italia in Europa. Per noi la guerra deve assicurare un giusto equilibrio di nazioni solidali e pacifiche in Europa».

²⁷ Para una mejor explicación de esta frase, véase el primer capítulo «Uscire dalla Guerra-Entrare nel Fascismo», en Patrizia DOGLIANI: *Il fascismo degli italiani. Una storia sociale*, Turín, Utet, 2008. También de Patrizia DOGLIANI: «Sortir de la Guerre, entrer dans le fascisme: le cas italien», en Stéphanne AUDOIN-ROUZEAU y Christophe PROCHASSON (eds.): *Sortir de la Grande Guerre. Le monde et l'après 1918*, París, Tallandier, 2008, pp. 113-140.

Pidió un último esfuerzo para que el sacrificio en guerra de los dos años precedentes no hubiera servido de nada «se in Italia i diritti del maggiore numero continuassero ad essere manomessi dai privilegi delle antiche minoranze parassitarie»²⁸. Las posiciones de las dos alas extremas del intervencionismo parecían ya inconciliables: imperialista y agresiva sobre la cuestión adriática la de los nacionalistas, europeísta y democrática la de los democráticos.

La voz de los intelectuales se atenuó con la entrada en guerra. Durante al menos dos años, entre finales de 1915 y la derrota del ejército en Caporetto a finales de octubre de 1917, la escritura se volvió privada, intimista, localizable sólo sucesivamente en las cartas desde el frente y la prisión y en los diarios de guerra. En Italia no surgió en 1916 y 1917 ninguna obra comparable a *Le Feu* de Henri Barbusse. Muchos intelectuales describieron públicamente su experiencia de guerra sólo muchos años después de su fin²⁹. *Il giornale di guerra e di prigionia* del escritor, entonces intervencionista y voluntario de guerra, Carlo Emilio Gadda (1893-1973), fue publicado en 1955. Dos obras importantes surgieron en plena época fascista, en 1934: *Vita e disciplina militare*, del crítico literario Luigi Russo (1892-1961), y la colección de diarios y cartas de los caídos, editada por el historiador Adolfo Omodeo (1889-1946). Russo fue compañero de estudios de Schiavetti en la Normale de Pisa, de la cual desde 1944 hasta 1946 fue director; también participó con entusiasmo en la guerra. Omodeo, por su parte, se licenció en Palermo con Giovanni Gentile y partió como voluntario de guerra. Docente de Historia del Cristianismo en la Universidad de Nápoles (de la cual sería el primer rector antifascista en 1943), a principios de los años treinta se acercó a Benedetto Croce y elaboró una concepción liberal crociana del *Risorgimento* como época europea de las libertades en plena crítica con la lectura «oficial» que de él habían hecho

²⁸ Gaetano SALVEMINI: «Interventismo nazionalista e interventismo democratico», *L'Unità*, 2 de marzo 1917, y Beniamino FINOCCHIARO (ed.): *L'Unità di Gaetano Salvemini*, Neri Pozza editore, 1958, p. 403. Véase también Andrea FRANGIONI: *Salvemini e la Grande guerra...*

²⁹ Hoy esta literatura puede leerse también con un nuevo enfoque metodológico gracias a la innovadora historia de las emociones. Cfr. Serena FERENTE: «Storici e le emozioni», *Storica*, XV, 43-45 (2009), pp. 371-392, y Penelope MORRIS, Francesco RICATTI y Mark SEYMOUR (eds.): *Politica ed emozioni nella storia d'Italia, dal 1848 ad oggi*, Roma, Viella, 2012 (el libro no contiene ninguna aportación específica sobre la Gran Guerra).

los historiadores monárquicos y fascistas. Fue en esta época cuando Omodeo publicó los diarios y las cartas de los caídos de la Gran Guerra, la lectura de los cuales, como recordó en la segunda posguerra otro historiador antifascista, Alessandro Galante Garrone³⁰, provocó grandes emociones y nuevos entusiasmos sobre todo entre los antifascistas que fueron a la cárcel o al destierro, entre ellos algunos exvoluntarios en la Gran Guerra como Ernesto Rossi o Riccardo Bauer³¹. Omodeo participó en la guerra, pero no formó parte de los entusiastas grupos intervencionistas, y permaneció políticamente en silencio hasta 1924. Es interesante ver cómo el estudio del *Risorgimento*, que se reanudó en los años del más amplio éxito político del fascismo, se convirtió en una manera de releer la historia de la Gran Guerra y entender la experiencia personal. La guerra no pasó entonces por la retórica fascista para ser leída como acto de necesidad, hasta aquel momento no satisfecho, de libertad y de rescate frente la corrupción política y del autoritarismo. Fue entonces, veinte años después del conflicto, cuando aquella generación de intelectuales comenzó a confrontarse con esta experiencia, introduciéndola en un análisis más complejo de la posguerra. Muchos encontraron en el pasaje bélico un «hilo rojo» que conectó el *Risorgimento* con la lucha antifascista. Ejemplar, en este sentido, fue el libro que apareció en París en 1938 (y en Italia recién en 1945) de Emilio Lussu, *Un anno sull'altopiano*. Lussu, nacido en 1890, había participado en la guerra como oficial en una formación compuesta por sardos, la Brigada Sassari, que había combatido en la meseta de Asiago en el verano de 1916 y en el año siguiente. En la primera posguerra creó el Partito Sardo d'Azione, formado por los excombatientes sardos, que fue perseguido por el fascismo, y desde 1929 se exilió en Francia.

Por el contrario, el movimiento neutralista no expresó una literatura de la memoria,

³⁰ Véase la introducción de Alessandro GALANTE GARRONE, en Adolfo OMODEO: *Momenti della vita di guerra. Dai diari e dalle lettere dei caduti, 1915-1918*, Turín, Einaudi, 1968.

³¹ Otra figura de voluntario de guerra fue Riccardo Bauer (1896-1982). Licenciado en la Università Commerciale L. Bocconi, fue secretario del Museo Sociale della Società Umanitaria, centro del socialismo reformista milanés hasta 1924. Fue, asimismo, colaborador de la revista *La rivoluzione liberale*, de Piero Gobetti, y de *Il caffè*, de Ferruccio Parri. Fue prisionero y exiliado. En 1928 participó con Ernesto Rossi de la creación del movimiento antifascista clandestino Giustizia e Libertà.

«índice della sua fragilità culturale e politica. Ma è anche un índice dei limiti con cui si compie il rispecchiamento letterario della guerra negli scrittori che ad essa aderiscono [...] Eliminato come possibile scelta politica, il neutralismo restava consegnato, sul piano letterario, all'interpretazione che ne dettero Palazzeschi e Malaparte [e] confermava la pochezza, la mediocrità della sua incarnazione storica, nell'incapacità [...] di animare e vivificare in modo aperto e politico l'interpretazione letteraria»³².

Isnenghi subrayó que los libros de guerra más significativos escritos por los intelectuales intervencionistas muestran en la primera posguerra un profundo deterioro de las motivaciones originarias y una profunda insatisfacción interior. En definitiva, mucho más una revisión de las ideas que los habían inducido a participar de la contienda que una reafirmación de las antiguas convicciones. Al releer aquellas novelas se confirma la ruptura «silenciosa» que sucedió entre el verano de 1916 y el otoño de 1917. Entre estos, el diario de Piero Jahier que apareció en 1920 con el título *Con me e con gli alpini*, la novela autobiográfica *Rubé* de Giuseppe Antonio Borgese (más maduro, ya que había nacido en 1882; periodista, germanista, y diplomático durante la guerra), y otras dos memorias publicadas respectivamente en 1930 y 1931, obras del escritor meridional Corrado Alvaro, nacido en 1895, titulada *Vent'anni*, y del triestino Giani Stuparich, nacido en 1891, titulada *La guerra del '15 dal taccuino di un volontario*. Ninguno de ellos militó en el fascismo, frente al cual asumieron una posición discreta y alejada. De éstos, sólo Borgese expresó en los años treinta un claro rechazo del fascismo, alcanzando el variado grupo de antifascistas que se refugiaron en los Estados Unidos, tejiendo vínculos políticos con Salvemini en la creación de la Mazzini Society, y uniéndose a la militante familia Mann, al casarse con una hija de Thomas Mann, Elisabeth.

El silencio público se rompió en 1917. Hasta entonces, intelectuales y literatos esencialmente trabajaron en las oficinas de prensa de los mandos militares y en la operación de censura de prensa y correspondencia³³. La censura se puso en marcha desde el agosto de 1915 y no se atenuaría hasta el final de la guerra. Contó con una

³² Introducción de Mario ISNENGI, en Piero JAHIER: *1918 L'Astico giornale della trincea. 1919 Il Nuovo contadino*, Pádova, Il Rinoceronte, 1964, pp. 23-26.

³³ Antonio FIORI: *Il filtro deformante. La censura sulla stampa durante la prima guerra mondiale*, Roma, Istituto Storico Italiano per l'età Moderna e Contemporanea, 2001.

oficina de prensa central cercana al comando supremo con sede en Udine, y después de Caporetto en Padua, donde eran analizadas las noticias para enviar a los periódicos, y se extendió a oficinas periféricas de control de la correspondencia y de los diarios de prensa. Fue, sin embargo, a finales de 1917 cuando jóvenes y no tan jóvenes intelectuales fueron llamados a constituir las Oficinas P, destinadas a difundir la propaganda entre los soldados y hacerla más incisiva. En tales oficinas «collaborarono con reciproca soddisfazione uomini diversi per origine e futuro come Jahier, Lombardo Radice, Calamandrei, Salvemini, Volpe, Caviglia»³⁴. Mientras tanto, otros jóvenes oficiales de complemento, universitarios y recién licenciados, crearon «diarios de trinchera», que tuvieron una triple función de alfabetización de la tropa, sostener el consentimiento en el frente y, en definitiva, crear un ejército nacional más compacto, una *armée nouvelle* de campesinos-ciudadanos-soldados. Entre estos diarios, destaca *L'Astico*, que se imprimió en el Véneto (Piovene-Vicenza) en el frente, con 39 números que aparecieron entre febrero y noviembre de 1918, y cuyo promotor fue Piero Jahier. La historiografía ha identificado a Jahier, nacido en 1884, como el más interesante y conocido entre los oficiales intelectuales comprometidos en 1918. Procedente de una familia del Piamonte valdense, escritor y estudiante en Florencia, desde 1911 hasta 1913 se había unido a Giuseppe Prezzolini en la dirección de la revista *La Voce*, y en 1916 se alistó como subteniente en las tropas alpinas y continuó, de uniforme, su trabajo como columnista³⁵.

A ellos se unió la obra de los sacerdotes de uniforme y de los capellanes militares en el frente, que a menudo tendieron a incrementar la fe, las supersticiones y creencias milagrosas para aliviar tensiones y miedos en las tropas, en particular las de origen campesino. A este tipo de intervención se opuso decididamente un singular padre franciscano, Agostino Gemelli (nacido en 1878), que trató de combinar fe y ciencia. Exponente de aquella minoría de sacerdotes que sostuvieron la intervención en la guerra, Gemelli prestó servicio en el frente como médico y creó cerca del Comando Superior del Ejército un observatorio de la psicología del soldado. Sobre la base de esta experiencia y de la influencia adquirida durante la gue-

³⁴ Giorgio ROCHAT: *L'Italia nella Prima guerra mondiale. Problemi di interpretazione e prospettive di ricerca*, Milán, Feltrinelli, 1976, p. 103.

³⁵ Piero JAHIER: 1918 *L'Astico giornale della trincea...*

rra, Gemelli fundaría en Milán, en 1921, la primera universidad católica de Italia, de la cual sería rector hasta su muerte en 1959.

El material producido por la Commissione Centrale di Propaganda fue reelaborado también en el interior del país por comités locales. Una rica colección conservada en la Biblioteca di Storia Moderna e Contemporanea de Roma nos ayuda a comprender cómo operaron tales comités. Por ejemplo, el importante comité de Milán (unido al de Pavía, y parecido a los de las ciudades de Turín y Florencia) reunió en un consejo federal todas las asociaciones intervencionistas precedentes³⁶. Cabe recordar que, además de ser la capital «moral» y compartiendo entonces con Florencia el rol de capital «intelectual», la ciudad de Milán había experimentado una efervescencia política en favor de la intervención en guerra mucho más intensa y variopinta que la de Roma. En Milán, Mussolini, después de su salida del PSI, construyó la redacción de *Il Popolo d'Italia*; y el irredentista de Trento, exdiputado socialista del parlamento Habsburgo, Cesare Battisti (1875-1916), se había refugiado en agosto de 1914 para empujar Italia a entrar en guerra contra Austria para concluir la empresa del *Risorgimento* y volver a anexarse los territorios de Trento y Trieste³⁷. El comité promovió reuniones, difundió opúsculos y sobre todo implicó a profesores de todos los niveles escolares, desde primaria hasta bachillerato. Después de Caporetto, el comité lombardo, que tuvo su sede cerca la Università Commerciale L. Bocconi, movilizó a los docentes gracias al apoyo de su Unione Generale. A ellos se entregaron unos opúsculos que contenían un «Schemi di conferenze per la propaganda fra il popolo». También existía, desde diciembre 1915, «l'opera patriottica degli insegnanti», orientada a una «propaganda e assistenza morale e spirituale delle classi popolari» que se intensificó en el último año de guerra con excursiones, conferencias, reuniones periódicas, distribución de publicaciones, suscripciones de cartillas de préstamo

³⁶ Comité federal intervencionista, situado en Piazza San Sepolcro número 9 de Milán, que reunía las siguientes organizaciones: Comitato per l'Azione; Patria Pro Trento e Trieste; Unione Liberale Democratica; Società Democratica Lombarda; Partito Socialista Reformista; Gruppo Nazionale Liberale; Segretariato Radicale Lombardo; Lega Nazionale Italiana, Associazione Liberale Popolare; Fratelli d'Italia; Associazione per la Difesa Civile della Patria; Gioventù Democratica; Partito Economico; Unione Tra i Medici per la Resistenza Nazionale.

³⁷ Cfr. la imponente biografía de Stefano BIGUZZI: *Cesare Battisti*, Turín, Utet, 2008.

nacional, publicaciones italianas y traducciones de documentaciones francesas y estadounidenses. Y sobre todo se promovió la propaganda en las escuelas y entre la población, gracias a articulados esquemas de conferencias patrióticas asignadas a miembros de la Unione Generale Insegnanti per la guerra nazionale que se mantuvieron durante 1918 sobre numerosos temas que iban desde la «necessità e ragione della nostra guerra» y «per la patria» hasta «contro i pregiudizi sulla nostra guerra»³⁸.

El nuevo frente intelectual ya no estuvo compuesto sólo por pocas y autorizadas voces, como había sucedido en 1915, sino que estuvo conformado por un amplio grupo de profesores y estudiantes. Una reciente investigación ha mostrado cómo la

«la rotta di Caporetto riattivò su larga scala il corpo studentesco, che nell'immediatezza del trauma diede sfogo ai suoi impulsi più violenti contro i nemici interni ed esterni della nazione»³⁹.

En diciembre de 1917 se fundó la Lega Studentesca Italiana, que articuló el vínculo entre estudiantes aún no alistados y supervivientes y mutilados. Una investigación todavía pendiente de realizar debería analizar el rol de los docentes universitarios durante la guerra. Más allá de algunos individuos que se expresaron políticamente por la intervención, la observación debería centrarse sobre la «cultura de guerra» que se desarrolló en las aulas universitarias, a través de la enseñanza y las lecciones inaugurales públicas. Todavía hoy es muy pobre el estudio, por ejemplo, de la historia en algunas universidades italianas (entre ellas las de Bolonia, Pisa, Pavía, Padua), que ha privilegiado la época del *Risorgimento*, el periodo fascista y la resistencia, descuidando la Gran Guerra. En un sondeo realizado por la Universidad de Bolonia, por ejemplo, emergen algunas personalidades muy activas. Entre ellas, la del filólogo Alfredo Galletti, que tuvo la cátedra de Literatura Italiana, anteriormente atribuida a los poetas Pascoli y Carducci, desde 1914 hasta 1935. Galletti fue uno de los fundadores de la Federazione Nazionale Insegnanti di Scuola

³⁸ Folleto *Attività della sezione milanese dal 4 novembre 1917 al 30 novembre 1918*, Milán, Circolo filologico, Via Clerici 10, 1918 (conservado en la Biblioteca Caetani de Roma).

³⁹ Catia PAPA: *L'Italia giovane dall'Unità al fascismo*, Roma, Laterza, 2013, p. 219.

Media en 1901, y en 1908 publicó con Salvemini la propuesta de *La riforma della scuola media*. La influencia de Galletti sobre sus estudiantes de bachillerato resultó evidente desde 1914, cuando siguió a Salvemini, acompañado por sus compañeros, en la campaña intervencionista, salvando a su vez las distancias intelectuales con el positivismo, en el cual se había formado cultural y políticamente. El caso de Galletti es un sólo caso «excelente» desde el cual partir para evidenciar por lo menos tres aspectos: la red intervencionista que se tejió entre los profesores de bachillerato y universitarios, el lenguaje patriótico que fue elaborado en el transcurso de la guerra (Galletti fue un infatigable orador)⁴⁰, y la fisura que se produjo también a nivel académico en Italia con la cultura humanista germánica, que no se reanudaría con mucha dificultad y sobre nuevas bases hasta los años treinta. En la posguerra, Galletti estuvo también entre los firmantes, en 1925, del Manifiesto de Croce, pero fue más tarde un militante antifascista que eligió mantenerse apartado de la vida política y entregarse solamente a sus estudios.

En conclusión

Detenerse en el estudio de los intelectuales durante el periodo de la neutralidad no permite comprender la riqueza y la variedad de las intervenciones, y tampoco de sus recorridos individuales y de las pasiones alimentadas. El arco temporal ha de ser mucho más amplio y debe ir de los fervores intervencionistas expresados en los meses de la neutralidad al periodo revolucionario y contrarrevolucionario de la posguerra. En este amplio periodo, los intelectuales italianos modificaron posiciones y lenguajes, con fases que alternaron la amplia participación y el repliegue silencioso. Además habría que identificar y ensanchar el objeto de estudio nuevamente: clase intelectual ya no debería incluir solamente los más conocidos intelectuales y artistas, sino también la gran base de quienes operaron en la cultura y la instrucción. Y habría que insistir también en el estudio de por lo menos dos generaciones de intelectuales: los maduros, los «maestros» para quienes la entrada en guerra se convirtió en un desafío y una superación respecto a la cultura *ottocen-*

⁴⁰ Alfredo GALLETTI: *Previsioni e illusioni, note in margine alla guerra europea*, Bologna, Cappelli, 1920.

tesca en la que se habían formado, y los más jóvenes, que realizaron una elección intelectual en la guerra y en la profunda crisis europea de la posguerra emprendiendo caminos a menudo conflictivos. Las «familias» intelectuales y políticas presentes en 1914 se disolvieron con la guerra. Quedaron vínculos profundos entre maestros y discípulos y nacieron nuevos vínculos entre coetáneos fraguados en el frente. El estudio de perfiles biográficos nos ayudaría a entender mejor estas nuevas tramas y ambientes.

Finalmente, dos consideraciones. La primera: incluso si la de los intelectuales fue la única voz expresada a favor de la entrada en guerra, como ya hizo Galasso, se pueden expresar dudas sobre su capacidad real para influir en la clase política y los poderes fuertes (económico, financiero, la monarquía, los grandes jefes y su clientela política) en la elección de la guerra y en qué frente combatirla. La segunda: el estudio de los intelectuales en la guerra nos conduce necesariamente al estudio de los intelectuales durante el periodo fascista, lo cual, a su vez, habría de impulsar una renovación de las investigaciones sobre la Gran Guerra.

La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos

Santos Juliá
UNED

Resumen: En Madrid, en la calle del Prado y sus alrededores, se produjo, a partir de 1913, la toma de conciencia de numerosos intelectuales como miembros de una nueva generación con un programa político de reforma del Estado y de europeísmo en su inspiración desde el exterior. Su centro fue el Ateneo; su primera y masiva manifestación, el Teatro de la Comedia; su órgano de expresión, el semanario *España*. Mientras José Ortega, líder reconocido del grupo generacional, se mantuvo como director de la revista, la actitud mayoritaria de estos intelectuales consistió en una adhesión a la *Entente* sin, por ello, condenar a Alemania. Pero el curso de la guerra, la polémica con los germanófilos, el cambio en la dirección de *España* y el nuevo papel desempeñado por el Ateneo, transformaron esa neutralidad teñida de aliadofilia en una ferviente militancia antigermanófila.

Palabras clave: Primera Guerra Mundial, España, intelectuales, reformismo, aliadofilia.

Abstract: In Madrid, on Del Prado Street and its surroundings, was produced from 1913 an awareness of many intellectuals as members of a new generation with a political agenda of State reforms and Europeanism inspired from abroad. Its center was the Ateneo; its first massive manifestation, the Teatro de la Comedia; its way of expression, the weekly *España*. While José Ortega, the recognized leader of the generational group, remained as editor of the magazine, the majority of these intellectuals' attitude was the joining to the Entente without, however, condemning Germany. But the course of the war, the controversy with the Germanophiles, the change in *España's* editor and the

new role of the Ateneo transformed this Aliadophilia-tinged neutrality into a fervent Antigermanophilia militancy.

Keywords: First World War, Spain, intellectuals, reformism, «aliadophilia».

Cuando se escribe de intelectuales, el término que de inmediato viene al teclado es generación. Se diría que no van nunca los unos sin la otra. Y en descargo de historiadores, es preciso aclarar que ubicarlos por generaciones fue invención o descubrimiento de ellos mismos, de los intelectuales, no de quienes llegaron desde fuera como entomólogos dispuestos a clasificar las diversas variedades de esa nueva especie de escritores, profesionales y artistas que desde los últimos años del siglo XIX se identifican como tales. La cosa viene de antes, de cuando los escritores públicos no sabían aún que eran intelectuales: lo primero que a Manuel de la Revilla se le ocurre al tratar de Pedro Antonio de Alarcón es situarlo en una generación: «Allá por los años 1854 a 1855, cuando tras una revolución liliputiense el partido progresista hacía nuevo alarde de su candidez infantil [...] comenzaba a bullir una generación juvenil que había de ser fecunda en escritores de talento y había de dar no pocos soldados a las huestes de la democracia». E inmediatamente, como también será habitual, las notas que los identifican y las promesas de futuro que abren como tal generación: «Dedicados en su mayor parte a la vida bohemia, amantes casi todos de la libertad que por entonces aparecía asegurada, alegres, desenfadados y maleantes, aquellos jóvenes anunciaban un nuevo movimiento literario y político»¹.

Revilla escribe en 1877, veinte años antes de que salgan a escena «los intelectuales», como ocurre también con Marcelino Menéndez Pelayo cuando se refiere a las dos generaciones u hornadas educadas por Sanz del Río, la de Canalejas y Castelar, y la de Salmerón, Giner, Federico de Castro y Tapia. Luego, será habitual identificar una generación racionalista y la que le precedió, como escribe Adolfo Posada, o bien una «generación que se va y otra que está llegando» como escribe en noviembre de 1897 un Joaquín Costa desesperado a un Rafael Altamira que le aconseja no matar la es-

¹ Manuel DE LA REVILLA: «Bocetos literarios. Don Pedro Antonio de Alarcón», *Revista Contemporánea*, 15 de septiembre de 1877.

peranza. En fin, y acercándonos ya al escenario que nos interesa, Rubén Darío no dejará de advertir, en aquel Madrid de los primeros años del siglo xx, que exhalaba olores de descomposición, con tantas figuras decaídas o a punto de desaparecer, la presencia «en lo intelectual» de una «generación que se levanta», dentro de la cual señalaba a unos tipos valerosos que se habían atrevido a abrir en el castillo feudal una ventana por la que entraba un soplo que se sentía venir de fuera².

Rubén Darío hablaba de la primera generación de intelectuales, la que Pío Baroja llamó «generación actual» atravesada por un «ansia inconcreta, un ideal sin forma, algo vago, indeterminado que solicita nuestra voluntad sin rumbo fijo». Nosotros, escribía Baroja, «sabemos que debemos hacer algo y no sabemos qué; sabemos que hay una luz pero no sabemos dónde»³. Por eso, y como vio Miquel dels Sants Oliver, la nota común de las letras castellanas de aquel período consistió en una interminable elegía. La lírica, la novela, la miscelánea, el alto periodismo, «se resumen en un coro solemne, un inmenso adiós, un canto de añoranza, una despedida dolorosa» de la ausente que es la España pretérita, como un escogido representante de la «nueva generación», José María Salaverría, repite en 1907 con su *Vieja España*. Oliver pensaba que aquella reacción españolista tenía mucho de ingerencia extranjera, de un contagio o inoculación que la juventud de fin de siglo debía a los escritores hispanizantes, a la búsqueda de lo exótico, lo pasional, lo romántico⁴.

Era de esperar que, entre los jóvenes que habían tenido ocasión de escuchar, leer y tratar a los literatos que en los primeros años del siglo se identificaron en sus manifiestos como «la juventud», surgiera muy pronto la conciencia de formar parte de otra, más nueva,

² Marcelino MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, vol. 2, Madrid, BAC, 1956, p. 1096; Adolfo POSADA: «Los fundamentos psicológicos de la educación según el Dr. González Serrano», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 15 de enero de 1892, p. 4, y Joaquín Costa a Rafael Altamira, en George J. G. CHEYNE: *El renacimiento ideal. Epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1992, pp. 98-99 y 102-109. En fin, Rubén DARÍO: «Madrid», en *España contemporánea* [1901], Barcelona, Lumen, 1987, pp. 45-46.

³ Pío BAROJA: «Galdós vidente», *El País*, 31 de enero de 1901.

⁴ Miguel DE LOS SANTOS OLIVER: «La elegía castellana», *La Vanguardia*, 7 de diciembre de 1907.

generación. Entre los primeros que expresaron esa conciencia se contaba un ya no tan joven Manuel Azaña, nacido en Alcalá de Henares en 1880, letrado de la Dirección General de los Registros y del Notariado desde 1910. Cuando se presentó el 4 de febrero de 1911 en la Casa del Pueblo de Alcalá para hablar del omnipresente problema español, Azaña se identificó como miembro de la «generación que está llegando ahora a la vida pública, que ha visto los males de la patria y ha sentido al verlos tanta vergüenza como indignación». Era la misma generación que, como había dicho Ortega unos meses antes, había abierto los ojos a la curiosidad razonadora al tiempo de la gran caída de las hojas de la leyenda patria, una generación, según un apunte de Azaña, que había «recibido en su corazón el sello candente de la desgracia en una edad en que las impresiones son muy profundas y que una vez recibidas no se borran ya»⁵. Los dos, Azaña y Ortega, se habían inscrito como socios del Ateneo de Madrid poco antes de que Joaquín Costa fustigara con su voz *tronituyente* y su gesticulación desgarrada, como queriendo hundir su pecho a golpes, a sus oyentes lanzando sobre sus cabezas toda clase de improperios. En el Ateneo abrieron los ojos y allí fue donde escucharon por vez primera que el futuro de España era Europa. Lo recordaba Azaña en su conferencia, cuando proponía a los socialistas de Alcalá el retorno a la corriente general de la civilización europea; y lo recordaba Ortega en Bilbao cuando, evocando a Costa, decía a los socios de la sociedad El Sitio que regenerar España consistía en europeizarla: «Dolerse de España es ya querer ser Europa», repetirá el mismo Ortega, cuando evoque, con ocasión de su muerte, todo lo que él y su generación debían a Costa⁶.

Por aquel sello candente de la desgracia o por aquella apertura de ojos a la caída de las hojas de la leyenda patria, Azaña y Ortega y todos los jóvenes que se inscribieron como socios en el Ateneo de Madrid en los primeros años del siglo xx bien pudieron haber pasado a la historia como generación de 1898, tal como el mismo Ortega, para distinguirla de «la generación de escritores que comenzó

⁵ José Ortega y Gasset, carta a Miguel de Unamuno [Madrid, 1904], *Epistolario completo Ortega-Unamuno*, edición de Laureano ROBLES, Madrid, El Arquero, 1987, p. 33.

⁶ JOSÉ ORTEGA Y GASSET: «La pedagogía social como programa político», *Europa*, 20 de marzo de 1910, y «La herencia viva de Costa», *El Imparcial*, 25 de marzo de 1911.

quince años hace a influir sobre la raza», la había identificado a comienzos de 1913, cuando escribió que quienes en esos momentos llegaban «a la mitad del camino de sus vidas sólo habían vivido una fecha histórica: 1898»⁷. Pero el «hurto con disimulo» de ese invento perpetrado por Azorín dos días después dejó sin un número del que colgarse a los miembros de aquella generación que, a falta de otra fecha memorable, decidieron identificarse con el viejo marbete de «nueva»: y pues los mayores no les dejaban ser la generación de 1898, los más jóvenes serán, como siempre, la «nueva generación». En efecto, si a la generación de 1898, como Azorín establecerá con perdurable éxito, pertenecían, además de él, Valle Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu y Rubén (una generación con «escala cerrada y amortización de vacantes», escribirá años después Manuel Azaña), entonces los nacidos en la década de 1880 —Azaña y Pérez de Ayala (1880), Ortega (1883), Arquistáin (1886), Marañón (1887)— no pertenecían a ella; más aún, parte del proceso de su toma de conciencia como intelectuales de una «nueva generación» consistió precisamente en hacer público todo lo que separaba a quienes eran muy jóvenes cuando el 98 de sus inmediatos predecesores, tarea que les resultó relativamente sencilla porque los conocían de cerca y sabían muy bien de qué pie cojeaban: como ya lo había escrito Manuel Azaña, era menester precaverse de los iconoclastas dispuestos a pulverizar las estatuas para ocupar ellos mismos las hornacinas o, como escribió Ortega a propósito de Baroja: está muy bien incendiar la casa del padre, a condición de no salir luego corriendo a campo través⁸.

⁷ En «Un libro de Pío Baroja», *La Prensa*, 13 de septiembre de 1912, Ortega identifica como miembros de una misma generación, con Baroja, a Unamuno, Benavente, Valle Inclán, Azorín y Maeztu. En «Competencia», *El Imparcial*, 8 de febrero de 1913, reclamaba la fecha de 1898 para su propia generación, la de Ortega, no la de Baroja.

⁸ Lo del hurto es del estupendo artículo de Vicente CACHO: «Ortega y el espíritu del 98», *Revista de Occidente*, 48-49 (mayo de 1985), pp. 9-19. Lo cometió Azorín en la serie «La generación de 1898», *ABC*, 10, 13, 15 y 18 de febrero de 1913. Azaña habla de la «constitución oficial» de esa generación en «... Castillo famosos», *La Pluma*, enero de 1921. En «Vistazo a la obra de una juventud», *La Correspondencia de España*, 25 de septiembre de 1911, recomendaba precaverse de ella. Entre los muchos ensayos sobre la diferencia de la generación del 98 y la nueva, destaca Pedro CERESO: «De la generación trágica a la generación clásica. Las generaciones del 98 y del 14», en *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, t. 39, vol. 1, Madrid, Espasa Calpe, 1994, pp. 133-456.

En la calle del Prado, número 21

Con ser fascinantes los pormenores de la autoconstitución como nueva de esta generación, bastará señalar que tal vez nunca hubiera resultado lo mismo si la mayor parte de quienes comenzaron a identificarse como sus miembros no hubieran coincidido en un espacio de tanto intercambio político/intelectual como el Ateneo de Madrid, ya asentado en la calle del Prado, número 21, a un tiro de piedra del Congreso de los Diputados y muy cerca de los teatros y de los cafés que acogían conferencias y tertulias en que andaban mezclados literatos, políticos y otras gentes de dudoso vivir. Y no porque, en las elecciones a junta directiva celebradas en febrero de este mismo año de 1913, Manuel Azaña se alzara con la secretaría primera, sino porque, en la misma candidatura, Ramón Pérez de Ayala ocupó el puesto de bibliotecario y Rafael Sánchez Ocaña y Juan Donoso Cortés las secretarías segunda y tercera y, sobre todo, porque, entrada la nueva junta, a José Ortega se encomendó la presidencia de la sección de Filosofía, creada para él. Antonio Dubois, Salvador de Madariaga, Enrique Díez-Canedo, Pedro Salinas, Mateo Carreras, Antonio Ballesteros, Elías Tormo, Juan Lafora, Miguel Salvador, Honorato de Castro, la mayoría nacidos en la década de 1880, año más, año menos, ocuparon las presidencias y secretarías de las secciones de Ciencias Morales y Políticas, de Literatura, de Música y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, de Ciencias Históricas y de Bellas Artes. El Ateneo, dirá Azaña en su primera rendición de cuentas como secretario, «está en auge, creciente el número de socios, en alza los ingresos, rebosante de lectores la Biblioteca, intensos y acalorados los debates, muy copioso el raudal de conferencias». En todo veía el secretario, «un vigor y un empuje nuevos»: «Está en ciernes el Ateneo del porvenir, y habéis de formarlo vosotros, los hombres nuevos, al mismo tiempo que rehacéis la fisonomía cultural de España»⁹.

Lo interesante del caso fue que a este anuncio de plenitud cultural se añadió de inmediato una vocación de intervención política:

⁹ Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid, *Lista de Señores Socios, Marzo de 1914*, Madrid, Impr. de la Sucursal de M. Minuesa de los Ríos, 1914, pp. 3-13, y Manuel AZAÑA: «Memoria leída en la Junta general del Ateneo de Madrid» (11 de noviembre de 1913), en *Obras Completas*, edición de Santos JULIÁ, vol. 1, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2007, p. 210.

nacidos en una España recogida sobre sí misma, llegados a la juventud escuchando por doquier el llanto sobre la muerte de la nación, los jóvenes universitarios, llevados por lo que Araquistáin llamará «espíritu emigratorio», dirigieron sus pasos al extranjero, buscando «distancia para ver con mayor claridad, recortada en la lejanía, a España», y regresaron impregnados de un espíritu de misión, como romeros del ideal, según los veía Fernando de los Ríos (1879), cuando recordaba mucho después en México la impresión que, apenas rebasados sus veinte años, le había causado aquella «enorme derrota» de 1898¹⁰. Algo era preciso hacer para colmar el abismo abierto entre España y las naciones en las que tuvieron oportunidad de ampliar sus conocimientos. Debían, ante todo, mostrar su competencia en el ejercicio de sus respectivas profesiones y, luego, participar en las iniciativas de pedagogía social que ateneos, clubs, casas del pueblo, escuelas nuevas, pusieron en marcha hacia 1910 para elevar el nivel educativo de tantas gentes a las que sus predecesores habían contemplado, y despreciado, como masas amorfas e inertes, necesitadas de látigo, y a las que ellos veían como una nueva clase obrera, amenazante desde los extrarradios, pero que buscaba elevar su nivel de vida y de cultura en todos los órdenes y que portaba un proyecto de organización social: el socialismo.

Esas experiencias comunes forjaron entre la gente nueva una idea de Europa como un compendio de todo lo que, por su ausencia, había sido causa de la decadencia y del desastre de España; en resumidas cuentas: ciencia y moral de Alemania, libertad y democracia de Francia, educación y *self-government* de Inglaterra. Fruto de esta síntesis fue su adhesión a un liberalismo social que les llevará a abrazar la causa de la reforma y europeización de España. En lo primero, constituyó un auténtico acontecimiento el banquete ofrecido a Melquíades Álvarez en el hotel Palace, ese «primer gran toque de trompeta del Madrid moderno»¹¹, situado a doscientos metros escasos del Ateneo, el 23 de octubre de 1913 con asistencia de aquella «enorme legión de jóvenes y de gente moderna que

¹⁰ Luis ARAQUISTÁIN: «La nueva generación», *España*, 29 de julio de 1915; Fernando DE LOS RÍOS: «El renacimiento intelectual español en 1900» (México, diciembre de 1928), en *Obras completas*, edición de Teresa RODRÍGUEZ DE LECEA, vol. III, Madrid, Fundación Caja Madrid y Anthropos, 1997, p. 278.

¹¹ Como dice Josep Maria DE SAGARRA, que llegó a Madrid en octubre de 1916 y de sus impresiones de la ciudad, sus gentes y del Ateneo que frecuentó dejó en sus *Memorias* (Barcelona, Anagrama, 1998, pp. 709-831) una auténtica joya.

no rendían culto a la forma, pero a quienes les parece enteco y pobre vuestro liberalismo y que quieren reformas hondas, progresivas», a la que se había referido el líder del nuevo Partido Reformista en un reciente debate parlamentario¹². Pocos días antes del banquete, también en octubre de este mismo *annus mirabilis* de la intelectualidad madrileña o residente en Madrid, había comenzado a circular el *Prospecto de la Liga de Educación Política Española*, un manifiesto firmado, según comentaba *El Socialista*, por «varios jóvenes ilustres, la mayoría de ellos buenos amigos de cuantos trabajamos en esta redacción»: José Ortega, Manuel Azaña, Gabriel Gancedo, Fernando de los Ríos, El Marqués de Palomares del Duero, Leopoldo Palacios, Manuel García Morente, Constancio Bernaldo de Quirós y Agustín Viñuales. Cuando salió por vez primera a la calle, el *Prospecto* incluía un párrafo que añadía a la demoleadora crítica de los partidos del turno, liberal y conservador, una especie de bienvenida a un «partido nuevo, llamado reformismo [...] leva general a que han de acudir las fuerzas hasta ahora no ensayadas, conservando en la nueva unión cada cual su fisonomía». Los nueve firmantes veían en aquel partido, por la pluma de Ortega, «la única salida que hoy se abre a quienes pretendan hacer usos nuevos dentro del régimen político»¹³.

Nueva la generación, nuevo el partido, nuevos los usos dentro del régimen, nueva la unión: todo sonaba a nuevo en la iniciativa de fundar esta liga de educación política que rápidamente recibirá la adhesión fervorosa de una pléyade de gentes nuevas, de Madrid, desde luego, pero también de provincias, como entonces se decía. «Cuenta con todo mi entusiasmo», respondía Antonio Machado, que no era precisamente uno de los nuevos, el 21 de octubre a la invitación de Manuel García Morente para que se adhiriera al escrito, y desde Baeza enviaba su más cordial saludo al «joven maestro», cuyos pensamientos y rasgos de estilo había percibido en el escrito. Y con Machado, decenas de entusiastas: es impresionante la

¹² La cita de ÁLVAREZ en *Diario de Sesiones de las Cortes*, 3 de junio de 1913, p. 6290. Para el banquete, Manuel SUÁREZ CORTINA: *El reformismo en España*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

¹³ JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Obras Completas*, t. I, 1902-1915, Madrid, Taurus, 2004, pp. 985-986. Algunos fragmentos de esta referencia al reformismo aparecieron en «Liga de Educación Política Española», *El Socialista*, 19 de octubre de 1913, que informaba de su difusión y terminaba su comentario con un «¡No por Dios, jóvenes de la Liga! ¡Todo menos melquiadistas!».

lista de socios que aparecerá en la presentación oficial de la Liga, cuando José Ortega pronuncie con aquella voz que «daba vuelo al encanto de su palabra», y ante una fervorosa multitud congregada el 23 de marzo de 1914 en el Teatro de la Comedia de Madrid —en la calle del Príncipe, bocacalle de la del Prado— su resonante discurso, «siete cuartos de hora de elocución fácil y abundante en rasgos felices y frases lapidarias», que bajo el título «Vieja y nueva política» servirá de acta de nacimiento de la nueva generación¹⁴. La conferencia una vez pronunciada, y reimpresso de nuevo el *Prospecto* a modo de apéndice, con el añadido de decenas de nuevas firmas y la supresión de la referencia al reformismo, los más destacados artífices de la iniciativa decidieron no ya «pisar los linderos del partido de don Melquíades», como temían sus amigos socialistas, sino incorporarse a él por arriba, pasando de inmediato a formar parte de su Junta Nacional, reunida por vez primera el 29 de abril de 1914, con la presencia, entre senadores y diputados y exsenadores y exdiputados, de un buen puñado de socios que se reunían habitualmente en el Ateneo: Ortega y García Morente, Azaña y Onís, Barcia y Sánchez Ocaña, la nueva generación, la que habría de encargarse, después de tantas tentativas fracasadas, de europeizar España.

Estricta neutralidad

Reforma y europeización de España: tal era en resumidas cuentas el programa político de la nueva generación; liga de educación política como plataforma desde la que una minoría entusiasta de intelectuales llegaría a las masas: tal era el instrumento ideado para alcanzar aquel ambicioso objetivo. Y así estaban las cosas cuando a la euforia y los entusiasmos de la leva general que llena la crónica política desde el otoño de 1913 hasta la primavera de 1914, sucedió la declaración de guerra y la inmediata opción de España por la neutralidad. Aunque vinculado a Francia e Inglaterra por los acuerdos de 1907 y 1912, el gobierno presidido desde octubre de 1913 por

¹⁴ De Antonio MACHADO, carta a Manuel García Morente, en *Prosas completas*, edición de Oreste MACRÍ, vol. II, Madrid, Espasa Calpe, 1989, p. 1544. La voz, Ramón CARANDE, en su semblanza de Luis García Bilbao: *Galería de raros*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, pp. 79-81. Lo demás es de «La conferencia de Ortega y Gasset. Vieja y nueva política», *El Imparcial*, 24 de marzo de 1914.

el conservador Eduardo Dato no vaciló en enviar a la *Gaceta* una declaración en la que se decía: «Existente, por desgracia, el estado de guerra entre Austria, Hungría y Serbia, según comunicó por telégrafo el Embajador de España en Viena, el Gobierno de S. M. se cree en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles»; declaración ratificada en los primeros días de agosto con idéntica retórica: «Declarada, por desgracia, la guerra entre Alemania, de un lado, y Rusia, Francia y el Reino Unido de Gran Bretaña, de otro, y existiendo el estado de guerra en Austria Hungría y Bélgica, el gobierno de S. M. se cree en el deber de ordenar la más estricta neutralidad a los súbditos españoles»¹⁵. Comenzaba una guerra grande para la que España, carente de recursos, se consideraba muy pequeña.

La orden de neutralidad impuesta a los súbditos de Su Majestad cerró las bocas pero no alcanzó a los corazones de la gente, ni a sus opiniones en voz baja, divididas de forma repentina entre francófilos y germanófilos, calificativos sólo comprensibles, según escribió Álvaro Alcalá Galiano, por haber prescindido la mayoría de Rusia, Serbia y Austria y entender la guerra en ciernes como un nuevo episodio del secular conflicto franco-alemán. En una nota de los primeros días de agosto, tras la declaración por Inglaterra de la guerra a Alemania, Antonio Machado apuntó: «Germanófilos y francófilos - Frascuelistas y lagartijistas», como una evidencia más de la tradicional división de la sociedad española en un par de opuestos. María Goyri en carta a su marido, de viaje por Argentina, le contaba el 6 de agosto que todos andaban «obsesionados por las noticias de la guerra y llenos de odio contra los alemanes» por la felonía cometida al invadir Bélgica y Holanda. Y el día 21, tras informarle del entusiasmo de Castillejo al contemplar el orden y la medida con que estaban procediendo los ingleses, añadía: «no hay más remedio que dar la razón a los germanófobos», y le confesaba no entender «por qué aquí las derechas se declaran germanófilas»¹⁶.

A pesar de estos primerizos brotes de francofilia y germanofilia, la sangre estaba lejos de llegar al río: metidos de años atrás en una

¹⁵ *Gaceta de Madrid*, 30 de julio de 1914, p. 238, y 7 de agosto de 1914, p. 308.

¹⁶ Álvaro ALCALÁ GALIANO: *España ante el conflicto europeo, 1914-1915*, Madrid, s. n., 1916, p. 22; Antonio MACHADO: *Prosas*, p. 1172, y María Goyri a Ramón Menéndez Pidal, 6 de agosto de 1914, *Epistolario de José Castillejo*, vol. III, *Fatalidad y porvenir, 1913-1937* Madrid, Castalia, 1999, p. 168.

guerra indeseada e incomprensible, con algún nuevo desastre en su cuenta y sin horizonte de pacificación a la vista, lo último que podían desear los españoles era verse arrastrados a una nueva conflagración, no ya en Maruecos sino en el corazón de aquella Europa soñada como remedio de los males de España. Sin duda, el gobierno español hacía saber de inmediato que su neutralidad sería favorable a la *entente* franco-británica, a la que suministró materias primas y productos manufacturados. Pero, como escribió Romanones en artículo anónimo, hay «neutralidades que matan»¹⁷. Lo que ésta mató fue la oportunidad de dar el salto que hubiera situado a España en el gran escenario donde se debatían las cuestiones que configurarían el mundo futuro. España prefirió recogerse otra vez en lo que Ortega llamó la cómoda, grata, dulce neutralidad: «¿Seguirá pareciéndonos una política? ¿Nos parecerá siquiera una política?» se pregunta retóricamente el joven maestro. No se lo parecerá tampoco a Manuel Azaña, para quien la posición de España estaba lejos de alcanzar el rango de «una neutralidad libre, declarada por el Gobierno y aceptada por la opinión después de un maduro examen de todas las conveniencias nacionales». Era, por el contrario, una «neutralidad forzosa, impuesta por nuestra indefensión, por nuestra carencia absoluta de medios militares capaces de medirse con los ejércitos europeos»¹⁸.

Sin salir por el momento de este marco de neutralidad vivida como impotencia, los intelectuales de la nueva generación que habían creado la imagen ideal de España como una síntesis futura de las presentes virtudes europeas se atuvieron a la tesis de la neutralidad como el mal menor. La Junta Nacional del Partido Reformista, reunida el 20 de octubre, con asistencia de varios miembros destacados de la nueva generación, dio a conocer una nota oficiosa en la que afirmaba que España, por varios motivos, algunos de ellos dolorosos, «no puede ni debe en modo alguno quebrantar su neutralidad», aunque advertía que «la neutralidad no ha de ser la inercia, sino todo lo contrario», entendiéndolo por lo contrario, en primer lugar, el deber de no ocultar los riesgos, pues podría darse el caso de que algún día «nos viésemos obligados a salir de la neutralidad, so

¹⁷ Lo recuerda en *Notas de una vida*, Madrid, Marcial Pons, 1999, p. 379.

¹⁸ José ORTEGA Y GASSET: «Política de neutralidad. La camisa roja», *España*, 29 de enero de 1915; Manuel AZAÑA: «Los motivos de la germanofilia», en *Obras Completas*, vol. 1, p. 295.

pena de llegar a una situación que fuese la ruina de la nacionalidad española»; y, además, el deber de no confundir la neutralidad oficial con la indeferencia de la opinión pública. Dicho en modo positivo: había que preparar al país y no mantenerlo en un estado de peligrosa inconsciencia y, lo que era más importante, exteriorizar por todos los medios las calurosas simpatías del Partido Reformista hacia las naciones aliadas defensoras de la libertad, «dándolas todo el apoyo moral que merecen en esta contienda»¹⁹.

Pero esas calurosas simpatías, ese apoyo moral a las naciones aliadas no acababan de encontrar el cauce adecuado para su manifestación. Mientras tanques y cañones arrasaban Europa, la Liga de Educación Política, que tantos entusiasmos había despertado, no daba señales de vida. De hecho, las campañas de propaganda que se prometían en provincias no llegaron siquiera a comenzar y de las reuniones de quienes habían enviado su adhesión nunca más se supo. Y las juntas nacionales del Partido Reformista pronto languidieron ante el escepticismo y el disgusto de la gente nueva por la inclinación que mostraba su líder, cuenta tenida de los malos resultados de las elecciones de marzo, hacia el Partido Liberal, única vía para abrir más amplio el camino hacia el Congreso de los Diputados. Sin liga y con un partido a medio gas, a los intelectuales de la nueva generación les quedaba aún un medio que probar, una publicación periódica, una revista que moviera la opinión. Y así fue como un dinero procedente de una herencia, que en la hora de los entusiasmos Luis García Bilbao había puesto a disposición del joven maestro, sirvió para lanzar desde principios de 1915, a medio año ya de la declaración de neutralidad, un semanario que diera cuenta de la vida nacional bajo el mismo nombre que concentraba todos los dolores, *España*, y que «nacido del enojo y la esperanza», veía la luz en enero de 1915 un poco más arriba, conforme se sube de la plaza de las Cortes, de la misma calle a la que todos ellos habían dirigido sus pasos desde que Joaquín Costa denunció como oligarquía y caciquismo el sistema de la Restauración y lanzó su consigna de reconstitución y europeización de España, o sea, la calle del Prado, ahora en el número 11, a un paso del Ateneo.

¹⁹ «Partido Reformista. Nota oficiosa», íntegramente publicada por *ABC* o *El Liberal*, 21 de octubre de 1914.

¿Todos germanófilos?

Y fue en la revista *España* donde dejó traslucir el joven maestro las razones que incitaban a una posición de aliadofilia *ma non troppo* a un sector de la nueva generación, la que debía su moral reformadora a Alemania. Meses antes, en agosto de 1914, Francisco Giner de los Ríos, muy viejito ya, había escrito a Ortega «excitándole a una manifestación de agradecimiento a la c[iencia] y la cultura alemanas de todos los que tenemos obligación de declarar lo mucho que le debemos»²⁰. Ortega se guardó muy mucho de convocar manifestación alguna, ni de definirse personalmente en relación con las naciones en guerra: «Entre la neutralidad tal y como la piensa Dato y la política de aliarse a uno de los bandos beligerantes hay una situación intermedia, que es la única seria y digna», escribió en marzo de 1915, sin especificar. Las razones y el contenido de esta especie de tercera vía quedaron claras poco después, cuando en octubre informó a los lectores de *España* que había recibido en abril la visita de Maurice Wilmotte, «profesor belga adscrito hoy a la Sorbona», como lo presenta Ortega, que dice no haber vacilado ni un momento en expresarle su deseo de que la victoria favoreciese a los «franco-anglo-belgas». Wilmotte le pidió entonces que declarase «bárbaros» a los alemanes y reconociera la superioridad de la cultura francesa. A esas urgencias respondió el joven maestro mostrando al maduro profesor su opinión totalmente opuesta: él no podía reconocer que la cultura alemana fuera en modo alguno inferior a la francesa²¹. Y es que Ortega, como todos los liberales españoles, desde la época de Sanz del Río, «eran hijos de Alemania, por la filosofía, las ciencias jurídicas, la pedagogía, la historia, la lingüística, los métodos experimentales, la medicina», según la explicación ofrecida por Rafael Altamira a los colegas franceses para que entendieran por qué una gran parte de españoles, durante cierto tiempo después del estallido de las hostilidades, no habían sabido a qué

²⁰ Giner, desde San Rafael, a Castillejo, 25 de agosto de 1914, en *Epistolario de José Castillejo*, vol. III, pp. 177-178. Supongo de la C^a del original es abreviatura por ciencia.

²¹ Sin firma, «Política de neutralidad. II. Alma de purgatorio», *España*, 5 de marzo de 1915, y José ORTEGA Y GASSET: «Una manera de pensar. II», *España*, 14 de octubre de 1915.

carta quedarse y habían permanecido en silencio, dando la impresión de ser todos ellos germanófilos, sin serlo en el sentido que de inmediato adquirió ese adjetivo²².

Wilmotte pasó, por lo visto, un mal rato charlando con Ortega, y se lo hizo pasar al presidente del Ateneo, Rafael María de Labra, cuando el secretario, Manuel Azaña, reunió a la junta directiva para tratar de una posible conferencia del profesor belga, a la que Labra se oponía porque «peligraba la neutralidad del Ateneo». Azaña, que no sabía defender una posición sin cierta violencia, como les ocurre por lo general a los tímidos, expuso las poderosas razones para acceder al deseo del belga y, no contento con ganar la aprobación de la Junta, se encargó él mismo de presentar al conferenciante. Fue la primera ocasión en la que el secretario del Ateneo, que no se contaba entre los hijos espirituales de Alemania y sentía más a Francia como patria de la libertad y la cultura, se expresaba públicamente sobre la guerra, pronunciando «un breve y sentido discurso que fue muy aplaudido» o, en palabras de Azaña, «una arenga en pro de Bélgica, que fue aplaudidísima mientras Labra se pasaba la mano por la calva y bajaba la cabeza, muy descontento». Muy aplaudido o aplaudidísimo, es claro que en la base del Ateneo, la gente nueva gustaba, cuando se trataba de la guerra, más de arengas que de discursos, más aún si eran a favor de Bélgica o Francia, aunque la política oficial de la docta casa, no muy lejos de la posición adoptada por Ortega como director del semanario *España*, no pasaba de la estricta neutralidad²³.

Actitud esta que, con el curso tomado por la guerra, se teñirá progresivamente de aliadófila sin, por eso, mostrarse germanófoba: ésa era, al parecer, la única posibilidad de que un manifiesto elaborado con la participación de jóvenes ateneístas recabara con éxito la firma de los consagrados. Azaña ha contado los pormenores de su lenta elaboración: al tenerse noticia del manifiesto de los noventa y tres profesores alemanes, Luis Simarro «quiso escribir una respuesta que había de ir firmada por *notabilidades* españolas» y reunió varias veces en el Ateneo a diez o doce socios. Una noche les expuso el plan de su contestación al escrito de los alemanes que a Azaña le pareció muy bien pensado. Luego, nunca

²² Rafael ALTAMIRA: «L'opinion espagnole et la Guerre», *Revue Internationale de l'Enseignement*, t. LXX, (1916), pp. 6-9.

²³ AZAÑA, «Diarios, Madrid, 1915», en *Obras Completas*, vol. 1, p. 757.

más se supo. Se decía que Simarro había tropezado con la negativa de unos notables que para este propósito no querían hacerse muy de notar: la política del silencio de que hablaba Altamira. En el Ateneo volvió a hablarse del asunto, no ya como respuesta a los alemanes sino como «manifestación de lo que piensan las gentes de alguna valía en España y para contrarrestar fuera de nuestro país la opinión de que aquí todo el mundo es germanófilo». Armando Palacio Valdés escribió un primer borrador, desechado por violento en exceso y finalmente Pérez de Ayala redactó otro que fue el que acabó publicándose como «Palabras de algunos españoles», no sin antes sufrir un periplo de correcciones y negativas. «¡Así va a quedar el pobre!», exclama Azaña antes de entregar el original a Gustavo Pittaluga, encargado de recoger la firma de Santiago Ramón y Cajal, que se mostraba muy reticente y que, por una cosa u otra, no firmó²⁴.

¿Tan extendida estaba en 1915 la adhesión a Alemania como para que costara tanto trabajo recoger firmas en favor de los aliados? Al hispanista francés Alfred Morel-Fatio le parecía que en España existían hasta cuatro focos de germanofilia: el partido carlista o jaimista, una fracción del mundo intelectual, el ejército y el pequeño grupo de los que soñaban con una España más grande. Del mundo intelectual, llamaba la atención sobre la carta abierta de un germanófilo a un suizo alemán, firmada por Pío Baroja en *El Imparcial* para destacar que los adversarios políticos de Baroja admiraban en Alemania lo que a él le parecía detestable y detestaban lo que a Baroja parecía admirable; o sea, que la germanofilia de Baroja ocultaba en realidad una posición contraria a la germanofilia de los germanófilos, que resultaban ser los católicos, los mismos que —según recordará Altamira— habían expurgado los libros de texto de cualquier referencia a Kant, Goethe, Fichte, Hegel, Krause y demás. También se permitía dudar Morel-Fatio de que todo el ejército estuviera germanizado. En resumen, no le parecía que la opinión pública española fuera hostil a Francia y recomendaba, por tanto, a sus colegas no alzar la voz contra ella: bastaría con dejar que los hechos hablaran por sí solos para que los españoles llegaran por sí mismos a reconocer de qué lado estaban los campeones del derecho, de la justicia y de la libertad de los pueblos²⁵.

²⁴ *Ibid.*, p. 756.

²⁵ Alfred MOREL-FATIO: «L'attitude de l'Espagne dans la guerre actuelle», *Le*

Lo cual no obstaba para que hasta ese momento el único manifiesto de intelectuales publicado en España fuera el firmado el 27 de noviembre de 1914 por unos «Amics de la unitat moral d'Europa», en el que se definía la terrible guerra «que hoy desgarrará el cuerpo de nuestra Europa» como una auténtica guerra civil. Morel-Fatio no erraba al pensar que este manifiesto predicaba un «humanismo muy nebuloso y confuso», no sólo en su versión francesa, como advertía, sino también en la original catalana y en la castellana publicada en *La Vanguardia* y reproducida dos meses y pico después en el semanario *España*, sin ningún relieve ni mayor comentario. Y ese humanismo «assez nuageux et amphigourique», que se pronunciaba por la restauración de un sentido de síntesis superior y de altruismo generoso capaz de suprimir el nefando principio de la completa destrucción del adversario, y que excluía el deseo de que uno de los contendientes triunfara si en su triunfo no estaba incluido el de la totalidad de la república europea, era precisamente el manto bajo el que se ocultaba una germanofilia que no quería reconocer su nombre²⁶.

Los aliadófilos levantan la voz

En Barcelona, unos «catalans dedicats als espirituals treballs de l'art, les lletres, la ciencia i la política» debieron de entenderlo así y, creyéndose obligados como «ciudadanos de la República universal del Espíritu y como hijos de Cataluña», se decidieron a «alçar la veu» en esta hora trágica de la historia del mundo para manifestar su convicción de que en «la guerra actual los supremos intereses de la justicia y la humanidad piden la victoria de los Estados de la Triple Inteligencia». Su amor era por Francia y por Inglaterra, y por Bélgica y por Serbia, aunque, insisten, especialmente por Francia, no por ninguna otra razón más que porque era «vecina de Cataluña por tierra y alma». Fue, salvo posible error u omisión, el primer ma-

Correspondant, 25 de enero de 1915, pp. 279-292, y Pío BAROJA: «De un germanófilo a un suizo alemán», *El Imparcial*, 29 de octubre de 1914.

²⁶ «Un documento. La Unidad de Europa», *La Vanguardia*, 1 de diciembre de 1914, y «Manifiesto de los Amigos de la Unidad Moral de Europa», *España*, 5 febrero de 1915. Para D'Ors y el manifiesto de estos «Amics», Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Pagès, 2009, pp. 139-170.

nifiesto de intelectuales en el que de forma clara y directa se expresaba el deseo de un triunfo de la *entente* franco-británica, con singular olvido de Rusia, para nada mencionada en el manifiesto²⁷.

Más tiempo se tomaron en Madrid, donde finalmente, en julio, transcurrido un año de guerra, vio la luz el manifiesto elaborado por Ramón Pérez de Ayala, pasado a la firma y «suscripto por un núcleo selecto de profesores, escritores y artistas», como ellos mismos se definían, «l'élite de la pensée espagnole» como los saludó el arqueólogo y prehistoriador francés Raymond Lantier. Y de la misma manera que en Barcelona se alzó la voz, en Madrid un grupo de intelectuales, que firmaban clasificados en profesores, compositores de música, pintores, escultores y decoradores y escritores, «levanta la voz para pronunciar nuestra palabra, con modestia y sobriedad, como españoles y como hombres». Una palabra destinada a que, en aquellos tiempos de gravedad profunda, no pareciera España «una nación sin eco en las entrañas del mundo». Todo eso para afirmar su solidaridad con «la causa de los aliados en cuanto representa los ideales de justicia, coincidiendo con los más hondos e ineludibles intereses políticos de la nación», por donde empezaba a asomar una de las motivaciones que se volverá cada vez más fuerte y urgente en las siguientes tomas de posición: que el triunfo de los aliados convenía al interés político de España²⁸.

Este movimiento impulsado por intelectuales del Ateneo que les llevó a matizar la estricta neutralidad con su expresa adhesión a los aliados ¿fue motivado por los intelectuales catalanes que habían respondido a los pregoneros de la amistad por la unidad moral de Europa con su afirmación de amor a Francia y su simpatía por la «Triple Inteligencia»? Es probable: el manifiesto de los catalanes apareció en *España* muy poco antes de que en el Ateneo de Madrid se recuperara la iniciativa abandonada por Luis Simarro y es seguro que allí se leía, y no pocas veces se escribía, todo lo que se enviaba a imprenta desde la misma calle, un poco más arriba: eran la misma gente. Y ambos manifiestos podrían servir de testimonio de la nece-

²⁷ «Manifest dels Catalans», *L'Esquella de la Torratxa*, 26 de marzo de 1915. En castellano, «Un manifiesto», *España*, 23 de abril de 1915.

²⁸ «Palabras de algunos españoles», *España*, 9 de julio de 1915. Raymond LANTIER destaca la presencia entre los firmantes de Azcárate, Valle-Inclán, Pérez Galdós, Rusiñol y Azorín para subrayar que había «hombres de todas las opiniones»: «L'attitude des intellectuels espagnols dans le conflit actuel», *Le Mercure de France*, 1 de enero de 1916, p. 46.

sidad sentida por todos sus firmantes de acabar con el letargo de la neutralidad que sólo había servido hasta el momento para el avance de la germanofilia. Salir de la neutralidad no porque la germanofilia mereciera ser combatida en sí misma, sino porque con ella se defendían los intereses del sistema político español, caracterizado por su absolutismo, su militarismo, su clericalismo, a la par que se cerraban las puertas a cualquier reforma.

Pero, a medida que transcurre el año 1915, manifestarse por el triunfo de las naciones aliadas se entendió, tanto en Barcelona como en Madrid, como un paso necesario para plantear lo que de verdad importaba, cuestiones de política interior, de reforma y democratización del Estado, como si la germanofilia y la aliadofilia constituyeran una nueva manifestación de la secular guerra civil entablada por los españoles desde la invasión napoleónica. Y en este recurso retórico a la guerra civil, la generación del 98, la que mantenía el recuerdo de las guerras carlistas, llevaba la delantera. De «nuestra guerra civil» escribió un germanófilo muy especial, Pío Baroja, cuando veía, de un lado, a curas, militares, aristócratas, mauristas, jaimistas y, de otro, a republicanos, oradores, periodistas, artistas, que si en los primeros momentos se buscaban y discutían, luego se huían, buscando cada cual a los suyos. Y de guerra civil predicó Miguel de Unamuno, recién expulsado por Francisco Bergamín de su rectorado de Salamanca, durante toda la guerra, a todas horas y en todos los tonos, prevaleciendo en él, como de costumbre, el profético, o sea, el que fustigaba a sus oyentes con el propósito de que abandonaran la molicie y retornaran al camino de la virtud. Su ¡venga guerra civil! no habrá de entenderse, sin embargo, como una llamada a las armas, sino más bien como una fuerte sacudida a «esa cosa horrible que Menéndez y Pelayo llamó la democracia frai-luna española», a «la estúpida modorra de nuestras muertas villas españolas esteparias, con sus horribos casinos»²⁹.

Pero también los nuevos recurrieron ahora al tópico. Manuel Azaña, en el comienzo del año de 1917, al presentar a Whitney Warren a los socios del Ateneo, recordó la antigua sentencia: «el que no toma parte en la guerra civil es un enemigo público» para afirmar «la ilicitud moral de la abstención en la guerra». Lo mismo

²⁹ Pío BAROJA: «Nuestra guerra civil», en *Nuevo Tablado de Arlequín* [1917], *Obras Completas*, vol. 5, Madrid, Biblioteca Nueva, 1978, pp. 148-150, y Miguel DE UNAMUNO: «¡Ese público...!», *España*, 17 de febrero de 1916.

Luis Araquistáin, quien, desde el comienzo de su colaboración en la revista *España*, tuvo claro que la línea de acción futura debía consistir en llegar a la política nacional a través de la internacional; que estaba bien ser oficialmente neutrales, pero que, como ciudadanos, no sólo de España, de Europa, tenían el deber de no serlo. Propuso, pues, desde las páginas del semanario una declaración sobre los orígenes de la guerra y sobre cuáles podían ser sus resultados políticos, y muy pronto se subió a la prédica de Unamuno para propugnar que la sorda guerra civil sostenida en España entre dos fuerzas contrarias, izquierdas y derechas, liberales y conservadoras, progresivas y reaccionarias, no sólo debía ahondarse sino exteriorizarse. De la palabra a la acción, habría que organizar un acto serio de todas las izquierdas para «acabar con estas huestes de insurgentes que impiden el desenvolvimiento pacífico de España». Nuestro enemigo está dentro de casa, afirmaba Araquistáin; el enemigo, o sea «las hordas de alma teutónica»³⁰.

Este Araquistáin, que por sus «aires y color de mortadela» le recordaba a Josep Maria Sagarra a un eclesiástico aragonés del tiempo de la guerra de Independencia, fue quien, desde comienzos de 1916, imprimió a la revista *España*, para la que consiguió una sustanciosa subvención británica, una clara militancia a favor de los aliados sostenida en una reiterada denuncia de quienes, ahora sí, se mostraban ya en declaraciones y manifiestos abiertamente germanófilos. *Amistad hispano germana* fue el título de un libro editado en Barcelona y prologado por Jacinto Benavente que reproducía en su primera página el breve manifiesto germanófilo de finales de 1915, seguido de cientos de firmas ordenadas por localidad de residencia. Lo que en los primeros meses de la Gran Guerra pudo parecer y luego definirse como una guerra civil de palabras³¹, desde principios de 1916, y al socaire de la nueva crisis política, el aumento de los precios por una inflación galopante, resultado a su vez de los pingües negocios ocasionados por la guerra, de la sucesión de pro-

³⁰ Manuel AZAÑA: «Presentación de Mr. Whitney Warren en el Ateneo» (10 de enero de 1917), en *Obras Completas*, vol. 1, p. 266; Luis ARAQUISTÁIN: «Política de neutralidad. Que España quiera vivir» y «La guerra civil», *España*, 19 de febrero y 25 de junio de 1915.

³¹ A la que Gerald H. MEAKER dedicó un excelente estudio: «A civil war of words: The ideological impact of the First World War on Spain, 1914-18», en Hans A. SCHMITT, *Neutral Europe between war and revolution, 1917-23*, Charlottesville, University Press of Virginia, 1988, pp. 1-66.

testas y huelgas con una llamada a la huelga general y la militancia pro aliada de los socialistas, y no en último lugar, de los ataques alemanes a mercantes españoles, llevaba el camino de convertirse en una guerra civil de puños, con «riñas a muerte entre familiares y amigos de toda la vida»³².

Ortega no estaba dispuesto a seguir a su semanario por el camino de la aliadofilia militante y voló literalmente a las alturas, esto es, dejó de aparecer por el Ateneo y por *España*, en el corazón de un Madrid que aún no había delimitado con empalizadas los campos político e intelectual sino que más bien había asegurado una fluida corriente entre ambos, y trasladó sus reales a los altos del Hipódromo, en el ensanche, donde la Residencia de Estudiantes, rodeada de campos yermos, le sirvió de observatorio al abrigo de la política o mejor de espaldas a ella, para emprender su nueva tarea: cansado de ser joven maestro se trasmutó en maduro espectador, lanzando una revista personal. En el Ateneo, mientras tanto, al nuevo tono de *España*, reforzado por la dirección de Araquistáin y las ilustraciones de Luis Bagaría, correspondió la consolidación de Manuel Azaña ejerciendo una especie de presidencia de hecho, debido a las frecuentes y largas ausencias de Rafael María de Labra y al prestigio ganado por sus conferencias, que lo convirtieron en «jefe de la tendencia izquierdista» que en aquella época regía en la administración del Ateneo, según recordaba la no siempre fiel memoria de un joven socio de derechas, Pedro Sainz Rodríguez³³. La neutralidad estricta del presidente Labra quedó definitivamente desplazada por la militancia primero francófila y luego decididamente antigermanófila del secretario Azaña, pues, además de su presencia e intervenciones en los debates sobre la Gran Guerra convocados por el Ateneo, Azaña tomó parte muy activa, y se la hizo tomar a la docta casa, en la organización y el desarrollo de la visita de destacados intelectuales franceses a Madrid, recibidos el 30 de abril de 1916 en la estación de Atocha por una nutrida representación de socios, en su mayor parte miembros de la nueva generación. Y serán de nuevo el Ateneo y su secretario los que organicen el banquete ofrecido el 6 de mayo en el Palace a los intelectuales franceses ante quienes pronunció Azaña una encendida alocución en la que terminó proclamando en nom-

³² Josep Maria DE SAGARRA: *Memorias*, p. 677, para las riñas en Barcelona, y p. 774, para Araquistáin.

³³ En *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 66-67.

bre de «gentes innumerables [...] nuestra fe en vuestra causa, nuestra fe en la victoria»³⁴.

Un «anti» no del gusto de todos

«Todas las loas son pocas para el Ateneo de Madrid», escribió el editorialista de *España*, o sea, Araquistáin, en su comentario a la visita de los académicos franceses. Y es que para el giro que a lo largo de 1916 tomaría la actitud de los intelectuales de la nueva generación iba a resultar clave la completa sintonía entre las oficinas de la calle del Prado, número 11, y el caserón de la calle del Prado, número 21. La renacida actividad de la germanofilia, expresada en la ya mentada *Amistad hispano germana* y en el manifiesto publicado en Barcelona por un Comité de Amigos de Germania, con Josep Maria Rosell y Pere Bosch Gimpera como primeras firmas, empujó esa sintonía entre *España* y Ateneo hacia la unidad de acción con el lanzamiento de una nueva liga que se presentará al público con un lenguaje muy diferente al de aquellas palabras empleadas por algunos españoles que levantaron la voz para expresar su adhesión a la causa de los aliados. El propósito de la nueva liga no consistirá en combatir a Alemania ni tampoco en prestar una ayuda moral a los aliados, sino en dar la «batalla a todas las fuerzas obscurantistas, a las heces del tiempo y de la historia, que han abandonado sus escondrijos en el curso de la guerra y se han agrupado aquí, en España, con el pretexto de una germanofilia vergonzante». La Liga Antigermanófila se concebía, por tanto, como «un instrumento de lucha civil, un órgano nuevo de la democracia y del liberalismo españoles», y será precisamente esta relación de la Liga con la política interior española, más que con la guerra exterior o la mera defensa moral de las potencias aliadas, lo que explica su carácter negativo, «ese anti» que, como se dice en la presentación de su primer manifiesto, «no ha sido del gusto de todos»³⁵.

El propósito de movilizar, contar fuerzas, salir a la calle y plantar cara a los germanófilos estuvo también presente en la convo-

³⁴ «Alocución pronunciada en el banquete ofrecido en el Hotel Palace a los académicos franceses», en *Obras Completas*, vol. 1, p. 257.

³⁵ «Liga Antigermanófila. Manifiesto a los españoles», *España*, 18 de enero de 1917.

catoria de una comida para festejar en el Palace el segundo aniversario del nacimiento de *España*. Araquistáin está ahora en sus glorias, como Azaña, que regresa de su visita a los frentes de guerra cargado de ideas que expondrá a los socios del Ateneo en sendas conferencias sobre Reims y Verdún y los motivos de la germanofilia³⁶. De la comida en el Palace fue invitado de lujo don Miguel de Unamuno, que Luis Bagaría, en un dibujo memorable, presentó como gigantesca lechuga negra con su garra «apretando el cráneo microcefalo de un troglodita germanófilo español», según rezaba la leyenda de la ilustración de cubierta³⁷. A los postres, Unamuno se despachó a gusto, recreándose en el mito de la dos Españas, del que tal vez —dijo— sería preciso eliminar a una. Las emociones fueron profundas, las expectativas otra vez muy altas y las adhesiones muy cuantiosas, tanto que los redactores de *España* pidieron excusas por no disponer de espacio para dar cuenta de todas. Azaña, en función ahora de secretario del semanario, dio lectura a cartas enviadas por varias notabilidades, entre ellas, la de Melquíades Álvarez que excusaba su asistencia pero se unía a la causa.

Y esto ya rebasa la historia puramente intelectual para incidir de lleno en la historia política. El Partido Reformista, que había establecido su secretaría en la calle del Prado —¿dónde, si no?— número 8, decidió participar en esta creciente movilización intelectual que se preparaba para invadir, como una marea, la plaza de toros de Madrid. Los intelectuales, hasta ese momento, si eran maestros reconocidos, ocupaban las tribunas preparadas en salones de instituciones culturales, como el Ateneo, las Academias, el Círculo de Bellas Artes o la Residencia, entre otras muchas. Si el intelectual había alcanzado la altura de una estrella se atrevía incluso a alquilar un teatro, como fue el caso de Ortega en el de la Comedia y lo había sido el de Unamuno en multitud de ocasiones. Pero ¿una plaza de toros? ¿Un mitin en una plaza de toros convocado por una revista dirigida a minorías selectas? En ese espacio abierto al

³⁶ Para la redoblada acción política e intelectual de Azaña en este periodo, puede verse Santos JULIÁ: *Vida y tiempo de Manuel Azaña, 1880-1940*, Madrid, Taurus, 2008, pp. 125-163, donde se da cuenta del contenido de estas conferencias.

³⁷ Un magnífico análisis de estas ilustraciones, Emilio MARCOS VILLALÓN: *Luis Bagaría, entre el arte y la política*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, p. 144, para esta lechuga y el troglodita.

sol y a todos los vientos sólo podían lidiar las grandes figuras de la política: Antonio Maura lo acababa de probar con éxito sobrado. Pero Araquistáin no era del tipo de gente que no responde a un reto con otro: si Maura se había atrevido, ¿por qué no *España*? Y fue *España*, con el apoyo expreso del Ateneo, la que se encargó de convocar un acto de afirmación antigermanófila, que era a la vez germen y promesa de la unión de todas las izquierdas, socialistas, republicanos y reformistas, marchando de nuevo de la mano en el común propósito de forzar la apertura de un periodo constituyente, o de reforma constitucional, para el Estado español. Había sido en el Círculo Reformista de Madrid donde se celebró el 15 de febrero la asamblea de constitución definitiva de la Liga Antigermanófila, con la elección del directorio formado por una mezcla de políticos e intelectuales de varias generaciones, con una notable presencia de la nueva. Y tomando pie en la Liga, *España* insistirá en la idea de una nueva coalición de izquierdas que por su origen y propósito recordaba a la del ¡Maura, No! de cuando la Semana Trágica. Y serán políticos reformistas, socialistas y republicanos acompañados por miembros de la junta directiva del Ateneo y de la redacción de *España* los que, el 27 de mayo de 1917, ocupen el palco presidencial de la Plaza de Toros de Madrid, repleta hasta la bandera por un público entusiasta, 25.000 personas, y al lado del nombre del vapor «Begoña», un gran cartel que decía: «Acordaos de los barcos hundidos y de las víctimas»: la expectación, sintetizaba *El Imparcial*, no ha sido defraudada³⁸.

Las conferencias de Manuel Azaña en el Ateneo y el mitin de las izquierdas convocado por *España* en la plaza de toros podrían entenderse como momentos culminantes de un proceso iniciado en el otoño de 1913, cuando un grupo de intelectuales lanzó una Liga de Educación Política, desvanecida al primer retumbar de los cañones de guerra. Tres años después, los acontecimientos de julio y agosto de 1917 acabarán por desplazar a segundo plano a su sucesora y sustituta, la Liga Antigermanófila que no a todos había convencido por lo anti de su nombre. Y cuando la Gran Guerra llega a su fin «y la paz se alza ya sobre la línea del horizonte», *España*, con el apoyo de las gentes del Ateneo, publica «Un llamamiento» de cierta Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de

³⁸ «España ante la Guerra. El mitin de las izquierdas», *El Imparcial*, 28 de mayo de 1917.

Naciones Libres, donde habría de caber «todo hombre que fuera liberal y demócrata, independientemente de que esté afiliado a cualquier partido o a ninguno»³⁹.

Todas las adhesiones a la nueva liga, de tan singular manera lanzada a la vida pública, debían dirigirse a nombre de D. Manuel Azaña, Unión Democrática Española, calle del Prado, 11, 2.º, Madrid.

³⁹ «Un llamamiento», *España*, 7 de noviembre de 1918.

ESTUDIOS

Cirujano de Hierro. La construcción carismática del general Primo de Rivera

Alejandro Quiroga Fernández de Soto

Universidad de Alcalá de Henares

Resumen: El artículo analiza el proceso por el cual el general Miguel Primo de Rivera intentó dotarse de una legitimidad carismática, una vez alcanzado el poder en 1923. Tomando un enfoque culturalista, se explora cómo se construyó el culto al líder a través de la propaganda oficial y las ceremonias de exaltación del caudillo nacional. Además se compara el culto de la figura de Primo de Rivera con los de Benito Mussolini y Francisco Franco. El artículo demuestra que muchos de los elementos empleados por los primorriveristas fueron posteriormente utilizados por los franquistas para elaborar un nuevo mito de caudillo carismático.

Palabras clave: Primo de Rivera, carisma, fascismo, Franco, Mussolini, caudillo.

Abstract: This article analyses the process by which General Primo de Rivera attempted to gain a charismatic legitimacy once he took power in 1923. The paper takes a culturalist approach and explores the use of the dictatorship's propaganda and ceremonies to foster the cult of Primo de Rivera. The study draws comparisons between the cults of Primo de Rivera, Benito Mussolini and Francisco Franco. The article concludes that many of the features used to create a charismatic legitimacy under Primo de Rivera were later employed by the Francoists in the making of a new myth of the patriotic leader.

Keywords: Primo de Rivera, charisma, fascism, Franco, Mussolini, leader.

A principios de 1927, la prestigiosa revista *Foreign Affairs* publicaba un artículo sobre el general Miguel Primo de Rivera, en el que se describía al dictador español como un líder fuerte, decidido, tenaz y con una constitución física de hierro¹. Su autor, el norteamericano R. T. Desmond, presentaba a Primo de Rivera como un hombre con una enorme capacidad de trabajo y como un brillante estratega militar que había acabado para siempre con los problemas coloniales en Marruecos. Además, Desmond consideraba que el éxito del plebiscito organizado por Primo de Rivera en septiembre de 1926, en el que se recogieron firmas de apoyo al régimen, demostraba de un modo innegable que el marqués de Estella era un hombre querido por la mayoría de su pueblo. Este cariño popular no dejaba de tener cierta lógica, ya que, según el escritor estadounidense, los españoles no estaban preparados para gobernarse y preferían ser dirigidos a molestarse ellos mismos en tomar parte en los asuntos públicos. Más allá de sus altas dosis de paternalismo hacia los españoles, tan típicas de algunos anglosajones de la época, el artículo de Desmond nos muestra cómo los mitos que la maquinaria propagandística de la dictadura de Primo de Rivera había ido creando sobre el marqués de Estella encontraron cierta acogida en el extranjero, incluido en algunos ambientes intelectuales.

En España, la idea de que Primo de Rivera era una especie de superhombre con cualidades excepcionales que había salvado al país de la hecatombe con su golpe de Estado del 13 de septiembre de 1923 se convirtió en la piedra angular de la propaganda oficial. La cosa también tenía su lógica, porque con el golpe de Estado y la instauración del Directorio Militar, Primo de Rivera estableció un gobierno ilegal, que carecía de legitimidad constitucional. Y a medida que el marqués de Estella fue dejando clara su intención de abandonar definitivamente la Constitución de 1876 y construir un régimen político completamente nuevo, la necesidad de dotar al dictador de una legitimidad de tipo carismático no hizo más que aumentar. Como en el resto de las dictaduras contrarrevolucionarias europeas del periodo de entreguerras, fueran estas genuinamente fascistas o no, la legitimidad tradicional otorgada por la monarquía y la Iglesia se mostró claramente insuficiente en España a la hora de construir un nuevo régimen. Al igual que en los casos

¹ R. T. DESMOND: «Dictatorship in Spain», *Foreign Affairs*, 5 (1927), pp. 276-292.

de Miklós von Horthy en Hungría, Benito Mussolini en Italia y Joséf Pilsudski en Polonia durante la década de los veinte, Primo de Rivera tuvo que construirse un aura carismática para justificar su poder, presentándose como el caudillo que venía a liderar el proceso de regeneración nacional.

Estos procesos históricos de creación de un aura carismática se denominan «carismatización» (*charismatization*)². Se trata de mecanismos de construcción de la imagen de un dictador, a través de medios de comunicación, propaganda oficial y ceremonias patrióticas, con los que se pretende dotar al dirigente político de unas connotaciones especiales que sirvan para justificar un ejercicio autoritario del poder³. Estos procesos de fabricación de un aura carismática debemos contextualizarlos en una Europa traumatizada tras la Primera Guerra Mundial. El desmoronamiento de los imperios alemán, ruso, austro-húngaro y otomano, el triunfo de la Revolución Bolchevique y el avance de los postulados izquierdistas dejaron bien claro a los líderes europeos que los viejos mecanismos de control político eran insuficientes en las nuevas sociedades de masas. En este clima de crisis, las dictaduras conservadoras, ya fueran regímenes fascistas o autoritarios de corte más tradicional, surgieron en Europa como parte de un proceso de experimentación de las elites con nuevas formas de control político y legitimación populista⁴.

El régimen de Primo de Rivera no fue una excepción. El dictador fue respaldado inicialmente por importantes grupos de elite de la sociedad española, «fascistizó» su régimen, es decir, fue incorporando de un modo selectivo ideas de la dictadura italiana, a medida que intentaba desarrollar su proyecto de construir un Estado nuevo y promovió un culto a su persona para dotarse de un aura carismática que supliese su falta de legitimidad constitucional. Sin embargo, la historiografía ha prestado muy poca atención a la cuestión

² Roger EATWELL: «New Styles of Dictatorship and Leadership in Inter-War Europe», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7-2 (2006), pp. 127-137, p. 136.

³ John BREUILLY: «Max Weber, charisma and nationalist leadership», *Nations and Nationalism*, 17-3 (2011), pp. 477-499.

⁴ Aristotle KALLIS: «“Fascism”, “Para-fascism” and “Fascistization”: On the similarities of Three Conceptual Categories», *European History Quarterly*, 33-2 (2003), pp. 219-249, y Antonio COSTA PINTO: «Elites, Single Parties and Political Decision-making in Fascist-era Dictatorships», *Contemporary European History*, 11 (2002), pp. 429-454.

del carisma y la construcción del culto al general Primo de Rivera a la hora de analizar el régimen⁵. Esto contrasta de un modo evidente con su contemporáneo Benito Mussolini, cuya construcción carismática sí ha sido ampliamente analizada⁶. En las siguientes páginas pretendemos cubrir parcialmente esta laguna analizando el proceso de «carismatización» del dictador español, la construcción del culto de Primo de Rivera y los problemas con los que se encontraron los primorriveristas en su elaboración. Partimos aquí de un enfoque culturalista. No se trata de analizar las cualidades psíquicas de Primo de Rivera como líder, sino de estudiar cómo se construyó su culto como caudillo una vez alcanzado el poder. Al igual que en el caso de Francisco Franco, la figura carismática de Miguel Primo de Rivera se creó *ad hoc* para legitimar su mandato⁷. El presente artículo está dividido en dos partes. La primera analiza los esfuerzos de «carismatización» del dictador llevados a cabo durante el Directorio Militar (1923-1925) y la segunda la promoción del culto del general Primo de Rivera durante el Directorio Civil (1926-1930).

⁵ Un breve análisis sobre el culto a Primo de Rivera en Alejandro QUIROGA: *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, pp. 306-308.

⁶ Renzo DE FELICE: *Mussolini il duce. Gli anni del consenso (1929-1936)*, Turín, Einaudi, 1996 (1.ª ed. 1974), pp. 534-587; Piero MELOGRANI: «The Cult of the Duce in Mussolini's Italy», en George MOSSE (ed.): *International Fascism*, Londres, Sage, 1979, pp. 73-90; Luisa PASSERINI: *Mussolini immaginario. Storia di una biografia, 1915-1939*, Bari, Laterza, 1991; Angelo Michele IMBRIANI: *Gli italiani e il Duce. Il mito e l'immagine di Mussolini negli ultimi anni del fascismo (1938-1943)*, Nápoles, Liguori, 1992; John POLLARD: «Mussolini's Rivals: The limits of the Leadership Cult in Fascist Italy», *New Perspective*, 4-2 (1998), pp. 26-29, y Didier MUSIEDLAK: «Mussolini: le grand dessein à l'épreuve de la réalité», *Parlement[s], Revue d'histoire politique*, 13 (2010), pp. 51-62.

⁷ Sobre Franco, Francisco SEVILLANO: *Franco. Caudillo por la gracia de Dios, 1936-1947*, Madrid, Alianza Editorial, 2010; Laura ZENOBI: *La construcción del mito de Franco*, Madrid, Cátedra, 2011; Enrique MORADIELLOS: *Francisco Franco. Crónica de un caudillo casi olvidado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, pp. 65-93, y Antonio CAZORLA: *Franco: The Biography of the Myth*, Nueva York, Routledge, 2013, e Ismael SAZ: «Franco, ¿caudillo fascista? Sobre las sucesivas y contradictorias concepciones falangistas del caudillaje franquista», *Historia y Política*, 27 (2012), pp. 27-50. Sobre José Antonio Primo de Rivera, Vicente SÁNCHEZ BIOSCA: «El Ausente, ¡Presente!: el carisma cinematográfico de José Antonio Primo de Rivera, entre líder y santo», *Archivos de la Filmoteca. Revista de Estudios Históricos sobre la Imagen*, 46 (2004), pp. 66-87. Unos apuntes un tanto inconexos del uso del mito de José Antonio por parte de Franco, Stanley G. PAYNE: «Franco, the Spanish Falange and the Institutionalisation of Mission», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7-2 (2006), pp. 191-201.

El Directorio Militar

La búsqueda de una legitimidad para la dictadura comenzó con el golpe de Estado. En su *Manifiesto al País y al Ejército* del 13 de septiembre de 1923, Primo de Rivera justificaba su insurrección como la única forma de salvar a una patria en peligro de muerte debido a las acciones de «los profesionales de la política», la violencia anarquista, la «impune propaganda comunista» y la «descarada propaganda separatista»⁸. El capitán general de Cataluña reconocía que su acción era ilegal y que el nuevo régimen nacía de una «indisciplina formularia», pero la disculpaba porque se hacía siguiendo la voluntad del pueblo y se pretendía liberar al país de ese «cuadro de desdichas e inmoralidades que empezaron en el año 98 y amenazan a España con un fin trágico y deshonoroso». Este discurso de salvación nacional, con su referencia a mitos históricos y su sentimiento de misión trascendental, tenía como objetivo dotar de cierta connotación mesiánica a Primo de Rivera como líder patriótico. Se trataba de un mensaje que enfatizaba la situación de crisis histórica para justificar no sólo la actuación política ilegal, sino la concentración de poder en una figura superior, algo que se convirtió en una constante de los procesos de «carismatización» de las dictaduras fascistas⁹.

Es cierto que cuando Primo de Rivera dio el golpe de Estado ya era una figura conocida que había cultivado durante años su popularidad, primero, como capitán general de Valencia (1920-22) y, después, de Cataluña (1922-23). Esta popularidad de Primo de Rivera antes de la dictadura sirvió para que el marqués de Estella se convenciera de la importancia de su papel como líder político y, a buen seguro, influyó en su decisión de postularse como la cabeza directora del golpe de Estado¹⁰. Sin embargo, durante su etapa en

⁸ Jordi CASASSAS: *La Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*. Textos, Barcelona, Anthropos, 1983, pp. 81-87.

⁹ Aristotle KALLIS: «Fascism, “Charisma” and “Charismatisation”: Weber’s Model of “Charismatic Domination” and Interwar European Fascism», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7-1 (2006), pp. 25-43, p. 29.

¹⁰ Shlomo BEN-AMI: *La Dictadura de Primo de Rivera 1923-1930*, Barcelona, Planeta, 1984, p. 44, y Francisco ROMERO SALVADÓ: *The Foundations of Civil War. Revolution, Social Conflict and Reaction in Spain, 1916-1923*, Londres, Routledge, 2008, pp. 287-288.

Barcelona, Primo de Rivera no tuvo que convertirse en un líder carismático, en tanto en cuanto el capitán general de Cataluña ejerció su poder dentro de la legitimidad política que le proporcionaba el sistema de la Restauración. Una vez Primo de Rivera suspendió la Constitución de 1876 e instauró una dictadura militar, tuvo que buscar la legitimidad de su poder en otras fuentes. Si seguimos el modelo clásico de Max Weber y distinguimos entre la legitimidad racional (de base legal), la tradicional (que emana de instituciones como la monarquía o la Iglesia) y la carismática (que descansa en las cualidades extraordinarias de un individuo), tendremos que Primo de Rivera prescindió básicamente de la legitimidad legal y trató de dotarse de una legitimidad carismática, apelando al heroísmo de la salvación nacional y diciendo actuar siguiendo la voluntad del pueblo¹¹. Al mismo tiempo, Primo esgrimió el respaldo del rey y del ejército para justificar su gobierno. Desde un principio Primo combinó una legitimidad tradicional, otorgada fundamentalmente por el apoyo del monarca a la dictadura, con la búsqueda de una legitimidad carismática que justificara un régimen de excepción permanente de salvación nacional.

La construcción de Primo de Rivera como figura carismática se realizó desde el poder en varios ámbitos. En el plano discursivo, el propio marqués de Estella se encargó de presentarse, ya desde el Manifiesto del 13 de septiembre, como el líder que tenía que operar el cuerpo enfermo de la nación. Se trataba, según decía, de un cirujano por petición popular, ya que el «pueblo sano» español le había pedido intervenir, para que acabase con los «gusanos» de los políticos que estaban devorando la patria¹². Al adoptar un discurso pseudocientífico de corte regeneracionista, que recordaba en parte a la figura del Cirujano de Hierro de Joaquín Costa, el Directorio Militar buscaba obtener el respaldo de diversos sectores de la sociedad española¹³. Se trataba de una apuesta medianamente se-

¹¹ Max WEBER: *Economy and Society. An Outline of Interpretive Sociology*, 2.ª ed., Berkeley, University of California Press, 1978, pp. 212-250.

¹² Los entrecomillados en Manuel RUBIO: *Crónica de la Dictadura*, Barcelona, Nauta, 1974, p. 154. Otras metáforas médicas y vocabulario científico usado por Primo en *La Vanguardia*, 11 de julio de 1925; *La Nación*, 19 de octubre de 1925; Dionisio PÉREZ: *La Dictadura a través de sus notas oficiosas*, Madrid, CIAP, 1930, pp. 32-37, y Miguel PRIMO DE RIVERA: *Disertación ciudadana*, Madrid, Imprenta Clásica Española, s. f., p. 23.

¹³ Conviene señalar, no obstante, que pese a la simpatía que Primo le tenía a

gura, porque el vocabulario y los tópicos regeneracionistas habían penetrado profundamente en la conciencia de muchos ciudadanos durante los últimos años de la Restauración, particularmente de las clases medias¹⁴. De un modo complementario, los primorriveristas propagaron una imagen del dictador como líder profético y salvador de la patria en términos religiosos¹⁵. Para la propaganda oficial, Primo era un enviado de la providencia que con su golpe de Estado había rescatado a España del abismo. Se creó entonces una historia mesiánica, que vinculaba al dictador con la voluntad de Dios y que el mismo Primo no tuvo mayor empacho en contar en más de una ocasión¹⁶.

El culto al caudillo en la dictadura formó parte de un amplísimo programa de nacionalización de masas por el cual el régimen intentó adoctrinar a la población en un españolismo autoritario, católico y monárquico. En este sentido, la propagación de la imagen de Primo de Rivera fue paralela a la de la propia dictadura, al modelo autoritario de nación española y, sobre todo en las etapas iniciales del régimen, al del rey. Para realizar las labores de propaganda Primo creó la Oficina de Información. Se trataba de un gabinete con poderes extraordinarios que centralizaba las labores de censura y distribuía los discursos y escritos y del dictador, en especial sus famosas «notas oficiosas» —los artículos de prensa de inserción obligatoria en todos los periódicos—¹⁷. Además de gastarse

Joaquín Costa, el dictador no hizo mención expresa del escritor oscense durante el Directorio Militar. Sólo en los últimos años del régimen comenzaron a citar Primo y sus propagandistas a Costa de un modo habitual. Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE: «Retórica regeneracionista y pseudocostismo en la Dictadura de Primo de Rivera», en *Legado de Costa*, Zaragoza, Ministerio de Cultura-Diputación General de Aragón, 1984, pp. 139-173.

¹⁴ María Teresa GONZÁLEZ CALBET: *La Dictadura de Primo de Rivera. El Directorio Militar*, Madrid, El Arquero, 1987, pp. 50-51 y 265.

¹⁵ Entre múltiples ejemplos puede verse *La Nación*, 11 de diciembre de 1925; *El Somatén*, agosto de 1924, y MASK: *Hacia la España nueva: pasado, presente y porvenir del Directorio Militar*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1925, p. 189.

¹⁶ Por ejemplo, en un discurso en Zaragoza el 27 de mayo de 1924, Dionisio PÉREZ: *La Dictadura...*, p. 52.

¹⁷ Celedonio DE LA IGLESIA: *La censura por dentro*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930, pp. 75-76. Véanse también FRANCISCO VILLANUEVA: *La dictadura militar: II tomo de «Obstáculos tradicionales»*, Madrid, Morata, 1930, pp. 146-162, y Gonzalo SANTONJA: *Del lápiz rojo a lápiz libre. La censura previa de publicaciones y sus consecuencias editoriales durante los últimos años del reinado de Alfonso XIII*, Barcelona, Anthropos, 1986.

dinero público en la compra de unos sesenta periódicos provinciales para asegurarse un potente altavoz y crear el diario progubernamental *La Nación*, Primo encomendó a los delegados gubernativos, los afiliados de Unión Patriótica y los miembros del Somatén que realizaran labores de adoctrinamiento y movilización en todos los pueblos y aldeas del país¹⁸. Con este fin se organizaron cientos de desfiles militares, «actos de afirmación patriótica» y bendiciones de banderas del Somatén por toda España, al tiempo que se lanzaron campañas gubernamentales para fomentar la moral patriótica en múltiples localidades¹⁹. Para completar la labor, Primo exigió la cooperación activa del clero con los miembros de UP durante sus «campañas educativas»²⁰. Al principio la estrategia pareció dar resultado, ya que la jerarquía católica cooperó abiertamente con el régimen. Por ejemplo, cuando a finales de 1924 el Directorio Militar lanzó una campaña propagandística contra sus críticos en el exilio, la Iglesia ofreció todo su apoyo al dictador y movilizó a las multitudes católicas para que mostraran en la calle su oposición a esos «mal llamados españoles»²¹.

Como en la Italia fascista, el partido oficial en España actuó como intermediario entre el líder y las masas²². Es cierto que la UP no tenía la fuerza propagandística del Partito Nazionale Fascista, pero eso no impidió que el régimen desarrollara cierto gusto por la teatralización del apoyo popular al dictador. El 29 de mayo de 1924, por ejemplo, 30.000 upetistas se congregaron en Medina del Campo para asistir a un discurso del jefe nacional de la UP, es decir, de Primo de Rivera²³. En Madrid, la UP coordinó con frecuencia desfiles frente a la residencia de Primo, el palacio de Buenavista, para mostrar su apoyo al dictador. Al ver este tipo de liturgia, el embajador británico en España no pudo evitar pensar en las concentraciones fascistas que se organizaban en Italia frente al Palazzo Venezia²⁴. La imagen y el nombre del dictador también se volvie-

¹⁸ Las instrucciones a los delegados en Real Decreto de 20 de octubre de 1923, Real Orden de 9 de diciembre de 1923 y Real Decreto de 20 de marzo de 1924.

¹⁹ Manuel RUBIO: *Crónica...*, pp. 128-129, 143-44, 157 y 161.

²⁰ *ABC*, 25 de enero de 1925, y *La Nación*, 3 de noviembre de 1925.

²¹ Shlomo BEN-AMI: *La dictadura...*, p. 76.

²² Como defendía *La Nación*, 11 de diciembre de 1925.

²³ Un reportaje fotográfico del evento fue publicado en *Unión Patriótica*, 1 de noviembre de 1926.

²⁴ Shlomo BEN-AMI: *La dictadura...*, p. 110.

ron importantes objetos de propaganda. Los medios oficiales no cesaron de publicar imágenes del «Caudillo nacional» en periódicos, revistas, libros, panfletos, folletines y postales durante toda la dictadura. Los retratos del jefe nacional solían presidir las sedes de la UP y en los actos de afirmación patriótica y mítines se sacaban a la calle imágenes del dictador²⁵. Además, en un esfuerzo por promover la figura del líder patrio, a la vez que por conquistar el espacio público, el Directorio puso a decenas de calles en distintos pueblos de España el nombre del dictador y la mayoría de las nuevas escuelas públicas se llamaron Primo de Rivera²⁶.

La guerra, como en tantos otros casos, sirvió para incrementar la imagen mítica del líder patriótico. En el otoño de 1925, el Directorio no tardó en sacar provecho propagandístico de la victoria de las tropas españolas contra los rifeños en Alhucemas. Aunque no era posible aún vislumbrar el fin de la guerra en Marruecos, el Real Decreto del 6 de octubre de 1925 describía el desembarco de Alhucemas como «la más ardua empresa» lograda jamás por un ejército colonial y otorgaba a Primo la distinción máxima de las Fuerzas Armadas españolas: la Gran Cruz Laureada de San Fernando²⁷. Si antes de la invasión de Alhucemas Primo había sido comparado con Mussolini, Mustafa Kemal e incluso Lenin por su entusiasmo revolucionario y su papel como salvador de la Patria, en el otoño de 1925 la prensa primorriverista emparejó el talento militar de Primo con el de Napoleón²⁸.

El dictador consideró que la victoria en Alhucemas era un excelente momento para la exaltación de su figura. De regreso de África, Primo postergó su llegada a Madrid para visitar algunos pueblos andaluces y participar en las celebraciones públicas que se organizaban en su honor. Una vez en la capital de España, el dictador fue galardonado con el título de «Hijo Adoptivo» por todos los alcaldes de la provincia de Madrid. Por toda España se celebraron desfiles militares en conmemoración de la conquista y los sol-

²⁵ Entre otros muchos ejemplos, véanse *El Somatén*, agosto 1924; *Unión Patriótica*, 1 de abril de 1927, y *La Nación*, 13 de septiembre de 1927.

²⁶ Docenas de informes sobre la creación de escuelas públicas en Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Presidencia del Gobierno, leg. 358.

²⁷ Real Decreto de 6 de octubre de 1925.

²⁸ Para las comparaciones de Mussolini con Mustafa Kemal, véase, *El Somatén*, agosto de 1924. La exaltación del talento militar de Primo y la comparación con Napoleón y Lenin en MASK: *Hacia otra España...*, p. 189.

dados repatriados fueron recibidos como héroes en una gran gira organizada por el régimen a principios de octubre de 1925. El destino final de este periplo fue Madrid, donde las tropas marcharon entre las multitudes que colmaban las calles de la capital en un desfile presidido por el rey y por las autoridades militares, civiles y religiosas²⁹. Deseoso de movilizar a la población, el régimen dispuso que los delegados gubernativos organizaran «actos patrióticos» en sus distritos en memoria de los caídos por la patria en Marruecos. Según los informes de delegados gubernativos y gobernadores civiles, los militares organizaron con éxito docenas de estos actos. En el marco de estas celebraciones, algunos pueblos y aldeas rebautizaron calles y plazas con el nombre del dictador o con la fecha del 13 de septiembre³⁰. Como en otras dictaduras europeas, la fecha de instauración del régimen pasaba a celebrarse como el momento fundacional mítico de la nueva patria que renacía tras la intervención del caudillo carismático³¹.

La victoria en Alhucemas sirvió también para incrementar la imagen providencial del dictador. El apoyo de la Iglesia a la «misión civilizadora» de España en Marruecos dio un impulso decisivo a la identificación del catolicismo con la nación y con el régimen. Así, las misas por los caídos en África y en conmemoración de la victoria de España contra los rebeldes rifeños se convirtieron en elementos centrales de los desfiles militares presididos por Primo. La consagración de la enseña nacional y la bendición de las tropas fueron rituales claves en estas ceremonias nacionalistas, donde también se ensalzaba la figura del líder salvador de la patria³². De esta manera, la sacralización de la nación y la santificación del dictador fueron más allá de los discursos políticos y pasaron a representarse como rituales cristianos. En estas ceremonias, la nación se reafirmaba con el uso del simbolismo cristiano de la muerte y la resurrección, y las connotaciones místicas de la sangre y el sacrificio de los caídos en África pasaron a formar parte de la «comunidad» pública del dictador con el pueblo. Como en la Italia fascista,

²⁹ Manuel RUBIO: *Crónica...*, pp. 161-162.

³⁰ Las instrucciones a los delegados y la celebración de actos patrióticos en AHN, Presidencia del Gobierno, leg. 331, caja 2.

³¹ Antonio COSTA PINTO y Stein Ugelvik LARSEN: «Conclusion: Fascism, Dictators and Charisma», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7-2 (2006), pp. 251-257.

³² Manuel RUBIO: *Crónica...*, pp. 128-129, 143-44, 157 y 161.

el culto al líder se convirtió en uno de los ingredientes principales de un proceso de sacralización de la política, por el que se fueron otorgando características mesiánicas a los líderes nacionales y celebrando a las naciones como entes religiosos³³. Pero, a diferencia de Mussolini, la «religión patriótica» de Primo contó con la bendición inicial y la participación activa de la Iglesia católica.

El Directorio Civil

El triunfo en Alhucemas tuvo consecuencias más allá de la propaganda. La «pacificación» del Protectorado permitió a Primo de Rivera pasar a una fase más avanzada en su proyecto de construcción de un Estado nuevo. Una vez abandonado definitivamente el discurso de que la labor de Primo era una intervención quirúrgica temporal, el nuevo entramado primorriverista requería una mayor dosis de legitimidad carismática. El «cirujano de hierro» pasaba a jugar a «arquitecto de Estado». El plebiscito de septiembre de 1926, en el que los ciudadanos fueron invitados a firmar para mostrar su apoyo al dictador y a la creación de una asamblea corporativa, fue un intento, un tanto burdo si se quiere pero intento a fin de cuentas, de otorgar una cierta apariencia de respaldo popular al régimen y a sus reformas.

En el terreno del culto al líder, la maquinaria del régimen aceleró durante el Directorio Civil el proceso de fabricación de una legitimidad carismática hasta alcanzar unas cuotas propagandísticas nunca vistas en España. José María Pemán, José Pemartín, Julián Cortés Cavanillas y otros ideólogos de la UP promovieron una imagen del dictador como un superhombre de «intuiciones luminosas» guiado por la providencia³⁴. La dictadura también utilizó la radio y el cine para difundir su mensaje. Estos nuevos medios de comu-

³³ Para el caso italiano, véanse Emilio GENTILE: *The Sacralization of Politics in Fascist Italy*, Cambridge-Londres, Harvard University Press, 1996, y Maurizio RILDOLFI: *Le feste nazionali*, Bolonia, Il Mulino, 2003, pp. 72-92.

³⁴ La cita en José María PEMÁN: «Prólogo», en Miguel PRIMO DE RIVERA: *El pensamiento de Primo de Rivera. Sus notas, artículos y discursos*, Madrid, Sáez Hermanos-Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana, 1929, p. 9. Otros ejemplos de dictador mesiánico en José PEMARTÍN: *Los valores históricos en la dictadura española*, Madrid, Arte y Ciencia, 1928, p. 127; Julián CORTÉS CAVANILLAS: *La dictadura y el dictador*, Madrid, Talleres Tipográficos Velasco, 1929, pp. 311-313, y Emi-

nicación se convirtieron rápidamente durante el periodo de entreguerras en importantísimos «vehículos de carismatización» en toda Europa y España no fue una excepción³⁵. En unos años donde la radiodifusión se extendió por todo el país, la dictadura colocó censores en todas las estaciones y Primo aprovechó los micrófonos de las emisoras para dar discursos patrióticos³⁶. El régimen también se interesó por las imágenes y ya durante el Directorio Militar encargó un documental propagandístico sobre el sometimiento de las banderas guipuzcoanas ante la enseña española en el Día de Guipúzcoa, en marzo de 1924. A éste le siguieron otros con títulos tan significativos como «El resurgir de España», «Impresiones de la España actual» o «La España de hoy». El régimen sabía lo que quería y estaba dispuesto a explorar nuevas vías de propaganda. En 1928, un documental que recogía un discurso de Primo se convirtió en el primer film sonoro grabado en España. En la alocución, el dictador se mostraba consciente de que el sonoro era «uno de los progresos modernos que mayor revolución e influencia puede ejercer en el arte de la difusión de las ideas»³⁷.

Para centralizar la labor de proselitismo primorriverista, la dictadura creó en 1928 la Junta de Propaganda Patriótica y Ciudadana (JPPC). Concebida como sección especial del Gabinete de Prensa y Censura, la JPPC estaba dirigida por el teniente coronel Máximo Cuervo. Junto a un equipo de cincuenta militares, Cuervo organizó varios ciclos de «conferencias patrióticas» y produjo una serie de panfletos y tarjetas postales con la imagen de Primo de Rivera que se distribuyeron entre los funcionarios y el público en general³⁸. Al mismo tiempo, la JPPC coordinó la publicación en masa de los libros firmados por el dictador y sus ideólogos. Estos volúmenes fueron más tarde enviados a todos los gobernadores civiles, que a su vez los distribuyeron en escuelas, organizaciones culturales, ayunta-

lio RODRÍGUEZ TARDUCHY: *Psicología del dictador*, Madrid, Sáez Hermanos, 1929, pp. 103-109.

³⁵ Roger EATWELL: «The Concept and Theory of Charismatic Leadership», *Totalitarian Movements and Political Religions*, 7-2 (2006), pp. 141-156.

³⁶ Carmelo GARITAONANDÍA: «La radiodifusión durante la Dictadura de Primo de Rivera. Los orígenes», en José Luis GARCÍA DELGADO (ed.): *La crisis de la Restauración*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 361-402, pp. 370-72.

³⁷ Rosa CAL: «La Dictadura de Primo de Rivera y los documentos cinematográficos de propaganda», *Historia y Vida*, 366 (1998), p. 11.

³⁸ AHN, Presidencia del Gobierno, legs. 199, caja 1, y 192, caja 2.

mientos, bibliotecas, cuarteles y sedes de la UP³⁹. Además, la JPPC orquestó una serie de «manifestaciones patrióticas» en protesta por una supuesta «conspiración» de la prensa extranjera para desprestigiar al Directorio Civil y contra las muy reales revueltas estudiantiles en las universidades españolas⁴⁰. Con la ayuda de los gobernadores civiles, la JPPC movilizó a los militantes de la UP para que participaran en actos patrióticos, en los que se recogieron firmas en apoyo al dictador y se distribuyeron miles de panfletos. Como dijera de un modo poco delicado, pero muy ilustrativo, el gobernador civil de Lugo, estos actos suponían una buena oportunidad para «inundar la provincia de panfletos y hacer que los ciudadanos se traguen sus conceptos»⁴¹.

Las movilizaciones de la población para homenajear al dictador aumentaron durante el Directorio Civil. En enero de 1926, según la prensa oficial, las liturgias celebradas durante la visita del marqués de Estella a Barcelona incluyeron un desfile de 20.000 upetistas, así como una manifestación frente al Teatro Olimpia que reunió a 7.000 simpatizantes⁴². En septiembre de 1928, las celebraciones del quinto aniversario del golpe pusieron en marcha toda la maquinaria propagandística de la UP. Durante una semana, los upetistas organizaron reuniones, comidas y desfiles en cientos de pueblos por todo el país⁴³. El momento cumbre tuvo lugar en Madrid, a donde llegaron miles de militantes de la UP de toda España. Como haría años más tarde el franquismo, la dictadura primorriverista tuvo a bien pagarles los billetes de tren y los bocadillos a los manifestantes progubernamentales. Según *La Nación*, 100.000 upetistas desfilaron por las calles de Madrid el 13 de septiembre de 1928 en conmemoración del aniversario⁴⁴. Tres días más tarde, 40.000 primorriveristas se congregaron en Barcelona⁴⁵.

Fue precisamente durante las celebraciones del quinto aniversario del golpe de Estado cuando el distanciamiento entre el dictador

³⁹ La distribución de la propaganda en AHN, Presidencia del Gobierno, legs. 190, caja 1; 192, caja 1; 199, caja 1, y 204, caja 2.

⁴⁰ *Unión Patriótica*, 15 de abril de 1929.

⁴¹ Gobernador Civil de Lugo a Cuervo, 30 de julio de 1929, AHN, Presidencia del Gobierno, leg. 192, caja 1.

⁴² *Unión Patriótica*, 15 de abril de 1927.

⁴³ *La Nación*, 10, 11 y 12 de septiembre de 1928.

⁴⁴ *La Nación*, 13 de septiembre 1928.

⁴⁵ *La Nación*, 17 de septiembre 1928.

y el rey se hizo más que patente. Alfonso XIII no quiso participar en el baño de masas que sabía que se iba a dar Primo y se ausentó de las conmemoraciones con la excusa de que tenía que viajar a Suecia. En realidad, las diferencias entre el rey y el dictador venían agudizándose desde 1927, cuando Alfonso XIII firmó a regañadientes el decreto de creación de la Asamblea Nacional cediendo a las presiones del marqués de Estella⁴⁶. Las tensiones fueron creciendo y, en lo que supuso un clarísimo recado al monarca sobre quien mandaba verdaderamente en el país, el dictador declaró a unos periodistas que él no se iba dejar «borbonizar» como habían hecho otros dirigentes con antelación⁴⁷.

La relación entre Primo y la Iglesia católica también de resquebrajó durante el Directorio Civil. Los presupuestos culto y clero, la obligatoriedad de la asignatura de religión, la imposición de un texto único por asignatura en todos los centros educativos y la persecución de los religiosos catalanistas se convirtieron en motivos de enfrentamiento entre el régimen y la jerarquía de la Iglesia. Así, a medida que la dictadura fue realizando sus reformas educativas, presupuestarias y lingüísticas, los líderes eclesiásticos se fueron dando cuenta de que en el modelo primorriverista la Iglesia quedaba subordinada al Estado en todos los ámbitos, lo cual no hizo más que acelerar la confrontación⁴⁸.

El enfrentamiento con el monarca y la Iglesia era a la par lógico y contradictorio. Por un lado, la construcción del nuevo Estado autoritario tenía que descansar en la concentración de poder en el caudillo nacional, de ahí que durante el Directorio Civil se incrementara la propaganda sobre la figura de Primo y aumentaran los actos de culto al líder. Por otro lado, el régimen había hecho

⁴⁶ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*, Madrid, Alianza Editorial, 2005, p. 141. La falta de sintonía se produjo desde los primeros años de la dictadura. Véanse Xavier CASALS: «Miguel Primo de Rivera. El espejo de Franco», en Ramón TAMAMES y Xavier CASALS: *Miguel Primo de Rivera y Orbaneja*, Barcelona, Ediciones B, 2004, pp. 121-253, pp. 200-201, y Javier TUSELL: «El Rey y el Dictador», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, 6 (1993), pp. 215-232.

⁴⁷ Shlomo BEN-AMI: *Fascismo...*, p. 121.

⁴⁸ Alejandro QUIROGA: «La trampa católica. La Iglesia y la dictadura de Primo de Rivera», en Alfonso BOTTI, Feliciano MONTERO y Alejandro QUIROGA: *Católicos y patriotas. Iglesia y nación en la Europa de entreguerras*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 121-143.

hincapié desde un principio en que parte de su legitimidad venía dada por el apoyo de la Corona al golpe de Estado. Primo no podía sobrevivir exclusivamente con una legitimidad carismática y necesitaba la bendición de la monarquía y de la Iglesia para mantener unos mínimos de legitimidad tradicional, al menos hasta que la dictadura fuera lo suficientemente fuerte como para sobrevivir sin el apoyo de estas instituciones. Pero, al mismo tiempo, el proyecto de régimen contrarrevolucionario planteado por Primo pasaba necesariamente por la expansión del poder del Estado y por la exaltación populista del líder nacional, lo cual llevó irremediablemente al enfrentamiento con la Iglesia y con la Corona.

Esta doble confrontación tuvo consecuencias muy serias para el régimen. Los grupos de católicos sociales que componían una buena parte de los militantes de la UP fueron abandonando el partido oficial a partir del otoño de 1928. En abril de 1929, Ángel Herrera Oria, director del católico *El Debate* confesaba a Máximo Cuervo en una carta privada que sus seguidores esperaban el fin de la dictadura y la creación de un régimen monárquico sin Primo de Rivera⁴⁹. Junto a la institución que debía ayudar a sacralizar la figura de Primo en los procesos de culto al dictador, el marqués de Estella perdía el apoyo de un colectivo clave para transformar al partido en un verdadero organismo adoctrinador de masas. De un modo complementario, la confrontación con Primo llevó al monarca a apostar por la insurrección para derrocar al dictador. En enero de 1930, Alfonso XIII apoyó entre bastidores la conspiración militar orquestada por su primo el infante Carlos de Borbón y liderada por el general Manuel Goded, pero el dictador actuó con rapidez y desarticuló la sublevación. El marqués de Estella pasó entonces al contraataque y el 26 de enero organizó una consulta sobre su liderazgo entre todos los capitanes generales⁵⁰. Se trataba de una especie de plebiscito militar sobre la dictadura, que buscaba el reconocimiento explícito de que la legitimidad última del régimen recaía en Primo y no en el monarca. En términos weberianos, los capitanes generales tenían que elegir entre la legitimidad carismática del dictador y la tradicional del rey. Primo perdió la apuesta. El 27 de enero sólo José Sanjurjo y Enrique Marzo Ba-

⁴⁹ Ángel Herrera a Máximo Cuervo, 5 de abril de 1929, AHN, Presidencia, leg. 192, caja 2, carpeta 13003.

⁵⁰ Dionisio PÉREZ: *La Dictadura a través de sus notas...*, pp. 323-324.

laguer dieron su apoyo incondicional al dictador, mientras que el resto de los capitanes generales se mostraron leales al monarca⁵¹. El dictador dimitió esa misma tarde. El pulso entre Primo y Alfonso XIII lo acabó ganando el rey. Fue, no obstante, una victoria pírrica. Muchos españoles nunca perdonaron al monarca su apoyo y contribución a la dictadura y poco más de un año después, incapaz de desligarse de su pasado primorriverista, el rey se vio obligado a abandonar el trono y el país.

El hecho de que Primo de Rivera tuviera que acudir a los capitanes generales para intentar mantenerse en el poder es también indicativo de la falta de confianza del marqués de Estella en la UP y el Somatén Nacional. Sus sospechas no eran infundadas. Cuando en enero de 1929 se produjeron las insurrecciones de Valencia y Ciudad Real, los miembros del partido y la milicia se quedaron en casa, de manera que fue el ejército quien tuvo que encargarse de controlar la sublevación. Primo comprendió entonces que no podía contar con la movilización de la UP y del Somatén para defender el régimen⁵². Además, la intensificación de la revuelta estudiantil en la primavera de 1929 demostró la incapacidad de las Juventudes de UP para plantarle cara a una oposición que le estaba arrebatando las calles al partido⁵³. A diferencia de Mussolini, Primo fue incapaz de movilizar la milicia y el partido cuando su régimen se vio atacado⁵⁴. Esto no sólo muestra un grado muy inferior de compromiso político por parte de los miembros del partido oficial y los paramilitares españoles hacia el régimen primorriverista que el que demostraban los *fasci*, sino también que el nivel de respaldo popular de Primo era, en líneas generales, más bajo que el de Mussolini, quien sí pudo movilizar a sus incondicionales en momentos de crisis.

La capacidad de movilización en situaciones difíciles puede ser un buen indicador de la calidad de los procesos de «carismatización». No cabe duda de que el régimen primorriverista fue capaz de elaborar un culto al líder y movilizar a amplios sectores de la población, pero muy pocos de aquellos que asistieron a los «ac-

⁵¹ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *La España de Primo...*, pp. 376-377.

⁵² José CALVO SOTELO: *Mis servicios al Estado*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1974, p. 226.

⁵³ Alejandro QUIROGA: «Perros de paja: las Juventudes de la Unión Patriótica», *Ayer*, 59-3 (2005), pp. 69-96.

⁵⁴ Marco TARCHI: *Fascismo. Teorie, interpretazioni e modelli*, Roma-Bari, Laterza, 2003, pp. 146-148.

tos patrióticos» de la UP y a las ceremonias donde se bendecían las banderas del Somatén estaban dispuestos a jugarse el tipo por el marqués de Estella y a defender al régimen con las armas. El nivel de compromiso político de un upetista comparado con un fascista italiano era pequeño. Algunos datos avalan la «baja calidad» de la militancia primorriverista. El hecho de que el diario oficioso *La Nación* tuviera una tirada de meramente 50.000 ejemplares y la revista del partido, *Unión Patriótica*, sólo vendiera 15.000 copias nos indica que la inmensa mayoría de los miembros de un partido como la UP, que a la altura de 1927 decía tener más de 1.600.000 afiliados, ni se molestaba en leer la prensa oficial⁵⁵. Los informes de los jefes provinciales de la UP tampoco dejaban lugar a dudas. En abril de 1929, por ejemplo, el jefe provincial de la UP de Barcelona, Andrés Gassó y Vidal, informó amargamente al dictador de la inacción de sus militantes. En una descarnada carta al jefe Nacional, Gassó escribió que el 90 por 100 de los miembros del partido se sentían «indiferentes» o «decepcionados» con el régimen. Otro 5 por 100, continuaba Gassó, iba a los centros del partido sólo para leer el periódico y jugar a las cartas y el 5 por 100 restante deseaba «actuar de buena fe», pero debido a la falta de asistencia de sus jefes, su entusiasmo no podía materializarse⁵⁶.

El nivel de compromiso de los militantes de partidos oficiales en las dictaduras viene en cierto modo dado por la propia naturaleza del régimen y el vínculo que se establece con el líder. En los regímenes puramente fascistas se produjo un doble proceso de carismatización⁵⁷. En Italia y Alemania asistimos a una «carismatización genuina», que creó una «comunidad carismática» de unos pocos seguidores, normalmente los militantes más veteranos del partido, imbuidos de una mística del «Führerprinzip» propia de la ideología fascista. Este tipo de militantes, que en muchos casos había conocido al líder antes de que se convirtiera en dictador, fue el que se mantuvo leal al caudillo incluso en los momentos de máxima adversidad. Así, el apoyo que prestaron los «gerarchi» fascistas a Mussolini en el invierno de 1942-1943, cuando eran plenamente conscien-

⁵⁵ José Luis GÓMEZ-NAVARRO: *El régimen de Primo de Rivera: reyes, dictaduras y dictadores*, Madrid Cátedra, 1991, p. 233.

⁵⁶ Carta de Gassó a Primo, 20 de abril de 1929, AHN, Presidencia, leg. 446, caja 1.

⁵⁷ Sigo aquí la división de Aristotle KALLIS: «Fascism, “Charisma”...», pp. 29-33.

tes de que el Duce era incapaz de defender ni el partido ni el país, refleja la existencia de una comunidad original en la que el carisma del líder seguía ejerciendo un influjo potente⁵⁸. En el caso de Hitler, el Führer fue capaz de generar ciertos niveles de adoración popular en fechas tan tardías como 1943 y 1944, en unos años en el que las derrotas militares anunciaban el derrumbe del proyecto nacionalsocialista⁵⁹.

Junto a este proceso de carismatización genuina se dio en las dictaduras fascistas un proceso de carismatización basado en el culto al líder. Se trataba de un proceso manufacturado desde el poder, que se produjo también en todas las dictaduras contrarrevolucionarias europeas del periodo de entreguerras. Este culto al líder se puso en marcha de un modo racional desde arriba, pero en el caso de las dictaduras contrarrevolucionarias no emanó de una comunidad carismática preexistente a la toma de poder⁶⁰. A diferencia de la Italia de Mussolini y de la Alemania de Hitler, el régimen de Primo de Rivera construyó la figura carismática del líder español enteramente desde el poder. El primorrriverismo no nació como un grupo fascista de oposición a la democracia en el que un grupo de miembros fundadores desarrollaron una «comunidad carismática» antes de que el partido llegara al poder. En septiembre de 1923, Primo de Rivera carecía de base política. La creación de la UP fue precisamente un intento de dotarse de una. Sin embargo, la propia naturaleza oficial del partido hizo que la calidad del compromiso de los militantes fuera mínima. A la altura de 1926, los dirigentes del régimen ya tenían claro que la UP era el caldo de cultivo perfecto para el desarrollo de las ambiciones personales de muchos de sus afiliados. En diciembre de ese año, los generales Joaquín Milans del Bosch y Emilio Barrera hicieron un llamamiento público para que se purgara el partido y se expulsara a «todos aquellos que se hubiesen afiliado a la UP de mala fe»⁶¹. Una vez caído el régimen, José Calvo Sotelo señaló que el problema principal de la UP había

⁵⁸ Simona COLARIZI: *L'opinione degli italiani sotto il regime, 1929-1943*, Roma-Bari, Laterza, 1991, pp. 193-197.

⁵⁹ Ian KERSHAW: *The End: Hitler's Germany, 1944-45*, Londres, Allen Lane, 2011; *id.*: *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*, Barcelona, Paidós, 2003, y David WELCH: *The Third Reich: Politics and Propaganda*, Londres, Routledge, 1993.

⁶⁰ Aristotle KALLIS: «Fascism, "Charisma" ...», p. 34.

⁶¹ *Unión Patriótica*, 1 de diciembre de 1926.

sido precisamente su carácter oficial, ya que atrajo a muchas personas que querían beneficiarse de su afiliación al partido, pero que no se sentían comprometidas con el régimen, ni con su líder⁶². Con semejantes mimbres era difícil que el cesto primorrriverista aguantara intacto en los momentos difíciles.

Conclusiones

Como en todas las dictaduras contrarrevolucionarias de la Europa de entreguerras, el régimen primorrriverista intentó desarrollar un culto al líder para generar una legitimidad carismática que justificara su existencia. Al igual que en la Italia de Mussolini, Primo de Rivera se presentó como salvador de la patria y proyectó de un modo metódico la ecuación dictador = dictadura = nación. Pero, al contrario que en el caso de Mussolini, Primo de Rivera no pudo crearse una base de apoyo popular sólido, que fuera capaz de movilizarse por su líder en momentos de crisis. La clave de este fracaso la encontramos en la propia naturaleza del régimen. La dictadura era un régimen militar nacido de un golpe de Estado apoyado por el monarca y la Iglesia. La falta de una base política previa a la toma del poder imposibilitó que se llevara a cabo una «carismatización genuina» que pudiera crear un núcleo duro de seguidores, una comunidad carismática, capaz de jugarse la vida por el dictador. Es más, desde un inicio el marqués de Estella se vio obligado a compartir su legitimidad carismática de salvador de la patria con instituciones que otorgaban legitimidades tradicionales como la monarquía y la Iglesia. Una vez rechazada la legitimidad racional de la Constitución de 1876, Primo de Rivera intentó construir un nuevo Estado basándose fundamentalmente en una legitimidad carismática. En este nuevo proyecto la Iglesia y el rey quedaban en un plano claramente subordinado al caudillo nacional, lo cual llevó a un enfrentamiento de Primo con los jerarcas eclesiásticos y con Alfonso XIII. La pugna acabó con el régimen primorrriverista.

Los mitos generados durante la dictadura en el proceso de culto al líder sobrevivieron con mucho a Primo de Rivera. La imagen del líder salvador de la patria, que gobierna guiado por sus dotes so-

⁶² Como reconoció José CALVO SOTELO: *Mis servicios...*, pp. 331-332.

brenaturales de intuición y que es querido por el pueblo, fue promovida primero por sus antiguos colaboradores, luego por propagandistas franquistas y posteriormente por algunos profesores universitarios⁶³. En 1970, por ejemplo, José Manuel Cuenca Toribio señalaba que la «arbitrariedad y el personalismo de que dio abundantes muestras en el ejercicio del poder, tan del gusto del alma popular española de todos los tiempos, fueron igualmente factores decisivos del aura multitudinaria de la figura de Primo de Rivera»⁶⁴. En realidad, las tesis de Cuenca no distaban mucho de las que el norteamericano R. T. Desmond había empleado en *Foreign Affairs* en 1927. Para ambos, los españoles eran política y mentalmente menores de edad, no estaban preparados para una democracia y, además, disfrutaban con la arbitrariedad de los dictadores. En la década pasada, autores como Julio Escribano reprodujeron los mitos primorriveristas y presentaron a la dictadura como un régimen en el que el marqués de Estella «recogió el sentir ciudadano de la nación y quiso ponerlo en práctica ayudado por un grupo de militares que representaban la opinión del Ejército»⁶⁵. La lectura apologética en el caso de Escribano es de un simplismo sonrojante: Primo fue «un patriota de la milicia», que «unido al pueblo» intentó con su golpe de Estado restaurar la nación española⁶⁶.

Más allá de mostrar el gusto de ciertos autores por las dictaduras, lo cierto es que la pervivencia de los mitos creados por los propios primorriveristas no nos ayuda a comprender el régimen del marqués de Estella. Parece claro, en cualquier caso, que los españoles no disfrutaron de la arbitrariedad y el personalismo del dictador, no sólo porque nunca ha existido un «alma española de todos los tiempos» que pudiera identificarse con ese modo de dirigir el país, sino porque precisamente el desprecio de Primo por la ley llevó a muchos ciudadanos a apoyar una república basada en una legitimidad racional garantizada por una constitución democrática.

⁶³ Eduardo AUNÓS: *Primo de Rivera. Soldado y gobernante*, Madrid, Alhambra, 1944, y Ángel Manuel VARAS CARRASCO: «Elaboración de la imagen de Miguel Primo de Rivera en El Debate y Arriba», *Espacio, Tiempo y Forma. Historia Contemporánea*, 11 (1998), pp. 91-111.

⁶⁴ José Manuel CUENCA TORIBIO: «Miguel Primo de Rivera a escala histórica», *Historia y Vida*, 22 (1970), p. 54.

⁶⁵ Julio ESCRIBANO HERNÁNDEZ: «Formación y defensa del Directorio Militar», *Cuadernos de Investigación Histórica*, 22 (2005), pp. 373-399, p. 379.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 376.

No parece casualidad que fuera la falta de respeto por la ley (incluso por la dictada por él mismo) una de las críticas más comunes al régimen tras la caída de Primo, ni que los republicanos fueran vistos en los meses anteriores a abril de 1931 como aquellos que iban a reinstaurar el imperio de la ley en España⁶⁷. El fracaso de la construcción de la legitimidad carismática incrementó el apoyo a un régimen basado enteramente en una legitimidad racional.

Pese a su fracaso, el proceso de carismatización durante la dictadura de Primo de Rivera le sirvió de experiencia a propagandistas como José María Pemán, José Pemartín, Julián Cortés Cavanillas y Máximo Cuervo, quienes pocos años más tarde se encargaron de elaborar un relato de Francisco Franco como el hombre providencial que supo salvar a la patria cuando se encontraba al borde de la hecatombe. En esto tuvo mucho que ver la capacidad catalizadora de la Segunda República en los contrarrevolucionarios. El régimen democrático aglutinó en su oposición a muchos conservadores que, como alternativa a la República, pronto empezaron a buscar un nuevo «cirujano de hierro», preferentemente militar⁶⁸. No fue casualidad que fuera un general el que remplazase a Primo de Rivera en el altar de los salvadores de la patria.

Como en el caso de su predecesor, Franco tuvo que construirse un aura carismática *ad hoc*, ya que no contaba con una base política de seguidores previa. El culto al líder franquista compartió con el primorrreverismo su gusto por la movilización desde arriba, las concentraciones contra las injerencias extranjeras, el discurso maniqueo de buenos y malos españoles y la santificación de una legitimidad de origen en un golpe de Estado presentado como un movimiento popular⁶⁹. En ambos casos, la figura del caudillo adquirió su significación mediante el culto a la patria y el proceso de la sa-

⁶⁷ Gabriel MAURA GAMAZO: *Al servicio de la historia. Bosquejo histórico de la Dictadura*, Madrid, Javier Morata, 1930; ID: *España bajo la Dictadura. Siete años sin ley*, Madrid, El Sol, 1930-1933; Quintiliano SALDAÑA GARCÍA-RUBIO: *Al servicio de la justicia. La orgía áurea de la Dictadura*, Madrid, Javier Morata, 1930, y Enrique MONTERO: «Reform idealized. The Intellectual and Ideological Origins of the Second Republic», en Helen GRAHAM y Jo LABANYI (eds.): *Spanish Cultural Studies*, Oxford, Oxford University Press, 1995, pp. 124-132, p. 129.

⁶⁸ Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas en la Segunda República*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, pp. 50-80.

⁶⁹ Francisco SEVILLANO: *Franco. Caudillo...*, pp. 339-340.

cralización de la política se realizó en el marco de un Estado dictatorial. No obstante, el dictador gallego cimentó su poder durante una guerra civil que conllevó una movilización importante y dio lugar a la construcción de unos vínculos afectivos de sus seguidores con Franco mucho más sólidos de los que tuvo Primo de Rivera con los suyos. La contienda civil también sirvió para que la Iglesia propagara la figura de Franco como líder mesiánico de un modo mucho más intenso de lo que lo había hecho durante la dictadura primorriverista. Y lo que es más importante, a diferencia de lo ocurrido en los años veinte, la Iglesia católica, contenta con el «botín de guerra» que le procuraba el nuevo Estado franquista en materia educativa y económica, se mantuvo fiel a un dictador al que mitificó como «Caudillo por la gracia de Dios».

*El «caso Grimau»: propaganda y contrapropaganda del régimen franquista en Italia (1962-1964)**

Javier Muñoz Soro

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: La ejecución del dirigente comunista Julián Grimau en 1963 provocó protestas en todo el mundo contra la dictadura de Franco que ésta trató de contrarrestar a través de la acción diplomática y la contrapropaganda. Italia se convirtió en el principal escenario de una campaña exterior de propaganda debido a la presencia del Vaticano y los gobiernos democristianos. El régimen español contaba con importantes apoyos entre la clase política y el clero italiano, pero el «caso Grimau» acabó teniendo graves efectos por la movilización política, sindical e intelectual de la izquierda y, especialmente, por la división de la opinión pública católica.

Palabras clave: franquismo, Grimau, Italia, catolicismo, propaganda.

Abstract: The execution of the communist leader Julian Grimau in 1963 provoked worldwide protests against the dictatorship of Franco that the latter tried to counter through diplomatic action and counter-propaganda. On account of the Vatican and the series of Christian-Democrat governments, Italy became the main theatre of a campaign of propaganda. Although the Franco regime had strong support among the political class and the Catholic hierarchy, the «Grimau case» was to provoke a reaction not only because it mobilised the labour movement and the political and intellectual left, but especially because of the resulting divisions it caused in Catholic public opinion.

Keywords: Franco regime, Grimau, Italy, catholicism, propaganda.

* Trabajo realizado en el marco del proyecto HUM 2007/63118 del Ministerio de Ciencia e Innovación.

Introducción

Desde los primeros estudios sobre la política exterior del régimen de Franco, publicados apenas muerto el dictador, resultó evidente que el objetivo fundamental, al que se subordinaban todos los demás, era su supervivencia y permanencia en el poder¹. Desde entonces, numerosos estudios han avanzado en la explicación de los complejos mecanismos de una diplomacia supeditada a ese objetivo último, que sí, por un lado, tuvo que afrontar el déficit de legitimidad internacional que la dictadura franquista arrostraba desde el final de la Segunda Guerra Mundial, por otro, supo aprovechar el nuevo clima de la guerra fría para hacer de su anticomunismo y de su catolicismo los dos ejes de su acción exterior².

En gran medida esas relaciones internacionales estuvieron guiadas por la *realpolitik*, como tendremos ocasión de ver más adelante, utilizando para ello los amplios recursos a disposición de un Estado y una economía que entró en una fase de intenso crecimiento durante los años sesenta. Pero el franquismo nunca renunció a la defensa de unos valores que consideraba tan legítimos como operativos, a pesar de que sus principales aliados, tanto Estados Unidos como Europa occidental, tenían sistemas democráticos y parlamentarios. Por eso recurrió a una diplomacia cultural de fuerte impronta ideológica que buscó, y a menudo encontró, el apoyo de fuerzas políticas conservadoras y de sectores de la opinión pública

¹ Fernando MORÁN, «Prólogo», en José Mario ARMERO: *La política exterior de Franco*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 13.

² Juan Carlos PEREIRA: «La Guerra Fría y su proyección sobre la política exterior del primer franquismo», en Salvador FONER MUÑOZ: *Coyuntura internacional y política española: (1898-2004)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, pp. 117-140. Véanse sobre el tema Manuel ESPADAS BURGOS: *Franquismo y política exterior*, Madrid, Rialp, 1987; Florentino PORTERO y Rosa PARDO: «La política exterior», en Raymond CARR (ed.): *La época de Franco (1939-1975)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1996, pp. 193-299; Montserrat HUGUET: «La política exterior del franquismo: 1939-1975», en Juan Carlos PEREIRA (coord.): *La política exterior de España (1800-2003): historia, condicionantes y escenarios*, Barcelona, Ariel, 2003, pp. 495-516; Juan Carlos PEREIRA: «Franquismo, política exterior y memoria histórica», *Historia contemporánea*, 30(1) (2005) pp. 7-22; Encarna LEMUS y Rosa PARDO (eds.): *La política exterior al final del franquismo, Historia del Presente*, 6-2 (2005), y Julio GIL PECHARROMÁN: *La política exterior del franquismo (1939-1975): entre Hendaya y El Aaiún*, Barcelona, Flor del Viento, 2008.

que veían en la España de Franco un dique a la expansión de las ideas comunistas, un bastión de la civilización cristiana o un modelo de desarrollo que garantizaba el orden social, en contraste con las situaciones de sus respectivos países³. En esa estrategia fue importante la atracción de intelectuales y la propaganda internacional, a través de publicaciones propias o de la financiación indirecta de otras ya existentes. Dos vías en las que resultó decisiva la acción de los católicos franquistas, especialmente desde 1945, gracias a sus numerosos contactos internacionales⁴.

Las relaciones con la Santa Sede fueron prioritarias para la dictadura, que tuvo en ellas su principal agente de legitimación ante la opinión pública mundial⁵. Pío XII vio en el régimen franquista un modelo de Estado católico que las circunstancias históricas hacían imposible en la Italia posfascista, e incluso después de su muerte una parte importante del clero vaticano, en particular el llamado «partido romano», siguió considerándolo no sólo legítimo, sino plenamente vigente⁶. Aparte del dato geográfico, el intervencionismo del Vaticano en la política interior italiana de la segunda posguerra fue uno de los motivos por los que Italia se convirtió en uno de los

³ Lorenzo DELGADO: *Imperio de papel: acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, CSIC, 1992, e id.: «El régimen franquista y Europa: el papel de las relaciones culturales, 1945-1975», en Javier TUSELL, Juan AVILÉS y Rosa PARDO (eds.): *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, 1997, pp. 415-440.

⁴ Javier TUSELL: *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza Editorial, 1984. Sobre la actividad internacional de Acción Católica y la Asociación Nacional de Propagandistas (ACNP), véase Glicerio SÁNCHEZ RECIO (ed.): *La Internacional católica. Pax Romana en la política europea de posguerra*, Madrid, Biblioteca Nueva-Universidad de Alicante, 2005. Para las relaciones internacionales del grupo de intelectuales del Opus Dei, véase Onésimo DÍAZ: *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, Valencia, PUV, 2008.

⁵ Pablo MARTÍN DE SANTA OLALLA: *De la Victoria al Concordato. Las relaciones Iglesia-Estado durante el «primer franquismo» (1939-1953)*, Barcelona, Laertes, 2003, y José Antonio RODRÍGUEZ NIETO: «Las relaciones España-Santa Sede: del tardofranquismo a la democracia», en Charles T. POWELL y Juan Carlos JIMÉNEZ REDONDO (coords.): *Del autoritarismo a la democracia: estudios de política exterior*, Madrid, Sílex, 2007, pp. 171-190.

⁶ Pietro SCOPPOLA: *La proposta politica di De Gasperi*, Bolonia, Il Mulino, 1988, y Andrea RICCARDI: *Il partito romano*, Brescia, Morcelliana, 1983, con el filofranquista cardenal Ottaviani como uno de sus exponentes. Aun así, Pío XII rechazó la sugerencia de Franco de intentar posponer las elecciones italianas de 1948, según Ennio DI NOLFO: *Vaticano e Stati Uniti, 1939-1952. Dalle carte di Myron C. Taylor*, Milán, Angeli, 1978, p. 563.

escenarios estratégicos de la diplomacia española⁷. Hubo otros motivos que se sumaban a la contribución decisiva que Mussolini había dado al triunfo de las armas franquistas, entre los cuales deben destacarse el intenso desarrollo de la economía trasalpina a partir de los años cincuenta, con crecientes intereses en España y, sobre todo, el papel protagonista desempeñado por Italia en la construcción europea durante los años sesenta⁸.

Precisamente la creación de la Comunidad Económica Europea (CEE) por los Tratados de Roma de 1957 planteó el mayor desafío a la política exterior de la dictadura, no sólo por sus importantes consecuencias económicas, dado que más de la mitad de los intercambios comerciales españoles se realizaban con las naciones fundadoras, sino por el cuestionamiento de su legitimidad política, especialmente cuando la llamada «doctrina Birkelbach» explicitó los requisitos democráticos para la integración⁹. La solicitud española de apertura de negociaciones con la CEE en febrero de 1962 supuso además una oportunidad favorable para los nuevos movimientos de oposición a la dictadura¹⁰. El encuentro entre parte de la oposición interior y el exilio en la reunión europeísta de Múnich de ese mismo año sería una señal del renovado impulso de la protesta antifranquista, que encontró en Italia, en la fuerza de su Partido Comunista y en el dinamismo de su intelectualidad de izquierdas, pero también en sectores católicos cada vez más amplios, un sólido apoyo¹¹.

Contra ese desafío el franquismo utilizó las potentes armas a su disposición, las que le daba su control sobre una nación en desarrollo e importante mercado para la CEE, sin renunciar a propagar sus principios políticos e ideológicos a través de la propaganda exterior, los intercambios culturales y el apoyo de intelectuales con-

⁷ Sandro MAGISTER: *La politica vaticana e l'Italia, 1943-1978*, Roma, Editori Riuniti, 1979, pp. 132 y 148.

⁸ Un panorama general en Paul GINSBORG: *Storia d'Italia, 1943-1996. Famiglia, società, Stato*, Turín, Einaudi, 1998.

⁹ Víctor FERNÁNDEZ SORIANO: «Las Comunidades Europeas frente al franquismo: problemas políticos suscitados por la solicitud española de negociaciones de 1962», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 32 (2010), pp. 153-174.

¹⁰ Véase José M. ZARATIEGUI: *Una Europa para dos España. Primeros pasos hacia la integración (1957-1963)*, Pamplona, Eunsa, 2010.

¹¹ Joaquín SATRÚSTEGUI (dir.): *Cuando la transición se hizo posible. El «Contubernio de Múnich»*, Madrid, Tecnos, 1993. También Abdón MATEOS: *Historia del antifranquismo. Historia, interpretación y uso del pasado*, Barcelona, Flor del Viento, 2011, pp. 207-214.

servadores europeos mediante la creación de asociaciones como el Centro Europeo de Documentación e Información (CEDI)¹². Sin embargo, su política represiva, simbolizada por el fusilamiento del dirigente comunista Julián Grimau en abril de 1963, tuvo un enorme coste internacional y le alienó buena parte de esos apoyos en el mundo católico, a su vez dividido por las fuertes tensiones derivadas del Concilio Vaticano II.

Anticomunismo, legitimidad y propaganda

1962 se inició con la perspectiva de una relativa distensión en la guerra fría¹³, pero el régimen franquista siguió legitimándose ante el mundo en su lucha contra el comunismo, contra la Unión Soviética y sus satélites, o como ideología «en su expansión despótica y anticristiana»¹⁴. La España de Franco, «Centinela de Occidente», se erigía en el último bastión de Europa, según escribía el periodista monárquico Giovanni Artieri en el diario *Il Popolo*, órgano oficial de la Democracia Cristiana (DC) italiana: «In un'Europa minacciata di invasione dall'Oriente, Madrid appare come la cittadella della difesa e della riscossa. L'ultima casa della libertà»¹⁵.

De los comunistas se destacaba ante todo su eficaz propaganda, algo por otra parte comprensible cuando cualquier manifestación contra el régimen español se consideraba orquestada, utilizada o manipulada por ellos. El embajador de España ante la República Italiana, Alfredo Sánchez Bella, insistía en esa idea ante el ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, a propósito de la película *Morir en Madrid*, una demostración más del «volumen

¹² Sobre el CEDI y sobre el tema en general, véanse Antonio MORENO JUSTE: *Franquismo y construcción europea*, Madrid, Tecnos, 1998, y María Elena CALLAVARO: *Los orígenes de la integración de España en Europa. Desde el franquismo hasta los años de la transición*, Sílex, Madrid, 2009.

¹³ Wilfried LOTH (ed.): *Europe, Cold War and coexistence, 1953-1965*, Londres-Portland, Frank Cass, 2004, pp. 105-203. También, Federico ROMERO: *Storia della guerra fredda: l'ultimo conflitto per l'Europa*, Turín, Einaudi, 2009, o Melvyn P. LEFFLER y Odd ARNE WESTAD (eds.): *The Cambridge history of the Cold War*, vol. 2, Cambridge-Nueva York, CUP, 2010.

¹⁴ J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 16 de mayo de 1963, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid (AMAE), R. 29.812.

¹⁵ «La guerra di Spagna trent'anni dopo. Per chi suonava nel 1936 la campana della libertà?», *Il Popolo*, 7 de mayo de 1965.

y alcance de la maniobra comunista para orientar a la opinión pública mundial», y de cómo «resulta evidentemente impresionante la destreza con que el comunismo maneja estas armas para la creación de una opinión pública entre las masas»¹⁶. En otra carta entre los mismos interlocutores citaba a Suzanne Labin —polítóloga francesa y militante socialista conocida en esos años por su activismo anticomunista—¹⁷ para explicar «el secreto del triunfo de la Unión Soviética en el Mundo de la posguerra» gracias al uso de la propaganda, porque «las palabras son los “obuses” del siglo xx. Un gran periódico vale más que diez portaviones. El cine, la televisión, hacen más que diez escuadrillas» y, en fin, «el Ministerio de Información es tan importante como el de la Guerra»¹⁸.

La dialéctica schmittiana amigo-enemigo estaba en la base de esa mentalidad, de manera que cualquier crítica contra el régimen se percibía como inspirada por los comunistas, por quienes hacían su juego o por «el clásico “compañero de viaje” que los comunistas siempre saben utilizar tan sabiamente»¹⁹. Una de las tareas de España era, desde esa perspectiva, hacer comprender a sus aliados que «todo país debe llegar a considerarse a sí mismo en situación semejante a la de una fortaleza sitiada por un enemigo altamente temible»²⁰. Esa psicosis de cerco enlazaba con una percepción conspirativa sobre el contubernio judeomasónico y la «leyenda negra» contra España²¹. Hasta la prensa «amiga», como el diario romano *Il Tempo*, confiaba hasta el último momento en la conmutación de la pena a Grimau porque «nessuno pensa che con una fu-

¹⁶ A. Sánchez Bella a M. Fraga Iribarne, Roma, 18 de diciembre de 1963, AMAE, R. 29.801.

¹⁷ Autora, entre otros libros, de *Stalin, el Terrible*, Buenos Aires, Huarperes, 1947, y *The Technique of Soviet Propaganda*, Nueva York, The Vanguard Press, 1955.

¹⁸ A. Sánchez Bella a M. Fraga Iribarne, Roma, 6 de enero de 1964, AMAE, R. 29.802.

¹⁹ A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 30 de agosto de 1963, AMAE, R. 29.801.

²⁰ J. M. Doussinague a Marcelino Oreja, Roma, 5 de septiembre de 1962, AMAE, R. 29.801.

²¹ Javier DOMÍNGUEZ: *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945)*, Madrid, Marcial Pons, 2009, y Antonio MORENO JUSTE: «La permanencia de la imagen tradicional de España en Europa occidental tras la Segunda Guerra Mundial», en Javier TUSELL, Juan AVILÉS y Rosa PARDO (eds.): *La política exterior...*, pp. 367-378. También Leon POLIAKOV: *La causalidad diabólica. Ensayo sobre el origen de las persecuciones*, Barcelona, Muchnik, 1982.

cilazione il regime voglia offrire alla “legenda nera” un moderno caso Francisco Ferrer»²².

El marqués de Santa Cruz, embajador en Londres, se quejaba a su ministro de haber «consumido varios años de mi vida en señalar actitudes hostiles, e incluso villanías, de la prensa inglesa en relación con España»²³, mientras que Sánchez Bella escribía en mayo de 1963 a Fraga Iribarne: «Ya ves que estamos muy divertidos, salimos casi a campaña diaria»²⁴. A un año de distancia recordaba los momentos vividos en la embajada tras la ejecución de Grimau en términos de «mentalidad de asedio y de enfrentamiento a los ataques enemigos»²⁵. No debe extrañar, por tanto, que el embajador español ante la Santa Sede, José María Doussinague, interpretara las noticias que llegaban a la embajada en el marco cognitivo de un «plan para reanudar la guerra civil» y un aviso de los peligros que acechaban en el futuro, pues «lo hecho hasta ahora por nuestros adversarios hay que considerarlo como apenas una iniciación de su gran Plan sedicioso»²⁶. Una mentalidad con la que los historiadores deben contar a la hora de interpretar la política exterior del franquismo.

La diplomacia de la memoria

Como vemos, el régimen franquista concebía la política exterior como una batalla de propaganda librada contra sus enemigos, derrotados en 1939, pero que no habían admitido su derrota y continuaban su lucha organizando campañas contra el régimen. De modo que eran ellos los culpables de que la guerra no hubiera concluido definitivamente y persistieran las heridas, pues sólo ellos se negaban a aceptar lo que era ya un acontecimiento irreversible, el

²² Angelo LESCHIUTTA: «Grimau, condannato a morte sarebbe oggi graziato da Franco», *Il Tempo*, 19 de abril de 1963.

²³ Marqués de Santa Cruz a F. M. Castiella, Londres, 7 de junio de 1961, AMAE, R. 8.607.

²⁴ A. Sánchez Bella a M. Fraga, Roma, 14 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801.

²⁵ A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 22 de abril de 1964, AMAE, R. 29.802.

²⁶ J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 4 y 19 de julio de 1962 y 2 de septiembre de 1963, AMAE, R. 29.801 y 29.812.

punto de partida de una nueva era de paz, orden y desarrollo. El periodista falangista Emilio Romero lo explicaba así al público italiano: los vencidos y exiliados no habían cejado en el asedio a España, evitando su ingreso en la OTAN y el Mercado Común pese a la paz y las grandes realizaciones de un país que evolucionaba hacia el futuro reformando su sistema hacia formas más representativas, hacia un «autoritarismo democrático», mientras otras naciones europeas, como la Francia de De Gaulle, caminaban hacia una «democracia autoritaria»²⁷. No por ello, sin embargo, el discurso franquista dejó de estar plagado de referencias a la Guerra Civil como hecho legitimador de su causa.

Precisamente el recuerdo de los miles de sacerdotes y seglares católicos asesinados en la zona republicana durante la Guerra Civil se convirtió en un argumento fundamental en la estrategia del Ministerio de Asuntos Exteriores español y sus embajadas en Roma para enfrentarse al tan creciente como preocupante cuestionamiento de la legitimidad del régimen franquista por parte de un sector de la opinión pública católica. Para combatirlo, el Ministerio remitió a Italia varios miles de ejemplares de la *Historia de la persecución religiosa en España*, del sacerdote Antonio Montero, recién publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC). Como escribía el ministro Castiella:

«No necesito señalarte que este libro puede ser una pieza fundamental para nuestra dialéctica y una mina de argumentos para airear en nuestro favor a los débiles de memoria, que tan fácilmente han olvidado lo que fue la Guerra Civil. Estimo que bien vale la pena hacer un esfuerzo para que obtenga la máxima difusión en los ambientes en que nos interesen»²⁸.

Es significativo que el libro hubiera sido muy mal acogido en los ambientes más franquistas y clericales españoles por considerarlo frío, distante en su pretensión de objetividad y renuncia al discurso de la «Cruzada», al mismo tiempo que su autor, entonces director de *Ecclesia*, atraía las iras de esos sectores por sus veleidades conci-

²⁷ Emilio ROMERO: «Né vinti né vincitori nel domani della Spagna», *Il Popolo*, 7 de mayo de 1965.

²⁸ F. M. Castiella a J. M. Doussinague, Madrid, 26 de abril de 1961, AMAE, R. 29.801.

liares²⁹. Pero ese mismo tono relativamente neutral lo hacía más útil para la propaganda en el extranjero y, como pedía el ministro, el libro fue enviado a miles de párrocos, sacerdotes y obispos, periodistas y políticos católicos italianos para que no olvidaran de dónde venía el régimen franquista.

Se mandó, por ejemplo, a *L'Avvenire d'Italia*, el más importante periódico católico italiano, después de que publicara una reseña literaria de *I Vinti* y de *La frontera di Dio*, traducciones al italiano de los respectivos libros del comunista Antonio Ferres y del cura renovador José Luis Martín Descalzo. Dicha reseña provocó las iras de las autoridades españolas al considerarla un «desmelenado ataque no sólo contra el Régimen, sino también contra el bando nacionalista en la Guerra Civil, llegando a calificar de verdugos a los vencedores y de víctimas a los del bando rojo»³⁰. La embajada presentó una nota verbal de protesta a la Secretaría de Estado de Su Santidad, acompañada del libro de Montero y la recopilación *Pío XII a los españoles*, preparada por el Ministerio de Información y Turismo.

El libro de Montero también se incluyó entre el material proporcionado a la prensa más cercana al neofascista Movimiento Social Italiano (MSI), como *Il Secolo d'Italia*, *Il Borghese* o *Il Tempo*, junto a otros relacionados con la «barbarie roja», aunque en ocasiones se consideró oportuno no presentar todo ese material directamente, sino «en temas artísticos o cuestiones de actualidad», por ejemplo la restauración de un monumento³¹. En abril de 1962 tanto el diario vaticano, *L'Osservatore Romano*, como *Il Popolo* publicaron un artículo contra la acusaciones del periódico comunista *L'Unità* sobre la corresponsabilidad de la Iglesia en la Guerra Civil española, citando la obra de Montero:

²⁹ Sánchez Bella escribía al director de *Arriba*, Rodrigo Royo, el 24 de marzo de 1961 que «ese curita Montero es un tipo de cuidado que hay que procurar desmontar de la dirección de *Eclesia [sic]*», en Pablo H. IGLESIAS DE USSEL: *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder*, Madrid, CEPC, 2006, p. 243. Y a Castiella el 11 de julio de 1963 que los sacerdotes Antonio Montero, José María Javierre y José Luis Martín Descalzo estaban en Roma «alborotando y hasta escandalizando con su posición de abierta oposición a nuestro Régimen»; AMAE, R. 29.801. Véase también Francisco ESPINOSA: *Contra el olvido. Historia y memoria de la Guerra Civil*, Barcelona, Crítica, 2006, p. 147.

³⁰ «Asunto: Reclamación contra el periódico *L'Avvenire d'Italia*, de Bolonia», J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 2 de marzo de 1963, AMAE, R. 7220.

³¹ J. M. Doussinague a F. M. Castiella, 23 de octubre de 1963, AMAE, R. 29.812.

«La storia del martirologio negli anni 1936-1939 della Chiesa in Spagna, è scritta a caratteri di sangue e fuoco, di carità e di santità. É un mistero di supremi olocausti, di sublimi fedeltà, di inenarrabili sofferenze, che solo alla luce del soprannaturale può chiarirsi e illuminarsi»³².

En noviembre aparecieron varias entregas en *Il Secolo d'Italia* sobre «la persecución religiosa en España en la época del Frente Popular», firmadas por Umberto Simini, cuyos «datos e información gráfica le fueron proporcionados por la Oficina de Prensa de esta Embajada»³³.

Fue entonces, con la detención en Madrid de Julián Grimau, cuando esa argumentación cobró más importancia para tratar de atajar lo que el embajador ante la Santa Sede interpretaba como «el éxito de la difusión de consignas comunistas entre católicos», llegando a suscitar, incluso «entre sacerdotes, simpatías por los verdugos de tantos obispos, religiosos, religiosas, clérigos y seminaristas que fueron asesinados en la persecución religiosa más grande que se conoce, la que tuvo lugar en España durante la República y la Guerra Civil»³⁴. Por ejemplo, la solicitud de clemencia realizada por Giorgio La Pira —alcalde de Florencia, exponente del ala más progresista de la DC y «bestia negra» de la diplomacia española— fue contestada por el obispo de Pescia, monseñor Dino Romoli, recordándole que Grimau era «fautore di quella rivouzione che fece migliaia di vittime tra vescovi, sacerdoti, suore e comuni fedeli», en lugar de alzar su voz «in difesa della memoria di queste vittime e di tante altre, innumerevoli, che il comunismo ha fatto e continua a fare oltre cortine»³⁵. El escándalo por la ejecución de Grimau no haría sino confirmar la división del mundo católico, por más que las autoridades franquistas lo interpretaran como una campaña de origen comunista y creyeran al principio que en ese combate po-

³² *Il Popolo*, 19 de abril de 1962.

³³ A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, 26 de abril de 1962 y 19 de noviembre de 1962, AMAE, R. 6726. Simini, miembro del Comité Central del PCI hasta 1956, había publicado en 1961 un extenso artículo sobre «las atrocidades cometidas por Togliatti durante la Cruzada española», del que se hizo amplio eco la prensa española, por ejemplo el *ABC* (19 de noviembre de 1961, p. 87).

³⁴ J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 2 de septiembre de 1963, AMAE, R. 29.812.

³⁵ Carta de 27 de abril de 1963, AMAE, R. 29.812.

dían contar con el apoyo de la curia vaticana e incluso del propio pontífice³⁶.

Ante la disyuntiva de la unidad católica

La división de los católicos fue, durante esos años del Concilio, el tema que más preocupó al régimen franquista, que veía justamente en ella una amenaza a las bases de su legitimidad, las confirmadas por el Concordato de 1953. La diplomacia española en Roma había sido parcialmente renovada —con el paso de Doussinague a la Santa Sede y su sustitución en la embajada ante la República Italiana por el católico «propagandista» Sánchez Bella— tras el cambio de gobierno de 1962, provocado precisamente por el deterioro de la imagen exterior de la dictadura³⁷. Los dos embajadores tuvieron que moverse en el complejo escenario de la política italiana de aquellos años, en particular respecto al histórico giro que suponía la política democristiana de «apertura a la izquierda» con la finalidad de crear un nuevo marco constitucional que integrara a los socialistas en el gobierno y situara a los comunistas como gran partido de la oposición.

Aquel giro fue el resultado de dos procesos paralelos. Uno fue el cambio de actitud de la Iglesia a la hipótesis de acercamiento a los socialistas, después de bloquearla desde 1959 hasta 1961, cuando Juan XXIII comenzó a reconsiderar su posición no sólo respecto a la «apertura a izquierda», sino también a la renuncia a intervenir directamente en la política italiana³⁸. La diplomacia española siguió apostando por los sectores opuestos a dicha política, en particular el cardenal Tardini y el ya mencionado «partido romano», con los notoriamente profranquistas Ottaviani y Antoniutti³⁹. La colaboración de los cardenales Angelo Dell'Acqua, sustituto para los Asuntos Ordinarios Eclesiásticos, y Antonio Samoré, secretario de

³⁶ Según Doussinague, el pontífice le habría manifestado su convencimiento sobre el «origen comunista de esta campaña», en carta a Castiella, Roma, 2 de septiembre de 1963, AMAE, R. 29.812.

³⁷ Rosa PARDO: «La etapa Castiella y el final del Régimen, 1957-1975», en Javier TUSELL, Juan AVILÉS y Rosa PARDO (eds.): *La política exterior...*, pp. 341-370.

³⁸ Paul GINSBORG: *Storia d'Italia...*, p. 312.

³⁹ Pietro SCOPPOLA: *La repubblica dei partiti. Evoluzione e crisi di un sistema politico, 1945-1996*, Bologna, Il Mulino, 1997, pp. 246-247.

Asuntos Extraordinarios, no era tan incondicional, pero resultó importante para abrir las puertas de la Secretaría de Estado, institución clave de la política vaticana. Así, la legación española obtuvo de Dell'Acqua la promesa de que intercedería personalmente ante el director de *L'Osservatore Romano* para que cambiara el tono de la información sobre el «caso Grimaux». Sin embargo, la creciente influencia del cardenal Montini, principal valedor de la elite dirigente democristiana, y su elección como papa en junio de 1963 supondrían un revés para las expectativas del régimen franquista.

El otro proceso se desarrolló en el interior de los partidos, tanto la DC como el Partido Socialista Italiano (PSI). Las embajadas españolas en Roma apoyaron a los sectores democristianos opuestos a la política de Aldo Moro, que en 1962 formó su primer gobierno gracias a la abstención de los socialistas. A su vez, dirigentes de esos sectores, como Mario Scelba o Giulio Andreotti, a quien las fuentes de la embajada calificaban como «el miembro del Gobierno más favorable a España»⁴⁰, hicieron valer los planteamientos españoles tanto en el gobierno como en el Parlamento, alcanzando algunos importantes acuerdos de cooperación en departamentos ministeriales como los de Industria y Defensa⁴¹. También contaron con el apoyo de Amintore Fanfani, viejo conocido de los católicos franquistas⁴², a pesar de haber sido el primer impulsor de la política de «*sfondamento a sinistra*», pero ahora crítico con el gobierno Moro y empeñado en resituar a la DC en el centro⁴³.

En realidad, pese a su aparente voluntarismo, la diplomacia española mantuvo una posición expectante ante la disyuntiva planteada en la compleja política italiana de los primeros años sesenta. Por un lado, sostuvo la posibilidad de que la DC formara un bloque de derechas que incluyera a los monárquicos y al MSI, una alternativa «quemada» definitivamente con el fracaso del gobierno Tambroni en 1960, que tuvo el efecto contrario de despejar el camino

⁴⁰ J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 6 de octubre de 1960, AMAE, R. 29.801.

⁴¹ Anton CANELLAS: «La actividad política de la embajada española en Italia (1962-1968)», *Nuova Rivista Storica*, año XCV (mayo-agosto de 2011), pp. 547-566.

⁴² En 1953 se había publicado en Rialp su obra en contra de las tesis weberianas, *Catolicismo y protestantismo en la génesis del capitalismo*.

⁴³ Agostino GIOVAGNOLI: *Il partito italiano. La Democrazia Cristiana dal 1942 al 1994*, Roma-Bari, Laterza, 1996, pp. 85-115.

para una solución de centro-izquierda⁴⁴. En esa estrategia debe situarse el apoyo financiero del Ministerio de Asuntos Exteriores español al MSI, sostenido aunque limitado, entregando varios millones de pesetas para sus gastos electorales y sus periódicos, convertidos en portavoces de la causa franquista con los abundantes materiales que les enviaba la embajada⁴⁵. Así como sus simpatías, pero también sus cautelas, hacia las amenazas de intervención en la política por parte del ejército, como la que tuvo al general De Lorenzo de protagonista, o hacia los proyectos de rectificación del sistema parlamentario con la V República francesa como modelo⁴⁶.

También siguió de cerca los movimientos a favor de una escisión a la derecha de los sectores de la DC contrarios al gobierno de centro-izquierda, para formar un segundo partido católico. Una posibilidad que evitó, paradójicamente, el apartamiento de Fanfani de la dirección del partido y la reconstrucción de la unidad en torno a Moro, mediando en ese sentido una decisiva intervención del Vaticano⁴⁷. La diplomacia española era la primera en ser consciente de los peligros de una división del mundo católico italiano, aunque en este caso la unidad fuera en contra de sus propios intereses.

El resultado fue una política exterior titubeante y a la defensiva, ocupada sobre todo en contrarrestar las manifestaciones de antifranquismo, utilizando para ello sus contactos en el Vaticano, el gobierno y la DC. Así, contra la «actitud anti-española de *Il Popolo*», y de su director y secretario del partido, Aldo Moro, solicitó en 1960 la intervención del ministro italiano de Asuntos Exteriores, Antonio Segni, ofreciéndole como moneda de cambio nada menos que el apoyo a Italia en la ONU por la cuestión del Alto Adige⁴⁸. Porque, como escribía Doussinague, «la descarada campaña anties-

⁴⁴ Pietro SCOPPOLA: *La repubblica dei partiti...*, p. 363.

⁴⁵ Entre otras, en las cartas de J. M. Doussinague a F. M. Castiella de 30 de mayo de 1962, y de A. Sánchez Bella a Franco de 3 de diciembre de 1962, a José Solís Ruiz de 16 de enero de 1963 y a Castiella de 14 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801.

⁴⁶ Agostino GIOVAGNOLI: *Il partito italiano...*, pp. 95, 103 y 112-113; Pietro SCOPPOLA: *La repubblica dei partiti...*, p. 373, y Paul GINSBORG: *Storia d'Italia...*, pp. 331-333.

⁴⁷ Agostino GIOVAGNOLI: *Il partito italiano...*, pp. 98, 102 y 124-126.

⁴⁸ Así lo recogía *Lo Specchio*, 4 de diciembre de 1960, bien informado por la embajada española; F. M. Castiella a J. M. Doussinague, Madrid, 5 de diciembre de 1960, AMAE, R. 29.801.

pañola de *Il Giorno* y de *Il Popolo*, los dos portavoces de Fanfani, nos dejan las manos libres para no andar con muchos remilgos en relación con la democracia cristiana mientras esté vencida hacia la Izquierda [sic]⁴⁹.

También recurrió a la amenaza de los importantes intereses económicos italianos en España, de manera semejante a como se hizo con Alemania⁵⁰. En abril de 1961, Doussinague, todavía embajador ante el Quirinale, mantuvo largas conversaciones con directivos de varias empresas, entre ellas *Fiat*, *Snia-Viscosa*, *Olivetti*, *Pirelli*, *Isotta*, *Vespa*, *Lambretta*, *Guzzi*, *Martini*, *Cinzano*, *Adriática de Seguros*, *Assicurazioni Generali*, *Marelli* o *Gaggia*. Como escribía al ministro, «habiendo pues fracasado los intentos de influir directamente sobre la prensa italiana he pasado a solicitar ayuda de estas Empresas para que a su vez actúen con toda su influencia en el sentido de cortar campañas anti-españolas»⁵¹. La presión podía ser eficaz considerando las pérdidas de la mayor parte de la prensa italiana y, en consecuencia, su dependencia de los grandes grupos industriales o de los partidos políticos. De ahí que se negociara con la *Fiat* sobre *La Stampa* de Turín, «uno de los periódicos que más se ha distinguido por sus ataques contra España y —escribía Sánchez Bella— si ustedes quieren seguir operando en Barcelona y Zaragoza, no van a tener más remedio que intervenir cerca de los redactores de ese periódico»⁵². Ante la preocupación por tales amenazas del presidente de la República, el conservador Antonio Segni, el vicepresidente del gobierno, el socialista Pietro Nenni, quien había combatido en España con las Brigadas Internacionales, escribió en su diario:

«Mi ha parlato della Spagna e del rischio di rappresaglie che potrebero colpire interessi vitali di alcune industrie. Gli ho risposto che ci sono problemi morali di fronte ai quali non si può defflettere. Se alcune indus-

⁴⁹ J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 30 de mayo de 1962, AMAE, R. 29.801.

⁵⁰ Ana DEL HOYO BARBOLLA: «Las relaciones entre España y la CEE (1964-1967): un acercamiento con recelo producto de la necesidad mutua», *Ayer*, 58 (2005), pp. 253-276.

⁵¹ J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 10 de abril de 1961, AMAE, R. 29.801.

⁵² A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 22 de abril de 1964, AMAE, 29.802.

trie sono andate in Spagna contando sui bassi salari imposti da Franco, tanto peggio per loro»⁵³.

Grimau, 1963: una guerra de propaganda

Si hubo un caso que dejó en evidencia esa división del mundo católico y ese proceso irreversible en la deslegitimación internacional del franquismo fue la ejecución del dirigente comunista Julián Grimau y su enorme repercusión en la opinión pública mundial. En torno a su detención, torturas y ulterior fusilamiento el 20 de abril de 1963 se desarrolló una verdadera guerra de propaganda, durante la cual el régimen empleó todos sus recursos para afrontar no sólo la campaña que, esta vez sí, el PCE organizó a conciencia con el apoyo de sus contactos internacionales, sino también el impacto negativo que esos hechos tuvieron en el mundo católico. Sánchez Bella escribía al ministro Castiella cinco días después del fusilamiento:

«Nos han metido “un gol” como una casa con el desdichado asunto de Grimau [...] Aquí en Italia, pura y simplemente, no se entiende, absolutamente por nadie: de arriba abajo, creo que desde Su Santidad en adelante: es un síntoma evidente de la gravedad que está atravesando la Iglesia católica, de la confusión mental que se padece, de los devastadores efectos que está causando la táctica de la coexistencia pacífica y la mano tendida; la caridad a cualquier precio y la fraternidad con el enemigo; pero esto es así y no tenemos más remedio que constatarlo»⁵⁴.

El embajador constataba que la «actitud de nuestros amigos es de consternación» porque, en su opinión, había faltado una «campaña psicológica previa, que debía haber preparado el ambiente, haciendo saber a la opinión pública mundial la razón y la legitimidad de nuestra postura». Para responder a los ataques Sánchez Bella pedía «munición ideológica» en forma de relato de los crímenes, «reportajes de las víctimas que sufrieron las torturas, escri-

⁵³ 9 de junio de 1964, en Pietro NENNI: *Gli anni del centro sinistra. Diari, 1957-1966*, Milán, SugarCo, 1982, p. 364.

⁵⁴ A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 25 de abril de 1963, AMAE, R. 29.801.

tos con amenidad [*sic*]», fotografías de los asesinados «sin olvidar las mujeres y los niños, si es que existieron», documentales para la televisión y un «libro blanco» para entregar a políticos, gobernantes, periódicos o agencias con «abrumadores datos». También había que evitar que «se presenten zonas de discrepancia en el frente interior y tratar de abortarlas por todos los medios», con especial atención a los «manifiestos de los intelectuales», y «tocar a rebato», mediante una gran manifestación como la que se había realizado casi veinte años antes contra la condena de la ONU o «un plebiscito-referéndum, a plazo corto, para sancionar la Constitución, o lo que sea, pero que en realidad sea un plebiscito de confianza al Jefe del Estado». Todo ello, por supuesto, «exponiendo las razones de nuestra Guerra, las razones de nuestra posición, los hechos que justifican el que apliquemos la ley de guerra a los que la guerra nos hacen»⁵⁵.

El problema para el embajador ante el Quirinale no eran ya las manifestaciones convocadas ante la embajada, ni la manera de informar «arbitraria y tendenciosamente» de los periódicos comunistas como *L'Unità* o *Il Paese Sera*⁵⁶, reproduciendo entrevistas a la viuda de Grimau o artículos del gurú intelectual de la izquierda europea, Jean P. Sartre⁵⁷. Ni siquiera los manifiestos de intelectuales tan prestigiosos como Dessì, Levi, Moravia o Pratolini, o las declaraciones públicas de importantes políticos comunistas o socialistas. De todos aquellos ataques, los que más le habían impresionado, «por apasionados e injustos, han sido los procedentes de la Prensa católica». Entre los cuales había algunos que se oponían por principio a la pena de muerte como «resultado de la fuerte influencia protestante que hoy padecen los católicos de izquierda», mientras que otros la condenaban por razones de oportunidad o como un

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ Entre otros, *Avanti*: «Salvare Grimau. I franchisti meditano di assassinare il patriota antifranchista» (13 de abril de 1963); *L'Unità*: «Salvate la vita di Grimau» (14 de abril de 1963); «La protesta del mondo civile fermi la mano del boia Franco. Grimau a morte» (19 de abril de 1963), y «L'Alleanza Atlantica puntelo del regime fascista di Franco» (22 de abril de abril de 1963); *Tempo*: «Basta con l'appoggio italiano a Franco» (23 de abril de 1963); o *Paese Sera*: «Ferocia fascista» (19 de abril de 1963), «Orrore in tutto il mondo civile per il nuovo crimine di Franco» (20 de abril de 1963) o «L'assassinio di Julián Grimau. La dittatura di Franco sotto accusa» (22 de abril de 1963).

error político. Al embajador le parecía «indudable que las lamentaciones y las críticas de los democristianos y, en general, de los católicos influyen sobre la opinión pública mucho más poderosamente que las manifestaciones callejeras y los artículos de la prensa comunista y nuestra reacción frente a aquellas tiene que ser mucho más sólida y documentada»⁵⁸.

De esas críticas envió a Madrid numerosos ejemplos. Así, el secretario del *Ufficio Stampa* del Concilio, monseñor Vailant, había distribuido material a unos 150 periódicos de carácter diocesano, donde «han aparecido las más duras invectivas, no ya contra el Régimen español, sino contra los católicos españoles». En el semanario oficial de la DC, *La Discussione*, Angelo Narducci «ataca con gran virulencia a la Justicia de nuestro Estado por la condena de Grimau y llega a afirmar que el Generalísimo Franco tendrá que rendir cuentas ante Dios de este derramamiento de sangre»⁵⁹. Lo que las autoridades franquistas percibían como una alienación de amplios sectores católicos llegaba hasta el punto de «que mientras los órganos comunistas y socialistas atacan al Régimen pero se muestran respetuosos con el pueblo español, la ferocidad antiespañola de los elementos más activos de la Acción Católica Italiana (como la de ciertos sectores del capitalismo milanés) no conoce esta limitación y deja traslucir un odio intrínseco y sistemático hacia todo lo español»⁶⁰. Algunas críticas fueron especialmente dolorosas, como las aparecidas en *L'Italia*, portavoz del cardenal Montini, o en *Il Popolo*, donde las juventudes democristianas hacían un llamamiento a la clemencia:

«Crediamo indegno di questo tempo e anche della vostra nazione dimenticare che la vita è dono di Dio [...] Nel nome della nostra fede, nel nome della stessa giustizia terrena vi chiediamo di revocare la condanna»⁶¹.

Por su parte, la prensa de la derecha monárquica y «misina», como hemos visto con la ayuda de las autoridades franquistas, des-

⁵⁸ A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 30 de abril de 1963, AMAE, R. 7220.

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ A. Elías a F. M. Castiella, Roma, 16 de diciembre de 1965, AMAE, R. 29.813.

⁶¹ «Le reazioni in Italia alla condanna di Grimau», *Il Popolo*, 20 de abril de 1963.

cribía pormenorizadamente los supuestos crímenes de Grimau, atacaba a la prensa de izquierda por utilizar un doble rasero a la hora de enjuiciar los regímenes comunistas y comparaba con los juicios de Nuremberg, con la ejecución de Bastien Thierry, oficial francés de la OAS, o con el «caso Eichmann»⁶². En cuanto al clero vaticano, el cardenal Antoniutti había acudido a la embajada para manifestar su solidaridad con el régimen español y su indignación por el modo de proceder de los católicos italianos y, según Sánchez Bella, sólo reprochaba a los españoles el haber actuado «con torpeza, con falta de diplomacia y errores de propaganda», sosteniendo que «hubiera sido más hábil imitar en el caso de Julián Grimau lo hecho por los judíos con Eichmann», es decir, «desenmascarándolo en un proceso sensacional al que hubieran acudido periodistas y abogados de todo el mundo»⁶³.

La diplomacia española movilizó todos sus contactos eclesiásticos, empezando por monseñor Dell'Acqua, para censurar la Radio Vaticana, llamar al orden al obispo de Livorno, que pretendía celebrar una misa por Grimau, o evitar cualquier remota posibilidad de que se hicieran realidad los rumores sobre una intercesión papal por la suerte del condenado⁶⁴. La agencia católica de noticias ASSI envió a los miles de párrocos y obispos italianos más de cuarenta mil copias del folleto *Julián Grimau, especialista en chekas*, preparado por la Oficina de Información Diplomática (OID) del Ministerio de Asuntos Exteriores español, donde se defendía la licitud de la pena de muerte según la doctrina cristiana «cuando viene ejercida por el poder legítimo» y la ausencia de arrepentimiento del reo, reafirmando en su posición «atea y materialista»⁶⁵.

⁶² Entre otros *Il Tempo*: «I fabbricanti di cadaveri» (21 de abril de 1963); *Il Quotidiano*: «Un “curriculum” pieno di atroci delitti. I misfatti di Grimau, “eroe” dei comunisti» (18 de abril de 1963) y «Reazioni in Spagna alla campagna comunista» (23 de abril de 1963); *Il Secolo d'Italia*: «La pena di morte al seviziatore Grimau» (19 de abril de 1963), «I boia rossi piangono» (23 de abril de 1963) o «I “rossi” con la lacrima» (24 de abril de 1963).

⁶³ Cartas de J. M. Doussinague, 26 de abril de 1963, y Sánchez Bella, 1 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801, y Emilio Garrigues, 16 de abril de 1964, AMAE, R. 29.812.

⁶⁴ J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 20 y 24 de abril, y 8 y 15 de mayo de 1963, y Nota Verbal a la Secretaría de Estado de Su Santidad de 11 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.812.

⁶⁵ A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 15 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801.

Otra iniciativa fue la llevada a cabo con las órdenes religiosas, para «crear dentro de cada Orden Religiosa un movimiento activo de defensa de España» y utilizar su presencia en todo el mundo⁶⁶. Sólo los benedictinos, por influencia de los franceses, se habían mostrado reacios, mientras que la Compañía de Jesús, pese a la importante minoría vasca, parecía estar «al lado del General Franco»⁶⁷. Por otra parte, al embajador Sánchez Bella le constaba por su hermano Florencio, consiliario general en España del Opus Dei, que monseñor Escrivá de Balaguer había dado «instrucciones precisas para movilizar todas las energías de la organización» en defensa de las tesis del gobierno español⁶⁸. El mayor éxito de la embajada española ante la Santa Sede fue conseguir que la Secretaría de Estado y el propio papa remitieran instrucciones secretas sobre España a sus nuncios repartidos por todo el mundo. Doussinague no podía esconder su satisfacción por «este extraordinario resultado», y rogaba que se extremara la reserva y debida cautela con una información que, de hacerse pública, podía provocar un grave daño a la imagen de la misma Santa Sede⁶⁹.

La muerte tenía un precio

El régimen franquista, por tanto, afrontó con habilidad, importantes medios y valiosos apoyos la reacción internacional a una decisión que, desde el primer momento, había preocupado dentro del propio Consejo de Ministros por sus previsibles consecuencias⁷⁰. El Ministerio de Información y Turismo proporcionó abundante material para publicar en los medios afines de todo el mundo, en parte recogido en el volumen titulado *¿Crimen o castigo? Documentos*

⁶⁶ J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 14 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.812.

⁶⁷ J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 8 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.812.

⁶⁸ A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 1 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801.

⁶⁹ J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 3 y 7 de octubre de 1963, AMAE, R. 29.812.

⁷⁰ Véanse Amandino RODRÍGUEZ ARMADA y José A. NOVAIS: *¿Quién mató a Julián Grimau?*, Madrid, Ediciones 99, 1976, y Pedro CARVAJAL: *Julián Grimau: el último muerto de la Guerra Civil*, Madrid, Aguilar, 2003.

inéditos sobre Julián Grimau García, del que se hicieron versiones en inglés, francés y alemán⁷¹, o en publicaciones sin pie editorial como *Julián Grimau o el arte de fabricar víctimas* o *Julián Grimau, especialista en chekas*.

Era cierto, al menos por esta vez, que los partidos y sindicatos comunistas europeos estaban organizando una intensa campaña de movilización, para la cual el Partido Comunista Italiano (PCI) puso sus considerables recursos a disposición. Uno de los últimos servicios de Jorge Semprún al PCE fue recoger muchas de las noticias sobre la protesta internacional en un dossier publicado bajo el título *Julián Grimau. El hombre, el crimen, la protesta*⁷². Pero las autoridades españolas, al plantear su acción sólo en términos de contrapropaganda frente a una supuesta campaña comunista, se vieron desbordadas por la variedad, espontaneidad y dispersión de las movilizaciones.

Para la diplomacia franquista había que prestar una atención especial a los intelectuales, vistos como los eternos enemigos del régimen desde un inveterado discurso antiintelectualista. Se vigilaron sus actividades explícitamente políticas o de solidaridad, caso del Comitato Pro Libertà del Popolo Spagnolo, creado por el escritor Giancarlo Vigorelli, o del Comitato per la Spagna Democratica, fundado en junio de 1965 por personalidades tan conocidas como Ignazio Silone, Nicola Chiaromonte, Paolo Vittorelli, Bruno Zevi o Aldo Garosci, autor de *Gli intellettuali e la guerra di Spagna*, cuya primera acción fue difundir un manifiesto contra la expulsión de varios catedráticos de la universidad española. Pero también estuvieron bajo vigilancia las actividades puramente culturales, ya que, según las autoridades franquistas, los intelectuales actuaban de manera subrepticia a través del cine, la literatura o incluso las bellas artes, campo en el que «los marxistas muestran gran actividad»⁷³.

Es conocido el caso de la película *El Verdugo*, de Luis García Berlanga, presentada al festival de Venecia en el verano de 1963 y que suponía una denuncia, por más que indirecta, de la pena de

⁷¹ *Crime or punishment? Unpublished documents about Julian Grimau García; Crime ou châtement? Documents inédits sur Julian Grimau García; Misdaad of Bestrafing? Niet gepubliceerde documenten betreffende Julian Grimau García*, Madrid, SIE, Apdo. 19.101.

⁷² *Julián Grimau. El hombre, el crimen, la protesta*, París, Éditions Sociales, 1963.

⁷³ A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 8 de julio de 1964, AMAE, R. 29.803.

muerte. Sánchez Bella reaccionó de forma desaforada al verla, definiéndola como «uno de los más impresionantes libelos que jamás se han hecho contra España» y acusándola de ofrecer una visión caricaturesca de la realidad española:

«Antes invocaban la miseria y la pobreza del pueblo español pero como esto cada vez va siendo menos verdad y los millones de turistas se encargan de divulgar la falsedad de tal propaganda, todo ha quedado reducido y concentrado en esta acusación de brutal crueldad del Régimen español contra sus enemigos políticos»⁷⁴.

El turismo pasó a cumplir en este sentido una función primordial como medio de propaganda para el «conocimiento de nuestra auténtica realidad» en el mundo⁷⁵. De ahí que provocaran especial alarma campañas como la desarrollada en mayo de 1963, en medio de las protestas por el asesinato de Grimau, para convocar un concurso de carteles contra la afluencia de turistas a España, campañas políticas detrás de las cuales las autoridades franquistas adivinaban oscuros intereses económicos del capitalismo italiano preocupado por la creciente competencia española⁷⁶. Ante un Fraga preocupado por dichas campañas, Sánchez Bella admitía que «el tema Grimau nos ha hecho en este país un daño inmenso»⁷⁷.

En ese clima, las movilizaciones internacionales en respuesta a otras posibles condenas a muerte lograron sus objetivos, como ocurrió en 1964 con Andrés Ruiz Márquez, miembro del Frente Español de Liberación Nacional (FELN) acusado de colocar varios explosivos, o en 1965 con el dirigente comunista Justo López de la Fuente, a quien el fiscal militar acusaba de varios delitos cometidos durante la Guerra Civil. Con motivo de este último asunto Sánchez Bella se dirigió al ministro Castiella muy preocupado por los efectos adversos que podía tener «una nueva terrible campaña exterior, que resultaría sumamente inconveniente para las negocia-

⁷⁴ Informe «Muy Reservado» de A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 30 de agosto de 1963, AMAE, R. 29.801. Véase Esteve RIAMBAU: *Ricardo Muñoz Suay. Una vida en sombras. Biografía*, Barcelona, Tusquets, 2007, pp. 401 y ss.

⁷⁵ Véase Sasha D. PACK: *La invasión pacífica. Los turistas y la España de Franco*, Madrid, Turner, 2009.

⁷⁶ M. Fraga a F. M. Castiella, Madrid, 9 de mayo de 1963, AMAE, R. 8607.

⁷⁷ A. Sánchez Bella a M. Fraga, Roma, 14 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801.

ciones que tenemos en curso con el Mercado Común», y avisaba de que «hay que estar prevenidos para que, ¡¡¡por favor!!!, no se repita el proceso Grimau». El embajador hacía toda una declaración de pragmatismo:

«Para un hombre como yo que ha estado todo el tiempo de nuestra guerra en el Madrid rojo y que ha vivido las horas que yo he vivido en la Falange clandestina, la sensibilidad y la conciencia respecto de los crímenes cometidos por los rojos y sobre todo por los comunistas durante esa época son vivísimas. Pero se trata de la política y sobre todo de la política exterior»⁷⁸.

El fusilamiento de Grimau ponía en peligro la nueva imagen de normalidad que el régimen español trataba de ofrecer al mundo, y acabó por arrojar un saldo muy negativo para la legitimidad de la dictadura. La ejecución mediante garrote vil de los anarquistas Joaquín Delgado y Francisco Granados sólo cuatro meses después, en agosto de 1963, provocaría una nueva oleada de reacciones en Italia y en todo el mundo, aunque esta vez con un menor alcance.

Conclusión: una normalidad imposible

Los retos a la legitimidad de la dictadura fuera de España tenían dos procedencias diferenciadas, o al menos así lo percibían las autoridades franquistas. Por un lado, los «enemigos» de siempre: republicanos, socialistas, comunistas o anarquistas exiliados, cada vez más relacionados con el interior y con buenos contactos en el exterior, englobados bajo la etiqueta «comunista», aunque resultara difícil de creer que toda esa multiplicidad de actividades antifranquistas estuviera dirigida desde Moscú. Por otro lado, la disidencia de los que habían estado de su parte desde la guerra, en particular de los católicos que parecían ser víctimas también de una tenaz «influencia comunista», sobre todo entre los jóvenes de las organizaciones seculares y del propio clero. Un fenómeno inédito al que el régimen intentaría poner coto en la colaboración con la jerarquía eclesial.

⁷⁸ A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 2 y 17 de febrero de 1965, AMAE, R. 29.182.

Si los sólidos apoyos de los primeros entre las organizaciones políticas, sindicales y culturales de izquierda llegaron a suponer un reto extenuante para el franquismo en los años sesenta y primeros setenta, eran los segundos los que más le preocupaban, pues su creciente división ponía en peligro la base fundamental de legitimidad del Estado confesional. Europa fue el escenario principal de esa lucha a lo largo de los años sesenta, e Italia acabó convirtiéndose en su epicentro por la presencia de la Santa Sede, por la importancia de la democracia cristiana, eje de los sucesivos gobiernos desde la posguerra, y por los crecientes intereses económicos y comerciales italianos en España.

Lo más relevante del «caso Grimau» es que dejó en evidencia la contradicción que existía entre una visión conspirativa de naturaleza anticomunista y la constatación de la pérdida de apoyos dentro de la opinión pública y la clase política católica, que las mismas fuentes franquistas ponían en relación con el proceso de *aggiornamento* conciliar y la evolución de la DC italiana. A pesar de su radicada mentalidad de asedio, la diplomacia franquista vivió en primera persona las consecuencias de algunas medidas adoptadas por el gobierno español y por eso apremió para evitar las más extremas o contraproducentes para su imagen exterior. En ese sentido, el «caso Grimau» determinó tres importantes cambios de tendencia.

En primer lugar, convenció al ministro Castiella de que era necesario desarrollar una acción más autónoma respecto a la disidencia católica en colaboración con las jerarquías eclesiásticas, tanto dentro como fuera de España, afrontando algunos de los desafíos planteados por el Concilio Vaticano II. Sería el caso de la ley de libertad religiosa, aunque tales respuestas no harían sino acentuar al final las divisiones dentro de la Iglesia y del propio bloque de poder franquista, acelerando su crisis⁷⁹.

En segundo lugar, llevaría al régimen a adoptar una estrategia más cuidadosa en lo que se refiere al uso de la violencia, lo que se reflejaría durante la década de los sesenta en una represión más selectiva y menos ejemplarizante que evitara en lo posible nuevos es-

⁷⁹ Véanse Feliciano MONTERO: *La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975)*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2009, y Pablo MARTÍN DE SANTA OLLA: *La Iglesia que se enfrentó a Franco: Pablo VI, la Conferencia Episcopal y el Concordato de 1953*, Madrid, Dilex, 2005.

cándalos internacionales⁸⁰. Que el asesinato de Grimau suspendiera temporalmente el desarrollo de una jurisdicción de orden público prevista por la ley de 1959⁸¹ no es óbice para que la forma y el contenido de su plasmación legal con la creación del Tribunal de Orden Público (TOP) en diciembre de 1963 tuviera mucho que ver con las protestas internacionales motivadas por ese y otros hechos, como la represión de las huelgas mineras, la reunión europeísta de Múnich, el informe de la Comisión Internacional de Juristas o la ejecución de los anarquistas Delgado y Granados.

La tercera tendencia que no comenzó, pero sí recibió un decisivo impulso tras el «caso Grimau», fue la de poner en un segundo plano, aun sin renunciar a ella, la legitimidad de origen del régimen basada en la victoria en la guerra. El embajador Sánchez Bella escribía entonces que «mientras la lección de la guerra permanezca viva, mientras los principios del Alzamiento Nacional se mantengan intangibles, ningún peligro grave podrá amenazarnos»⁸². Sin embargo, si Julián Grimau fue «el último muerto de la guerra civil», su muerte supuso también una de las últimas ocasiones en que la dictadura se apoyó de forma predominante para defender su causa en la instrumentalización del «terror rojo».

La repercusión internacional del caso y sus graves consecuencias para el régimen franquista, en particular para sus aspiraciones de integración europea, dieron en cambio un impulso definitivo al desarrollo de una legitimación de ejercicio basada en las realizaciones de lo que pronto, en una famosa campaña organizada por el Ministerio de Información y Turismo, se llamarían los «25 años de paz». Para ello se envió a los periódicos numerosa información sobre los logros económicos del régimen o se editaron revistas en varios idiomas que daban una imagen moderna, tranquila y alegre de España, entre nuevas industrias, paradores nacionales y bailes folclóricos.

El franquismo conservó los resortes fundamentales del poder, en primer lugar el ejército y las fuerzas policiales, así como los pro-

⁸⁰ Al menos hasta el decreto-ley de agosto de 1968 regulando «los delitos de bandidaje y terrorismo», Manuel BALLBÉ: *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid, Alianza Editorial, 1983.

⁸¹ Juan J. DEL ÁGUILA: *El TOP. La represión de la libertad (1963-1977)*, Barcelona, Planeta, 2001.

⁸² A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 15 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801. Véase Paloma AGUILAR: *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

pios de la diplomacia política, económica y cultural. Los supo utilizar a fondo aprovechando el nuevo escenario de la guerra fría, las oportunidades abiertas con el desarrollo económico y la solidaridad ideológica de los sectores conservadores y católicos europeos y americanos. Cuando hizo falta recurrió al dinero para asegurarse la fidelidad de algunos medios de comunicación u organizaciones políticas, al uso de información reservada e, incluso, a los chantajes y la amenaza de represalias comerciales. Pero ni con todo ese poder ni con esos medios pudo contrarrestar el prestigio intelectual del exilio y del nuevo antifranquismo, ni la legitimidad que les daba su lucha en nombre de la democracia, el Estado de Derecho y los valores que se habían impuesto en el mundo occidental de la posguerra. El déficit de legitimidad de la dictadura no se acentuó durante esos años dentro de España, todo lo contrario, pero sí se hizo más visible por culpa tanto de sus propios errores como del permanente desafío del antifranquismo en la opinión pública y las organizaciones internacionales.

*Movimientos católicos, ciudadanía y construcción de enclaves democráticos en la provincia de Albacete durante el franquismo final**

Óscar Martín García
CSIC-SEFT

Damián González Madrid
Universidad de Castilla-La Mancha-SEFT

Resumen: Este artículo analiza el papel de los sectores católicos de base en la creación, ampliación y dinamización de enclaves democráticos en un marco subdesarrollado y rural durante los últimos años del franquismo. Las páginas siguientes estudian la participación de diversos grupos cristianos conciliares en la emergencia de espacios autónomos de la injerencia del Estado, en los que en la primera mitad de los años setenta se desarrollaron hábitos y normas contrarios a la hegemonía social de los valores autoritarios impuestos por la dictadura.

Palabras clave: franquismo, democratización, movimientos católicos, sociedad civil, enclaves democráticos.

Abstract: This paper studies the role of Catholic social movements deeply influenced by the Second Vatican Council in the creation of democratic enclaves in a rural and underdeveloped scenario during last years of the Franco regime. It analyses the involvement of various Christian rank and file groups in the formation of a relational network autonomous from the State's interference at the Albacete province. These walled gardens of democracy provided independent social spaces where new norms and habits opposed to the hegemonic authoritarian values started to emerge.

Keywords: Franco's Dictatorship, democratization, Catholic movements, civil society, democratic enclaves.

* Proyecto de investigación PIII109-0270-8598.

La bibliografía especializada sobre la transición a la democracia en España comienza a ser abundante, pero aún destaca la influencia que sobre su investigación proyecta la idea del pacto político entre elites¹. No obstante, el estudio de este periodo de nuestra historia reciente también ha sido abordado desde otras perspectivas, algunas de las cuales conceden mayor importancia a las transformaciones sociales y económicas que se sucedieron en el país desde inicios de los años sesenta². En este sentido, una de las líneas interpretativas que más ha contribuido al avance de la historia social del tardo-franquismo y de la transición plantea, a grandes rasgos, que el Plan de Estabilización de 1959 desató un crecimiento industrial y urbano tan intenso como caótico, el cual sentó las bases para la puesta en marcha de un ascendente ciclo de protestas obreras que no dejó de extenderse y diversificarse hasta el final del franquismo. Según este análisis, las luchas laborales, junto a la contestación universitaria y a la movilización vecinal en los barrios periféricos de las grandes ciudades, alimentaron la oposición antifranquista y avivaron un conflicto social que desgastó profundamente a la dictadura, creando de esta forma las condiciones políticas para la sustitución del régimen autoritario³.

Este fructífero enfoque se basa en una determinada concepción de la relación entre modernización y democratización. Concretamente aquella que considera que la descontrolada expansión capita-

¹ Véanse al respecto las reflexiones de Santos JULIÁ: «Cosas que de la transición se cuentan», *Ayer*, 79 (2010), pp. 297-319, pp. 297-300.

² Xavier DOMENECH: «La formación de la clase obrera bajo el franquismo. Nuevos debates», *Ayer*, 79 (2010), pp. 283-296, pp. 284-286, y Pere YSÀS: «La transición española: luces y sombras», *Ayer*, 79 (2010), pp. 31-57; en el mismo número de la revista y para los propósitos de este artículo interesan también los trabajos de Carmen González y Encarna Nicolás.

³ Esta orientación historiográfica tiene ya un amplio recorrido en España. Comenzó con Maravall a principios de los ochenta, y tuvo continuidad con varios hispanistas anglosajones (Balfour, Foweraker o Fishman) en los noventa. Sin ánimo de exhaustividad, véanse: Sebastián BALFOUR: *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnanim, 1991; Joe FOWERAKER: *La democracia española. Los verdaderos artífices de la democracia en España*, Madrid, Arias Montano, 1990; Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998; José BABIANO: *Emigrantes, cronómetros y huelgas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid, 1951-1977)*, Madrid, Siglo XXI, 1995, y Xavier DOMENECH: *Clase obrera, antifranquismo y cambio político*, Madrid, La Catarata, 2008.

lista que vivió España durante los años sesenta y parte de los setenta creó el marco para la reproducción del conflicto entre diferentes grupos sociales en pugna por el poder político y la transformación democrática⁴. En consecuencia, tal planteamiento sobreentiende que allí donde no se dieron las condiciones estructurales óptimas para la expansión urbana, la racionalización *fordista* o el conflicto fabril, la pasividad y la resignación fueron la norma. Lo que equivale a desatender las dinámicas de construcción de la ciudadanía democrática producidas en las partes retrasadas de España que, no obstante, pueden ayudar a explicar que la base potencial para el cambio político a la altura de 1975 era mayor de lo que sugería el descontento expresado en las calles de las grandes ciudades del país⁵.

El escaso interés historiográfico por la España del subdesarrollo está relacionado con la tendencia dentro de las ciencias sociales a concentrarse en los aspectos más visibles y formales de la acción colectiva. Tal propensión se ha traducido en la escasez analítica sobre ciertos mecanismos poco perceptibles que, sin embargo, ayudaron a alterar las relaciones entre sectores de la sociedad civil y el Estado, abriendo de esta forma una esfera pública favorable a la implantación de un sistema democrático⁶. Entre estos procesos

⁴ Una referencia clásica es Dietrich RUESCHMEYER, John STEPHENS y Evelyne STEPHENS: *Capitalist Development and Democracy*, Chicago, University Press, 1992.

⁵ Una excepción pionera en Francisco COBO y Teresa María ORTEGA: «La protesta de sólo unos pocos. El débil y tardío surgimiento de la protesta laboral y de la oposición democrática al régimen franquista en Andalucía oriental», *Historia Contemporánea*, 26 (2003), pp. 113-159, y recientemente ÍD. (eds.): *La España rural, siglos XIX y XX. Aspectos políticos, sociales y culturales*, Granada, Comares, 2011. Manuel ORTIZ (coord.): *Los movimientos sociales en la crisis de la dictadura y la transición: Castilla-La Mancha, 1969-1979*, Ciudad Real, Biblioteca Añil, 2008; Antonio HERRERA: «La lucha por la normalización democrática en el mundo rural (1975-1982)», en Carmen GONZÁLEZ y Encarna NICOLÁS (eds.): *Mundos de Ayer. Investigación histórica Contemporánea del IX Congreso de la AHC*, Murcia, Edicum, 2009, y Alberto SABIO: «Cultivadores de democracia: politización campesina y sindicalismo agrario progresista en España, 1970-1980», *Historia Agraria*, 38 (2006), pp. 75-102.

⁶ Elaboraciones teóricas que apuntan en esta línea en Jean L. COHEN y Andrew ARATO: *Civil Society and Political Theory*, Cambridge, MIT Press, 1992, pp. 33-44; Iris M. YOUNG: «State, Civil Society and Social Justice», en Ian SHAPIRO y Casiano HACKER-CORDON (eds.): *Democracy's Value*, Cambridge, CUP, 1999, pp. 140-161, p. 152, y Doug MCADAM: «Beyond Structural Analysis: Toward a More Dynamic Understanding of Social Movements», en Mario DIANI (ed.): *Social Movements and Networks: Relational Approaches to Collective Action*, Oxford, OUP, 2003, pp. 286-289.

sociales poco conocidos, se encuentra la construcción, también en provincias eminentemente rurales, de *enclaves democráticos*, o espacios autónomos de la injerencia del Estado, en los que se desarrollaron hábitos refractarios a la hegemonía social de los valores autoritarios⁷. En su seno se fraguaron las redes de sociabilidad que, en torno a problemas comunes, posibilitaron el contacto ciudadano y la creación de identidades colectivas alternativas al discurso oficial. Bien es cierto que se trató de pequeños islotes independientes en medio de un océano dominado por la cultura política del régimen. Pero tales enclaves coadyuvaron a extender una mayor conciencia democrática entre diversos sectores sociales, y a desgastar el sentido de unidad inexpugnable que mostraba la dictadura en provincias como Albacete, donde la «falta de desarrollo» parecía condenar a sus habitantes a la «general normalidad» de la que presumían las autoridades del régimen⁸.

Para contribuir a paliar ese vacío en la historia social del periodo, este artículo intenta analizar el papel de los sectores católicos de base en la dinamización de tales *enclaves democráticos* en la provincia de Albacete⁹. Se pretende estudiar la aportación de los movimientos cristianos conciliares a la construcción de una incipiente ciudadanía democrática en el marco de la España rural y subdesarrollada de los años setenta. A diferencia de aquellos estudios que alegan un escaso protagonismo popular en el final de la dictadura española¹⁰, las páginas siguientes intentan demostrar que los últimos años del franquismo vieron emerger nuevos espacios sociales, prácticas colectivas y figuras asociativas que, por un lado, expandieron los márgenes para una mayor participación ciudadana en los asuntos públicos y, por otro, promovieron una cultura democrática

⁷ Bruce GILLEY: «Democratic enclaves in authoritarian regimes», *Democratization*, 17 (2010), pp. 389-415, p. 402.

⁸ Archivo Histórico Provincial de Albacete (AHPAB), Organización Sindical (OS), Secretariado de Asuntos Económicos, Memoria 1974, caja 2133.

⁹ Sobre la aportación católica a la «tercera ola» democratizadora: John ANDERSON: «Religion, Politics and International Relations. The Catholic Contribution to Democratization's Third Wave», *Cambridge Review of International Affairs*, 20 (2007), pp. 383-399, y Jodok TROY: «Catholic waves of democratization? Roman Catholicism and its potential for democratization», *Democratization*, 16 (2009), pp. 1093-1114.

¹⁰ Omar ENCARNACIÓN: *The Myth of Civil Society: Social Capital and Democratic Consolidation in Spain and Brazil*, Nueva York, Palgrave, 2003, pp. 13-23.

que sentó las bases de las negociaciones entre las elites políticas durante la transición¹¹.

Crítica social, valores populares y desarrollo comunitario

Entre 1966 y 1968 la Acción Católica (AC) sufrió una grave crisis debido al intento de las jerarquías eclesíásticas y gubernamentales de poner freno al creciente compromiso sociopolítico adoptado por sus grupos de apostolado desde comienzos de la década. Este conflicto pasó una elevada factura a las organizaciones especializadas de AC, que desde entonces perdieron influencia dentro de la Iglesia y de la oposición al franquismo. No obstante, algunas de estas agrupaciones apostólicas de base, como la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y la Juventud Obrera Católica (JOC), continuaron cumpliendo durante los años setenta un importante papel formativo en zonas con bajos niveles de industrialización como la provincia de Albacete¹².

El Movimiento Rural de Adultos (MRA), encargado de llevar el mensaje social del Concilio Vaticano II a las zonas agrarias, fue otra de las secciones especializadas de la AC que quedó debilitada tras el enfrentamiento con el poder eclesíástico. Pero las presio-

¹¹ Cada vez son más los trabajos que plantean esta visión del cambio político, por ejemplo, Carme MOLINERO: «Treinta años después: la transición revisada», en Carme MOLINERO (coord.): *La transición, treinta años después*, Barcelona, Península, 2006, pp. 9-26; Pere YSÀS: «¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío», *Ayer*, 68 (2007), pp. 31-57, y Alberto SABIO y Nicolás SARTORIUS: *El final de la dictadura: la conquista de la democracia en España (noviembre de 1975-junio de 1977)*, Madrid, Temas de Hoy, 2007.

¹² Véanse, entre otros, Feliciano MONTERO: *La Acción Católica y el franquismo: auge y crisis de la Acción Católica Especializada en los años sesenta*, Madrid, UNED, 2000; íd.: *La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975): la oposición durante el franquismo*, Madrid, Encuentro, 2009; Enrique BERZAL DE LA ROSA: *Sotanas rebeldes: contribución cristiana a la transición democrática*, Valladolid, Diputación, 2007; Manuel ORTIZ y Damián GONZÁLEZ (coords.): *De la cruzada al desencanche: la Iglesia española entre el franquismo y la transición*, Madrid, Silex, 2011; Mónica MORENO: «De la caridad al compromiso: las mujeres de Acción Católica (1958-1968)», *Historia Contemporánea*, 26 (2003), pp. 239-265, y Gregorio ALONSO: «Children of a Lesser God. The Political and the Pastoral Action of the Spanish Catholic Church», en Gregorio ALONSO y Diego MUÑOZ (eds.): *The politics and memory of the Spanish Transition to Democracy. The Spanish Model*, Nueva York, Routledge, 2011, pp. 113-135.

nes sufridas no evitaron que, a finales de la década de los sesenta, un pequeño grupo de jóvenes sacerdotes vinculados al MRA y a la HOAC, decidiesen vivir su compromiso pastoral en el pobre medio rural de la Sierra del Segura. Desde allí este movimiento de apostolado se extendió a otras áreas de la provincia igualmente caracterizadas por la pobreza y la emigración, donde dichos curas concentraron su labor entre los peones que solían desplazarse a trabajar a Andalucía, Francia, Baleares y Levante. Estos temporeros eran víctimas habituales de la explotación laboral. Pero el malestar de algunos nunca se había traducido en compromiso social hasta que se hicieron partícipes de los recursos simbólicos y de las estructuras de movilización puestas a su disposición por dichos sacerdotes¹³.

Los nuevos párrocos convivieron y trabajaron codo con codo junto a los temporeros, a los que intentaron ayudar a descubrir y comprender las causas profundas de la situación de explotación, desigualdad e injusticia social que padecían. Antes de partir a la campaña, estos curas jóvenes solían organizar en el espacio parroquial actividades con los trabajadores. En dichos encuentros se trataban problemas cotidianos y, según el relato policial, los sacerdotes criticaban «a las autoridades, a las disposiciones, leyes u órdenes, y al régimen, pretendiendo con ello ilustrar a los ignorantes». En los pueblos de Nerpio, Fuentealbilla, Elche de la Sierra, Alcalá del Júcar y pedanías hubo en 1972 reuniones de este tipo que, en palabras de la Guardia Civil, tenían un «matiz materialista» y una «ideología socialista avanzada». Dos años después, se volvía a informar de que en la localidad de Yeste se seguía «haciendo gran propaganda por determinados sacerdotes, tratando de captar enemigos del sistema con motivo de la vendimia en Francia». Mientras tanto, en Villamalea se llevaban a cabo asambleas obreras a espaldas de la Organización Sindical y, por las mismas fechas, los jerarcas verticalistas tuvieron que salir al paso del manifiesto que, con el ilustrativo título de *Temporeros, mercancía barata*, había distribuido el arciprestazgo de Alcaraz¹⁴.

¹³ Florencio V. FRESNO: *Fermento de fe, vida y esperanza en el mundo rural español, 1952-1992*, Madrid, MRA, 2002, pp. 17-140, y PLENO DE LA COMISIÓN NACIONAL: *Aproximación histórica a la vida del Movimiento Rural Cristiano*, Madrid, MRA, 1983, pp. 1-14. Seminario de Estudios del Franquismo y la Transición (SEFT), entrevistas con José Carrión Munera (JCM), sacerdote y Consiliario Nacional del MRA (1977-1982), 24 de febrero y 8 de marzo de 2011.

¹⁴ AHPAB, Gobierno Civil (GC), caja 30554, «Nota Informativa» de la Guar-

El contacto con los curas del MRA hizo que algunos grupos de trabajadores, antes aislados, comenzasen a frecuentar los centros parroquiales, «habiendo motivos suficientes —según la policía— para pensar que no se reducen sus conversaciones a asuntos religiosos»¹⁵. Tales espacios solían acoger diversas actividades, desde ejercicios espirituales a meriendas, con las que los curas buscaban crear círculos de sociabilidad que ayudasen a romper la pasividad de los trabajadores. Dichos párrocos pretendían, a partir de encuentros lúdicos y reflexiones colectivas, hacer «que la gente del campo piense en voz alta, o se asocie para pensar en los asuntos políticos en los que se decide su vida»¹⁶. Uno de los propósitos del MRA fue el de fomentar actitudes más críticas entre los obreros del campo. Para ello intentó mejorar su nivel cultural mediante la creación de centros formativos, escuelas-hogar (la de Nerpío fue sistemáticamente boicoteada por el alcalde) y escuelas campesinas, como la Escuela Social Rural de Villarrobledo. Esta última representaba una vía de educación popular alternativa a la inexistente enseñanza oficial de adultos. Al igual que la Escuela de Hogar y Formación Femenina que la JOC tenía en la capital provincial, donde jóvenes trabajadoras «decidían, opinaban y dirigían el centro»¹⁷. También gracias a las organizaciones cristianas de base otras mujeres de una quincena de pueblos de la provincia tuvieron la oportunidad de mejorar su escasa formación a través de los Cursos de Cultura Popular que, con el fin de «abrir la mente y el corazón más allá de la casa y de la familia», se realizaron entre 1975 y 1977 en el Centro Diocesano de Pastoral Rural-Migrante (CDPRM) del pueblo de Fuensanta.

dia Civil de 18 de abril, 15 de julio y 8 de diciembre 1972; en caja 30553, «Nota Confidencial» del Comisario de Policía al Gobernador de 30 de junio de 1972. Óscar MARTÍN: *A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 111-116.

¹⁵ AHPAB, GC, «Memoria del Gobierno Civil, 1971» (libro), y Archivo JOC (AJOC), Zona Levante-Sureste (ZLS), «Reunión de Zona», caja 95, 12 de diciembre de 1974.

¹⁶ *La Verdad*, 1 de mayo de 1975.

¹⁷ SEFT, entrevista con Encarna Calero, militante de la JOC y enlace sindical en el Textil, 13 de junio de 2005. Nerpío en SEFT, entrevista a JCM, 8 de marzo de 2011, y Villarrobledo en *Militante de Apostolado Rural (MAR)*, 141, 142 y 143 (1979).

Dicho centro social había sido creado poco antes por el MRA con el objetivo de que «la gente de nuestros pueblos participe responsablemente en las tareas cívico-políticas»¹⁸. El movimiento católico rural procuró que este espacio sirviese como foro de reunión para los vecinos de la comarca. Fue, de hecho, un lugar para la vida colectiva, en el que interactuaban campesinos, núcleos de la oposición y grupos cristianos de base, como en el caso de los encuentros entre militantes católicos de diferentes lugares de España y Francia dedicados a estudiar el problema migratorio. Además, el CDPRM contribuyó a dinamizar la vida cultural de la comarca a través de charlas, exposiciones etnográficas, seminarios de mentalización para temporeros, etcétera¹⁹.

Este tipo de iniciativas desagradó tanto a la policía como a las autoridades. Desde finales de la década de los años sesenta ambas expresaron a las jerarquías eclesíásticas su malestar ante las prácticas desarrolladas por el clero conciliar que —en su opinión— estaban inculcando en los jornaleros consignas antigubernamentales y contra la paz social. A finales de 1971 el alcalde del municipio de Nerpio denunció ante la Guardia Civil al equipo sacerdotal de la localidad, al que acusó de sembrar el odio e imposibilitar el «entendimiento entre ricos y pobres». También los jefes del verticalismo provincial culparon en 1974 a estos párrocos de crear «un clima de enrarecimiento en las relaciones laborales que nada beneficia ni a la doctrina de la Iglesia católica ni a los postulados de la Organización Sindical». Otros curas fueron acusados de «alteradores del orden», «libertinos» y «comunistoides». La oficialidad de localidades como Villamalea, Casas Ibáñez, Alcalá del Júcar, El Balletero o Hellín, hicieron todo lo posible para echar a los «curas rojos» de sus pueblos. Incluso en pleno proceso de transición, veintiún sacerdotes fueron detenidos en enero de 1977 mientras discutían sobre sindicalismo en el mencionado Centro Pastoral de Fuensanta²⁰.

¹⁸ MAR, 124 (1976), p. 6.

¹⁹ SEFT, entrevista a JCM, 31 de marzo de 2011. Acta de preparación de la campaña francesa, CDPRM, Fuensanta, «Reunión Regional de Migraciones», Valencia, 5 de junio de 1975. Los cursillos de mentalización para la campaña de hostelería de 1976 llegaron a trabajadores de veinte pueblos de la provincia, CDPRM, Fuensanta, sin título, carta a los trabajadores temporeros de hostelería, agosto de 1976 (SEFT, cedida por JCM).

²⁰ AHPAB, OS, caja 2145, Secretariado de Asuntos Sociales, «Partes a Madrid», 22 de agosto de 1974; AHPAB, GC, caja 30554, «Nota Informativa» de la

También disgustó a las elites provinciales la preocupación de los curas del MRA por articular una vida comunitaria más dinámica en los pueblos, que rompiese la tradicional desconfianza rural. Dicho movimiento intentó conseguir una mayor cooperación cívica mediante la participación ciudadana en los festejos locales. Como denunció un grupo católico, aquellos siempre «se organizaban desde arriba», pero en 1969 los curas de Nerpío lograron que los vecinos se involucrasen en la programación de las fiestas y las celebrasen de forma igualitaria. En Liétor, la presión de una parte del vecindario, apoyado por el párroco, consiguió forzar las fiestas más abiertas, participativas y populares que se recordaban en el pueblo. Durante las festividades de Hellín en 1976 se instaló por primera vez la barraca con la que un grupo de jóvenes católicos y comunistas pretendieron ofrecer una «alternativa democrática a la hostelería helliñera». Para entonces ya se había creado en Alcalá del Júcar —bajo la iniciativa de lugareños, el cura del pueblo y el PCE— un «movero democrático de la clase trabajadora y campesina». Mientras tanto, desde 1975, funcionaba en La Roda una verbena comunitaria auspiciada por el MRA²¹.

La participación ciudadana en el espacio de la fiesta pública contribuyó a animar lentamente la vida social, incrementar el tejido asociativo y recuperar el valor de pasadas tradiciones colectivas desvinculadas del ocio mercantilizado impuesto por el franquismo. Sólo así se entiende que en el otoño de 1976 un centenar de jóvenes rodenses protestasen a las puertas de un local público contra los precios impuestos por un promotor vinculado a la alcaldía. La concentración fue disuelta violentamente por la Guardia Civil, reflejo de la determinación oficial por desactivar cualquier acción ciudadana que contraviniese el control del espacio público. Por motivos similares, los vecinos de Bogarra se quedaron sin pregon en las fiestas de aquel año, suspendido porque anunciaba una reunión en la iglesia para informar a los temporeros sobre la problemática de la vendimia francesa. También el alcalde de Villama-

Guardia Civil de 30 de noviembre de 1971, y de 18 de abril y 15 de julio de 1972. *La Verdad*, 27 de septiembre de 1975 y 1 de febrero de 1977.

²¹ SEFT, entrevista con Antonio Díaz, cura de Nerpío (1965-1970), 14 de abril de 2011; *La Verdad*, 14 de julio de 1974, 4 de noviembre de 1975, 1 de octubre de 1976 y 10 de agosto de 1977, y José María LÓPEZ ARIZA: «La transición», en VVAA: *Los comunistas en la historia de Albacete*, Albacete, PCE, 1990, p. 78.

lea intentó prohibir las Fiestas de la Vendimia de la Cooperativa de San Antonio Abad, alegando alteraciones del orden público. Si no consiguió su propósito fue porque los fieles de la localidad expresaron su apoyo al popular evento mediante un peculiar referéndum organizado por el equipo sacerdotal²².

Por otro lado, la presencia católica y comunista en las cooperativas agrícolas de unos pocos pueblos de la provincia hizo posible que en estas villas se estableciesen servicios comunitarios y se promoviesen actividades socioculturales que escapaban del discurso oficial. Aunque la mayoría de las cooperativas albacetenses estuvieron controladas por los próceres del Movimiento, también existieron casos como el de Villalgordo del Júcar, donde en 1971 la policía hablaba de «una cooperativa de uva en la que hay algunos comunistas y el sacerdote se liga a los trabajadores». En 1973 los socios de la Cooperativa Vinícola San Gregorio de Alcalá del Júcar se unieron al párroco del pueblo para defender sus intereses ante una directiva poco transparente. Pero el ejemplo más importante fue el de la Cooperativa de San Antonio Abad de Villamalea, verdadero motor del desarrollo económico, social y cultural de esta localidad durante los años setenta. A lo largo de este periodo dicha cooperativa, controlada por militantes comunistas apoyados por los curas *progres* del pueblo, construyó una densa red local de servicios asistenciales y culturales, al tiempo que canalizó las reivindicaciones sociales más sentidas por el vecindario, contribuyendo así a una amplia politización antifranquista en una localidad conocida como el «pueblo rojo»²³.

²² *La Verdad*, 18 de noviembre y 17 de septiembre de 1976; SEFT, entrevista a JCM, 31 de marzo de 2011, parte de su testimonio en José CARRIÓN MUNERA, «Experiencia de una presencia de la Iglesia de Albacete en la Transición (1965-198...)», *Seminario de Estudios del Franquismo y la Transición*, VII Jornadas, De la Cruzada al «desenganche»: la Iglesia española entre el franquismo y la transición, Facultad de Humanidades de Albacete, 16 de febrero a 29 de marzo de 2011, <http://www.uclm.es/ab/humanidades/seft/pdf/actividades/josecarrion.pdf>, y Benito SANZ DÍAZ: *Villamalea, 1875-1977*, Villamalea, Ayuntamiento, 2003, pp. 112 y 280.

²³ AHPAB, OS, caja 2126, «Memoria de 1971», y AHPAB, GC, caja 30554, «Nota Informativa» de 21 de marzo de 1973. Damián GONZÁLEZ y Óscar MARTÍN: «Desde abajo y en la periferia del desarrollismo. Cambio político y conflictividad social en La Mancha, 1962-1977», en Damián GONZÁLEZ (coord.): *El franquismo y la transición en España*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 123-143, pp. 131-136. El MRA también participó en la fundación de la cooperativa champiñonera *Championter* de Villamalea en 1977.

Espacios de libertad e interacciones alternativas

Durante su larga andadura, uno de los objetivos del franquismo fue el reemplazamiento de la esfera pública por la esfera oficial. Al igual que otros sistemas no democráticos, el régimen español intentó desactivar a la sociedad civil mediante la conculcación de los derechos políticos, la represión y la imposición de una despolitizada cultura del miedo. Pero la acelerada modernización económica desató una serie de tensiones sociales que requirieron la puesta en marcha de nuevos modelos de integración y ampliación del consenso en torno al régimen. Una de las opciones empleadas para fortalecer la estabilidad de las estructuras autoritarias y desactivar el emergente conflicto sociopolítico fue la apertura de nuevos canales de participación. Primero, a través de las Asociaciones de Cabezas de Familia promovidas en 1963 por la Secretaría General del Movimiento, y después con la Ley de Asociaciones de 1964. La promulgación de esta última ley representaba la asunción por parte del régimen de un controlado riesgo estratégico, a cambio de obtener mayor legitimidad interior y la aprobación exterior en un escenario de desgaste autoritario²⁴.

Por tanto, este nuevo asociacionismo estaba directamente relacionado con los intentos de ampliación de la base social del régimen. Al fin y al cabo, las figuras normativas nacidas del seno de cualquier dictadura nunca son equiparables, excepto por un desliz del lenguaje, con las instituciones democráticas²⁵. Pero si bien es cierto que los cauces de representación observados en dichas leyes fueron sumamente estrechos, no lo es menos que también abrieron

²⁴ Luis AYUSO: *Las asociaciones familiares en España*, Madrid, CIS, 2007, pp. 79-83. Diversas aportaciones teóricas sobre las relaciones entre asociacionismo, sociedad civil y democratización en Maryjane OSA: «Networks in Opposition: Linking Organizations through Activist in the Polish People's Republic», en Mario DIANI (ed.): *Social Movements...*, pp. 77-104, p. 77; David HELD: «Citizenship and Autonomy», en íd. (ed.): *Political Theory and the Modern State*, Cambridge, Polity Press, 1989, pp. 162-184; Muthiah ALAGAPPA: «Civil Society and Democratic Change», en íd. (ed.): *Civil Society and Political Change in Asia*, Stanford, SUP, 2004, pp. 479-480, y Neera CHANDHOKE: *State and Civil Society: Explorations in Political Theory*, Thousand Oaks, Sage, 1995, p. 9.

²⁵ Andreas SCHEDLER: «The New Institutionalism in the Study of Authoritarian Regimes», en *Annual Meeting of the American Political Science Association*, Toronto, APSA, 2009, p. 12.

posibilidades para un aumento y diversificación del fenómeno asociativo. Con ello no se quiere decir que los procesos de movilización que veremos a continuación fuesen el resultado directo de las nuevas oportunidades políticas abiertas por tales medidas aperturistas, sino que, inintencionadamente, éstas pusieron a disposición de los ciudadanos recursos antes inexistentes para conformar plataformas cívicas más plurales e independientes del Estado franquista.

En la provincia de Albacete fueron ochenta las asociaciones creadas entre 1966 y las elecciones de junio de 1977. La mayoría sufrió una fuerte jerarquización y un estrecho control político. Pero en algunos casos tal legislación facilitó la creación de nuevos enclaves para la participación ciudadana, la organización colectiva y la defensa pública de valores e intereses. Por este motivo, los comunistas de Villamalea pusieron sus ojos en la asociación de padres de alumnos del colegio del pueblo, en la que vieron una herramienta para «emprender una lucha más». Aunque esta agrupación estaba sometida a la supervisión oficial, el partido la valoró como un instrumento de acción, por lo que sugirió la infiltración de sus activistas para «plantear a la administración algún problema relacionado con nuestra localidad»²⁶.

La oposición política encontró en el nuevo marco asociativo una puerta entreabierta para desarrollar una mayor presencia pública e imbricación social, sin correr los peligros de la clandestinidad. Este fue el caso del Club de Amigos de la UNESCO, fundado en 1970 por militantes del PCE y elementos católicos de la mencionada localidad de Villamalea. Así lo corroboraron los informes policiales, según los cuales dicha asociación cultural había sido puesta en marcha por grupos antifranquistas para actuar con impunidad «y sin que se les pueda perseguir en sus actividades caso de hacer alguna cosa ilegal». Otros ejemplos parecidos los encontramos en la Hermandad de Donantes de Sangre creada en 1972 por católicos del sector de la banca, o en la Asociación de Antiguos Alumnos de Magisterio. Esta última fue constituida en

²⁶ AHPAB, GC, Asociaciones, caja 766; Archivo Histórico del PCE, Nacionalidades y Regiones, Comité Provincial de Albacete, caja 67, carpeta 5/3, 1970, y Manuel ORTIZ: «Movimientos sociales y sociabilidad en Castilla-La Mancha durante el segundo franquismo», en Abdón MATEOS y Ángel HERRERÍN (eds.): *La España del presente. De la dictadura a la democracia*, Madrid, Historia del Presente, 2006, pp. 309-332.

abril de 1975 por católicos y comunistas para elaborar alternativas de enseñanza pública, gratuita y democrática mediante la organización de asambleas, la realización de actos de protesta y la promoción de iniciativas lúdicas y culturales. En todos estos casos se trataba, según la terminología de Linz, de enclaves democráticos «alegales»: bolsas de oposición formalmente legales, pero ideológicamente contrarias al discurso dominante²⁷.

Aunque las estructuras políticas no determinaron los procesos microsociales, el contexto asociativo abierto por las reformas aumentó las posibilidades de organización colectiva. La nueva legislación, junto a la protección ofrecida por los grupúsculos progresistas de la Iglesia, facilitó la aparición, ya en la década de los años setenta, de pequeños espacios alternativos para la interacción de jóvenes desconectados de las tradicionales prácticas de sociabilidad popular cercenadas por el franquismo. Militantes *jocistas* y consiliarios intentaron atraer a estos espacios a chicos y chicas receptores de una cultura cada vez más individualista, que se dejaban «atrapar por el consumo», o que simplemente no encontraban un lugar donde «pasar el tiempo de ocio» que no fuese el bar o el local de la OJE²⁸. Desde principios de la década comenzaron a aparecer, alentados por los movimientos católicos, algunos espacios en los que grupos de jóvenes descubrieron su capacidad para auto-organizarse y conquistar ciertas cotas de independencia en el disfrute del tiempo libre. Tendencia que fue erosionando la sempiterna voluntad franquista de recluir en lo privado la vida de los ciudadanos y propiciar sentimientos de apatía, desinterés y desconfianza social²⁹.

Entre otros, éstos fueron los casos del Club Juvenil Montesinos en Ossa de Montiel, del Club Roda Joven, del Club Juvenil de Villarrobledo o del Stop Club de Almansa. En los vecindarios de San Pe-

²⁷ Óscar MARTÍN: *A tientas...*, pp. 239-240; *id.*: «Albacete: de la balsa de aceite a la conflictividad social», en Manuel ORTIZ (coord.): *Los movimientos sociales...*, pp. 43-82, p. 71; *La Verdad*, 18 de octubre de 1974, y Juan J. LINZ: *Totalitarian and Authoritarian Regime*, Boulder, Lynne Rienner, 2000, pp. 168-169.

²⁸ AJOC, ZLS, caja 95, carpeta 4/4, 1975, y AHPAB, GC, caja 30555, «Nota Informativa» de 27 de agosto de 1977.

²⁹ Víctor PÉREZ DÍAZ: «De la guerra civil a la sociedad civil: el capital social en España entre los años treinta y los años noventa del siglo XX», en Robert PUTNAM (ed.): *El declive del capital social*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2003, pp. 427-490, e Iris M. YOUNG: *Inclusion and Democracy*, Oxford, OUP, 2000.

dro y el Mortero de la capital provincial, los jóvenes de la zona, con el apoyo de los curas obreros, consiguieron instalar en una propiedad de Caritas «un club juvenil para el barrio», en el que además de divertirse también hablaban sobre «los derechos de los aprendices, de los problemas del barrio, [o] de la asociación de vecinos»³⁰. Un poco más tarde, a principios de 1976 fue creado en círculos católicos el Club de la Juventud de Hellín. Su principal propósito fue que los jóvenes gestionasen su propio ocio mediante la organización de recitales musicales, exposiciones, competiciones deportivas, representaciones teatrales, proyecciones cinematográficas, etcétera. También por aquel entonces un grupo de estudiantes católicos y comunistas pusieron en funcionamiento el Cine-Club Buñuel, donde se organizaron cine-fóruns y se proyectaron películas de un alto contenido sociopolítico³¹. La aparición de estos espacios permitió que grupos de jóvenes compartiesen experiencias en torno a actividades colectivas de tipo legal, al tiempo que se creaban zonas de encuentro entre una amplia variedad de chicos y chicas, que iban desde el activismo antifranquista hasta otros casos de no militancia pero de preocupación por la situación política y social.

Los círculos católicos más activos entendieron que el asociacionismo podía contribuir a dinamizar el desarrollo juvenil y comunitario en el medio rural. Curas progresistas y consiliarios pensaron que la participación juvenil en espacios asociativos posiblemente ayudaría a sustituir la habitual pasividad y fatalismo de los jóvenes de los pueblos por pautas de colaboración cívica y responsabilidad política. Éste fue el objetivo de iniciativas como la Asociación de Amigos de Pétrola, que desde su fundación en enero de 1976 quiso potenciar los vínculos entre los jóvenes de la localidad a través de la cultura. En la misma dirección se movió el club juvenil católico Rumbo Joven, que había nacido un año antes con el fin de «promover la sociabilidad y la amistad entre los jóvenes» y de proporcionar a éstos la «oportunidad necesaria para su formación sociocultural y deportiva». Por su parte, el Teleclub Parroquial de Tarazona de la Mancha procuró organizarse como una

³⁰ AJOC, ZLS, «Equipos de Zona», caja 95, carpeta 4/4, 1975; *La Verdad*, 17 de marzo de 1976; AHPAB, GC, Asociaciones, caja 765; SEFT, entrevista con Antonio Pérez, militante de la JOC en Barrios y Construcción, 12 de diciembre de 2005.

³¹ *La Verdad*, 12 de octubre de 1976.

«asociación de jóvenes, reunida en un mismo plano de igualdad», cuyo objetivo era el de «fomentar la amistad, mediante actividades culturales artísticas y recreativas». El propósito de las agrupaciones de este tipo fue el de dinamizar una sociabilidad juvenil más rica, articulada sobre las bases de una convivencia igualitaria y unos valores solidarios, para así trascender lo privado y situarse en el terreno abstracto del bien público³².

Asociaciones y clubes representaron para sus asiduos participantes «un espacio de libertad para estar juntos con amigos, un sitio donde nos sentíamos un poco libres». En aquella época, algunos muchachos encontraron en tales entornos «un sitio donde estar», un punto de encuentro con curas *progres* que «nos influyeron a toda una generación de gente joven», a la que ayudaron a «socializarse en la discrepancia», a politizarse y a familiarizarse con hábitos democráticos. Por lo que no extraña que las autoridades recelasen de clubes, asociaciones juveniles y espacios similares patrocinados por los movimientos católicos, en los que, en su opinión, los jóvenes eran atraídos por «las tendencias progresistas y socializantes de la Iglesia actual». Detrás de tales suspicacias se encontraba la voluntad del Estado franquista de controlar las fronteras de la política. De hecho, ya en 1969 el alcalde había bloqueado la puesta en funcionamiento del Club Parroquial de Yeste por motivos políticos. Presiones parecidas recibieron años después el Círculo Onturense o el colectivo Sagato, cuyos intentos por crear una asociación cultural y poner en circulación una publicación propia se vieron continuamente obstaculizados por los gobernantes franquistas. Éstas y otras prohibiciones ponen de relieve el carácter conflictivo, y en directa pugna con el poder político, que tuvo la reconstrucción de la ciudadanía democrática³³ en esta provincia.

³² AHPAB, GC, Asociaciones, caja 768; AHPAB, Delegación Provincial de Juventud, caja 28681, y *La Verdad*, 5 de diciembre de 1976.

³³ AJOC, ZLS, caja 95, carpeta 2/2, 1975; SEFT, entrevistas con Victoria Delicado, militante del PC [m-I] y del movimiento feminista, 14 y 29 de mayo de 2007, y SEFT, entrevista con Pepe Tendero, enlace sindical, militante del PC [m-I] y de la Joven Guardia Roja, 23 de mayo de 2007. El carácter conflictivo de la sociedad civil y su desafío a las desiguales relaciones de poder, en Elisabeth JELIN: «Citizenship Revisited: Solidarity, Responsibility and Rights», en Elisabeth JELIN y Eric HERSBERG (eds.): *Constructing Democracy: Human Rights, Citizenship and Society in Latin America*, Boulder, Westviwe Press, 1996, p. 104. Iniciativas culturales cercenadas por la oficialidad en Óscar MARTÍN: *A tientas...*, pp. 267-269.

El grupo Sagato estuvo compuesto por un puñado de jóvenes católicos que, liderados por un cura marxista, se dedicaron a enviar artículos a la prensa, organizar actividades culturales y realizar debates sobre diversos temas. En la misma línea, otro grupo juvenil de Nerpio se propuso en 1975 fomentar la discusión pública entre sus vecinos acerca de aquellos temas que afectaban la vida cotidiana de la comunidad. Comenzaron a distribuir una hoja parroquial que pretendía ser cauce de «expresión y comunicación de todas las personas» del pueblo, además de foro en el que «participemos todos y no escurramos el bulto, seamos cada día más libres y más responsables en todo». Unos meses después, socios del *teleclub* de Alcalá del Júcar también lanzaron, alentados por el párroco, una hoja con el fin de despertar a la «masa inerte» de jóvenes «petrificados por el miedo» y llamar la atención a los gobernantes por su falta de colaboración con «cualquier actividad que pueda dar más luz al pueblo». El atrevimiento les costaría el reproche policial y de sus padres, quienes —por otra parte— fueron criticados desde los púlpitos por la pasividad que recomendaban a sus hijos ante las situaciones de injusticia³⁴.

Asociacionismo, sociabilidad y ciudadanía democrática

Dentro del marco asociativo antes apuntado destacaron las Asociaciones de Padres de Alumnos (APA), nacidas de la mano del Movimiento y de la legislación «familiarista» de finales de los años sesenta. Del medio centenar de asociaciones de padres de alumnos que aparecieron en la provincia entre 1969 y 1979, algunas contaron con el impulso de los sectores comprometidos de la Iglesia. Concretamente las asociaciones de Fuentealbilla (1972), Villamalea (1974) y Nerpio (1976) nacieron al calor del MRA. Las de Letur (1974), Yeste (1975) y Pétrola (1976), instalaron sus dependencias bajo el cobijo de las parroquias. Lo mismo que las tres creadas

³⁴ Sagato en Óscar MARTÍN: «Antes de la transición, la lucha por la libertad. El papel de la prensa de provincias en el desgaste de la dictadura. *La Verdad de Albacete (1973-1977)*», en *III Congreso Internacional Historia de la Transición en España. El papel de los medios de comunicación*, Almería, 2007. La hoja parroquial en AHPAB, GC, caja 30553; el «periódico» en caja 30555; las reprimendas en caja 30554, «Nota informativa» de 31 de diciembre de 1973 y de 25 de junio de 1974.

en Villarrobledo entre 1975 y 1976, o la legalizada en Alcalá del Júcar (1974) con ayuda del sacerdote.

Estas asociaciones de padres, menos controladas por la línea de mando franquista, reivindicaron mejoras estructurales en los colegios y defendieron un modelo educativo integral y renovado en el que los valores de ciudadanía concurrían a través de la participación cooperativa de los asociados. En el caso de Fuentealbilla, estos nuevos criterios educativos se tradujeron en el estímulo de una mayor «sensibilidad social» en la comunidad educativa del pueblo. Mientras que en Nerpio los padres afiliados se propusieron inculcar a sus hijos «un uso responsable de la libertad», así como potenciar «el espíritu de cooperación para tener una mayor vida comunitaria» y garantizar una efectiva «igualdad de oportunidades». La APA de Villamalea, con el significativo nombre de Caminos Abiertos, recogía en sus estatutos la elección democrática de sus responsables, la toma de decisiones por mayoría, la rendición de cuentas a los asociados y la promoción de actividades que fomentasen la sociabilidad y el análisis de los problemas colectivos. El objetivo de la asociación de padres del Colegio San Rafael de Hellín, fundada en una iglesia en la primavera de 1975, era el de «constituir la representación legal de los padres de alumnos [...] para poder ser oídos por cualquier organismo del Estado, Provincia o Municipio» en materia educativa. Por su parte, la APA del colegio de Ossa de Montiel pretendía, al crearse a principios de 1976, «incidir por cauce legal en la Administración Pública para solucionar los problemas relacionados» con la enseñanza de sus hijos³⁵. De esta forma, tales asociaciones intentaron constituirse como representantes de los padres y, consecuentemente, funcionar como estructuras de intermediación ciudadana entre las demandas de éstos y los poderes públicos.

Al igual que ocurriera con estas asociaciones de padres, las agrupaciones de vecinos también trataron de establecer cauces de interlocución con los gobernantes municipales con el fin de introducir

³⁵ SEFT, entrevista a JCM, 31 de marzo de 2011; AHPAB, GC, Asociaciones, cajas 764, 765 y 30058; los entrecomillados proceden de los estatutos de las asociaciones de padres de alumnos citadas, todos en el registro de asociaciones custodiado por la subdelegación del Gobierno. Buena parte de estas ideas son deudoras del excelente trabajo de Pamela B. RADCLIFF: *Making Democratic Citizens in Spain. Civil Society and the Popular Origins of the Transition, 1960-78*, Nueva York, Palgrave, 2011, pp. 255-256.

su voz en la agenda política local³⁶. Por ejemplo, uno de los objetivos principales de la Asociación de Vecinos de San Pedro fue el de «dirigirse a los poderes públicos para informarles de las justas pretensiones de los asociados y solicitar la adopción de medidas oportunas» para la mejora de la zona. Los asociados del barrio del Hospital, también en la capital, mostraron su voluntad de «mantener contactos con las autoridades locales, provinciales y estatales» para que sus necesidades fuesen atendidas. Así, algunas asociaciones familiares y vecinales mostraron una clara voluntad de interacción directa con las autoridades y de influencia sobre la política pública, creando un espacio fértil para la redefinición de la identidad ciudadana y su relación con el Estado en términos más democráticos³⁷.

Pero estas prácticas de interacción con el poder político local llevaron a los grupos vecinales a chocar con el escaso interés y la falta de representatividad de los ayuntamientos. Uno de estos episodios ocurrió en el verano de 1974, cuando los vecinos de San Pedro se dieron cuenta, tras varios meses de reuniones sin resultado, del «poco compromiso de las autoridades hacia nuestros problemas». En la misma línea se expresó en junio de 1975 el cura de San Pablo, harto de que las cartas y visitas al Ayuntamiento para expresar los problemas del colegio del barrio no obtuviesen «respuesta alguna». La desatención oficial fue desvaneciendo la inicial confianza en las autoridades y creando tensiones entre los gobernantes y unos padres y vecinos cada vez más convencidos de que la Administración no actuaba igual con todos los ciudadanos³⁸.

En consecuencia, unos y otros fueron elevando el tono de su crítica contra la oficialidad, provocando que desde el poder franquista se obstaculizase la legalización de las asociaciones vecinales más beligerantes o con una mayor presencia comunista, y se pusieran trabas a la conformación de asociaciones de padres como las de los colegios Graciano Atienza de Villarrobledo, San Rafael de Hellín o Enriqueta Sánchez de Ossa de Montiel. Años después, voces

³⁶ No nos detenemos en una problemática vecinal ya bastante tratada desde Manuel CASTELLS: *Crisis urbana y cambio social*, Madrid, Siglo XXI, 1981.

³⁷ *La Verdad*, 28 de septiembre de 1975, 25 de julio de 1974 y 11 de junio de 1975, y Pamela B. RADCLIFF: *Making Democratic...*, p. 16.

³⁸ Las tensiones, en *La Verdad*, 9 de octubre de 1974, 27 de junio de 1975 o 26 de octubre de 1976, y Pamela B. RADCLIFF: «Las asociaciones y los orígenes sociales de la transición en el segundo franquismo», en Nigel TOWNSON (ed.): *España en cambio. El segundo franquismo, 1959-1975*, Madrid, Siglo XXI, 2009, pp. 140-155.

católicas recordaban que la labor comprometida de varias asociaciones de padres de alumnos había levantado las «suspicias, engaños, coacciones y persecuciones de la gente que había mandado toda la vida en los pueblos». No obstante, y a pesar de tales dificultades, dichas asociaciones supusieron, según estas fuentes, «el despertar de muchos padres a su responsabilidad activa en la marcha de la escuela, a tomar conciencia de que muchas instituciones que eran suyas, estaban fuera de su responsabilidad»³⁹.

Como las asociaciones de padres, las vecinales también estuvieron vinculadas a un movimiento ciudadano que, en la provincia de Albacete, tuvo una notable presencia de militantes católicos⁴⁰. Fueron habituales casos como el de la agrupación San Isidro de Almansa, impulsada desde los salones parroquiales en los que los vecinos encontraron un espacio de reunión. En Albacete, uno de los promotores de la primera asociación de vecinos legalizada en enero de 1977, la del barrio Hermanos Falcó, fue un cura obrero. En los dos años siguientes aproximadamente una quincena de asociaciones vecinales nacieron en la capital y otras partes de la provincia, dinamizadas por *sotanas rebeldes* y militantes del apostolado. Así, a las puertas de las elecciones municipales de 1979, seis de las ocho organizaciones vecinales de la capital albacetense observaban una notable impronta católica⁴¹.

El asociacionismo vecinal creció y se consolidó en la provincia ya en la etapa de la transición, especialmente entre 1977 y 1979. Sin embargo, sus orígenes, la articulación de los primeros conatos organizativos, datan de los años finales de la dictadura, cuando germinaron redes relacionales y grupos cívicos en torno a parroquias y otros espacios sociales. En polígonos como los de San Pedro, Hermanos Falcó y otros, la reivindicación vecinal nació de la

³⁹ Las prohibiciones en AHPAB, GC, caja 30554, y los entrecomillados en MAR, 143 (1979), pp. 11-13, y Pleno de la Comisión Nacional, *Aproximación histórica...*, pp. 18 y 20.

⁴⁰ Pamela RADCLIFF: «La Iglesia católica y la transición a la democracia: un nuevo punto de partida», en Carolyn P. BOYD (ed.): *Religión y política en la España contemporánea*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 209-230.

⁴¹ AHPAB, GC, Asociaciones, caja 765; AHPAB, GC, caja 30554, «Nota Informativa» de 18 de noviembre de 1977, y Derechos Ciudadanos, Télex, 1978-83, caja 30060; SEFT, entrevistas con Llanos Rabadán, Comunidad de Cristianos de Base El Olivo, 17 de febrero de 2011, y con Antonio Díaz, sacerdote secularizado, 14 de abril de 2011.

iniciativa de unos cuantos vecinos apoyados por el cura obrero del barrio⁴². Estos pobladores de la periferia sufrieron graves carencias de equipamientos públicos en sus barrios, pero las condiciones objetivas no provocaron directamente la acción colectiva, que fue el resultado de un cambio más profundo que tuvo sus orígenes en la creación de informales redes de asistencia ciudadana destinadas a acometer las iniciales obras de dotación de los servicios básicos de las barriadas⁴³.

La acción social de las parroquias ayudó a fortalecer estas incipientes redes de ayuda mutua, las cuales alimentaron un determinado sentido de pertenencia comunitaria y establecieron patrones de relación horizontal entre los vecinos que sufrían una situación común. Así, al tener que encargarse del alcantarillado o del alumbrado de sus barrios, los pobladores de estas zonas ganaron un mayor control sobre sus condiciones de vida, fortalecieron los vínculos de solidaridad y elaboraron una representación de sí mismos como miembros de una colectividad y de un espacio urbano específicos. Factores todos ellos que contribuyeron a avivar en los barrios una incipiente sociedad civil sustentada sobre la identidad de clase y la percepción de exclusión social de aquellos que se sentían «fuera del casco urbano» y «abandonados de la mano de Dios»⁴⁴.

Conforme avanzaron los años setenta, en algunos barrios de la ciudad de Albacete fue progresivamente emergiendo una nueva significación social del espacio. Se trataba de una forma contra-hegemónica de habitar el entorno urbano, en la que la cooperación comunitaria era la alternativa a la especulación característica del urbanismo franquista. La convivencia comunitaria regida por los valores del compañerismo y la confianza representó algunos de los ingredientes de aquella sociedad civil que con los años fue adquiriendo formas de cooperación ciudadana más elaboradas. Buen

⁴² SEFT, entrevistas con Andrés Gómez Beteta, 3 de junio de 2005, y Juan Fernández Selva, 5 de abril de 2006, curas obreros.

⁴³ Ivan BORDETAS: «De la supervivència a la resitència: la gestació del moviment veïnal a la Catalunya franquista», en Carme MOLINERO y Pere YSAS (coords.): *Construint la ciutat democràtica*, Barcelona, Icaria, 2010, p. 66.

⁴⁴ Javier HERNÁNDEZ: *El Cerro del Águila e Hytasa: culturas de trabajo, sociabilidad e imágenes de identificación*, Sevilla, Diputación, 1999, pp. 80-100; Xavier DOMENECH: «Orígenes. En la protohistoria del movimiento vecinal bajo el franquismo», *Historia del Presente*, 16 (2010), pp. 27-42, pp. 31-33; y entrecomillados en *La Verdad*, 9 de octubre de 1974.

ejemplo de ello fue la Comunidad Parroquial creada en 1974 por el cura y unos cuantos residentes del barrio de San Pablo, quienes crearon una cooperativa de viviendas. Esta iniciativa, que enraizaba con la solidaridad material propia de las prácticas de autoconstrucción que años atrás habían dado lugar a la barriada, consiguió levantar un centenar de casas «destinadas a la clase económicamente más débil» por un precio inferior al de mercado⁴⁵. Tales empresas colectivas —y aquellas relacionadas con el apoyo moral y económico a las familias más necesitadas, con la creación de cooperativas de consumo, con el levantamiento de centros sociales, etcétera— compusieron los genes culturales e identitarios que poco después incorporaron unas asociaciones vecinales decididas a anteponer el interés general ciudadano al servicio privado⁴⁶.

A través de esta defensa de los valores cívicos, los vecinos más activos de las barriadas también fueron lentamente construyendo su propia visión del bien público. En esta evolución fue importante el papel de los jóvenes que durante la primera mitad de los años setenta participaron en las redes que, como hemos visto en el apartado anterior, se fueron creando en torno a clubes juveniles, salones *jocistas* y parroquias. Militantes de la JOC repartían encuestas sobre la condiciones de vida y los problemas sociales para promover la participación de los vecinos de algunos barrios obreros de la capital o de localidades como Almansa y La Roda. La incorporación de estos chicos y chicas al movimiento de sus barrios ayudó a que el foco de la acción fuese trasladándose de la auto-ayuda de primera hora a las reclamaciones en las que se dilucidaban los derechos de la ciudadanía. Dicha evolución fue perceptible en el curso de los jóvenes de La Vereda, quienes en marzo de 1976 dejaron claro a los munícipes «que no es limosna lo que pedimos sino reclamar unos *derechos*». En la interacción entre vecinos y autoridades el tono de súplica inicial fue dejando paso en los últimos años del franquismo a un lenguaje reivindicativo basado en el concepto de deuda social con los trabajadores de los barrios, quienes habían contribuido a generar la riqueza de la ciudad y de sus clases dominantes. Este cambio fue clara manifestación de una emergente conciencia ciudadana que, adobada con la retórica anticapitalista de los

⁴⁵ *La Verdad*, 15 de junio de 1974.

⁴⁶ Estatutos de la asociación del barrio *San Pedro y Mortero*, 1977, cedidos por Antonio Pérez al SEFT.

curas obreros, ya parecía expresarse con total madurez en los meses posteriores a la muerte de Franco, cuando los vecinos de Hermanos Falcó dejaron claro a los gobernantes locales que «aunque seamos pobres tenemos *derecho* a que se nos atienda»⁴⁷.

Si bien su carácter inicial fue básicamente obrero, el movimiento vecinal desarrolló con los años cierta heterogeneidad que hizo factible una mayor extensión social y política del antifranquismo⁴⁸. Este carácter interclasista estuvo conectado con la capacidad del movimiento para atraer el apoyo y el asesoramiento de jóvenes profesionales (urbanistas, arquitectos, abogados, etcétera) pertenecientes a los movimientos católicos o vinculados a la oposición universitaria. El más claro ejemplo fue el del periódico *La Verdad*, cuya cercanía a grupos seculares de la Iglesia facilitó una mayor atención a la situación de los barrios. Un interés periodístico que fue muy valorado por los militantes vecinales pues, como señalaban los residentes de San Pedro en septiembre de 1975, «los problemas de los barrios si no se airean de alguna manera [...] no se solucionan». Este diario católico hizo de nexo entre el movimiento y la ciudadanía, contribuyendo a ampliar el debate público sobre los asuntos ciudadanos y a legitimar las demandas vecinales ante el resto de la sociedad. Al exponer públicamente las peticiones vecinales, ayudó a visibilizar la dura realidad de los barrios y, consecuentemente, a aumentar la presión social sobre las autoridades responsables de tal abandono⁴⁹.

Algunos grupos vecinales acudieron a este periódico o publicaron sus propios boletines, como en el caso de Hermanos Falcó a partir de 1976, como parte de su empeño por reconquistar el espacio público. Un intento que formaba parte de la misma estrategia vecinal de recuperar formas de organización democrática y lenguajes más participativos, que en la práctica representaban la creciente politización de los barrios. Por ejemplo, en el funcionamiento interno de la vecinal de *San Pedro* cualquier asociado pudo «tomar parte con libertad de palabra y de voto en las juntas generales y

⁴⁷ *La Verdad*, 20 de marzo y 26 de octubre de 1976. Pamela B. RADCLIFF: «La ciudadanía y la transición a la democracia», en Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.): *De súbditos a ciudadanos. Una historia de la ciudadanía en España*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 343-371, p. 349.

⁴⁸ Manuel CASTELLS: *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

⁴⁹ *La Verdad*, 18 de marzo de 1975, y Manuel CASTELLS: *Crisis urbana...*, pp. 290-291.

en sus debates», además de «elegir y ser elegido para miembro de la Junta Directiva». En las discusiones cotidianas en los locales de Hermanos Falcó «se planteaban temas a debate» y «se procuraba que todo el mundo hablara» e interviniese en las decisiones que se «votaban a mano alzada». La participación activa en la vida de estos laboratorios sociales transparentes, asamblearios, en los que se respetaba la libre expresión, implicó el aprendizaje cotidiano de nuevos derechos y obligaciones ciudadanas. Para quienes vivieron dicha experiencia, la convivencia dentro de estos enclaves democráticos representó una auténtica escuela democrática⁵⁰.

Conclusiones

Como se puede apreciar en las páginas anteriores, la ciudadanía democrática no fue simplemente un resultado de la nueva legalidad constituida durante la transición. Más que el estatus legal producto de la Constitución de 1978, la nueva ciudadanía democrática fue el fruto de una pugna conflictiva de orden político que, en el caso albacetense, hundió sus raíces en la etapa final del franquismo. Entonces se produjo una modificación cualitativa en las relaciones entre el Estado y algunos grupos de la sociedad civil albacetense, un cambio relacionado con la definición de los problemas colectivos y las relaciones de poder. En esta transformación tuvo mucho que ver el esfuerzo de los movimientos católicos de base por crear enclaves democráticos, espacios libres de la injerencia autoritaria en los que se extendió un incipiente capital social plural e independiente del poder franquista. Todo este proceso se vio facilitado por las oportunidades políticas abiertas con el nuevo marco asociativo de mediados de los años sesenta, las cuales fueron aprovechadas y ampliadas por la activa participación de determinados sectores ciudadanos.

Las redes relacionales creadas en torno a las parroquias y otros núcleos de sociabilidad contribuyeron a extender los estrechos límites de la esfera pública en esta provincia. Las actividades desa-

⁵⁰ Estatutos de la asociación del barrio *San Pedro y Mortero*, 1977; SEFT, entrevista con Andrés Gómez Beteta, 22 de abril de 2005, y Ricard MARTÍNEZ: *El movimiento vecinal a l'area metropolitana de Barcelona durant el tardofranquisme y la transició*, trabajo de investigación, Universitat Pompeu Fabra, 2000, p. 275.

rolladas en clubes juveniles, salones parroquiales, asociaciones, etcétera, erigieron plataformas cívicas antes inexistentes, en las que un número creciente de personas comenzaron a explorar formas de relación más horizontal y a intimar con nuevos hábitos de participación democrática. De este modo, se fueron forjando cotidianamente los vínculos, las identidades y las ideas sobre las que las instituciones democráticas pudieron posteriormente florecer una vez muerto el dictador.

Generaciones políticas en la masonería española (1900-1931)

Luis P. Martín

Université de Pau et des Pays de l'Adour

Resumen: Partiendo del concepto de generación nuestro estudio aborda la cuestión de las prácticas políticas de la masonería española. Durante el primer tercio del siglo xx, hemos retenido tres generaciones de masones que concibieron su función política dentro de unos márgenes coincidentes con unos eventos que los unían: crisis de fin de siglo, crisis de 1909 y dictadura de Primo de Rivera. De esta manera, cada generación política va a transitar desde la regeneración hasta la práctica clandestinidad bajo la dictadura, pasando por su participación en la construcción de la ciudadanía con la Liga Española de los Derechos del Hombre. A su vez, estas generaciones reflejan las sensibilidades del republicanismo español y su manera de concebir la realización de sus objetivos.

Palabras clave: masonería, generación, culturas y prácticas políticas, republicanismo.

Abstract: Taking the concept of generation as a starting point, our study deals with the topic of political practice of the Spanish freemasonry. Over the first third of the 20th century we have taken into account three generations of masons who conceived their political function within some coincident margins with certain events which joined them: the crisis at the end of the century, the crisis in 1909 and the dictatorship of Primo de Rivera. This way, each political generation is going to move from regeneration to secrecy under the dictatorship, going through their participation in the building of citizenry with the Spanish League of Human Rights. At the same time, these generations reflect the sensibility of Spanish republicanism, and their way to understand the achievement of their goals.

Keywords: freemasonry, generation, culture and political practice, republicanism.

Desde la última década del siglo XIX, España entra en una fase continua de cambios profundos que se manifestaron de forma convulsiva y que dieron lugar a nuevas pautas en las prácticas políticas: sufragio universal, empuje del movimiento obrero, reestructuración del republicanismo, democratización incipiente, urbanización, regionalismos, etc. La masonería española, que ya había dado a partir del Sexenio Democrático signos de actividad política, irrumpe en este nuevo marco participando en los cambios sociopolíticos y culturales. Logias y masones modifican sus comportamientos, amplifican su influencia por medio de una elite, unen a las familias republicanas, adoptan una gran flexibilidad política y modernizan su discurso. Es decir, que optimizan sus recursos y alcanzan un alto grado de acción política que viene explicitada tanto por su trayectoria como por sus planteamientos y propuestas.

Para lograr estos objetivos, la sociedad de los masones procedió a una transformación interna de recomposición del espacio masónico nacional, ayudado por un cambio generacional y empujado por una renovación social interna. Fue este conjunto de cualidades lo que nos llevó a interrogarnos sobre la interrelación entre las nuevas prácticas políticas de la masonería y las distintas generaciones que las produjeron.

La generación como objeto histórico es un tema poco tratado en nuestra historiografía¹; sin embargo, la perspectiva generacional nos ofrece grandes posibilidades en la exploración de culturas políticas, prácticas y representaciones. Dentro del ámbito sociológico, los estudios sobre las generaciones comenzaron en el siglo XIX con Comte, que examinó sistemáticamente la sucesión de generaciones

¹ Me refiero a estudios propiamente históricos, a parte de los muy abundantes estudios sobre las generaciones de intelectuales o de movimientos literarios que dominan el panorama, siendo la generación del 98 la que prima en cuanto a producción. Un intento de superar este marco pero dentro del concepto de generación intelectual es el estudio de Paul AUBERT: «“Vieille et nouvelle politique”: l'impossible relève générationnelle. Espagne, 1868-1936», en Paul AUBERT: *Transitions politiques et culturelles en Europe méridionale (XIX^e-XX^e siècle)*, dossier de *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 36(1) (2006), pp. 49-82. La generación del 14 también ha suscitado interés; véanse los estudios de Marina DÍAZ-CRISTÓBAL: «¿La generación clásica? Modernidad, modernismo y la generación de 1914», *Historia y Política*, 8(2) (2002), pp. 143-166, y Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La generación de 1914: una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2006. Desde una perspectiva política, Juan Ernesto PFLÜGER SAMPER: «La generación política de 1914», *Revista de Estudios Políticos*, 112 (2001), pp. 179-197.

como «la fuerza que movía el progreso histórico»², un concepto de evolución social muy similar al de John Stuart Mill. Con la formación de las clases sociales, a mediados del siglo XIX, y la graduación de los grupos en función de la edad, aparecieron los primeros textos monográficos en los que se incluían parámetros nuevos como el nivel de vida en las estructuras familiares³ o como los vínculos biológico-genealógicos⁴. Por su parte, el alemán Gustav Rümelin, en 1875, introduce la estadística de edades que explica los cambios sociales y culturales que existen entre generaciones⁵. Por estos años, Dilthey introduce nuevas reflexiones en torno a dos cuestiones claves: el tiempo humano y el tiempo histórico. Partiendo del análisis de los grupos, vincula éstos con los acontecimientos y los cambios que se producen en su época⁶; es decir, para Dilthey, dos factores son recurrentes: la historia y la experiencia.

Desde los años veinte del siglo XX se produce una eclosión de estudios sobre la generación que se entronca con múltiples disciplinas. Biólogos, filólogos, historiadores de la literatura, del arte y de la música e historiadores —como Pinder— tratan la cuestión en referencia a sus intereses. Sin embargo, los más relevantes, también por ser coetáneos, fueron Ortega y Gasset y el sociólogo alemán K. Mannheim. No obstante, el primer estudio sociológico lo llevó a cabo el francés François Mentré basándose en el paradigma de que la ley de edades explica la sucesión de las tradiciones culturales en la sociedad⁷. Ortega publicó en 1923 *La idea de las generaciones*, donde consideraba que existía una «sensibilidad vital» entre las personas nacidas en la misma época, lo cual las situaba en el contexto de la historia⁸. Sin embargo, aunque posteriormente en su *Método histórico de las generaciones* entiende que el relevo generacional se sitúa en torno a los quince años, su tesis no

² *Cours de philosophie positive*, IV, París, 1849, pp. 635-641.

³ Giuseppe FERRARI: *Teorie dei partiti politici*, Milán-Nápoles, Hoepli, 1874.

⁴ Justin DROMMEL: *La lois des révolutions : les générations, les nationalités, les dynasties, les religions*, París, Didier et ce, 1862.

⁵ Para un recorrido histórico, consultar Hans JAEGER: «Generations in History: reflection on a controversial concept», *History and Theory*, 24 (1985), pp. 273-292.

⁶ *Gesammelte Schriften* (1875), vol. 37. Citado por Hans JAEGER: «Generations in History...», p. 276.

⁷ *Les générations sociales*, París, 1920, p. 13.

⁸ Insertado en José ORTEGA Y GASSET: *Meditaciones de nuestro tiempo*.

es la de la sucesión generacional, sino la de la superposición⁹. En cuanto a Mannheim, su análisis de las generaciones partió de una doble idea: distanciarse del positivismo y los enfoques biológicos de las generaciones y desmarcarse de la corriente histórico-romántica. Su concepto es que la generación es el resultado de los cambios temporales, o sea, cuando la esencia de unos acontecimientos comunes son compartidos y rompen la continuidad histórica, marcando un vínculo generacional que va más allá que la fecha de nacimiento. Esas experiencias comunes en grupos concretos forman las unidades generacionales. Mannheim no pudo desarraigarse de la perspectiva histórica, ya que su concepto de generación lo vincula al largo tiempo en tres aspectos: relación temporal, existencia humana y cambio social¹⁰.

Es precisamente en este campo de las experiencias compartidas donde nuestro trabajo encuentra su justificación. No cabe duda que entre los masones del primer tercio del siglo XX existen unas dinámicas generacionales que potenciaron fenómenos de integración, de transmisión y de reproducción en torno a valores políticos. Además, a través la axiología presentada, observamos que cada generación masónica muestra una diferenciación en el impacto de los acontecimientos políticos, procediendo a un ajuste de los hábitos. Estos acontecimientos son «unificadores» o «fundadores», los cuales se imponen porque son objetivos; siendo la representación de los acontecimientos (crisis del 98, Semana Trágica, dictadura de Primo de Rivera) la que desempeña el determinante papel de integrador, ya que es dominante. La generación política en la masonería vendría definida por el hecho de que no es una generación de edad, sino una generación de experiencia compartida, una generación plural entre las generaciones¹¹.

Estas consideraciones nos empujan a estudiar las generaciones masónicas como generaciones políticas, y son pertinentes den-

⁹ Esta cuestión formó parte de un ensayo que publicó en 1933, *En torno a Galileo*.

¹⁰ Véase Karl MANNHEIM: «El problema de las generaciones», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62 (1993), pp. 193-242. Este artículo fue publicado por primera vez en 1928. También Ignacio SÁNCHEZ DE LA YNCERA: «La sociología ante el problema generacional. Anotaciones al trabajo de Karl Mannheim», *ibid.*, pp. 147-192.

¹¹ Marc DEVRIESE: «Approche sociologique de la génération», *Vingtème Siècle. Revue d'Histoire*, 22 (1989), pp. 11-16.

tro del campo de explotación que propone R. Girardet cuando subraya que el empleo de la generación es aleatorio científicamente si se establece en grupos o comunidades amplias, siendo más operacional «respecto a un grupo particular de la comunidad nacional»¹². Por último, un aspecto que, pese que no lo relevamos en este estudio, implícitamente está contenido. Nos referimos a la función de la reconstrucción en la memoria de los eventos fundadores de una generación. La memoria actúa como una argamasa en la constitución de una generación política, siguiendo la idea de J.-F. Sirinelli¹³. ¿Cuál sería esta «memoria común» entre los masones en cada generación política?: la de la República. Un parámetro transversal y cultural que nos permite acceder, a través de cada generación política, a las representaciones o a las sensibilidades como complementos de todo un conjunto de culturas políticas de la masonería, en nuestro caso.

La generación de los republicanos centralistas. Los masones de Morayta (1900-1909)

La crisis colonial provocó un auténtico seísmo en los masones españoles. Acusados de ser instigadores, promotores y defensores de los independentistas filipinos, cubanos y puertorriqueños, sufrirán las consecuencias del fracaso de la política autonomista de los liberales. Los hechos remontan a 1896, cuando el gobierno de Cánovas del Castillo encuentra una colisión de intereses entre el Gran Oriente Español (GOE) y una asociación filipina establecida en Madrid. Partiendo de este eje, una campaña orquestada por sectores conservadores, y atizada por la Iglesia, concluye en una encuesta parlamentaria, tendenciosa, y una resolución del gobierno. Por decreto-ley, las actividades de la masonería son prohibidas, los archivos de las obediencias confiscados y sus dirigentes detenidos. Estas medidas provocaron una onda de choque de tal envergadura que la sociedad masónica, paralizada, se disuelve prácticamente sin intervención judicial.

¹² Raoul GIRARDET: «Du concept de génération à la notion de contemporanéité», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 30 (1983), pp. 257-270, p. 261.

¹³ Jean-François SIRINELLI: «Génération et histoire politique», *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, 22 (1989), pp. 67-80.

En otro estudio hemos intentado explicar estos hechos por medio de una perspectiva diferente que la disolución política. Lo más verosímil fue que el fin de las actividades masónicas no se debió únicamente a un decreto-ley, sino que éste contribuyó a una desaparición rápida provocada por una inexorable decadencia masónica iniciada unos años antes¹⁴. Nos encontramos frente a factores múltiples de orden sociológico, ideológico y político. De cualquiera de las maneras, la crisis de la masonería de 1896 no es otra cosa que uno de los primeros episodios o manifestaciones de la crisis de la identidad española; ya que, orquestada o no, la creación de un *bouc-émissaire* tan sólo podía servir como expurgatorio y nunca de profunda revisión de los verdaderos problemas de España.

De esta forma comienza un periodo de silencio que no quiere decir un periodo vacío. Algunas logias, dispersas, continúan sus trabajos en una singular discreción. Sin embargo, la mayoría de las obediencias ha desaparecido, dejando un espacio masónico casi virgen. Este espacio será recuperado por el GOE y, en menor medida debido a su proyección, por la Gran Logia Simbólica Regional Catalano-Balear (GLRCB). Entre 1896 y 1902, la masonería española es incapaz de retomar unas actividades similares a las que desarrollaba una década antes. Se impuso, por lo tanto, una reconstrucción del espacio masónico, pero en función de los nuevos parámetros procedentes de la nueva situación política española, de su crisis de conciencia, de su decadencia.

No hubo renovación, sino reconstrucción, una recomposición. A esta tarea se van a dedicar unos dirigentes masónicos procedentes de un espectro generacional anterior a la crisis de 1896. Esta condición no será determinante a la hora de concebir unas políticas nuevas: las estructuras del pasado no eran viables y ciertas cuestiones exigían un tratamiento político diferente desde la masonería.

Sin duda la impronta de Miguel Morayta, creador y director del GOE desde 1889, es indisociable a este comportamiento¹⁵. El GOE reunió, desde su creación, a masones que militaban en dife-

¹⁴ Luis P. MARTÍN: *Los Arquitectos de la república. Los masones y la política en España, 1900-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2007, pp. 23-31. También Francisco SANLLORENTE: «La crisis masónica de finales del siglo XIX», en *La Masonería española en el 2000. Una revisión histórica*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 2001, pp. 517-529.

¹⁵ La actividad masónica de Miguel Morayta está bien descrita en María Asunción ORTIZ DE ANDRÉS: *Masonería y democracia en el siglo XIX. El Gran Oriente Es-*

rentes corrientes republicanas, con una marcada tendencia histórico-centralista y algunos, pocos, elementos progresistas y federales. Esta corriente moderada, krausista, levemente jacobina, reunía valores de progreso burgués que no provocaban sobresaltos. Su actitud respecto a la religión era respetuosa, nada anticatólica y razonablemente anticlerical. Era el partido de Salmerón y de la Institución Libre de Enseñanza¹⁶, entre otros. Miguel Morayta, en este marco, figura como ordenador histórico (fue profesor de Historia en la Universidad Central), como unificador, hombre de pluma y de consejo más que hombre de poder. Fue dentro de esta tendencia que el GOE se configuró como un espacio de encuentros en donde Morayta diseñará una obediencia bien estructurada, organizada y con un moderado, políticamente, espíritu republicano. El devenir de esta organización será, evidentemente, la de constituir un puente para el partido, para las redes de notables, para una expansión de la cultura republicana. El GOE se puede considerar como un espacio de encuentro y de desarrollo de las filas del republicanismo salmeroniano, sobre todo desde la creación del partido de Unión Republicana en 1903.

A inicios del siglo XX, la masonería fue incapaz de reconstruirse sin un apoyo exterior. Este apoyo le vino de masones que ingresaron en la masonería en la década de los ochenta del siglo anterior; es decir, toda una generación que se inició en política entre 1868 y 1876. La generación de Morayta será la que dirija el GOE en su reconstrucción, la que dará a las logias nuevos contenidos y programas en función del contexto poscolonial español. De esta manera asistimos al comienzo de una modernización de las prácticas políticas de la masonería que se desarrollará sin cesar hasta la Segunda República.

A partir de 1901 observamos los primeros gestos de recomposición política. La asamblea anual del GOE hace una proposición fuera de lo común: pide a las potencias occidentales democráticas que presionen al rey para una apertura del régimen. Un hecho inaudito e inconcebible un par de décadas antes. Pero más allá del

pañol y su proyección político-social (1888-1896), Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1993.

¹⁶ María Dolores GÓMEZ MOLLEDA considera que era «el representante del ala izquierda del krausismo», en referencia a su militancia anticlerical; véase *Los reformadores de la España contemporánea*, Madrid, CSIC, 1981, p. 186.

símbolo de este manifiesto, la masonería española procede a la interpretación del contexto político nacional mostrando una real inquietud, que, de momento, no contempla la cuestión de la forma de Estado, sino sobre la reforma de la monarquía y a favor de una auténtica democratización. El cambio no es solamente la causa de la disolución de las obediencias en 1896, que parece superado, sino de un espíritu nuevo que reclamaba una nueva sociedad¹⁷.

Esta generación masónica de Morayta entendió que la Orden no podía existir por sí misma si no se inscribía en el movimiento que se perfila en la España de después de 1898. Se trataba de una operación perfectamente calculada del grado de politización admitido por aquellos masones demasiado preocupados en «no hacer política» y todo ello sin entrar en un espacio político de señalado signo partidista¹⁸. Fue una interiorización de la gravedad en la que vivía la sociedad española lo que empujó a la masonería a insertarse en la regeneración nacional.

A la consigna «España es el problema», los dirigentes masónicos respondieron con su participación en la reconstrucción moral, social y política de la nación; ya que si el régimen fue la causa del desastre, fue el cuerpo de la nación el que padeció las consecuencias. Se anuncia una diferenciación sin ambigüedad posible; sin embargo, la prioridad no es dar un aval al régimen, sino salvar a la nación. Estos indicadores son a menudo ignorados. La masonería, al introducirse en la regeneración nacional, construye a la vez su introducción en el cuerpo político y en un proceso de identificación

¹⁷ Una gran parte de las estrategias políticas del GOE se encuentran en el Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH) (antes Archivo General de la Guerra Civil Española), *Actas del Gran Consejo de la Orden*, leg. 650A, y *Actas de las Asambleas de Representantes*, leg. 652^a.

¹⁸ Creemos que no está de más insistir que la masonería, como institución, no tiene una doctrina política definida; fue el contexto sociopolítico español contemporáneo lo que la llevó a politizarse. Por lo tanto, se trata de una sociabilidad política en el sentido en que está interesada en el bien común y en la *polis*. Otro asunto es que los masones pertenecieran a uno u otro partido político. En general, la porosidad partidista en la masonería se mantuvo a nivel de las sensibilidades y la libertad de opinión, que se puede comprobar en boletines oficiales y revistas, era connatural con sus principios de tolerancia y libertad. Evidentemente nunca se decantó por un partido político. No obstante, la fuerte politización surgida tras la dictadura de Primo de Rivera y la alta participación de masones en las instituciones de la Segunda República minaron su serenidad, ya que vivió en su interior los conflictos políticos de sus masones políticos.

nacional. Observado desde el campo cultural no hay contradicción, lo cual explica el amplio consenso de la operación al interior de la masonería española.

Esta política de los masones tendrá un alcance desconocido y será la base de toda su implicación en el devenir del país y de su participación en el debate político durante todo el primer tercio del siglo xx. Lo que Morayta y su generación no podían prever era que las logias también iban a participar en la recomposición de los espacios políticos del republicanismo después de 1900; como tampoco podían imaginar que se estaba iniciando un proceso de transversalidad de las relaciones políticas, sociales y culturales en el que, también, iban a participar las logias. Fue en esta época cuando surge, gracias a la aparición de una sociedad civil más dinámica, la formación de las primeras redes sociopolíticas y culturales¹⁹. Si en esta primera década del siglo estas redes son aún balbucientes, en cuanto a la optimización de las agendas, sí se muestran competentes en la contestación a las políticas gubernamentales, las cuales contradicen las demandas generales de una democratización más extensa²⁰. El GOE consideró prioritario un ensanchamiento de la vida política y, en su ideal de búsqueda de una sociedad armoniosa, entendió que podía ser una de las fuentes de solución de los conflictos sociales que apuntaban en España; pero, también, una fuente para el apaciguamiento político necesario a la modernización de la sociedad. Las recurrentes negativas del régimen para adoptar una política de apertura y de consenso llevarán a la masonería a optar por una posición cada vez más dura contra la monarquía.

La consecuencia de esta actitud será una entrada señalada de la masonería en las elites de la contestación y oposición. Es un hecho nuevo en la medida que, durante el siglo XIX, jamás fue convocada a ello y tampoco tuvo este papel en el conjunto de las fuerzas opositoras a la Restauración. Si las relaciones en la clase política cambiaron, se debió a la gravedad de la situación nacional (huelgas obreras, guerra de Marruecos, llegada en masa de religiosos franceses expulsados por las leyes laicas, etc.), al bloqueo sistemático de los

¹⁹ Sobre este aspecto, consultar María Dolores RAMOS: «La República de las librepensadoras (1890-1914): laicismo, emancipismo, anticlericalismo», en María Dolores RAMOS (ed.): *República y republicanas en España, Ayer*, 60 (2005), pp. 45-74.

²⁰ Teresa CARNERO ARBAT: «Elites gobernantes y democratización inacabada (1890-1923)», *Historia Contemporánea*, 23 (2001), pp. 483-508.

gobiernos de la monarquía y, por último, a las necesidades de concertación de todas las fuerzas republicanas²¹.

La conjunción republicano-socialista de 1909 reforzará esta agenda. Lo cual significa que las logias, que cuentan con pocos socialistas en sus filas, tendrán un espacio más ancho. Así se presentarán nuevas posibilidades de acción. De ahora en adelante, viendo el desarrollo de las redes políticas, la sociedad masónica ya no apunta hacia una exteriorización, sino a la puesta en marcha de una auténtica comunicación política.

La generación política de Morayta, una vez superadas las reticencias políticas del siglo anterior, se inscribió en una dinámica portadora: la regeneración. Estos hombres creyeron que la masonería era necesaria para una España en busca de identidad²². Al mismo tiempo, se decidirá por un alineamiento más confortable respecto a la oposición política, todo ello proponiendo fórmulas innovadoras sin tomar partido. Fueron dos tácticas que van a revelarse trascendentes en el futuro masónico español y muestran también una aptitud hacia la acción política original y subrayan la flexibilidad de una generación que había entendido el papel de las logias en el cuerpo político de la nación.

²¹ La masonería se encontró inmersa en los reajustes doctrinarios del republicanismo español. La impronta salmeroniana en la dirección del GOE era indiscutible y su concepto de la unión de las familias republicanas también. Esta sólida posición se debía, por un lado, a que las relaciones con los masones catalanes pasaban por un buen momento, ya que eran autónomos de Madrid, y, por otro lado, a que la influencia de Morayta seguía siendo muy importante. Sobre la situación del republicanismo en esta primera década del siglo XX, consultar Manuel SUÁREZ CORTINA: «El republicanismo español tras la crisis de fin de siglo», en *ÍD.: El gorro frigio. Liberalismo, democracia y republicanismo en la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 240 y ss.

²² Sobre esta cuestión son elocuentes las palabras del gran maestro accidental, Francisco Sosa, en la Asamblea anual del GOE de 1904: «Nosotros queridos hermanos estamos en el deber de renovar esta sociedad española. Los hombres que nos han llevado al desastre material y que nos hacen vivir en el desastre moral es preciso que desaparezcan para siempre de la vida pública; que desaparezcan los gobernantes que no supieron evitar guerras que trajeron la deshonra; que desaparezcan los maestros que, fanáticos e ignorantes, crearon seres enteros y raquíuticos de inteligencia y ricos en fanatismo y superstición», *Boletín Oficial del Gran Oriente Español (BOGOE)*, 146 (11 de mayo de 1904), pp. 95-98.

El masón reformista. La generación del doctor Luis Simarro (1909-1921)

La inserción de la masonería en el campo de la política no fue, sin embargo, fácil. La realización de los proyectos propios dependía de otros proyectos compartidos y rara vez de una acción exclusivamente masónica. Este contexto hará que la masonería española se anude mucho más al devenir, aleatorio, de una oposición republicana y socialista cada vez más presente en la vida política.

Si 1909 representa la división de los republicanos y la desaparición de la generación de Morayta en la dirección del GOE, después de la Semana Trágica la característica dominante fue la expresión de prácticas divergentes entre el viejo y el nuevo republicanismo. Este hecho es palpable en diferentes niveles. En primer lugar, los masones vivieron el divorcio en la familia republicana con una lógica distancia, ya que la mayoría de ellos se identificaba con Salmerón, y, en segundo lugar, porque se encontraron frente a la oportunidad de producir un espacio político diferenciado. El nuevo gran maestro, el profesor Luis Simarro²³, comprendió que el GOE no podía servir de caja de resonancia de las disputas entre republicanos. Su salvación vendría, una vez más, de su adaptación a un universo político altamente conflictivo de una sociedad en crisis. Las propuestas masónicas van a tomar altura y presentar un lugar de encuentro a los opositores más que un lugar de división.

El papel de los masones reformistas partirá de una continuidad intelectual. Fieles a los grandes principios de Salmerón, pero más en fase con la contestación. Si Luis Simarro dirige el GOE,

²³ Luis Simarro (1851-1921), de origen valenciano, estudió Medicina y Psiquiatría en la Universidad Central. Durante sus años de juventud frecuentó el Ateneo y la Institución Libre de Enseñanza. Como médico psiquiatra dirigió el Manicomio de Leganés hasta 1880, año que fue a París donde estudió neurohistología con importantes profesores como Charcot, Duval y Magnan. Esta estancia le permitió trabajar amistad con Salmerón y Ruiz Zorrilla, exilados republicanos. En 1885 regresa a Madrid y colabora con Ramón y Cajal y Jaime Vera; en 1893 abre un laboratorio de Pedagogía Psicológica en el Museo Nacional Pedagógico, dirigido por B. Cossío. En 1902 obtuvo la cátedra de Psicología Experimental de la Universidad Central. En 1907 es nombrado miembro del consejo de la Junta para la Ampliación de Estudios. Miembro de la potente logia *Ibérica* de Madrid fue elegido gran maestro del GOE en 1917. Además de ser el inspirador de la Liga Española de los Derechos del Hombre, fue un activo participante de la Liga Antigermanófila.

las grandes instancias de la obediencia están ocupadas por miembros eminentes del reciente partido republicano reformista; incluso su presidente, Melquíades Álvarez, es masón. No es un detalle banal que exista una simbiosis tan grande entre la idea de una moderación en lo político y las múltiples estrategias que van a desarrollar los masones reformistas. La altura intelectual se verá reflejada en los temas de trabajo en las logias, en la exigencia de una reflexión profunda sobre los problemas más graves que aquejaban la sociedad española y en la búsqueda de un compromiso cívico. Por todos estos aspectos no resulta extraño que la percepción del papel de la masonería por parte de sus dirigentes, penetrados por el krausismo de la segunda generación.

Si las prácticas masónicas son innovadoras, la masonería también moderniza su exteriorización. El punto de salida fue un libro publicado en 1910 por el gran maestro Simarro. Esta obra²⁴, dedicada al proceso de Montjuic donde fue condenado Francisco Ferrer, revela la falta de garantías judiciales que hubo en el juicio. La publicación del libro produjo un auténtico estímulo entre los opositores a la monarquía. Simarro, que no era un político de primera fila y que tampoco obtendría el acta de diputado, provocó un saludable sobresalto. El libro no sirvió únicamente para fomentar la mitología de Ferrer, también mostró la urgente necesidad de crear las bases de un proyecto jurídico y político que fuera más allá de los partidos políticos.

A partir de aquí se va a desarrollar una serie de acciones. En primer lugar, durante el gobierno de Canalejas, los masones piden que se acreciente un control de las órdenes religiosas; y, posteriormente, a causa del fracaso de esta demanda y el asesinato de Canalejas, fuerzan al GOE para crear la Liga Anticlerical en 1911²⁵. Estas acciones sólo son la continuación de la acusación contra la Iglesia de haber influido en el proceso de Ferrer y, también, la exigencia de una secularización y la separación de la Iglesia y del Estado. Aun-

²⁴ *El proceso de Ferrer y la opinión europea*, Madrid, 1910.

²⁵ Entre los animadores de la Liga encontramos Miguel Morayta (presidente), Luis Morote (vicepresidente), Eduardo Ovejero (secretario), Santiago Arimón, Augusto Barcia, Francisco Escola, Ricardo Villamor (vocales) y todos masones. Los estatutos de la Liga precisan la finalidad de su creación: «su objeto es influir en los gobiernos y en la opinión para afirmar la supremacía del poder civil contra las intrusiones del clero». Cfr. *Estatutos de la Liga Anticlerical Española*, Madrid, Imprenta Ducazcal, 1911.

que la Liga nació en una fase descendente de las movilizaciones anticlericales, la política del GOE era la de asegurar su continuidad, evidentemente colegiada, pero controlada y ordenada por la masonería. El pequeño alcance que tuvo el proyecto es llamativo. En realidad, el anticlericalismo ya estaba integrado en las grandes agendas contra el Estado monárquico por sus negativas a democratizar el sistema y a perennizar la suspensión de garantías constitucionales. Es decir, que se trataba de una percepción muy diferente al anticlericalismo de antaño, puesto que superaba el concepto de su lucha secular contra el clero y la situaba en una visión más vasta que indicaba los combates políticos que llevarían a cabo.

El segundo proyecto de envergadura que surgirá desde el GOE será la creación, en 1913, de la Liga Española de los Derechos del Hombre (LEDH). La Liga aparece después de un periodo de maduración. El libro de Simarro había provocado un profundo interés en medios librepensadores, republicanos y socialistas. Y entre su publicación y 1913 hubo una serie de reuniones y encuentros sucesivos entre Barcelona y Madrid. El GOE, desde la dirección de Simarro, había considerado la importancia de crear un centro que pudiera defender los derechos del hombre y del ciudadano, como habían hecho los masones franceses en 1890. Finalmente, en una última reunión en el Centro Republicano de Madrid, se decidió la creación de la Liga. La presidencia de honor recayó en Benito Pérez Galdós. En esta primera configuración de la LEDH, los masones tuvieron una importante presencia en la directiva: un tercio de ella. Esto explica muy claramente la política del GOE respecto a este proyecto y para hacer sentir su adhesión decretó que en cada capital de provincia la(s) logia(s) fuera(n) la(s) primera(s) en poner en marcha las secciones provinciales, y dirigir las. De esta manera un vínculo sólido fue creado entre las logias y la Liga²⁶.

La generación de los masones reformistas era una generación de abogados, tribunos políticos, periodistas, escritores y profesionales. Estos masones estaban convencidos de la trascendencia del derecho en la vida política y sólo contemplaban las relaciones políticas y sociales por medio de un Estado de derecho. De aquí que la convergencia entre la masonería y la LEDH sea natural en la me-

²⁶ Hemos reconstruido la trayectoria de la Liga en Luis P. MARTÍN: «Una escuela de democracia: la Liga Española de los Derechos del Hombre (1913-1936)», *Derechos y Libertades*, 6 (1998), pp. 379-383.

didada en que esta última establecía un componente ético a los comportamientos políticos y un referente jurídico frente a las faltas de derecho. Además, su desarrollo facilitaba el componente político de los masones en un espacio político (y politizado) pero no partidista. Una vez más, los reformistas creían hacer política para la *polis*, por el interés general.

Rediseñar los espacios de actuación, colaborar en la definición de las redes interviniendo en ellas, señalar cuestiones de reflexión susceptibles de consensuar una contestación, abrir canales de comunicación, etc., todos estos aspectos, los dirigentes del GOE los llevaron a su más alta expresión. Sabiendo hacer política de otra forma, situándose cerca de la elite intelectual y política, en tanto que hombres de consejo.

Uno de los hechos más evidentes fue su participación en la revista *España*. El GOE siempre fue consciente de la importancia de tener un canal de comunicación directo con la sociedad española; una comunicación imposible con sus boletines internos. Unos años antes, una revista se creó con el objetivo de hacer visibles los fines de la masonería. *El Mundo Latino* fue testigo de esta nueva fórmula de acercamiento social de la masonería española. Con *España*, la tonalidad será diferente, ya que, sin ponerse en primera fila, los masones se van a dedicar a consolidar la LEDH, por medio de peticiones, notas informativas, lista de donativos y suscriptores (¡interminables!), artículos y cartas de lectores²⁷.

No cabe duda de que estas empresas están impregnadas de una modernidad en el enfoque de los asuntos públicos. Esta generación, gracias a su posición en el tablero político nacional y a su centralidad madrileña, logró también un cambio fundamental en las prácticas masónicas: no estar en los márgenes de las movilizaciones, sino formar parte de ellas. Esta actitud fue tanto más necesaria porque la crisis de 1917 mostró las necesidades de una alianza con la oposición al sistema. Una prueba fue que los debates de la asamblea de los parlamentarios celebrada en Cataluña fueron transcritos y publicados en la editorial masónica LIF.

En suma, nos encontramos frente a un periodo generacional decisivo. En primer lugar, se produjo a la vez un crecimiento del es-

²⁷ Véase Olivia SALMÓN MONVIOLA: *La palabra de paso. Identidades y transmisión cultural de la masonería en Madrid (1900-1936)*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones Idea, 2008, pp. 243-280.

pacio masónico y político a nivel nacional que reflejaba las innovaciones de estos comportamientos. En segundo lugar, la consigna «nada de alineación sino espacio de concentración» produjo unos frutos inesperados, ya que, pese a las visibles contradicciones con la realidad, esta idea revela que el *juste milieu* masónico era una estrategia convincente dentro de la bondad política que representaba el posibilismo reformista. Se trata de una generación que, más que intentar llenar las logias, buscaba construir espacios múltiples, redes variadas y variables, lazos interpersonales y una comunicación propia. El GOE sale de esta operación beneficiado porque fue aceptado, en tanto que actor, por una gran parte del abanico político de la oposición, admitido en los círculos de debates y con vías directas de contacto gracias a una panoplia de hombres implicados en el mundo político y masones.

El masón radical. La generación de Martínez Barrio (1921-1931)

El agotamiento de la vía reformista fue debido a dos contextos diferentes: uno, el control de las logias por el Gran Consejo de la Orden, que era mal soportado por la base a causa de una actitud poco democrática por parte de los dirigentes del GOE, y otro, los males producidos por el posibilismo reformista, fórmula de salvamento de la monarquía. Los masones reformistas pretendían conservar un poder en el GOE, lo cual, en cierto modo, estaba en contradicción con su declarado espíritu democrático. Las actitudes recurrentes del Gran Consejo de la Orden molestaban profundamente en las logias simbólicas, las cuales veían que sus demandas y proyectos eran, muy a menudo, rechazadas por los altos dignatarios. Esto provocó reacciones muy vivas y manifestaciones de todo tipo.

El reverso de esta contestación no fue otro que una masonería más joven que reclama un estatuto diferente del pasado. El hecho de que los últimos masones más recientes tuvieran una tonalidad más radical que reformista va a hacer cambiar, de arriba abajo, la tendencia dominante. Las logias «radicales» a penas soportaban esos «señores», esos masones abogados, intelectuales y ateneístas. El nuevo masón se encuentra entre los negociantes, comerciantes, empleados, profesores de instituto y maestros. Es decir, un nivel so-

cial más popular. Estos datos son los que indican a lo que se iba a parecer la masonería española a partir de los años veinte. Un cambio generacional, pero también un cambio sociológico.

Dos hechos mayores, conjugados en el mismo contexto, van a rediseñar los nuevos espacios masónicos: por una parte, la «revuelta catalana» de una decena de logias del GOE que, con la ayuda de algunas logias andaluzas, se van a separar y crearán la Gran Logia Española (GLE). Por lo tanto, una masonería periférica, más política y menos a la escucha de las variables madrileñas. La GLE es la resultante de una visión de la masonería más amplia y democrática, pero también de un republicanismo más radical, social y laico. Por otro lado y debido a la contestación de las logias, la puesta en pie de una nueva carta territorial de tipo federal en el GOE. Estas dos cuestiones van a ser llevadas a cabo por los radicales, desplazando a los reformistas. No es un juego de sillas, ya que estos últimos no fueron nunca marginados, sino que, de 1921 a 1922, sucedió una redefinición del rol de la sociedad de los francmasones.

Para empezar, asistimos a una apropiación de la imagen de la masonería. La GLE, por medio de una maniobra muy audaz e inteligente, se presentó ante las instancias masónicas internacionales como la única representación masónica española, expulsando, *de facto*, al GOE de estos foros²⁸. Un golpe maestro que el GOE sólo logrará reconducir después de mucho esfuerzo y años. La GLE practica una internacionalización de sus prácticas políticas, las cuales pasan por la Asociación Masónica Internacional (AMI), la Sociedad de Naciones y otros organismos asociados como la Oficina Internacional del Trabajo. En el otro bando, el GOE se vio abocado a desarrollar una política más nacional, a intentar enraizar estos nuevos masones radicales; y para ello encontró el dirigente más adecuado en la persona del dirigente sevillano Diego Martínez Barrio.

²⁸ Esta mala pasada tiene una historia. El GOE, en su nueva organización de 1921, decidió disolverse con el fin de ponerse en conformidad con el principio federal que prevaleció. Durante dos años el Gran Consejo Federal Simbólico (GCFS) fue el único organismo que hacía las veces de obediencia. Esta autodisolución tuvo como consecuencia que la GLE pudiera presentarse ante la Asociación Masónica Internacional (AMI) como la única obediencia española, lo cual era real. El GCFS se vio en la obligación de refundar el GOE en 1923 para ser reconocido por las obediencias extranjeras. Pese a sus repetidas demandas a la AMI, tuvo que batallar duro para obtener el reconocimiento. Una historia paradójica e inverosímil. Véase Luis P. MARTÍN: *Los Arquitectos de la república...*, pp. 113.

En un ambiente masónico en plena evolución y sin haber tenido tiempo para consolidar los proyectos de ambas obediencias, el golpe militar de septiembre de 1923 va a modificar profundamente las cosas. La dictadura militar de Primo de Rivera, primero, y el directorio civil, después, a partir de 1925 van a convertir la masonería en un canal de movilización política. La contestación timorata del GOE y las peticiones sibilinas de colaboración de la GLE no podrán impedir una represión masónica arbitraria y selectiva. En este aspecto, observamos dos actitudes distintas entre las obediencias. Sin embargo, el poder no se deja embaucar por las propuestas de la GLE, ni de la neutralidad manifiesta del GOE. Las estrategias contra la dictadura tomarán un carácter propio en los diferentes niveles de la conspiración y, en este caso, hay que tener en cuenta que las gestiones llevadas a cabo con el régimen superaban las posibilidades materiales y efectivas de la masonería. Los masones radicales aplicaron los recursos propios al radicalismo, entre los cuales algunas logias figuraban con espacios secretos. Y estos recursos escapaban al control de las logias y de los dirigentes nacionales. Más aún, unas y otros nunca avalaron las actividades conspiradores.

Un comportamiento que se explica por el papel que tendrán las logias durante la dictadura; es decir, espacio de reunión masónica y política, colusión de las fuerzas de oposición. Como decía Martínez Barrio: «casa de todas las izquierdas»²⁹. En definitiva, una nueva estrategia política, más anclada en las oposiciones al régimen y con un nivel de compromisos variable según el tipo de movilización. Dentro de esta dinámica, también podemos considerar que la dictadura favoreció la llegada de socialistas a la masonería o a la solidificación del radical-socialismo, incluso al acuerdo entre las dos obediencias en 1924.

No vamos a entrar en las tácticas de la(s) conspiración(es) ya que, por una parte, se sitúan fuera del alcance de este estudio, aunque tuvieran una repercusión en las actitudes hacia la dictadura, y, por otra parte, todas las conspiraciones fueron ideadas, preparadas y estructuradas por grupos políticos y nunca tuvieron directamente una naturaleza masónica.

²⁹ Sobre las ideas masónicas de Martínez Barrio, consultar Leandro ÁLVAREZ REY (ed.): *Diego Martínez Barrio. Palabra de un republicano*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla-ICAS, 2007, pp. 243-303.

No obstante, el papel de los radicales producirá una innovación en la atracción de nuevos masones: el reconocimiento de que sus redes tenían una finalidad múltiple. La llegada de militantes de base, de simpatizantes provenientes de todos los sectores socio-profesionales de la burguesía, de cuadros de los partidos, militares contrarios a Primo de Rivera y, por último, intelectuales, dará a la masonería española un nuevo rostro, que se integra en este vasto movimiento de oposición. La experiencia madrileña es, en este aspecto, bastante neta, cuando dirigentes políticos, periodistas y abogados se unan para crear la logia *Dantón*. Si este ejemplo es demasiado evidente en lo que toca el maridaje «política y masonería», también nos muestra la flexibilidad de la sociedad masónica que, preservando algunos principios esenciales, se adaptó para servir un ideal superior. Así, la gran idea de Martínez Barrio de servir de centro de confluencia se convirtió en realidad.

Pese a las precauciones tomadas, la clausura de la sede del GOE en 1927, así como los conflictos políticos en la Gran Logia Regional del Centro y los movimientos de la GLE en torno al poder, se pueden poner en el pasivo de las estrategias; prueba de ello fue que después del directorio civil la masonería construyó un discurso republicano unitario. En cada consigna a la prudencia, en cada artículo o comunicación de las asambleas, el interés de los masones fue el de unir las fuerzas. En vísperas de la Segunda República nos encontramos frente a una sociabilidad politizada y participativa, ciudadana y responsable.

La generación masónica de los radicales creó una dinámica y nuevas estrategias en la Orden. Desde el GOE provocaron una ruptura con el posibilismo reformador, desarrollando una política de competencia a la GLE.

Reflexión final

A lo largo de estas tres décadas, la observación de los comportamientos políticos en la masonería española puede hacerse por medio de un estudio de sus generaciones. La clasificación aplicada en función de tres generaciones clave nos ha permitido comprender las modificaciones de las prácticas políticas en la masonería en dos aspectos importantes. El primero, asistimos a una praxis de las

agendas de oportunidades. En efecto, las logias y los masones, instalados en un contexto evolutivo, conflictivo y abierto, van a posicionarse frente a los acontecimientos, van a integrar los problemas de la sociedad española (toma de conciencia respecto al regeneracionismo, crisis de la Restauración, crisis sociales, violencia política, dictadura, etc.), van a reflexionar y van a actuar (cfr. la LEDH). El segundo, este comportamiento, por niveles y por generación, va a proceder a mutualizar las experiencias políticas en función de una contextualización evolutiva.

Estos parámetros nos muestran una aculturación de los recursos (redes, proximidad, vínculos, etc.). La masonería ya no es una sociabilidad de notables, a partir del siglo XX se encuentra en un espacio de expresión política y de gestión común de las estrategias. El papel de los reformistas nos mostró que los masones fueron capaces de crear unas afinidades fuera de las logias, de juntar y de establecer lazos interpersonales, institucionales y de comunicación con grupos y sectores políticos y socioculturales muy diversos. Los reformistas supieron dar una forma auténtica a lo que buscaba la masonería: ser una pasarela. Esta función fue continuada por los radicales, que, empujados por la dictadura, levantaron un sistema que hizo atractiva la masonería, pero también operativa. En suma, introducir en las logias una parte importante de los cuadros republicanos y algunos intelectuales socialistas.

A través de las generaciones hemos visto algunos de los cambios más interesantes en las prácticas políticas como son la pertinencia y la posibilidad de realización de estrategias y proyectos. La masonería penetrada de una cultura política republicana nos enseña durante los treinta primeros años del siglo XX cómo llevarla a cabo. Sin esta tradición, sin este cúmulo de experiencias, sin esta fusión con republicanism, ninguna de estas prácticas hubiera podido realizarse. Lo cual muestra que, más que una sociabilidad política, también fue una sociabilidad cultural de un proyecto político: el de la República.

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

Miradas y debates sobre la violencia franquista

Ángela Cenarro

Universidad de Zaragoza

Resumen: En los últimos años ha visto la luz un número importante de monografías que ponen de manifiesto la vigencia de la violencia franquista en la historiografía española y extranjera. Aparte del rigor cuantitativo y del afán por ofrecer un balance sobre el número de víctimas, estos trabajos ofrecen una continuidad con las líneas de renovación que el tema había experimentado en la última década. Asimismo, han entrado en escena nuevos debates, derivados del interés por comparar con otras experiencias europeas coetáneas, así como por analizar la violencia de la dictadura de Franco a la luz de categorías utilizadas para otros episodios violentos del siglo XX.

Palabras clave: violencia, Guerra Civil, dictadura de Franco, genocidio, holocausto, memoria.

Abstract: In the last few years, several monographies on the Francoist violence have been released. Their appearance evidences that the bloodshed carried out by military rebels during the Spanish Civil War and postwar is still relevant in the Spanish and foreign historiography. Besides the accuracy in the counting of the victims, as well as the intention to offer a conclusive number of them, these studies constitute a notable contribution to the main research lines developed for this particular topic in the last decade. Additionally, new debates have arisen from the effort to compare the Spanish case with other contemporary European experiences, or to analyze Francoist violence with categories generally used to describe different episodes of violence in the 20th century.

Keywords: violence, Spanish Civil War, Franco's Dictatorship, genocide, Holocaust, memory.

La violencia desplegada por los militares sublevados en 1936 y quienes les apoyaron sigue siendo un tema de plena vigencia en la historiografía española contemporánea. Así lo pone de manifiesto la reciente aparición de una serie de monografías que constituyen el núcleo de este breve ensayo sin pretensión de exhaustividad¹. Si algo tienen en común es que su objetivo trasciende la voluntad de hacer aportaciones novedosas desde el punto de vista cuantitativo, algo que sí fue una prioridad de las que vieron la luz en los años ochenta y noventa. Precisamente, fueron estos trabajos pioneros, de ámbito local, provincial o regional, los que permitieron sentar las bases de un conocimiento preciso y certero sobre los mecanismos represivos de los rebeldes, así como sus efectos en la sociedad española. Acometer esta tarea ha estado desde sus inicios impregnada de no pocas dificultades metodológicas, que sólo se aliviaban en cierta medida si el estudio se efectuaba desde un espacio concreto, el que permitía al historiador sumergirse en registros civiles, archivos locales y recopilar fuentes orales que complementarían las escritas. La investigación de la violencia franquista comenzó espoleada por la necesidad de hacer un recuento exhaustivo de las víctimas y ponerles rostro, conocer sus nombres y su perfil político y social, así como satisfacer la deuda moral que la sociedad española había contraído con sus familias. Constituía una respuesta crítica al hecho de que ni la dictadura ni la democracia recién estrenada hubieran abierto un espacio para el reconocimiento simbólico de las víctimas ni la reparación del dolor de sus allegados.

Más de veinte años después de las primeras investigaciones sobre el tema, los objetivos iniciales están cumplidos². A pesar de las limitaciones impuestas por las fuentes, los historiadores parecen haber alcanzado un acuerdo tanto por lo que respecta a la cifra de víctimas durante la guerra y la posguerra —que sitúan en

¹ Me centraré en los trabajos que he considerado más relevantes aparecidos desde 2009, por su aportación al conocimiento de los mecanismos represivos o la contribución a los debates sobre el tema.

² Algunas de las primeras investigaciones fueron las siguientes. Antonio HERNÁNDEZ GARCÍA: *La represión en La Rioja durante la guerra civil*, Logroño, Antonio Hernández García Ed., 1984; Josep Maria SOLÉ I SABATÉ: *La represió franquista a Catalunya, 1938-1953*, Barcelona, Edicions 62, 1985; ALTAFFAYLLA KULTUR TALDEA: *Navarra 1936. De la esperanza al terror*, Estella, Altaffaylla Kultur Taldea, 1986, y Francisco MORENO GÓMEZ: *Córdoba en la posguerra. (La represión y la guerrilla 1939-1950)*, Córdoba, Francisco Baena Ed., 1987.

torno a 150.000, a sabiendas de que no es definitiva por la existencia de un número importante de muertos no registrados durante la fase inicial del «terror caliente»— como a los rituales, mecanismos e instrumentos que sirvieron para materializar el terror: paseos, sacas, consejos de guerra, campos de concentración, expropiaciones y depuración de cuerpos de funcionarios. También un nuevo sistema penitenciario, construido en torno a la idea de «redención» del preso mediante la explotación de su fuerza de trabajo, y una serie de jurisdicciones excepcionales como las que se crearon en virtud de la Ley de Responsabilidades Políticas (1939) y la Ley de Represión contra la Masonería y el Comunismo (1940). Algunos ensayos han venido ofreciendo síntesis cuantitativas desde hace tiempo, mediante la suma de los resultados de las investigaciones locales, y desde hace algo más de una década este empeño se ha combinado con el de explorar los instrumentos utilizados contra los republicanos por los rebeldes, luego vencedores, con el fin de ofrecer una imagen más completa y acabada de las múltiples caras del terror³.

Probablemente, lo más interesante de los últimos años ha sido el giro hacia el análisis de aspectos aparentemente secundarios pero decisivos para el funcionamiento de la maquinaria represiva. Uno de ellos ha sido la participación de la sociedad civil, una línea de investigación que trata de ajustar esa compleja relación entre el marco de excepción creado por los militares sublevados tras la declaración del estado de guerra y la acción de los «ciudadanos corrientes», vecinos de orden, que actuaron impulsados por el afán de venganza o los odios acumulados, brutalmente exacerbados du-

³ Los trabajos reunidos en el volumen de Carme MOLINERO, Margarida SALA y Jaume SOBREQUÉS (eds.): *Una inmensa prisión: Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2003, y las monografías de Ricard VINYES: *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2002, y Javier RODRIGO: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Barcelona, Crítica, 2005, contribuyeron a impulsar los estudios sobre los sistemas penitenciario y concentracionario. También abrieron un camino nuevo los trabajos de Conxita MIR, Fabiá CORRETGÉ, Judit FARRÉ y Joan SAGUÉS: *Repressió econòmica i Franquisme: L'actuació del Tribunal de Responsabilitats Polítiques a la província de Lleida*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1997, y Francesc VILANOVA I VILA-ÀBADAL: *Repressió política i coacció econòmica, Les responsabilitats polítiques de republicans i conservadors catalans a la posguerra (1939-1942)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999.

rante la etapa bélica. Dentro de esta línea, han sido objeto de especial atención las delaciones, en tanto que constituyeron la fórmula más extendida para materializar su deseo de expulsar de las pequeñas comunidades a los calificados de «rojos» o miembros de la «Anti-España». El control social informal, las presiones psicológicas que unos vecinos ejercieron sobre otros, así como el miedo o la interiorización de la derrota de manera individual y colectiva han sido otros terrenos transitados recientemente, especialmente desde que la profesora Conxita Mir demostrara la importancia de atender a los «efectos no contables de la represión»⁴.

Algunos trabajos aparecidos desde 2009 representan una continuidad con estas líneas que ya estaban definidas con anterioridad. Así, varios de ellos mantienen la ambición por el rigor cuantitativo y ofrecen síntesis sobre el número de víctimas y su distribución geográfica y temporal. Esta aspiración está muy clara en el libro editado por Francisco Espinosa, *Violencia roja y azul*, que da la cifra de 130.199 víctimas a partir del 38 provincias y comunidades autónomas estudiadas, 9 de ellas sólo en parte; también en el de Julio Prada, *La España masacrada*, quien concluye que fueron 141.914 asesinados en 51 provincias y comunidades, 14 de ellas investigadas parcialmente, y el de Paul Preston, *El holocausto español*, que eleva el número de muertos a 200.000⁵. Tal y como los autores reconocen, sus textos son deudores de las monografías locales publicadas con anterioridad.

Asimismo, los dos primeros libros comparten la descripción minuciosa de los mecanismos represivos, así como los rituales que presidieron los episodios de violencia en el ámbito local. Estructurado en cuatro partes, el volumen editado por Francisco Espinosa se adentra en terrenos ya conocidos para los expertos, como el funcionamiento de la maquinaria represiva en Andalucía (en el

⁴ Conxita MIR CURCÓ: «Violencia política, coacción legal y oposición interior», en Glicerio SÁNCHEZ RECIO (ed.): *El primer franquismo (1936-1959)*, Ayer, 33 (1999), pp. 115-146, pp. 137 y ss. La misma autora desarrolló ampliamente esta línea en *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida, Milenio, 2000.

⁵ FRANCISCO ESPINOSA MAESTRE *et al.* (eds.): *Violencia roja y azul. España, 1936-1950*, Barcelona, Crítica, 2010, p. 77; JULIO PRADA RODRÍGUEZ: *La España masacrada. La represión franquista de guerra y de posguerra*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, pp. 436-438, y PAUL PRESTON: *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, Barcelona, Debate, 2011, p. 17.

capítulo de José María García Márquez), haciendo hincapié en el empeño de quienes la controlaron por no dejar huellas de su actuación, el papel de ciertos cargos, como el delegado de Orden Público y el jefe local de Falange de algunas localidades, así como la implicación de los vecinos de orden a través de la «Comisión clasificadora y auxiliar» que se montó en 1939. También se aborda la justicia militar, que corre a cargo de Pablo Gil Vico. Este historiador ofrece un repaso de los bandos, decretos y leyes que dieron forma de «seguridad jurídica» a la violencia, para plantear hasta qué punto este empeño respondía al interés por controlar supuestas acciones espontáneas o más bien para ocultar «la injustificable y masiva represión detrás de la idea de derecho». El libro de Paul Preston ofrece, en cambio, un recorrido por la geografía de la violencia franquista y por los grandes centros del terror revolucionario, Barcelona y Madrid. En la mejor tradición de la narrativa británica, el autor combina la descripción minuciosa de los principales episodios represivos desde el verano de 1936, que hilvana mediante la cronología del avance del ejército franquista por la Península, con la inmersión en el perfil psicológico y cultural de los verdugos, una novedad relevante en el marco de una historiografía que se ha ocupado más de atender a la identidad de las víctimas.

El trabajo de Julio Prada abunda en el funcionamiento de la violencia extrajudicial en las primeras etapas del conflicto bélico, e insiste en la falta de coordinación existente ente las distintas instancias represivas. Habla de «dirección flexible» para explicar cómo estuvo dirigida por las autoridades militares de cada provincia, quienes disfrutaron de un grado relativo de autonomía y discrecionalidad. Que su control no era exhaustivo se demuestra con los llamamientos a frenar las detenciones arbitrarias que proliferaron desde mediados del mes de agosto en todo el territorio insurgente. Los asesinatos extrajudiciales tuvieron lugar en un «marco complejo» en el que confluyeron «numerosos actores, heterogéneos intereses e inextricables maridajes». A esta fase siguió la «juridificación del terror», que tuvo su mejor expresión en los «consejos de guerra», desde el otoño-invierno de 1936 (pero que apareció en fechas distintas en cada territorio, según el avance del ejército), un intento de ejercer el control exhaustivo «desde arriba» mediante decretos, por más que perviviera con fórmulas distintas de violencia «paralegal». En realidad, Prada considera que es un error

calificar de «legal» a la represión articulada a través de la jurisdicción castrense. La «normativización» del terror tan sólo conllevó su sometimiento a unas reglas de actuación y a una apariencia de juridicidad, con el resultado de que se dieron menos oportunidades para la arbitrariedad y su práctica fue más homogénea en toda la zona sublevada.

Otras monografías han hecho contribuciones específicas a temas o aspectos todavía poco conocidos para los historiadores. Pura Sánchez tiene el mérito de roturar un camino nuevo en *Individuas de dudosa moral*. Mucho se habla de la violencia contra las mujeres, pero todavía sabemos muy poco acerca de cómo se materializó, cuántas fueron las víctimas o cuál su identidad. Es bien sabido que las mujeres fueron objeto de la represión franquista por múltiples vías, algunas de ellas específicas y con un fuerte componente sexista o de género, como el rapado de sus cabezas o la ingesta forzada de aceite de ricino. Pero la investigadora andaluza pone una pieza importante en este puzzle todavía borroso, pues se sirve de sus conocimientos en semántica para analizar las fichas de mujeres encausadas por los tribunales militares depositadas en el Archivo Histórico del Tribunal Militar Territorial Segundo. En su libro, aparte de ofrecer algunas cifras parciales y provisionales, demuestra que incluso cuando las mujeres sufrieron los mecanismos represivos habituales, como los consejos de guerra, su tratamiento fue diferencial, y también el lenguaje que las nombraba para denigrarlas o estigmatizarlas de por vida. No parece una casualidad que en la etapa de 1939-1949 las mujeres encausadas fueran denominadas «sujetas» o «individuas», ni que el único oficio que se hiciera constar, distinto al de «sus labores», fuera el de «prostituta». Tampoco que en los informes se atendiera ante todo a su conducta social y moral y que nunca fueran acusadas de delitos de sangre, sino de acciones consideradas socialmente impropias para las mujeres. Para Pura Sánchez, los vendedores se sirvieron para sus propósitos excluyentes no sólo de la justicia militar, sino también de un lenguaje represivo compuesto de palabras y gestos⁶.

Dos autores acometen el análisis pormenorizado de instrumentos represivos atendidos de forma insuficiente todavía, como las

⁶ Pura SÁNCHEZ: *Individuas de dudosa moral. La represión de las mujeres en Andalucía (1936-1958)*, Barcelona, Crítica, 2009.

cárceles y las jurisdicciones excepcionales de posguerra. Gutmaro Gómez Bravo pone en primer plano los fundamentos ideológicos del sistema penitenciario franquista —principalmente el concepto de «redención»—, así como las instituciones para el control de las familias de los presos políticos que lo completaron —como el Patronato de Nuestra Señora de la Merced y el Patronato de San Pablo para Presos y Penados— para describir después las vivencias cotidianas en el interior de las cárceles. Su principal aportación es situar el modelo franquista en el contexto de las reflexiones que venían efectuándose desde hacía más de un siglo para «vigilar y castigar», poniendo de relieve la ruptura con la tradición correccionalista que fue dominante en la justicia española hasta la Guerra Civil. También insistir en que la lógica represiva en la dictadura de Franco no pasaba exclusivamente por el exterminio físico, sino también, y ante todo, por «el derecho a penar» para alcanzar la «redención y expiación de los pecados», de clara inspiración católica y, por lo tanto, alejada del componente racial o estatal de otras experiencias represivas de carácter fascista (p. 13). En la segunda parte del libro ofrece un repaso narrativo de las diversas experiencias de los presos: fugas, suicidios, la práctica y la persecución de la homosexualidad, motines y campañas de protesta, así como la peculiar extorsión ejercida sobre las mujeres encarceladas, que constituyen una muestra de las fórmulas que ofreció el «exilio interior» para la segregación de los vencidos⁷.

En *La justicia de Franco*⁸, Julius Ruiz amplía el mapa de la represión franquista con su investigación sobre el Madrid de la posguerra —una de las provincias menos estudiadas a fecha de hoy, cuya cifra de ejecutados el autor sitúa en un mínimo de 3.113, entre 1939 y 1944— y, aparte de analizar el impacto de la justicia militar, la depuración de funcionarios y la Ley de Responsabilidades Políticas sobre la sociedad madrileña, arroja luz sobre los objetivos y la aplicación de la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo. Desbrozar los entresijos de esta Ley, una de las jurisdicciones ex-

⁷ Gutmaro GÓMEZ BRAVO: *El exilio interior. Cárcel y represión en la España franquista*, Madrid, Taurus, 2009. Sus tesis contrarias al «plan de exterminio» han sido desarrolladas más ampliamente en «Una visión exterminista del pasado español», *Historia del presente*, 17 (2011), pp. 155-159.

⁸ Julius RUIZ: *La justicia de Franco. La represión en Madrid tras la Guerra Civil*, Barcelona, RBA, 2012 (es la traducción de la versión original en inglés publicada en 2005 por Oxford University Press).

cepcionales creadas por la dictadura para abundar en el castigo a los vencidos, así como su impacto en la sociedad de los años cuarenta, es una asignatura todavía pendiente en la historiografía especializada. Pero las conclusiones de su trabajo pretenden trascender el estudio del Madrid de la posguerra. Con el análisis de más de 5.000 sentencias militares depositadas en el Archivo General de la Administración, quiere insistir en el carácter multifacético y dinámico de la violencia, en lugar de entenderla como el producto de un «plan de exterminio», interpretación que ha prevalecido en la historiografía sobre el tema.

Según Ruiz, tras analizar el funcionamiento de la justicia militar y las jurisdicciones excepcionales en el Madrid de la posguerra, no puede decirse que el régimen franquista tuviera vocación «exterminadora», porque sólo una minoría de causas culminaron en una condena a muerte. Quienes apuestan por esa explicación, argumenta, es porque centran sus investigaciones en la etapa bélica y atienden de manera preferente a las matanzas extrajudiciales acaecidas en los primeros meses de la misma. Es más, el castigo por delito de «rebelión» trascendió las divisiones políticas y de clases existentes en Madrid, pues también fueron encausados derechistas, falangistas y hombres de todos los estratos sociales. Su tesis principal es que, a partir del año 1940, el sistema judicial entró en crisis por su incapacidad para procesar las miles de instrucciones abiertas en 1939 por delitos de rebelión militar, agravada por el sinfín de denuncias presentadas y la masificación de las prisiones. En definitiva, que el sistema represivo franquista fue agotándose como consecuencia de la implementación de una justicia retroactiva mal definida, similar a la que se aplicó en los países europeos para castigar a los colaboracionistas tras la liberación del yugo alemán en 1944-1945.

El trabajo de Ruiz es, sin duda, fundamental para conocer mejor el funcionamiento cotidiano, con cifras y rostros, de la maquinaria del terror, pero sus conclusiones pretenden ilustrar que ésta experimentó un proceso de burocratización y, como consecuencia, de ralentización y reducción del número de las sentencias de muerte, en lugar de una radicalización progresiva como en el caso de la Alemania nazi, considerada el principal exponente de la voluntad exterminadora de los fascismos. Al igual que Gómez Bravo, pero con argumentos distintos, rechaza el «plan de exterminio» como factor explicativo último de las masacres perpetradas por los sublevados.

Si las preguntas que se plantean estos autores son adecuadas para ahondar en la naturaleza de la violencia en la España franquista, sus respuestas, que en ambos casos subrayan las diferencias con el régimen nazi, han abierto un debate que está todavía lejos de encontrar explicaciones solventes para cerrarse. Pues éstas nos llevarían a abordar cuestiones de fondo, como la voluntad o intencionalidad de los agentes, su capacidad para el diseño de los mecanismos adecuados, así como las oportunidades que se abrieron o cerraron en cada coyuntura histórica para su materialización efectiva. Ni el ritmo de las matanzas (es decir, la progresiva burocratización en España frente a la radicalización de otros casos) ni su compatibilidad con otras fórmulas como el castigo y la «expiación» para la «redención», son evidencias que permitan concluir la inexistencia de dicho plan.

Una crítica a la propuesta interpretativa de Ruiz se encuentra en el libro de Peter Anderson, *The Francoist Military Trials*⁹. A partir del estudio del partido judicial de Pozoblanco, en la comarca de Los Pedroches (Córdoba), una zona que sufrió graves tensiones sociales y una fuerte violencia revolucionaria, el autor bucea en la dinámica delatora que se impuso durante la Guerra Civil y la posguerra para ilustrar el grado de implicación de la sociedad civil en la práctica del terror franquista, así como para buscar una explicación «desde abajo» al funcionamiento de la maquinaria represiva. Si bien era ya sabido que el régimen fomentó las delaciones por parte de los vecinos que se alinearon con los «vencedores» a partir de 1939, y que estos llamamientos a participar en la «justicia del Caudillo» fueron secundados de buen grado por muchos, Anderson pone rostro a esta práctica extendida, e intenta buscar sus orígenes en la deteriorada convivencia de las comunidades locales durante etapas anteriores. La participación de los «ciudadanos corrientes» durante y después de la guerra le lleva a concluir que no hubo una solución de continuidad entre las dos grandes fases de la violencia, la del «terror caliente» y la del «terror frío», porque ambas tuvieron un mismo origen —el afán purificador y de venganza—. Es más, los juicios no pasaron de ser una farsa en la que las víctimas apenas tuvieron ocasiones para defenderse. La denuncia de un vecino, estuviese o no fundada, podía ser decisiva para que los tribunales militares dictasen una sentencia condenatoria. Por lo tanto, la

⁹ Peter ANDERSON: *The Francoist Military Trials. Terror and Complicity, 1939-1945*, Londres-Nueva York, Routledge, 2010.

actuación de éstos no fue el producto del proceso de construcción del Estado franquista «desde arriba» —argumenta frente a las tesis de Julius Ruiz—, sino la expresión de las profundas tensiones políticas y sociales acumuladas durante décadas.

La contextualización de la violencia de guerra y de posguerra sigue siendo una de las claves interpretativas más fructíferas. Así lo pone de manifiesto el trabajo de Helen Graham, *The War and its Shadow*, para quien la España de Franco fue un ejemplo más de la construcción de lo que la autora denomina «the brutal national community». Desde su punto de vista, España prefiguró otras guerras civiles que tuvieron lugar en Europa en el marco de la ocupación nazi, y fue un caso más, emblemático, en el que la quiebra de la democracia trajo consigo políticas de violencia excluyente para reconstruir sobre nuevas bases la sociedad y el Estado nación, es decir, para crear comunidades homogéneas libres de los «enemigos» que las amenazaban. La suya es también una sugerente mirada cultural sobre el conflicto y sus consecuencias, que pone de relieve hasta qué punto el temor al cambio social y a la redistribución del poder político y económico que trajo la Segunda República creó las condiciones para la salida violenta. Ésta sólo fue posible porque los miedos fueron elaborados simbólicamente de forma colectiva, al proyectarse en el espacio público discursos que construían un «otro» enemigo, que debía ser integrado por la fuerza o aniquilado. Los capítulos dedicados a la mujer de Ramón J. Sender, Amparo Barayón, prototipo de «mujer moderna» asesinada en Zamora, su ciudad de origen, o al brigadista de origen finlandés Bill Aalto, ponen rostro humano a un trabajo que apuesta por una determinada interpretación de la Guerra Civil y la violencia en su contexto europeo. Para Graham, el franquismo es el ejemplo más significativo y duradero de cómo las sociedades europeas de mediados del siglo XX se adecuaron al devastador cambio social que les tocó vivir a través de la violencia¹⁰.

Todos estos trabajos han sido elaborados, o han visto la luz, en el momento álgido de la movilización «por la recuperación de la memoria histórica», lo cual ha hecho casi inevitable que incluyere-

¹⁰ Helen GRAHAM: *The War and its Shadow. Spain's Civil War in Europe's Long Twentieth Century*, Brighton, Sussex Academic Press, 2012. En este ejercicio comparativo incluye también al régimen de Stalin, similar al caso español por su idéntica concepción del castigo por el trabajo y el sacrificio en los respectivos universos penitenciario y concentracionario.

ran reflexiones sobre la compleja relación entre historia y memoria, o sobre las polémicas nacionales —con toda su dimensión pública/política— acerca de cómo gestionar un pasado traumático. No es propósito de este breve ensayo entrar en este debate, de manera que tan sólo señalaré la existencia de una pluralidad de posiciones entre los autores reseñados. Éstas recorren un amplio espectro que va desde las más críticas con la forma de abordar la memoria de la violencia durante la transición y la democracia (Espinosa, Graham), incluido el gobierno de Rodríguez Zapatero que dio luz verde a la conocida como Ley de Memoria Histórica —por considerarla excesivamente timorata—, hasta otras más matizadas que ofrecen un repaso de los pasos seguidos hasta llegar a lo que denominan la «memoria rehabilitada» (Prada). La interpretación del debate español en el marco de las «memory wars» surgidas en la Europa post-1989 (Graham), y la complicidad de los «ciudadanos corrientes» en la violencia como uno de los factores que obstaculizan la integración normalizada de las pérdidas ocasionadas por la dictadura en nuestra sociedad actual (Anderson), son sin duda las aportaciones más sugerentes para la adecuada comprensión del fenómeno.

En este clima caldeado, la publicación del libro de Paul Preston, *El holocausto español*, ha intensificado las polémicas. Si el terreno para la discusión agria estaba ya abonado, la aparición de este volumen ha dado lugar a numerosas reseñas críticas, cuando no a fuertes diatribas. Dos aspectos han sido especialmente cuestionados. Uno, la oportunidad de haber incluido en el título la palabra «holocausto», dado que el autor no desarrolla argumento ni teoría alguna que justifique la identificación de este episodio de la Alemania nazi en guerra con la violencia franquista. En los últimos años, el auge de los «Genocide Studies» ha propiciado el intento de analizar la violencia franquista a la luz de categorías más amplias, elaboradas para nombrar o dar sentido a otras experiencias históricas que generaron matanzas masivas de la sociedad civil. El resultado, sin embargo, está todavía lejos de ser concluyente, dada la renuencia de la mayoría de los historiadores a utilizar categorías elaboradas para episodios muy específicos del siglo XX, o con fines legales, porque dificulta la contextualización adecuada de cada caso¹¹.

¹¹ El tema ya fue expuesto por Mark MAZOWER: «Violencia y Estado en el siglo XX», *Historia Social*, 51 (2005), pp. 139-160, y Helen GRAHAM: *The War and its Shadow*, p. 6. Contribuciones al debate en Jorge MARCO: «Genocidio y Genocide

La segunda cuestión es el trato diferencial que, argumentan, otorga a la violencia franquista frente a la que emergió en aquellos territorios en los que fracasó la sublevación militar. Para muchos críticos, Preston ofrece una mirada demasiado indulgente para la violencia revolucionaria, a la que califica de «espontánea», «caótica» e «incontrolada». En realidad, en el volumen se insiste en el carácter asimétrico de las violencias a uno y otro lado del frente, siendo la que tuvo lugar en los territorios no controlados por los golpistas el producto del hundimiento del aparato del Estado republicano, es decir, de la creación de una coyuntura revolucionaria que trastocó el orden político y social de arriba abajo. El autor, además, aporta numerosas evidencias que ponen de manifiesto el empeño de las autoridades republicanas por terminar con las matanzas y someter a la autoridad estatal a las milicias y a los comités. Pero es posible matizar el grado de espontaneidad y descontrol del terror revolucionario, como hace atinadamente José Luis Ledesma en el libro colectivo *Violencia roja y azul*, en tanto en cuanto estuvo controlado por grupos que no eran ajenos a las organizaciones políticas y sindicales que sostenían la República¹².

Mientras, la violencia ejercida por Franco y sus adláteres respondería a un «plan básico de exterminio». Para Preston, la existencia de este plan quedaría demostrada no sólo con las instrucciones reservadas de Mola durante la preparación del golpe de Estado, sino también por la evidencia, contrastada en diversos estudios locales, de que la violencia se aplicó con virulencia en territorios donde apenas había existido una resistencia organizada al golpe, con pocas tensiones sociales en los años anteriores, y alejados de las líneas de frente. El autor aporta otras razones de peso, al sumergirse en la mentalidad de oficiales africanistas y otros representantes de la derecha más reaccionaria, como el padre Juan Tusquets, el capitán Gonzalo Aguilera o el fascista Onésimo Redondo, que teorizaron sobre el antisemitismo y el exterminio en la España de los años treinta. Este capítulo resulta, precisamente, uno de los más novedosos e interesantes de su trabajo, por más que no estén del todo claramente establecidas las conexiones causales entre la mentali-

Studies: Definiciones y debates», *Hispania Nova*, 10 (2012) <http://hispanianova.rediris.es/10/dossier/10d002.pdf> (acceso: 13 de diciembre de 2012).

¹² José Luis LEDESMA: «Una retaguardia al rojo», en Francisco ESPINOSA (ed.): *Violencia roja y azul*, pp. 149-247.

dad racista y machista de quienes alentaron la exclusión de judíos, obreros y clases menesterosas en general, y la materialización de ese proyecto excluyente. Pues para que el deseo de matar diese lugar a una masacre de semejantes dimensiones era necesario algo más que la voluntad de unos cuantos, o una ideología dispuesta a sustentarla. Era imprescindible que se crearan las «condiciones de posibilidad». Y esto sólo tuvo lugar en el momento en el que el éxito de la sublevación dio paso a la declaración del estado de guerra, porque supuso una quiebra de las normas social y políticamente aceptadas para resolver las diferencias de intereses¹³.

En definitiva, los estudios recientes sobre la violencia franquista durante la Guerra Civil y la posguerra nos han permitido afinar en el recuento de víctimas, conocer sus rostros y el de sus verdugos, así como abundar en los rituales e instrumentos utilizados. Pero parece imposible alcanzar un acuerdo por lo que respecta al origen último de la misma (el controvertido «plan de exterminio»), así como la relación de causalidad entre la estructura, los sujetos y la acción, un reto que la historia, al igual que todas las ciencias sociales, tienen por delante. También por lo que respecta al recuerdo o tratamiento de esta experiencia efectuado desde el restablecimiento de la democracia. La comparación con otras guerras civiles y dictaduras del siglo xx europeo, pero también con otras posguerras que fueron menos pacíficas de lo que hasta ahora habíamos creído —como las de la Europa recién liberada en 1944-1947—, parece un camino fructífero para seguir arrojando luz sobre las tinieblas que en su momento la envolvieron. Es muy probable que, como historiadores, nunca lleguemos a un acuerdo sobre cómo interpretar sus causas y sus consecuencias, así como la manera de abordar desde hoy nuestro particular pasado traumático. La discusión está, y seguirá estando, servida. Forma parte de nuestro quehacer como historiadores. El debate, no obstante, debería prescindir de la acritud y las descalificaciones que en ocasiones lo han acompañado durante estos últimos años.

¹³ Julián CASANOVA: *República y guerra civil*, Barcelona, Crítica-Marcial Pons, 2007, pp. 200-201. Desde la ciencia política se ha intentado establecer un conjunto de factores explicativos de la explosión de violencia en las guerra civiles. Véase Stathis N. KALYVAS: *La lógica de la violencia en la guerra civil*, Madrid, Akal, 2010.

HOY

Las revoluciones árabes y el fin de la era poscolonial

Gema Martín Muñoz

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen: Desde las independencias hasta las revoluciones recientes, los países árabes han vivido en un orden político poscolonial caracterizado por el autoritarismo como forma de gobierno. En este artículo se analiza en perspectiva histórica dicho periodo poscolonial para, a continuación, identificar las causas que han desencadenado el cambio revolucionario prodemocrático, iniciando un nuevo ciclo histórico poscolonial. Igualmente, se analizan los diferentes contextos en que se ha producido el hecho revolucionario, con resultados diversos, y cuáles son los factores de impulso o contención que explican por qué unos regímenes árabes han sucumbido y otros han podido eludir por el momento el desencadenamiento de la revolución ciudadana contra ellos.

Palabras clave: países árabes, democracia, revoluciones, poscolonialismo.

Abstract: Since the times of independence and until the revolutions that took place recently, the Arab countries had lived under a postcolonial political regime that was characterized by authoritarian forms of government. This article aims at analyzing this postcolonial period in an historical perspective in order to identify the causes that led to the prodemocratic revolutionary changes and gave way to a new postcolonial historical cycle. We analyze at the same time the various contexts in which the revolutions took place, with varied results, and which factors of encouraging or discouraging nature have been at play that explain why some Arab governments were overthrown and others were able, so far, to avoid the upsurge of citizens revolutions against them.

Keywords: arab countries, democracy, revolutions, postcolonialism.

Con los derrocamientos de Zin El-Abidin Ben Ali en Túnez, Hosni Mubarak en Egipto, Mu'amar al-Gaddafi en Libia, Abdullah Saleh en Yemen, así como el derrumbe de Bashar al-Asad en Siria, una significativa parte del mundo árabe está poniendo fin a través de diversos procesos revolucionarios al totalitarismo, el clientelismo y la corrupción, tratando de levantar un nuevo orden basado en el Estado de derecho. El largo periodo entre las independencias y las revoluciones recientes, aun con multitud de etapas, avatares y cambios sociopolíticos, ha estado presidido por el autoritarismo como forma de gobierno y relación entre el poder y los ciudadanos. La fractura radical que suponen las actuales transiciones posrevolucionarias hacia la democracia nos permite hablar del fin del ciclo histórico poscolonial.

La entrada de la región árabe en la era contemporánea estuvo marcada por la empresa colonial europea. La Europa democrática ignoró a los pueblos, creó elites superficiales a las que podía tutelar y no tuvo en cuenta más que la explotación inmediata de sus territorios, en los que, desde principios del siglo XX, empezaba a aflorar el petróleo. Para justificar su empresa, los europeos presentaron a la opinión internacional el principio de que Europa asumía la misión civilizadora de crear un Medio Oriente *ex nihilo* poblado por beduinos primitivos y comunitarismos arcaicos incapaces del autogobierno. Pero en toda esa región, las ciudades, los pueblos, las comunidades religiosas y étnicas contaban con seculares modos de administración, arbitraje y gobierno que el nuevo sistema internacional despreció e ignoró, calificándolos de obstáculos para la modernización en pro de construir un Estado-nación de acuerdo con el pensamiento europeo. Sin embargo, esa modernidad estatal y jacobina no era en realidad más que la cobertura de la imposición de clanes y elites particulares creadas como instrumentos de gobierno hegemónico sobre la pluralidad de identidades que en esa región existía. Los protectorados en el norte de África y los mandatos en Oriente Medio pusieron las bases de la estructura fundacional de los Estados-nación y sus fuentes de legitimación.

El colonialismo hizo que el nacionalismo fuese el hilo que tejió las prioridades del sistema de poder poscolonial. Sin embargo, no debe entenderse que los nacionalismos árabes fueron simplemente fruto de la reacción colonial. Ésta, sin duda, alimentó, extendió y promovió nuevas elaboraciones en la teoría y la praxis, pero la for-

mación de los nacionalismos tuvo, desde el siglo XIX, un sustrato propio e interno resultado de la conciencia del declive otomano y de la necesidad de resurgir en torno a un nuevo proyecto político-social que se plasmó en diversas tendencias reformadoras nacionalistas: panislámicas, panárabes y locales¹. El colonialismo y la pérdida de Palestina, con la creación del Estado de Israel en 1948, fueron nuevas fuentes en torno a las cuales se elaboraron renovados y extensivos pensamientos y sentimientos nacionalistas.

La experiencia histórica colonial promovió que los Estados árabes independientes se fundaran en torno al principio de la legitimidad histórica que, fija e inamovible, bloqueó cualquier idea de renovación de elites políticas y reparto del poder. Los nuevos gobernantes de la independencia procedían del liderazgo carismático que había dirigido la lucha anticolonial y su legitimidad emanaba de haber cumplido la misión histórica de liberar al pueblo y crear la nación soberana. En consecuencia, el nuevo Estado árabe, república o monarquía, se caracterizará por su autoritarismo, dado que su origen va a inspirar una cultura política patrimonial —sus líderes nacionalistas han creado la nación, luego les pertenece—. La relación entre el poder y los ciudadanos se va a establecer en torno al principio de protección del primero (que levantará un Estado distributivo, incluso un Estado-providencia allí donde la riqueza petrolífera lo permita) y exigencia de lealtad absoluta de los segundos. Asimismo, despreciando su rica diversidad étnica y confesional, el Estado árabe no entenderá la diversidad nacional más que como división y disidencia².

En torno a estos pilares de la gobernabilidad se desarrollarán experiencias diversas y contrastadas (régimenes socialistas —como el Egipto de Gamal ‘Abd al-Naser, la Siria e Iraq ba’azistas, la Libia de Gaddafi, la Argelia del FLN, el Túnez de la década de los sesenta o el Yemen del Sur marxista-leninista—; monarquías conservadoras —como Marruecos, Jordania y las peculiares monarquías de la península arábiga—, y la república libanesa basada en

¹ Halim BARAKAT: *The Arab World. Society, Culture and State*, Berkeley, University of California Press, 1993, pp. 242-251, y Albert HOURANI: *Arabic Thought in the Liberal Age, 1798-1939*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

² José ABU TARBUSH: «Pensamiento político, ideologías y experiencias de gobierno», en Gema MARTÍN MUÑOZ y Leire MOURE (eds.): *El Mundo Árabe e Islámico, realidad política y evolución socio-económica*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2006, pp. 145-213.

un liberalismo confesional de dominación cristiano maronita)³. La primera generación poscolonial, beneficiada por el modelo distributivo y las promesas del desarrollo, cohesionada masivamente en torno al proyecto panarabista y movilizadora por la lucha contra Israel y los derechos nacionales palestinos, relegó más fácilmente las aspiraciones democráticas (si bien no por ello dejaron éstas de estar presentes a través de partidos de oposición pasados por la máquina represiva). Pero a partir de los años setenta todos esos elementos cohesionadores empezaron a hacer agua (progresiva quiebra económica y del Estado protector; fracaso de las uniones árabes; derrota de 1967 frente a Israel con la consecuente ocupación del ejército israelí de los territorios palestinos, del Golán a Siria y del Sinaí a Egipto; guerra civil en el Líbano y ocupación israelí del sur libanés).

En los años ochenta, junto al derrumbe moral por el fracaso de las promesas poscoloniales, una nueva generación tomará el relevo social⁴. Una nueva generación demográficamente imponente (el 65 por 100 de la población total árabe tiene menos de veinticinco años), muy politizada gracias a su acceso masivo a la educación y a su carácter mayoritariamente urbano, y principal perjudicada por la creciente quiebra económica del Estado y el aumento espectacular del clientelismo, la corrupción y la desigualdad en el reparto de la riqueza⁵. El cisma entre la clase gobernante y esa nueva generación se irá haciendo abismal. La renovación tendrá lugar, pues, en la sociedad pero no así en la clase dirigente. Tanto aquellos que continuarán aún en el poder (Hasan II en Marruecos, Gaddafi en Libia, Husein en Jordania) como los sucesores de los primeros padres de la patria que fueron Naser, Burguiba o Bumedian, mantendrán la misma cultura política patrimonialista del poder y el Estado pero sin capacidad alguna de aportar un nuevo proyecto movilizador para la nueva generación que, si bien respeta el legado histórico, rechaza el sistema de valores fracasado de la primera generación poscolonial que algunos siguen representando y que otros, los nuevos

³ Gema MARTÍN MUÑOZ: *El Estado Árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2000.

⁴ Roel MEIJER (ed.): *Alienation or Integration. Arab and Turkish Youth between Family, State and Street*, Richmond, Curzon Press, 2000.

⁵ Según el FMI, en 2010 el desempleo juvenil en la región MENA (Middle East and North Africa) alcanzaba el 25 por 100, señalando que en Túnez había aumentado un 7 por 100 y en Egipto un 3,5 por 100 con respecto al año anterior.

Ben Ali, Mubarak o al-Asad, carentes de la legitimidad histórica de sus predecesores, sólo convertirán en represión y corrupción.

Intentos fracasados

No por siempre finalmente relegada, la democratización en el mundo árabe ha estado ausente en las últimas décadas del periodo poscolonial. Por el contrario, ha sido diversas veces percibida y publicitada, y en todas ellas hubo una gran imbricación entre factores internos e injerencias externas.

A finales de los años ochenta se inició una dinámica reformadora que llevó a países como Túnez, Argelia, Egipto y Jordania a avanzar hacia el umbral de la democratización impulsado por el sentimiento de vulnerabilidad creciente que experimentaban sus elites gubernamentales. Enfrentados a importantes movimientos sociales de contestación, observaban también cómo en el marco internacional estaba abriéndose un periodo de gran incertidumbre consecuencia del derrumbe del orden bipolar. La combinación de ambos factores favoreció la opción reformista por un corto pero intenso periodo. Esa dinámica liberalizadora, que podría haber evolucionado hacia la democratización, quedó abruptamente quebrada por la Guerra del Golfo en 1990 y sus consecuencias posteriores. El nuevo orden monopolar inaugurado con esa guerra va a permitir a Estados Unidos desarrollar una política hegemónica en Oriente Medio en la que la democratización no formaba parte de sus prioridades. Bien al contrario, marcará una tendencia involucionista y los avances reformadores fueron postergados. Washington y sus aliados occidentales pasaron a garantizar a las viejas elites gubernamentales árabes su supervivencia autoritaria en el poder a cambio de que asumiesen el nuevo proyecto estratégico estadounidense (acuerdos militares, aceptar la situación de ostracismo y embargo extremo en que quedaba sometido Iraq y apoyar las negociaciones de paz palestino-israelíes de acuerdo con las desiguales reglas del juego establecidas por la superpotencia). La nueva *Pax americana* se limitó a presentar como un logro democratizador la reforma minimalista que Arabia Saudí llevó a cabo en 1992, por medio de la cual se ampliaban las funciones de su Asamblea Consultiva (*Maylis al-Shura*). Por el contrario, con un papel sustancial por parte de Francia, en Argelia toda

la comunidad occidental apoyaba a finales de diciembre de 1991 un golpe de Estado militar contra la más fructífera experiencia de democratización que había vivido la región árabe⁶.

La irrupción de los atentados del 11 de septiembre de 2001 forzó aún más el autoritarismo de los regímenes árabes al revalorizarse como baza estratégica para la política de «guerra contra el terror» que la administración Bush inauguraba. Lejos de aunar lucha contra el terrorismo con promoción de la democracia y Estado de derecho, se alentaron las legislaciones abusivas y arbitrarias que, a cambio de plegarse a todos los criterios de Washington sobre el terrorismo y los medios, muchas veces ilegales, para combatirlo, los gobiernos árabes utilizaban también como instrumento de persecución política y cortapisa radical de derechos y libertades. Entretanto, el llamado proceso de paz palestino-israelí mostraba su anunciado fracaso y se invadía y ocupaba Afganistán en 2001 e Iraq en 2003. Dos nuevos «Vietnam» para Estados Unidos.

Desde el 2004 la promoción de la democracia en los países del norte de África y Oriente Medio fue adquiriendo relevancia en la retórica de la diplomacia internacional. Esta cuestión centró la agenda de la cumbre del G-8 del 9 de junio a través de la iniciativa presentada por Estados Unidos bajo la denominación «Partnership for Progress and a Common Future with the Region of the Broader Middle East and North Africa», así como en el Consejo Europeo del 17-18 de junio en el cual se aprobó la última versión de la «Política Europea de Vecindad y la Asociación Estratégica para el Mediterráneo y Oriente Medio». En ambos casos, si bien desde visiones no siempre idénticas, la necesidad de promover la democracia ocupó sobre el papel un lugar prominente. No obstante, dichas iniciativas planteaban lagunas de gran consideración. Estados Unidos, al igual que Europa, afirmaba que la promoción de la democracia era un factor crucial para su seguridad y para la estabilidad de la región pero no articulaba una estrategia clara de aplicación. Se depositaba la necesidad de la reforma en la predisposición de los gobiernos en promover el cambio, dado que no se mostró ningún compromiso sostenido en el uso de la condicionalidad como instrumento para la liberalización política. Ante el carácter voluntario del

⁶ Habib SOUĀĪDIA: *La sale guerre*, París, La Découverte, 2001, y Gema MARTÍN MUÑOZ: «Argelia, la resistencia al cambio», *Anuario Internacional CIDOB 1992*, Barcelona, CIDOB, 1993, pp. 451-460.

plan propuesto, quedaba sin aclarar la sustancial cuestión de cómo los gobiernos serían incitados a aplicar dicha reforma.

En realidad, el discurso sobre la necesaria democratización árabe trató de responder, sobre todo por parte de Washington, al creciente sentimiento anti-estadounidense entre las sociedades árabes e islámicas por su política en la región, así como compensar la inquietante situación de destrucción, inseguridad y anarquía en que había derivado la intervención militar en Irak. Es decir, la iniciativa residía más en su función que en su contenido y no obtuvo ningún resultado convincente.

¿Qué es lo que ahora ha cambiado?

No es la primera vez que se dan en los países árabes revueltas sociales y movimientos de contestación fuertes. De hecho, desde finales de los años setenta se han vivido diversos momentos de sublevación pública como en 1977 en Egipto, en 1978 y 1984 en Túnez, 1981 y 1984 en Marruecos, 1988 en Argelia o en 1989 en Jordania, así como se han organizado diferentes formas de protesta y resistencia⁷ ¿Qué hace que las denominadas «primaveras árabes» hayan marcado una ruptura radical que, a diferencia de las experiencias anteriores, ha logrado deponer a los dictadores y poner fin a un ciclo histórico de autoritarismo?

En primer lugar, el autoritarismo, la represión, la disfunción de las instituciones, la corrupción y sus negativas consecuencias para la economía y el desarrollo, se han exacerbado durante los últimos veinte años. Asimismo, los servilismos externos (por ejemplo, Mubarak aplicando la política israelí extrema contra Gaza), las manifiestas lagunas de soberanía nacional (por ejemplo, instalándose 500.000 soldados estadounidenses en Arabia Saudí tras la Guerra del Golfo) y el consiguiente desinterés de los gobiernos por defender los intereses regionales de sus ciudadanos (no sólo no se resolvían conflictos anclados en la historia —Palestina—, sino que se abrían injustamente otros, como Iraq) han ido teniendo un efecto corrosivo acumulativo y extensivo. Desde 1990 al 2010 la experiencia local y regional árabe experimentó una deriva insostenible para

⁷ Mounia BENNANI-CHRAÏBI y Olivier FILLIEULE (eds.): *Résistances et protestations dans les sociétés musulmanes*, París, Presses de Science Po, 2003.

la mayoría de sus ciudadanos. Se les usurpó su soberanía, sus derechos, su territorialidad, el beneficio de sus ricos recursos materiales y se les sometió a una estigmatización generalizada en su condición de musulmanes por parte de Occidente con la aparición del fenómeno al-Qaeda. El sentimiento de frustración ligado a una vivencia dominada por la impotencia y la desposesión se exacerbó⁸.

Unido a esto, frente al inmovilismo depredador de los regímenes y su clientelización de la soberanía nacional, los ciudadanos experimentaban importantes cambios sociales. Esos cambios eran el resultado de diversas «revoluciones silenciosas» (transición demográfica, urbanización, acceso intensivo a la educación, cambio social en el seno de la familia y de la estructura patriarcal, acceso a las nuevas tecnologías)⁹ que fueron aportando una nueva conciencia política global, la cual empezó a expresarse desde mediados del 2000 en la esfera pública: universidades, redes sociales, círculos profesionales, diplomados y licenciados en paro, un movimiento huelguístico en la cuenca minera de Gafsa en Túnez y en las zonas industriales de Mahalla al-Kubra y Helouan en Egipto; o reivindicaciones políticas crecientes en el seno de la cada vez más educada, conectada globalmente y articulada sociedad saudí.

Otro factor inédito con respecto al pasado ha sido el carácter global de la revolución. La falta de líder e ideología, lejos de perjudicar al movimiento revolucionario, le ha permitido triunfar. Trascendiendo las divisorias ideológicas y organizándose al margen de los partidos y sindicatos tradicionales, el movimiento social pudo eludir las viejas y polarizadas rivalidades partisanas y federar a toda la sociedad, impidiendo que el régimen pudiese manipular, como tantas otras veces, las divisorias políticas, culturales o confesionales. El lenguaje de la revolución fue también global: dignidad y libertad a través de la palabra convertida en lema «*irhab*» (lárgate) dirigida al tirano, con la que se identificaban todos. Es por ello que, estando el islamismo ausente en el lenguaje y el liderazgo revolucionarios, el «miedo al islamismo» tantas veces instrumentalizado por el régimen para inmovilizar a sectores de la sociedad y para atraer el apoyo incondicional del mundo occidental (como ocurrió en el caso de Argelia en 1991) quedó obsoleto. Pero también, por la au-

⁸ Samir KASSIR: *Considérations sur le malheur arabe*, Sindbad, Actes Sud, 2004.

⁹ Sophie BESSIS y Gema MARTÍN MUÑOZ (coords.): *Mujer y familia en las sociedades árabes actuales*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2010.

sencia del lenguaje laico anti-islámico característico de algunos partidos liberales y de izquierda tradicionales, toda la gran masa social para quien el referente islámico es importante se unió igualmente a la revolución, lo cual no habría tenido lugar si ésta se hubiese identificado sólo con aquéllos.

Ese lenguaje universal del movimiento ciudadano global que se expresaba primero en Túnez y enseguida después en Egipto, también atrajo y ganó la simpatía de las sociedades occidentales y sus medios de comunicación. Cualquier intento de apoyo a los dictadores respectivos por parte de sus aliados estadounidenses o europeos quedó bloqueado, a diferencia de lo que ocurrió en las décadas precedentes. El fracaso y la situación tan embarazosa en que se vio el presidente francés Sarkozy al intentar apoyar a la dictadura de Ben Alí en los primeros días de la revolución tunecina convenció a todos los demás dirigentes occidentales de que la reproducción del pasado quedaba ya obsoleta.

Las nuevas tecnologías de la información y la comunicación han desempeñado también un papel importante en estas revoluciones, pero no sólo porque a través de las redes sociales contribuyeron a organizar la sinergia de las convocatorias y a transmitir información, sino sobre todo porque, desde mediados de los años noventa, lograron romper tanto el monopolio de la información de los regímenes dictatoriales árabes como la información selectiva que los medios occidentales transmitían. Las cadenas por satélite —particularmente al-Jazeera— y la extensión de internet acabaron con la opacidad informativa de la que habían gozado los regímenes para poner fin con una represión masiva las revueltas y sublevaciones anteriores.

Si bien hay que situar el papel de las redes sociales en el desencadenamiento de las revoluciones árabes en su justa medida, y aménorar la sobrevaloración que se ha hecho de ello (fueron un instrumento valioso pero no una causa), en el caso de la cadena al-Jazeera se dieron factores que contribuyeron durante más de una década a fomentar conciencia política y autoestima entre los ciudadanos árabes. Esta cadena de televisión por satélite significó, desde su nacimiento en 1996, la primera revolución política y social en el mundo árabe (con importantes repercusiones también para el occidental), rompiendo los tabúes de la información única e incontestable,

tanto en sentido sur-sur como norte-sur¹⁰. Al-Jazeera generó una gran identificación social interárabe por su carácter local y autóctono. Los ciudadanos árabes pudieron sentir por primera vez que, para salir de la información «oficial» predominante en los entornos nacionales, no dependían ya de los medios de comunicación externos/occidentales; contaban con un medio de comunicación propio que, además de responder a los estándares libres e independientes, informaba desde la perspectiva y los intereses árabes. Se sintieron afirmados frente a la dependencia de la superioridad democrática, tecnológica y mediática del mundo occidental. Y, lo que es muy significativo, se veían libres de los estereotipos orientalistas que sobre ellos predominan en esos medios occidentales.

Factores de impulso y de disuasión revolucionaria

El Mundo Árabe, lejos de ser monolítico, está compuesto por múltiples países cuyas complejidades nacionales respectivas marcan pautas y factores diversos en los que la capacidad de supervivencia del régimen —por provisional que ésta pueda ser en el tiempo— varía de una experiencia nacional a otra. Aun siendo el autoritarismo un elemento consustancial a todas las formas de gobierno, y compartir todos las características de deslegitimación y aislamiento con respecto a la mayoría de sus sociedades que acabamos de exponer, los recursos y bazas estratégicas cambian de unos países a otros. Explicar las causas coyunturales por las que el movimiento revolucionario comenzó en Túnez a finales del año 2010 y se continuó en otros países sería siempre aleatorio, pero se dan elementos que sí pueden ser analizados como factores de impulso, al igual que se dan otros que pueden ayudar a entender por qué algunos regímenes han logrado soslayar, al menos coyunturalmente, la revolución y la caída del régimen.

Con ocasión de las revoluciones árabes se ha abierto un amplio, e inconsistente, debate en torno a la capacidad de las monarquías (Marruecos, Jordania, Arabia Saudí y monarquías del Golfo) a *resis-*

¹⁰ Olfa LAMLLOUM: *Al-Jazira, espejo rebelde y ambiguo del Mundo Árabe*, Madrid, Hacer, 2006, y Mohammed EL-NAWAWY y Adel ISKANDAR: *Al-Jazeera: The Story of the Network that is rattling governments and redefining modern journalism*, Cambridge, Westview Press, 2003.

tir mejor el impulso revolucionario frente a las repúblicas, principalmente afectadas por las grandes contestaciones ciudadanas que han derrocado a los autócratas (Túnez, Egipto, Libia, Yemen) o están intentándolo (Siria). En realidad, es ésta una ecuación simplista: hay repúblicas que no han experimentado la gran contestación revolucionaria de sus correligionarias —Líbano, Argelia, Iraq—, como hay monarquías que sí la han experimentado —Bahrein—. Asimismo, el hecho monárquico no ha demostrado en la historia de la región que tenga una capacidad intrínseca que le dé ventajas sobre los sistemas republicanos: las monarquías egipcia e iraquí fueron derrocadas por movimientos republicanos en los años cincuenta y Bahrein y el vecino Irán en 1979 han mostrado cómo todo un país puede levantarse contra un monarca. Si las monarquías árabes han relativamente soslayado por el momento el proceso revolucionario actual, no es porque sean monarquías sino porque se dan circunstancias y factores particulares que hay que analizar en cada contexto, al igual que ocurre con los casos de Argelia, Líbano o Iraq.

Arabia Saudí y los países del Golfo no están libres de un creciente descontento que se ha expresado de forma global y revolucionaria en Bahrein, de manera políticamente acuciante en Kuwait, con protestas hasta ahora nunca vistas en Omán, progresivamente y en crecimiento en Arabia Saudí, de forma poco relevante en Emiratos y casi inexistente en Qatar. Aun con estas diferencias, esta región ha utilizado dos importantes bazas: una renta económica ingente y unos aliados internacionales incondicionales.

Arabia Saudí, donde el 40 por 100 de los jóvenes entre veinte y veinticuatro años está en paro, buscó contener la difusión de las protestas desde comienzos del 2011 con contraprestaciones socioeconómicas: aumentó en 130 mil millones de dólares durante cinco años el presupuesto para subir el sueldo a los funcionarios, crear miles de puestos de trabajo en el sector público y construir medio millón de nuevas viviendas a favor de las cada vez más desprotegidas clases medias saudíes. Emiratos Árabes Unidos, presupuestó 1,6 mil millones de dólares para inversiones y subsidios en las más pobres y marginadas regiones del norte del país y subió un 70 por 100 los sueldos militares. Asimismo, Arabia Saudí, Qatar, Kuwait y Emiratos otorgaron a los más modestos países de la región, Bahrein y Omán (el primero afectado por la revolución, y el segundo por las más fuertes protestas hasta ahora convocadas en el país) un fondo

de 20 mil millones de dólares; y aportaron a Marruecos y Jordania a principios del 2011, junto a la oferta de unirse al Consejo de Cooperación del Golfo, una ayuda de 5 mil millones de dólares para que también pudiesen financiar medidas económico-sociales para la población. La combinación de medidas socioeconómicas y reformas liberales practicadas por Marruecos y Jordania —aunque más eficazmente el primero que el segundo— han logrado por el momento contener el paso de la contestación a la revolución.

No obstante, la política de comprar el consenso social de los países de la renta petrolífera puede posponer el cambio pero plantea un problema de sostenibilidad a largo plazo. No sólo porque introduce una enorme presión a los presupuestos nacionales (siempre dependientes de los precios del petróleo) y perjudica la participación nacional en el mercado laboral privado para dinamizar y diversificar la economía, sino también porque la contestación demanda sustanciales cambios políticos.

Unido a esto, los países ricos de la península arábiga cuentan con un enorme caudal de valor estratégico-militar para sus aliados occidentales: una región por donde se produce y transita la mayor parte del petróleo mundial y es cruce geopolítico con respecto a zonas de interés político-militar como Iraq, Irán, Afganistán, Pakistán. Desde la Guerra del Golfo en 1990-1991, Estados Unidos cuenta en esta región árabe con el mayor conglomerado de bases militares de la historia: la base central del CENTCOM —US Central Command— en Qatar, la V Flota naval en Bahrein, las bases dependientes del CENTCOM en Omán, Kuwait, Emiratos y, de menor tamaño, en Arabia Saudí; y a las tradicionales bases británicas se unía desde 2009 Francia con una base militar permanente en Emiratos Árabes. No cuesta, por tanto, deducir por qué, mientras la OTAN intervenía en Libia contra Mu'ammar el-Gaddafi, asentía a la intervención de las tropas del Consejo de Cooperación del Golfo (lideradas por Arabia Saudí y Emiratos Árabes) para aplastar con celo militar la revolución en Bahrein (que, en este caso, no contó con el extensivo apoyo mediático de al-Jazeera por evidentes intereses insoslayables del emir de Qatar). Estos países son la principal línea roja para las potencias occidentales.

Con respecto a Oriente Medio, el grado de incertidumbre sobre el detonante revolucionario es un factor que (aun con la excepción siria, pero también por la extrema complejidad con que

se está desarrollando esta revolución) probablemente influya para frenar más la movilización revolucionaria global que en los países del norte de África (donde han caído tres de los cinco regímenes). Oriente Medio es mucho más diverso y heterogéneo en su composición comunitaria, y las traumáticas experiencias de la guerra civil libanesa y, más recientemente, la descomposición del Estado iraquí contribuyen a alimentar, y manipular, el miedo a una explosión étnica o confesional.

La hasta ahora *excepcionalidad* del caso argelino en el Magreb es explicable, no porque su régimen militar sea menos totalitario, depredador o detestado que el de Ben Ali o Mubarak, sino por el carácter disuasorio que sin duda tiene la memoria reciente de los actores sociales y políticos con respecto al golpe militar de 1991 contra la transición democrática y la destructiva violencia aterradora que padeció la sociedad argelina a continuación y nunca definitivamente resuelta.

Mu'ammár el-Gaddafi en Libia, a diferencia de Túnez, Egipto o Yemen pero al igual que las monarquías del Golfo, contaba con una renta petrolífera inmensa que no dudó en utilizar durante mucho tiempo para contener la contestación y la oposición crecientes entre la sociedad, si bien ese método para comprar un cierto consenso social hacía tiempo que se estaba agotando. Pero le falló estrepitosamente el apoyo regional e internacional. Gaddafi y su régimen estaban dispuestos a aplastar la revolución libia con una brutal represión similar a la padecida en Bahrein o en Siria, pero los revolucionarios lograron el determinante apoyo militar de la OTAN (resolución 1973 de la ONU del 18 de marzo de 2011) y político de la Liga de los Estados Árabes, con Qatar a la cabeza. El contexto geopolítico de la Libia de Gaddafi en el Magreb era muy débil. Personaje excéntrico e imprevisible y recién bienvenido a la comunidad internacional, Gaddafi no contaba con las viejas complicidades de los tradicionales aliados de Occidente, ni existía ninguna base militar estadounidense en el país, como tampoco contaba con aliados sólidos entre sus vecinos: enroló mercenarios africanos, como probablemente también miembros destituidos de la guardia presidencial tunecina, recibió apoyo de pilotos sirios y columnas enteras de vehículos armados argelinos. Argelia, principal interesada en contener el proceso revolucionario árabe que se extendía por todo el norte de África, fue el país que ofreció mayor apoyo al

líder libio. El régimen de los Asad en Siria cuenta sin duda con mejores aliados (Rusia y China, Irán y Hezbollah en Líbano). El ostracismo del viejo régimen libio acabó siendo casi absoluto (Rusia y China se abstuvieron pero no se opusieron a la intervención internacional). Asimismo, el «momento libio» exigía una clara manifestación internacional a favor de las revoluciones árabes (momento con el que ya no ha contado Siria), toda vez que en los casos tunecino y egipcio se habían puesto en evidencia ciertas dudas y debilidades, cuando no cierta esperanza en mantener el *statu quo*. El caso más evidente fue el de la Francia de Sarkozy, y de ahí el gran protagonismo francés a favor de la intervención de la OTAN en Libia. Era el momento de «redimirse» ante la constatación de que el *statu quo* estaba ya obsoleto y los viejos aliados eran depuestos.

En Yemen, vigilado de cerca por Arabia Saudí y de gran interés estratégico para Estados Unidos en su lucha contra el terrorismo, el éxito de la revolución ha sido más matizado, por estas razones, que en Túnez, Egipto y Libia. La imparable y muchas veces heroica contestación popular en este país, junto a la gran fragilidad del régimen por los conflictos en el norte y el sur y su progresiva pérdida de aliados tribales, convirtió en inevitable la deposición del presidente de la República, Ali Abdullah Saleh. Ante esta constatación, el entorno árabe liderado por Arabia Saudí, con la aquiescencia estadounidense y europea, asumió la ineludible necesidad de prescindir de Saleh, organizando una transición bajo control. La retirada del presidente se llevó a cabo aplicando la iniciativa del Consejo de Cooperación del Golfo, que garantizó al expresidente y a sus más próximos aliados (muchos de ellos familiares) la inmunidad, y pasando el testigo al que hasta entonces era su vicepresidente, Abd Rabbuh Mansur Hadi. Éste, convertido en el gobernante del período transitorio tras pasar por las urnas, inició un proceso de diálogo nacional que durante seis meses a partir de noviembre de 2012 debe afrontar las principales cuestiones de la transición y lograr la implicación en el mismo de todos los grupos políticos representativos del país. Para que el diálogo nacional se considere exitoso debería acabar produciendo una visión de principios sobre la construcción de un «estado civil» en Yemen. A continuación se llevarían a cabo elecciones presidenciales en febrero de 2014 incluyendo el borrador de una nueva Constitución. Pero, unido a esto, un reto sustancial que se le plantea a la transición yemení es resol-

ver la cuestión del Sur y su integración en un sistema federal que satisfaga a los importantes sectores secesionistas para evitar la sombra de la guerra civil entre el Norte y el Sur.

En Túnez y Egipto, pioneros de la revolución, las enormes movilizaciones de protesta contra los respectivos presidentes de la República alcanzaron su objetivo cuando los ejércitos respectivos consideraron que unos gobernantes tan manifiestamente deslegitimados y detestados eran ya un obstáculo con el que no tenían nada que ganar. No significaba esto que necesariamente se identificasen con la agenda de los ciudadanos revolucionarios, particularmente en Egipto, como se vería a continuación, pero fue un factor determinante para lograr arrancar el proceso de transición que desmantelase el sistema autoritario que había presidido todo el devenir histórico poscolonial¹¹.

Desde entonces, toda la región árabe está en una fase de transformación y cambio radical que no preserva a quienes han logrado hasta ahora contener el movimiento revolucionario. Es un periodo largo y complejo que está escribiendo una nueva página de la historia.

¹¹ Gema MARTÍN MUÑOZ: «Las transiciones árabes a la democracia: Año II», *Política Exterior*, 151 (enero-febrero de 2013), pp. 72-84.

PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

1. La revista *Ayer* publica artículos de investigación y ensayos bibliográficos sobre todos los ámbitos de la Historia Contemporánea.
2. Los autores/as se comprometen a enviar artículos originales que no hayan sido publicados con anterioridad, ni estén siendo considerados en otros medios. Una vez publicados en *Ayer*, los artículos no podrán ser reproducidos sin autorización expresa de la Redacción de la revista. Sí podrá hacerse mención a la edición digital, disponible en el Portal de Revistas de Marcial Pons (<http://revistas.marcialpons.es>) y en la página web de la Asociación de Historia Contemporánea (<http://www.ahistcon.org>).

No se aceptarán para su evaluación trabajos que hayan sido publicados o estén a punto de serlo en cualquier otro medio, en su totalidad o parcialmente, ni los que reproduzcan sustancialmente contenidos ya publicados por el autor/a en libros, artículos o capítulos de libros ya aparecidos o de aparición inmediata. Los artículos deberán presentarse acompañados de una declaración expresa que garantice su plena originalidad, con firma manuscrita del autor/a o autores/as, conforme al modelo que figura en la página web de la revista.

Excepcionalmente, el Consejo de Redacción de *Ayer* podrá considerar la edición por primera vez en castellano de artículos ya publicados en otras lenguas.

3. Tanto los artículos de investigación como los ensayos bibliográficos serán informados al menos por dos evaluadores/as externos a los órganos de la revista y a la Junta Directiva de la Asociación de Historia Contemporánea que la edita, mediante un sistema doble ciego (anónimo tanto para el evaluador/a como para el autor/a del texto). Los artículos que integran los dossiers serán evaluados de la misma forma. Todos los textos deberán recibir posteriormente la aprobación del Consejo de Redacción.
4. La revista se compromete a adoptar una decisión sobre la publicación de originales en el plazo de seis meses. Se reserva el derecho de publicación por un plazo de dos años, acomodando la aparición del texto a las necesidades de la revista.
5. Los autores/as remitirán su texto a la dirección institucional de la revista (revistaayer@ahistcon.org) en soporte infor-

mático (programa MS Word o similar). Igualmente enviarán un resumen de menos de 100 palabras en español y en inglés; el título, igualmente en español y en inglés; cinco palabras clave, también en los dos idiomas; una breve nota curricular, que no debe superar las 100 palabras; y el compromiso de originalidad firmado, que puede escanearse para su envío por correo electrónico (en formato PDF o similar). No será enviado a evaluación ningún artículo que no incluya todos estos complementos.

6. Los trabajos enviados para su publicación han de ajustarse a los siguientes límites de extensión: 9.000 palabras para los artículos, tanto si van destinados a la sección de *Estudios* como si forman parte de un *Dossier*; y 4.500 palabras para los *Ensayos bibliográficos* y las colaboraciones de la sección *Hoy*.
7. En los dossieres, las presentaciones de los coordinadores no podrán exceder de 3.000 palabras. El título del dossier y el texto de cubierta no deberán superar las 70 palabras.
8. Sistema de citas: las notas irán a pie de página, procurando que su número y extensión no dificulten la lectura.

Por ejemplo:

Libros: De un solo autor: Santos JULIÁ: *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*, Barcelona, RBA Libros, 2010.

Dos autores: Mary NASH y Gemma TORRES (eds.): *Feminismos en la Transición*, Barcelona, Grup de Recerca Consolidat Multiculturalisme i Gènere, Universitat de Barcelona-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales (Ministerio de Cultura), 2009.

Tres autores: Carlos FORCADELL ÁLVAREZ, Pilar SALOMÓN CHÉLIZ e Ismael SAZ CAMPOS (coords.): *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, Universidad de Valencia, 2009.

Cuatro o más autores: Carlos FORCADELL ÁLVAREZ *et al.* (coords.): *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2004.

Capítulos de libro: Antonio ANNINO: «México: ¿Soberanía de los pueblos o de la nación?», en Manuel SUÁREZ CORTINA y Tomás PÉREZ VEJO (eds.): *Los caminos de la ciudadanía. México y España en perspectiva comparada*, Madrid, Biblioteca Nueva-Ediciones de la Universidad de Cantabria, 2010, pp. 37-54.

Artículos de revista: Pilar FOLGUERA: «Sociedad civil y acción colectiva en Europa: 1948-2008», *Ayer*, 77 (2010), pp. 79-113.

Citas posteriores: Santos JULIÁ: *Hoy no es ayer...*, pp. 58-60. Pilar FOLGUERA: «Sociedad civil...», pp. 100-101.

Si se refiere a la nota inmediatamente anterior: *Ibid.*, pp. 61-62. En cursiva y sin tilde.

Cuando se citan varias obras de un mismo autor en el mismo pie de página: Ismael SAZ CAMPOS: «El primer franquismo», *Ayer*, 36 (1999), pp. 201-222; íd.: «Política en zona nacionalista: configuración de un régimen», *Ayer*, 50 (2003), pp. 55-84; e íd.: «La marcha sobre Roma, 70 años: Mussolini y el fascismo», *Historia 16*, 199 (1992), pp. 71-78.

La ausencia de los datos relativos a la ciudad de edición, la editorial o imprenta, o el año, se indicarán respectivamente con las abreviaturas *s.l.*, *s.n.* y *s.a.*; estas abreviaturas irán seguidas, si es necesario, de una atribución de ciudad, editorial o año, que irán entre corchetes.

Los datos sobre el número de edición, traducción, etc., se pondrán, de manera abreviada, entre el título de la obra y el lugar de edición.

Artículos de periódico: Emilia PARDO BAZÁN: «Un poco de crítica. El símbolo», *ABC*, 22 de febrero de 1919. En caso de que resulte relevante indicar la ciudad de edición del periódico, se señalará a continuación del título; por ejemplo: José ORTEGA Y GASSET: «El error Berenguer», *El Sol* (Madrid), 15 de noviembre de 1930.

Tesis doctorales o Trabajos de fin de Máster: Miguel ARTOLA: *Historia política de los afrancesados (1808-1820)*, Tesis doctoral, Universidad Central, 1948.

Sítios de internet: Matilde EIROA: «Prácticas genocidas en guerra, represión sistémica y reeducación social en posguerra», *Hispania Nova*, 10 (2012), <http://hispanianova.rediris.es/10/dossier/10d014.pdf>.

Cuando el documento citado tenga entidad independiente, pero haya sido obtenido de un sitio de internet, esta circunstancia se señalará indicando a continuación de la cita bibliográfica o archivística la expresión «Recuperado de Internet» y la URL del sitio entre paréntesis. Ejemplo: Rafael ALTAMIRA: *Cuestiones Hispano-Americanas*, Madrid, E. Rodríguez Serra, 1900. Recuperado de Internet (<http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=35594>).

Documentos inéditos: Nombre y APELLIDOS del autor (si existe): Título del documento (entrecomillado si es el título original que figura en el documento (ciudad, día, mes y año si se conoce la fecha), Archivo, Colección o serie, Número de caja o legajo, Número de expediente. Ejemplos: Carta de Juan Bravo Murillo a Fernando Muñoz (22 de julio de 1851), Archivo Histórico Nacional, *Diversos: Títulos y familias (Archivo de la Reina Gobernadora)*, 3543, exp. 9; «Diario de operaciones de la División de Vanguardia» (1836), Real Academia de la Historia, *Archivo Narváez-I*, Caja 1; Juan Felipe MARTÍNEZ: «Relación de lo sucedido en el Real Sitio de San Ildefonso desde el 12 de Agosto de 1836 hasta la entrada de S.M. en Madrid el 17 del mismo mes», Archivo General de Palacio, *Reinado de Fernando VII*, Caja 32, exp. 13.

En el caso de los ensayos bibliográficos o de artículos de carácter teórico, las citas pueden incluirse en el texto (BERNAL GARCÍA, 2010, 259), acompañadas de una bibliografía final.

9. Las aclaraciones generales que deseen hacer los autores/as, tales como la vinculación del artículo a un proyecto de investigación, la referencia a versiones previas inéditas discutidas en congresos o seminarios, o el agradecimiento a personas e instituciones por la ayuda prestada, figurarán en una nota inicial no numerada al pie de la primera página, cuya llamada será un asterisco volado al final del título. Tal nota no podrá exceder de tres líneas.
10. Divisiones y subdivisiones: los epígrafes de los artículos irán en negrita y sin numeración. Conviene evitar los subepígrafes; en el caso de que se incluyan, aparecerán en cursiva.
11. Los artículos podrán contener cuadros, gráficos, mapas o imágenes, aunque limitando su número a los que resulten imprescindibles para apoyar la argumentación, y nunca más de diez en total.

En todos los casos, los autores/as se hacen responsables de los derechos de reproducción de estos materiales, sean de elaboración propia o cedidos por terceros, cuya autorización deben solicitar y obtener por su cuenta, aportando la correspondiente justificación.

Estos elementos gráficos irán numerados correlativamente en función de su tipología (Cuadro 1, Cuadro 2, Cuadro 3...; Gráfico 1, Gráfico 2, Gráfico 3...; Mapa 1, Mapa 2, Mapa 3...; Imagen 1, Imagen 2, Imagen 3...). A continuación

del número llevarán un título que los identifique. Y al término de la leyenda o comentario, irá entre paréntesis la palabra *Fuente:*, seguida de la procedencia de la imagen, mapa, gráfico o cuadro.

Los mapas y las imágenes se enviarán separadamente del texto y en formato de imagen (tiff, jpg o vectorial) con una resolución de 300 ppp y un tamaño mínimo de 13 x 18 cm. En el texto se indicará el lugar en el que se desea insertarlos, mediante la mención en párrafo aparte del número entre corchetes [Imagen 1]. Los cuadros y gráficos, en cambio, pueden situarse directamente en el lugar del artículo en el que se quieren insertar.

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
2. Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
3. Javier Tusell, *El sufragio universal*.
4. Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
5. J. J. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
6. Antonio Morales, *La historia en el 91*.
7. José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX*.
8. J. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*.
9. Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
10. Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
11. Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.
12. Pedro Ruiz Torres, *La historiografía*.
13. Julio Aróstegui, *Violencia y política en España*.
14. Manuel Pérez Ledesma, *La Historia en el 93*.
15. Manuel Redero San Román, *La transición a la democracia en España*.
16. Alfonso Botti, *Italia, 1945-94*.
17. Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, *Las relaciones de género*.
18. Ramón Villares, *La Historia en el 94*.
19. Luis Castells, *La Historia de la vida cotidiana*.
20. Santos Juliá, *Política en la Segunda República*.
21. Pedro Tedde de Lorca, *El Estado y la modernización económica*.
22. Enric Ucelay-Da Cal, *La historia en el 95*.
23. Carlos Sambricio, *La historia urbana*.
24. Mario P. Díaz Barrado, *Imagen e historia*.
25. Mariano Esteban de Vega, *Pobreza, beneficencia y política social*.
26. Celso Almuíña, *La Historia en el 96*.
27. Rafael Cruz, *El anticlericalismo*.
28. Teresa Carnero Arbat, *El reinado de Alfonso XIII*.
29. Isabel Burdiel, *La política en el reinado de Isabel II*.
30. José María Ortiz de Orruño, *Historia y sistema educativo*.
31. Ismael Saz, *España: la mirada del otro*.
32. Josefina Cuesta Bustillo, *Memoria e Historia*.
33. Glicerio Sánchez Recio, *El primer franquismo (1936-1959)*.
34. Rafael Flaquer Montequi, *Derechos y Constitución*.
35. Anna María Garcia Rovira, *España, ¿nación de naciones?*
36. Juan C. Gay Armenteros, *Italia-España. Viejos y nuevos problemas históricos*.
37. Hipólito de la Torre Gómez, *Portugal y España contemporáneos*.
38. Jesús Millán, *Carlismo y contrarrevolución en la España contemporánea*.
39. Ángel Duarte y Pere Gabriel, *El republicanismo español*.

40. Carlos Serrano, *El nacimiento de los intelectuales en España*.
41. Rafael Sánchez Mantero, *Fernando VII. Su reinado y su imagen*.
42. Juan Carlos Pereira Castañares, *La historia de las relaciones internacionales*.
43. Conxita Mir Curcó, *La represión bajo el franquismo*.
44. Rafael Serrano, *El Sexenio Democrático*.
45. Susanna Tavera, *El anarquismo español*.
46. Alberto Sabio, *Naturaleza y conflicto social*.
47. Encarnación Lemus, *Los exilios en la España contemporánea*.
48. María Dolores Muñoz Dueñas y Helder Fonseca, *Las élites agrarias en la Península Ibérica*.
49. Florentino Portero, *La política exterior de España en el siglo xx*.
50. Enrique Moradiellos, *La guerra civil*.
51. Pere Anguera, *Los días de España*.
52. Carlos Dardé, *La política en el reinado de Alfonso XII*.
53. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, *Historia de los conceptos*.
54. Carlos Forcadell Álvarez, *A los 125 años de la fundación del PSOE. Las primeras políticas y organizaciones socialistas*.
55. Jordi Canal, *Las guerras civiles en la España contemporánea*.
56. Manuel Requena, *Las Brigadas Internacionales*.
57. Ángeles Egido y Matilde Eiroa, *Los campos de concentración franquistas en el contexto europeo*.
58. Jesús A. Martínez Martín, *Historia de la lectura*.
59. Eduardo González Calleja, *Juventud y política en la España contemporánea*.
60. María Dolores Ramos, *República y republicanas*.
61. María Sierra, Rafael Zurita y María Antonia Peña, *La representación política en la España liberal*.
62. Miguel Ángel Cabrera, *Más allá de la historia social*.
63. Ángeles Barrio, *La crisis del régimen liberal en España, 1917-1923*.
64. Xosé M. Núñez Seixas, *La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)*.
65. Antoni Segura, *El nuevo orden mundial y el mundo islámico*.
66. Juan Pan-Montojo, *Poderes privados y recursos públicos*.
67. Matilde Eiroa San Francisco y María Dolores Ferrero Blanco, *Las relaciones de España con Europa centro-oriental (1939-1975)*.
68. Ismael Saz, *Crisis y descomposición del franquismo*.
69. Marició Janué i Miret, *España y Alemania: historia de las relaciones culturales en el siglo xx*.
70. Nuria Tabanera y Alberto Aggio, *Política y culturas políticas en América Latina*.
71. Francisco Cobo y Teresa María Ortega, *La extrema derecha en la España contemporánea*.

72. Edward Baker y Demetrio Castro, *Espectáculo y sociedad en la España contemporánea*.
73. Jorge Saborido, *Historia reciente de la Argentina (1975-2007)*.
74. Manuel Chust y José Antonio Serrano, *La formación de los Estados-naciones americanos, 1808-1830*.
75. Antonio Niño, *La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría*.
76. Javier Rodrigo, *Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939*.
77. Antonio Moreno y Juan Carlos Pereira, *Europa desde 1945. El proceso de construcción europea*.
78. Mónica Bolufer y Mónica Burguera, *Género y modernidad en España: de la ilustración al liberalismo*.
79. Carmen González Martínez y Encarna Nicolás Martín, *Procesos de construcción de la democracia en España y Chile*.
80. Gonzalo Capellán de Miguel, *Historia, política y opinión pública*.
81. Javier Muñoz Soro, *Los intelectuales en la Transición*.
82. José María Faraldo, *El socialismo de Estado: cultura y política*.
83. Daniel Lanero Táboas, *Fascismo y políticas agrarias: nuevos enfoques en un marco comparativo*.
84. Pere Ysàs, *La época socialista: política y sociedad (1982-1996)*.
85. María Antonia Peña y Encarnación Lemus, *La historia contemporánea en Andalucía: nuevas perspectivas*.
86. Emilio La Parra, *La Guerra de la Independencia*.
87. Francisco Vázquez, *Homosexualidades*.
88. Fernando del Rey, *Violencias de entreguerras: miradas comparadas*.
89. Antonio Herrera y John Markoff, *Democracia y mundo rural en España*.
90. Alejandro Quiroga y Ferran Archilés, *La nacionalización en España*.
91. Maximiliano Fuentes Codera, *La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa*.

En preparación:

La Izquierda Radical: nuevas aportaciones.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de marzo, junio, octubre y diciembre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 250 páginas con un formato de 13,5 por 21 cm. Los precios de suscripción, incluido IVA, son:

Precios España:

suscripción anual: 65 €

Precios extranjero:

suscripción anual: 65 € más gastos de envío

Precio número suelto: 22 €

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a Marcial Pons, Agencia de suscripciones, c/ San Sotero, 6, 28037 Madrid, tel. 91 304 33 03, fax 91 327 23 67, correo electrónico: revistas@marcialpons.es.

La correspondencia para la Redacción de la revista debe enviarse a la dirección de correo electrónico: revistaayer@ahistcon.org. La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea debe dirigirse al Secretario de la misma, a la dirección de correo electrónico: secretaria@ahistcon.org.

91 ayer



ISBN: 978-84-92820-99-3



Marcial
Pons